





14-12-5

~~445~~

208  
10/5

*Al Sr. D. Constantino todana*  
*en un? oficio*  
*el estudio*

## APUNTES

PARA

*14.9-3*  
*6131*

# LA HISTORIA DE MARRUECOS,

POR

D. ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO.

*Jose Valdesollante*

MADRID

IMPRENTA DE LA AMERICA, Á CARGO DE F. S. MADIROLAS,  
1, calle del Baño.

1860.



ADQUIRIDO Y ENCUADERNADO A COSTA DE  
LA CONSIGNACIÓN MINISTERIAL DE  
1926

IMPRESO

EN EL ESTABLECIMIENTO DE LA TIPOGRAFÍA NACIONAL, EN LA CIUDAD DE GUAYAMA, P.R.

1926

Las aguas del Mulucha ó Muluya, límite natural de la Argelia y del imperio de Marruecos, señalaron ya, según refiere Salustio, el fin de los dominios del numida Yugurta, y el principio de la Mauritania (1). De aquí nació la alianza de Boco, rey de la Mauritania, con Yugurta, usurpador de Numidia; y el propio Salustio afirma, que antes de este suceso, ni Boco sabía del pueblo romano, mas que el nombre, ni este había tenido noticia de aquel rey en paz ó en guerra. Boco imperaba en las partes septentrionales de Africa puestas al Occidente de Carthago y Numidia, entre el cabo de Ampelusia ó Espartel y el antedicho rio Muluya; y como en este territorio, llamado entonces Mauritania, se haya fundado mas tarde el actual imperio de Marruecos, no puede ser otro el rey de quien primero hable su historia. Bien fuera dar, sin embargo, alguna noticia de los primeros pobladores de la tierra, de sus hechos y guerras que mantuvieron; pero faltan cosas claras y seguras, y no es lugar ni ocasion esta para dilucidar otras dudosas. Baste saber que ya en los tiempos de Yugurta y de Boco, la Mauritania estaba poblada de hombres perezosos en el cultivo, cuanto sueltos y propios para andar en campo huyendo ó peleando, según

---

(1) L. Sallustii. Crispi Jugurtha.

el trance y la fortuna: ginetes extremados, astutos, inquietos y despojadores de caminantes. Espectáculo ciertamente maravilloso el que ofrece lo pasado, cuando nos muestra naciones sujetas á unas propias calidades en tan largos dias y bajo el imperio de tan diversos cultos y razas. «Region de pequeña estimacion, decia ya nuestro Pomponio Mela (1), y que apenas de ella se conoce cosa señalada: habitada de aldeas y bañada de humildes rios; mas noble por la naturaleza de su suelo que por el valor de sus habitantes, con su flojedad desacreditados.» Y es seguro que con leer á este y otros geógrafos é historiadores antiguos, pudo saber antes nuestro Mármol lo esencial de las costumbres de la parte de Africa que visitó tan laboriosamente, por lo mismo que lo que él nos dejó en su descripcion podria escusar muchas investigaciones despues de tres siglos. Mientras Cartago llena el mundo con su nombre, siendo teatro de tantas glorias primero, y de tan grandes desdichas al cabo; mientras el nómida cruza los campos de Italia y España peleando en Cannas ó Numancia bajo tan distintas banderas, de Mauritania y sus hijos nadie oye hablar, ni se curan ellos tampoco de entender en otras cosas que las suyas propias. Ni tratan siquiera con Cartago ni con España, de donde los separa tan estrecho brazo de mar. Pero tráelos el acaso á figurar en la historia, y hé aquí cómo desde los principios se muestran al mundo: no de otra suerte han solido mostrarse hasta ahora.

Boco su rey andaba empeñado en poseer cierta parte de Numidia, que juzgaba pertenecerle, segun decia, por derecho de guerra. Gobernaba aquella nacion Yugurta, casado con una hija de Boco; hombre no menos astuto que ambicioso, dotado tambien de gran constancia, y muy esforzado por su persona. A este movieron guerra los romanos para castigar la usurpacion del trono, que con muerte de dos sobrinos suyos habia conseguido. Estando la guerra tan vecina de sus estados, no tardó el mauritano en enviar embajadores á Roma, los cuales

---

(1) Pomponio Mela, traducido por Gonzalez de Salas.—Sancha, 1789.

no quiso recibir el Senado, quedando por averiguar su intento, y Yugurta, que acaso habia logrado con oro y promesas el que en Roma, ya venal y corrompida, no fueran recibidos los enviados de Boco, comenzó entonces á procurar la amistad y alianza de este con gran empeño. Obtuvo una y otra, no sin obligarse antes á ceder á Boco, como la tercera parte del territorio de Numidia; pero la extremidad en que Metelo, y luego Mario, traian puesto á Yugurta, pedia tanto sacrificio. Acude, pues, el mauritano en ayuda de su yerno, y enciéndose la guerra con mayor ímpetu que nunca, juntas las fuerzas de entrambos. Durante ella hubo ocasion en que los caballos moros y getulios (1) de Boco pusieron á punto de rota el campo romano: peleóse tambien con gran coraje no lejos de la ciudad de Cirta, distinguiéndose entre todos, los pelotones ó grupos de mauritanos, que tal era su ordenanza; mas todo fué inútil para quebrantar la disciplina de las cohortes y el valor y fortuna de Mario. Entonces Boco, vencido, pidió la paz á Roma. Disculpaba sus hechos con el menosprecio mostrado á sus embajadores, y con que los romanos hubiesen invadido aquella parte de Numidia que se habia acostumbrado á mirar como propia. Era sobrado importante la amistad de aquel rey para que Roma no cuidara de adquirirla; y Yugurta, que en ella cifraba toda su esperanza, no habia de perdonar cosa alguna para conservarla. Hubo, por lo mismo, largos tratos de una parte y de otra, inclinándose Boco, ahora al partido de su yerno, luego al de Roma; ganando Sila, mensajero de esta, y Yugurta, á sus favoritos y confidentes. Solicitaban entrambos de Boco igual perfidia: el uno que poniendo preso á Sila, se lo entregase; el otro que llamando á Yugurta amistosamente, lo pusiese aherrojado en poder de la república. Tanto dudó el mauritano entre Sila y Yugurta, que la noche antes de ejecutar su postrera resolucion, dicen que se puso á discurrir consigo, mudando de color y semblante, con diversos movimientos de cuerpo y áni-

---

(1) De estos Getulios ó Gétulos descienden las gentes de Chazula ó Gazules, conocidos en nuestra historia.

mo, mostrando, aunque callaba, con las mudanzas del rostro lo varió de sus pensamientos. Pero al fin venció Sila, y á la mañana siguiente, cuando el númida desarmado llegaba á verse con su suegro y aliado, fué preso por soldados que este había puesto en celada, y entregado á Roma, que le castigó con muerte horrible. Boco alcanzó por este hecho la tercera parte de Numidia, y desde entonces las fronteras de su imperio se extendieron hasta el río Ampsagas. Antes que flaqueza ó inhabilidad, ha de verse en la conducta del rey mauritano, y en sus dudas y alternativas mudanzas, un propósito constante y una política tan acertada como infame. Propuesto á ganar territorio, juzgó que era el momento de conseguirlo aquel en que su deudo Yugurta andaba revuelto en guerra tan cruda, vendiendo su alianza al de los competidores que tal precio le ofreciera. Con tal intento envió acaso su primera embajada á Roma; por haberlo conseguido de Yugurta le ayudó mas tarde en la campaña, y Sila no logró acarrearlo á traicion tan negra sin ofrecerle igual precio. Lo que dudaba era acaso quién sería mejor pagador, y no erró el cálculo por cierto; que Roma le dió largamente lo prometido.

Si sobre Boco hemos estendido por demas el relato, merced á las noticias que nos dejó Salustio, los hechos de sus sucesores son oscurísimos para todos. En la guerra yugurtina aparece un hijo de aquel rey llamado Volux, el cual mandaba la infantería mora en la jornada de Cirta, y sirvió de escolta á Sila en uno de sus mensajes. Pero la historia nada dice luego de este Volux, encontrándonos, por el contrario, al investigar las cosas de Mauritania, con los nombres de Bogud y de Boco. No está bien claro, á nuestro parecer, si estas son variaciones de un propio nombre y de un mismo soberano sucesor del viejo Boco, ó si, muerto Volux sin reinar, heredó un nuevo Boco ó Bogud el trono de su padre; ni siquiera si estos últimos son nombres de dos hermanos que se repartieron el dominio de la Mauritania. Escritores muy respetables en nuestros dias siguen esta última opinion, señalando al uno con el nombre de Boco II, la parte oriental, y al otro, con el de Bogud, la parte oc-

cidental de aquella region. Ello es de todas suertes que la monarquía mauritana no fué mas desconocida para Roma. Hircio refiere (1) que durante la guerra de Africa entre pompeyanos y cesarianos, navegó Ceneius Pompeyo hácia las costas de Mauritania por consejo de Caton, y llegando á ellas con treinta bajeles y dos mil hombres, levantados de entre los esclavos fugitivos y los malhechores de la república, invadió los Estados del rey Bogud, que estaba á la parte de César. Pero habiendo peleado con poca fortuna delante de los muros de Ascurum con los moradores de la tierra, fué rota su hueste, y obligado á refugiarse en sus naves. El propio Hircio narra en otra ocasion, que Bogud, ó segun otros copistas, Boccus, entró con el cónsul Sittius en los Estados de Juba, rey de Numidia, mientras este se apartaba de ellos por ir á ayudar á Scipion contra César: que fué poderosa diversion, porque el númida se vió forzado á dejar la empresa, tornando precipitadamente á defender sus tierras. Hállanse tambien en las reliquias de algunos libros de Tito Livio confusas noticias sobre empresas y peligros de Bogud, y sobre sus tratos con Casio, que mandaba la armada de Pompeyo; pero lo cierto es que, acabadas las guerras civiles, la Mauritania aparece gobernada, como la Numidia, por Juba, hijo de aquel famoso enemigo de César, y por su hijo Tolomeo, aliados ambos de Roma, fundándose al parecer el cambio de partido en los favores que uno y otro debieron á Augusto.

En tiempo de este Tolomeo, aconteció el levantamiento y guerras africanas que Tácito tan por menor relata. Fué el caso que un númida, llamado Tacfarinas, hombre de gran corazon y de no escasas artes, prevalido de la flojedad del rey Juba y de lo dados que son aquellos naturales al latrocinio y á la guerra de asaltos y escaramuzas, levantó hueste crecida y acometió las provincias romanas colindantes, señaladamente la cartaginesa. Llamábase capitan de los musulanos, gente vigorosa, vecina á los desiertos de Africa, no acostumbrada á

---

(1) Auli Hircii, de Bello Hispaniensi.

poblar ciudades; y logró que á la fama de sus hechos se juntaran con él los moros cercanos, con un capitán llamado Mazipa. Furio Camilo, procónsul de Africa, los derrotó en un combate, pero en vano; al año siguiente Tacfarinas arruinó villas é hizo grandes presas, sitiando al fin junto al río Págida una cohorte romana gobernada por Decio, valentísimo soldado, el cual herido, y perdido un ojo, mostrábase fiero todavía al enemigo, no cesando de pelear hasta que dejó la vida; pero no pudo evitar tanto esfuerzo la rota de su gente. Más fortuna alcanzaron Lucio Apronio y su hijo, obligando á Tacfarinas á refugiarse en los desiertos, y el caudillo nómada no cesó por eso en sus correrías, antes bien llevó su audacia hasta el punto de enviar embajadores á Tiberio, pidiéndole que le diese tierras en aquella provincia para poblar él y su ejército y amenazándole, si no lo hacia, con perpétua guerra. Tiberio sintió mucho la afrenta, y encomendó á Junio Bleso, soldado de cuenta, aquella empresa. Este comprendió claramente la naturaleza de la guerra, y tomó medidas eficacísimas para acabarla. Ello era que Tacfarinas recibia ayuda de los pueblos marítimos en armas y pertrechos, y que contaba con el amor de los moradores y con la soltura y sobriedad de sus soldados, que repartidos en ligeras compañías, corrian toda la tierra, burlando fácilmente la persecucion del ejército romano. Bleso repartió su gente en escuadrones sueltos, y ocupó y fortaleció multitud de lugares y todos los desfiladeros y puntos importantes, y con esto logró tanto, que preso un hermano de Tacfarinas, y desbandados sus parciales, estuvo á punto de terminarse la guerra (1).

Pero Bleso, satisfecho con sus triunfos, no pensó en rematar al contrario, y Tacfarinas volvió á mantener de nuevo el campo. Veíanse ya en Roma, dice el severo Tácito, nada menos que tres estatuas laureadas, y Tacfarinas andaba robando la provincia de Africa, cada vez mas acrecentado y con mas

---

(1) Véase la relacion de esta guerra en Tácito. — Anales, lib. 1.º — He seguido en muchas frases la traduccion de D. Carlos Coloma.

ayuda de los moros. Estos, con efecto, acudían en gran número á servir al caudillo nómada, juntándose quizás con su ordinario amor á los asaltos y correrías algún odio y mala voluntad contra la familia de Juba, que los gobernaba. El prócónsul Dolabela acabó, en fin, con Tacfarinas, matándole á él y á su hijo en una sorpresa; pero no consiguió tal triunfo sin obtener la ayuda del rey Tolomeo, que hasta entonces permaneciera impasible. Obligáronle los romanos á mostrarse en campo y salir con ellos contra Tacfarinas: iban los escuadrones guiados por tropas de moros fieles al rey, y de esta suerte se logró la sorpresa que puso término á la porfiada guerra. Tolomeo recibió, en pago de su buena voluntad y servicios, el cetro de marfil y la toga de púrpura bordada en oro, antiguos dones de los senadores romanos, con título de rey, de compañero y de amigo.

El infeliz Tolomeo no gozó por mucho tiempo de tales honras, Calígula, sucesor de Tiberio, le invitó á venir á Roma con palabras de amistad, mandándole matar luego cuando asistía á los juegos del circo. Aconteció esto el año 39 de nuestra Era. Con la muerte de Tolomeo sobrevinieron grandes guerras en Mauritania y en las provincias colindantes, movidas por sus libertos y amigos y por los mismos naturales, que no querían sufrir la dominación romana. Porque á la verdad, Calígula, muerto el rey, no pensaba en otra cosa que en juntar bajo su mano aquel dominio, repartiendo la Mauritania en dos provincias, Tingitana y Cesariense: la una, que comprendiese los antiguos estados de Boco, á la ribera occidental del Muluya, y la otra, el territorio que ganó aquel rey con sus artes desde el Muluya hasta el río Ampsagas. Fueron varios los sucesos y hostilidades. Neó Sidio Geta puso término á ellas, venciendo y hostigando luego á los mauritanos hasta dentro de los arenales del desierto: allí hubiera perecido con toda su gente, sin una lluvia repentina, que los naturales tuvieron por prodigio, lo cual fué de mucho efecto para la paz. Desde entonces contó Roma entre sus provincias la Mauritania, tomando parte los naturales en las guerras civiles del

Imperio y en no pocas extranjeras y lejanas. Zosimo, por ejemplo, refiere que ginetes moros ayudaron eficazmente á Aureliano contra Zenobia.

Mas no por eso ha de juzgarse que dominaron completamente aquel territorio los emperadores. Aconteció en tiempo del bárbaro Maximino que Gordiano, procónsul de Africa, aunque octogenario, tomó, á instancia de los de Cartago, las insignias imperiales. Un senador, llamado Capeliano, que gobernaba á la sazón en Numidia, no prestándose á tal novedad, marchó contra él y lo venció facilísimamente, á pesar de la multitud de sus armados. Herodiano (1) esplica lo fácil de esta victoria, diciendo que el ejército de Capeliano se mantenía en aquella frontera para impedir las correrías de los bárbaros vecinos, y que sus soldados llevaban mucha ventaja á los contrarios en lo experimentados y aguerridos, por los combates que diariamente sostenían contra los moros. Tal frontera no podía ser otra que la Mauritania, dado que el historiador griego claramente dice que eran moros los bárbaros que refrenaba el ejército allí acampado. Sin duda no poseían mas que las ciudades marítimas y algunos puntos importantes del interior los romanos. De todas suertes, es cierto que no hubo mas príncipes soberanos en aquellas partes hasta la invasión de los vándalos, y que en tiempo de Othon, la Mauritania llamada Tingitana, recibió el nombre de España Transfretana y también Tingitana por su capital Tingis, hoy Tánger, quedando agregada á la provincia Bética y al convento jurídico de Cádiz. Verdad es que luego mas tarde tuvo también la España Transfretana convento jurídico propio. Pero en el interin las relaciones y tratos, tan escasos antes, de los españoles y mauritanos, debieron ser grandes los años adelante con semejanza dependencia. Y es que Roma no tardó en compren-

---

(1) Lo mismo en Herodiano en la historia del Imperio, desde Marco Aurelio en adelante, que en Zosimo y en todos los historiadores de segundo orden de Roma, se hallan otros detalles insignificantes de que no parece necesario hacer mención alguna.

der, con su ordinario instinto y acierto, que la frontera natural de España por la parte del Mediodía no es el canal angostísimo que junta los dos mares, sino la cordillera del Atlas, contrapuesta al Pirineo.

## II.

Roma cayó: consumiéndose en guerras tan largas la sangre del pueblo, y los tiranos y los hijos de los esclavos se desgarraron después en civiles contiendas: más valían que el mundo conquistado, los ciudadanos que dió Roma á cambio de él. Llegaron los emperadores, y si alguna sangre generosa quedaba allí, esa corrió en los baños calientes que Tácito describe, donde los ciudadanos frecuentemente la dejaban ir por librarse de verdugos. Los máximos y divos pontífices, los sucesores de los cónsules, dueños de la tierra, dieron pasto vil en sus personas á la lujuria de los esclavos, sirviendo como de mujeres, y en tanto Lydias y Cyntias, menospreciadas, distraían sus horas de abandono en el circo sangriento. Pero otro es nuestro propósito: aquel espectáculo, miserablemente grande, nos llevaba á olvidarlo. Ello es que la justicia de Dios fué sobre Roma. Enjambres de bárbaros, salidos de todas las partes del mundo, se ponen á un tiempo en camino: todos marchan contra Roma, ninguno sabe porqué; pero una especie de inspiración, de poder sobrenatural los guía. Alárico llega delante de la ciudad imperial, retirase, vuelve, torna como dudoso, y al fin cae sobre ella y la saquea: aquello sí que estaba escrito.

Godos, vándalos, suevos, francos, hérulos, sajones y alanos vinieron al Mediodía: todos apagaban la sed en el cráneo del vencido: tropezar y romper, hollar y destruir eran

cosas comunes en ellos. Pero diferenciábanse en algo: que los godos, si pérfidos, eran castos: y los alemanes, aunque no pérfidos, preciábanse de lujuriosos; los francos eran embusteros, pero hospitalarios; los sajones cruelísimos, pero castos; y castos eran los vándalos también, aunque mas que ningunos otros feroces. De estos era rey Gezericho ó Genserico, hombre de mediana estatura, y cojo á causa de una caída; pero de comprension profunda, corto en palabras, enemigo de lujuria, en ira ardiente, habilísimo en buscar alianzas, práctico en sembrar discordias y levantar rencores (1). Este, despues de devastar varias provincias de las Galias y España, se fijó en la Bética con sus vándalos, la cual tomó entonces el nombre de Andalucía. Desde las costas españolas miraba sin duda con envidia aquel conquistador la playa vecina del Africa, aprendiendo de los romanos ó de su propia sagacidad lo que la Providencia le guardaba en aquella tierra. A dicha sucedió entonces que el conde Bonifacio, gobernador de la provincia, quejoso de Placidia, que gobernaba el imperio por su hijo Valentiniano, se alzase contra ella y demandase el auxilio de los vándalos, ofreciéndoles en pago la tercera parte del territorio. No se dejó esperar Genserico en Africa, sino que aprovechando la ocasion, desembarcó allá con ochenta mil combatientes y se apoderó de todo, sin que el propio Bonifacio, reconciliado ya con Placidia, lograse tornarlo á España: merecido castigo para el que imprudente llama poder extranjero á componer discordias en su patria. Así fué como los vándalos fundaron su imperio en Cartago, Numidia y Mauritania. Genserico, no contento con tales conquistas, asoló con sus naves las costas del Mediterráneo; y llamado á Roma para cumplir otra venganza, remató la obra de Alarico, poniendo por tierra los restos de la grandeza imperial y trayendo riquísimos despojos para sí. Sabido es que al dejar el puerto de Cartago para una de sus expediciones, le preguntó el piloto contra quién

---

(1) Este retrato y la mayor parte de los hechos que siguen están tomados en *Jornandes De Getarum sive Gothorum origine et rebus gestis.*

había de encaminarle : « Contra aquellos , dijo el bárbaro , que merezcan la ira de Dios. » Con la fortuna de sus empresas y las altas dotes y calidades que poseía , Genserico logró afirmar su dominacion en Africa y gobernarla sin contradiccion por muchos años. A Basiliscus ó Basírides , general romano que había venido contra él y estaba á punto de tomar á Cartago , lo apartó de su propósito con suma de dineros : de suerte que aquel se volvió con su armada á oriente sin otro efecto. Y para distraer de semejantes empresas al emperador Leon , que mostraba mas aliento que sus predecesores , concitó contra él á Eurico , rey de los visigodos ; el cual , cediendo á los ruegos y ricos presentes del vándalo , atacó al imperio , apoderándose de Arles y de Marsella. Al propio tiempo tuvo maña para mover á los ostrogodos á que asolaran el oriente , por manera que no volviesen mas contra él los emperadores. En otra ocasion , temiendo que Teodorico quisiese vengar en él cierta injuria horrible que su hijo Hunnerico , casado con una hija de aquel rey , había inferido á su esposa , envió presentes de gran valor á Atila con embajadores que lo indujeran á entrar en las tierras que ocupaban los visigodos. Y por cierto que Genserico logró su intento y que el formidable caudillo de los hunnos , tan conforme con él en ferocidad y astucia , dió hartó que hacer á Teodorico para que pensara en vengar á su hija ; de que tuvo origen aquella guerra que terminó tan gloriosamente para los visigodos en los campos cataláunicos. No fué menos hábil y afortunado para sujetar á los naturales , que pugnaban por cobrar su independenciam ; presos unos , muertos otros , con dádivas estos , aquellos con rigores , logró general obediencia. Sin embargo , no hay datos para creer que aquellas tribus y régulos de Mauritania , que no pudo rendir el poder romano , fueran dominados por Genserico ; antes parece que la dominacion de este no pasó , como la del imperio , de las costas y de algunos lugares importantes.

Cuarenta años despues de su entrada en Africa murió Genserico. Príncipe verdaderamente grande , aunque bárbaro , y capaz de mayores empresas si mandára ejércitos tan numero-

sos como pedían los tiempos, porque á la verdad los vándalos eran de las naciones mas débiles que vinieron sobre el imperio. Hay en todos sus hechos cierta grandeza que espanta al historiador y le obliga á apartar los ojos de sus faltas. Ni Atila ni Alarico le escedieron en ealidad de conquistador y de rey ; antes bien supo vencer al primero en astucia, con tener tanta, y al segundo en audacia y constancia, con ser estremado en una y otra. No fué culpa suya si la monarquía que fundó en Africa no llegó á consolidarse como las de los godos y francos. Los amazirgas y bereberes que poblaban aquellas tierras diferian sobradamente de los guerreros septentrionales para que pudieran confundirse con ellos, y por otra parte, era mucho el amor á la independencía, que muchos de ellos gozaban, y otros disputaban constantemente, para que entrasen gustosos en la nueva monarquía. Otra era la situacion de España y de las Galias, completamente dominadas por los romanos, acostumbradas á la obediencia y con mayor proporción y comodidad en sus climas para las tribus septentrionales que las ocuparon. Genserico llamó antes de morir á sus hijos, y para estorbar que el deseo del mando encendiera en ellos discordias, dispuso que se heredaran unos á otros y de mayor á menor. Por estraña que parezca esta manera de sucesion, ello es que el imperio de los vándalos se libertó con él de guerras civiles por algun tiempo. A Genserico sucedió Hunnerico, á este Gundamundo ó Gundarbando, y luego Trasamundo. Las historias nos pintan á estos reyes solamente ocupados en apagar las insurrecciones que encendía el deseo de independencía en los naturales, y en perseguir, como arrianos que eran, á los católicos. Tras ellos vino Hilderico, hijo de Hunnerico, que fué hartó inferior á sus antecesores. Gelimer, su primo, capitán esforzado, sin cuidarse de lo mandado por el abuelo, se levantó contra él y le dió muerte, apoderándose del trono. Andaba el poder romano un tanto pujante aquellos dias por el valor y fortuna de Belisario, al cual, oída la traicion de Gelimer, mandó el emperador Justiniano que fuese á castigarla. De cierto debe contarse este castigo como pretexto del romano para ejecutar una empresa

que acaso muy de antemano meditaba. Belisario desembarcó en Africa, derrotó á Gelimer, y cargado de cadenas, lo llevó á Constantinopla, donde murió de remordimiento y por no poder sufrir la vida particular á que quedó reducido. Cubrióse de gloria en esta conquista el general bizantino, que bien puede ser reputado como el último de su nacion. Ni el imperio logró mas prosperidades los años adelante; aquello fué un relámpago que alumbró, tronando, sus escombros. El espectáculo de la persecucion que padeció mas tarde Belisario por aquella pátria ingrata, despues de tantos servicios y victorias, es ciertamente de los mas tristes y odiosos que presenta la historia. Nada habia adelantado el imperio con cambiar de metrópoli; desapareció la autoridad del nombre, y quedó la vileza de los últimos dias de Roma. Constantinopla, si no fué heredera de tanta gloria, lo fué de tantos escándalos y crímenes.

Terminado en tanto en Africa el poderío y dominacion de los reyes vándalos, herederos de Genserico, que duró cerca de cien años, la Mauritania Tingitana volvió á entrar en el imperio con las provincias limítrofes que antes, como ella, obedecian á los vándalos.

Mas no faltaron guerras en los años sucesivos. Un soldado de miserable condicion, llamado Stozas, se alzó contra Salomon, que mandaba en Africa por Justiniano, y usurpó el poder supremo. Salomon tuvo que huir, y entre tanto aquel rebelde hacia matar á los principales capitanes y caballeros romanos, y devastaba el territorio. A punto llegaron las cosas que Belisario hubo de tornar con ejército formado para vencer á los rebeldes; consiguiólo efectivamente, mas no por eso mejoraron las cosas (1). Dias adelante dejó la vida Salomon en manos de los mauritanos, levantados de nuevo en rebeldía. Sobrevenida discordia entre ellos, Stozas y otro de los caudillos, llamado el conde Juan, en quien antes confiara mucho Belisario, se encuentran en singular combate, y ambos quedan en el cam-

---

(1) De estos sucesos trata menudamente Procopio en la *Guerra de Justiniano contra los vándalos*, uno de sus mas curiosos libros.

po: otro Juan, llamado Stozas el jóven, usurpó en seguida la autoridad y gobierno con ayuda de Gunthar, general romano, aunque manifestamente de origen bárbaro, y un cierto Artaban, arsaída de origen, dió muerte á este en un festin, y al usurpador Juan lo envió á Constantinopla, donde murió en vil suplicio.

Entonces vino á mandar en Africa el patricio Juan, apellidado Troglita en quien depositaban los emperadores gran confianza. Logró al principio este capitan grandes efectos, porque introduciendo la discordia entre los moros, logró que unos le ayudasen á sujetar á los otros; castigó con pena de muerte en un solo dia á diez y siete prefectos, y así, con el rigor y las artes de la política, consiguió poner en paz el territorio. Ignórase si tales servicios los hizo más por interés propio que no en beneficio del imperio, porque á la verdad no mucho tiempo despues quiso levantarse en aquellas partes por soberano, y solo debió la vida á la piedad del emperador despues de descubier-to su propósito. Pero los años adelante se conservó la paz, y como por aquel mismo tiempo sucedió que los romanos recuperasen, por ratos con los godos, algunas plazas marítimas del Mediodia de España, regian en ellas lo mismo que en las fronterizas de la Mauritania, los gobernadores imperiales de Africa.

Así continuaron las cosas por muchos años, hasta que Sisebuto y Suintila arrojaron de las plazas marítimas que poseian del lado acá del estrecho á los romanos, ó mas bien greco-bizantinos, puesto que dependian del imperio de Oriente. Ocurrióseles al punto pasar al litoral de Africa y ganar tambien las plazas sujetas á aquel dominio, para completar su conquista; y aunque se ignora el tiempo en que lo ejecutaron, las hazañas que hicieron y el espacio que señorearon, ello es seguro que los príncipes españoles ganaron y poseyeron muchas plazas y tierras importantes en la costa mauritana, contándose entre ellas Tánger y Ceuta. Hay otras muy principales que se cuentan como de fundacion hispano-goda.

Triste era en tanto la situacion de aquellos desdichados

gobernadores del imperio, puestos entre los ataques de los reyes de España, las insurrecciones de los naturales, siempre deseosos de sacudir el yugo, y lo que es mas todavía, la violencia de las irrupciones con que ya los árabes amenazaban apoderarse de toda el Africa, como se habian apoderado de las regiones mas florecientes del Asia. En este punto, mas que falta de noticias, se siente tanta contrariedad y confusion que es imposible determinar á punto fijo la mayor parte de los hechos. Luis del Mármol, laboriosísimo investigador de estas cosas, dice (1) que á mediados del siglo VII, mandando en Africa por los romanos Gregorio patricio, los godos, con ayuda de los africanos, llegaron á apoderarse de mucha parte de Berberia. Mientras esto pasaba por una parte, entraron los árabes por el desierto de Barca con ochenta mil combatientes, y vencieron á Gregorio junto á Caruam (ó mejor Cairowan). Muchos árabes volvieron á su patria despues de esta conquista, pero otros se establecieron en tierra de Túnez, mandándoles el califa que no atacaran los lugares marítimos, ocupados por los romanos, porque habia tratos entre él y el emperador Constantino II, que le obligaban á la paz. Gregorio volvió con armada al cabo de algunt tiempo, y recuperó á Cartago, pero fué obligado á abandonarla de nuevo. Al fin despues de muchas vicisitudes y conquistas, ocuparon los árabes todo el Africa-greco-bizantina, «hasta llegar, dice Mármol, á la ciudad de Constantina y hasta las Mauritania, donde pusieron la frontera contra los godos, que poseian los lugares marítimos de la costa Occidental y algunas ciudades y provincias de la tierra adentro.» (2)

### III.

Llegamos ya á la conquista de Mauritania por los árabes; suceso el mas influyente y de mayor importancia que haya acontecido en aquella tierra. El mundo estaba ensangrentán-

(1) Véase la *Descripcion de Africa*.

(2) *Idem*.

dose por primera vez en una guerra religiosa. Los antiguos medos y persas, los griegos y romanos, los godos y vándalos, pelearon siempre por defender ó conquistar territorios por ambicion ó rapacidad de sus caudillos; y los mismos judíos antes lidiaron por destruir razas enemigas, que no por esparcir su fé. Mahoma ó Mohammed-ben-Abdallah, nacido en la Meca por los años 571 de Jesucristo, y en medio de una tribu flaca y desconocida, fué el primer hombre que enseñando una doctrina, desenvainó la espada para sostenerla, confundiendo la conversion con la conquista, y predicando la *guerra santa*. Vióse entonces cuánto supera el espíritu religioso á la ambicion, la codicia, la gloria y todas las otras pasiones, para esforzar el ánimo y levantarlo á grandes empresas. Y es que la eternidad es inmensa, cuanto breve la vida; y el hombre, cuando le ofrecen dones en una ú otra, los prefiere en la segunda naturalmente. Al grito de no hay mas Dios sino Dios, y Mohammed es su profeta, (1) cayeron las fortalezas de la Siria y la Persia, tembló Constantinopla, el Egipto sucumbió, abrieron sus puertas las ricas ciudades del Africa cartaginesa. El imperio de los califas vicarios de Mahoma, era ya á principios del siglo VIII el mas extendido y mas poderoso de la tierra. Y tales maravillas no las habian ejecutado ejércitos imperiales ni naciones numerosas, sino algunos aventureros oscuros guiando tribus hasta entonces, por lo insignificantes, olvidadas (2).

Hasan-ben-Annoman, enviado por el califa Abdelmeli á rematar la conquista de Africa con cuarenta mil soldados escogidos, habia llevado á cabo con gran fortuna muchas empre-

---

(1) La traduccion literal de esta frase es: «no hay mas Dios que Allah (es decir el Dios por excelencia, el Dios que adoran los árabes) y Mahoma es su mensajero.»

(2) Estos hechos están extractados de las historias generales de los árabes. En la escritura de los nombres durante todo el período que sigue he seguido las indicaciones del aplicado orientalista D. Francisco Javier Simonet.

sas, y se juzgaba ya dueño de toda la tierra hasta el cabo Espartel y el mar Océano. Una muger detuvo sus pasos delante de la frontera tingitana. Su nombre era Dhabha; pero los árabes, mirando sus hechos extraordinarios, comenzaron á llamarla Cahina, que es tanto como decir, hechicera. Aquella muger andaba en reputacion de santa ó adivina entre algunas tribus africanas, y con tal pretexto pudo juntar ejércitos de moros y bereberes, con los cuales derrotó al emir Hasan, obligándole á retirarse hácia las fronteras de Egipto. Tras esto llamó á consejo á sus capitanes y les dijo: « Los enemigos no vejan hoy sino para venir mañana mas poderosos. La opulencia de nuestras ciudades, los tesoros de nuestras arcas, las joyas de nuestros vestidos, los frutos de nuestros huertos, las flores de nuestros jardines, las mieses de nuestros campos, los bestan invitando al robo y á la conquista. Caigan, pues, las ciudades, vuelvan los metales y pedrerías á la tierra que los produjo, talemos los frutos, las flores, las mieses, y levantaremos muros de espanto y de miseria que el árabe no pase jamas.» La heroína no conocia á aquellos conquistadores; ignoraba que venian movidos por resorte tal como el fanatismo religioso. No tardaron en volver: las huestes de Cahina fueron rotas después de una sangrienta pelea, y la muger santa, como era llamada de los suyos, cayó en poder del vencedor. Propúsole el emir Hasan las ordinarias condiciones de los conquistadores musulimes: creer en Dios y en Mahoma, ó pagar tributo. Negóse á uno y otro la esforzada Cahina, y fué decapitada, llevando aquel su cabeza por trofeo á la corte del Califa. Con este triunfo quedó llano el camino á los invasores para entrar en la Mauritania Tingitana. En tanto depuesto Hassan, vino á proseguir la conquista Muza-ben-Nosseir, hombre en años, pero activo y vigoroso, de noble presencia, y tan cuidadoso de sí, que al decir de las historias, traía siempre cuidadosamente teñidas la barba y el cabello que la larga edad-encanecía. No hay acaso personaje mas importante en la historia de Marruecos. Afable con unos, con otros magnifico; constante en la adversidad y modesto en la victoria, valiente

y sagaz á maravilla, nos le pintan las tradiciones árabes, y tal debió de ser si hemos de juzgar por sus hechos. Al rumor de la novedad un bereber llamado Warkattaf, levantó banderas y armas, pero fué vencido y obligado á meterse en las montañas, en donde á la verdad no encontró tampoco seguro refugio. Destruídos este y otros rebeldes, Muza llegó á juntar trescientos mil prisioneros y un inmenso botín. De aquí y de allá acudían en tropel á servirle árabes, siriacos, persas, copios, y aun nómadas africanos: de suerte que reunió poderosísimo ejército y pronto á toda empresa. Ni se contentó Muza con imperar por las armas; quiso que los naturales amaran antes que no obedecieran su gobierno. Eran algunos de ellos cristianos, otros idólatras, y el mayor número profesaba el judaísmo, lo cual hacía difícil tal intento. Pero el caudillo árabe comenzó por hacer creer á los suyos y á los naturales que procedían de un mismo tronco, como originarios unos y otros del Asia, llamando á estos hijos de los árabes; y repartiéndolo con igualdad sus dones y observando estricta justicia, logró que los vencidos fueran convirtiéndose al islamismo y confundiendo sus intereses con los de sus conquistadores. Verdad es que nunca hubo pueblos mas conformes en costumbres que los árabes y bereberes, nómadas estos y aquellos, ligeros y dados igualmente á la rapiña y á la guerra. Mas fué grande acierto el del caudillo, que conoció y supo aprovechar tales elementos, venciendo los árduos obstáculos que ofrecía de todas suertes su propósito. Puestas en orden las cosas de aquellas provincias, determinó Muza pasar la frontera de la Mauritania Tingitana y rematar la conquista de la tierra. Salió á contrastar su furia el conde D. Julian (tan famoso en la historia de España), que gobernaba por los godos en aquellas partes; y juntas las fuerzas pelearon valientemente en varias ocasiones. Al fin los godos, no pudiendo resistir al número de sus contrarios, dejaron el campo y se encerraron en las ciudades: Muza se apoderó de Tánger, que era una de las principales, y luego de otras varias, hasta reducir el imperio godo en Africa al recinto fortísimo de Ceuta.

El conde D. Julian se defendió allí tan bravamente, que el árabe, dando por terminada la conquista, hubo de retirarse á Cairowan, capital de su gobierno, dejando encomendado el bloqueo de la plaza, que estaba seguro de rendir tarde ó temprano, si no por armas, por hambre, á su hijo Merwan, y el mando de Tánger y las cercanías á Taric-ben-Zeiad, capitán veterano á quien amaba mucho, y del cual hacia gran cuenta. Así pasó algún tiempo, durante el cual los bereberes de aquende el Mulaya fueron imitando el ejemplo de sus hermanos de allende el río, y abrazando el islamismo. Los tristes godos en tanto, no pudiendo encerrar sus personas y bienes dentro de los estrechos muros de Ceuta, iban dejando la tierra de Africa, que fué por tanto tiempo de sus padres, y abandonando sus labores y hogares. Ninguno de ellos apostató de su nación y fé: pobres y desvalidos, prefirieron morir libres, aunque pobres, en España, que no vivir ricos debajo del brazo extranjero. No sabían ellos que aun allí habian de perseguirlos los jinetes de Musa; que Dios había estampado un sello de esclavitud sobre su raza, que, sin ocho siglos de guerra y de sangre, no habia de ser borrado.

Desde entonces quedó sin contraste en poder de los árabes el Africa septentrional. Por primera vez formaba una nación aquella gente, desapareciendo las inmemoriales contiendas de familia y de raza que la habian hecho impotente hasta entonces. Los antiguos amazírgas y xiloes y las tribus tan opuestas llamadas en España de gomeles, mazamudas, zenetes y otras, comenzaron á mirarse como hermanas, ya que no perdieron del todo sus diversas tradiciones y costumbres. Los guerreros árabes avecindados en el suelo conquistado, y las muchas familias del Asia y del Egipto, atraídas en Africa por las victorias, servían de lazo entre las ramas diferentes de la población antigua, concertándolas y juntándolas en un punto. Musa-ben-Nesseir, como hombre de tan altos pensamientos, no bien miró pacífica el Africa, puso sus ojos desde sus orillas en las de España, determinándose á ganarla para que fuera una con su gobierno. Genzerico habia sentido en la opuesta arena los mi

mos pensamientos tres siglos antes. Y lo singular es que entrambos conquistadores, el vándalo y el árabe, este para pasar á España, y aquel para invadir el Africa, hallaron unos mismos medios é idénticas personas que les sirviesen. Un cierto conde Bonifacio, gobernador romano en Tingitania, movido de resentimientos particulares, entregó las provincias africanas á Genzerico, y ahora otro conde llamado Julian, que gobernaba la misma provincia, y por afrenta propia tambien, abrió á Muza las puertas de España. Hemos dejado al conde D. Julian bloqueado en Ceuta por Meruam y defendiéndose bravamente: determinado luego á ejecutar su traicion, entregó la plaza á los árabes, les reveló los secretos del imperio godo, y guió sus huestes á los campos fatales de Guadalete. La hueste del Islam la formaban allí doce mil bereberes gobernados de aquel Taric-ben-Zeiad, soldado viejo, tan amigo de Muza. Mala fué la jornada para España: tanto, que no cuentan las historias del mundo otra mas desdichada. Muza-ben-Noseyr deja el Africa á la fama del triunfo, llega, invade, conquista todo el territorio hasta el Pirineo, y yaiba á traspasarlo aun mas hambriento de batallas y de gloria, cuando envidia y calumnia conjuradas lograron derribarle de la estimacion del califa; y vuelto al Asia, murió pobre y desconocido entre los de su tribu. Politico no menos hábil que capitán famoso, el cual logró en Africa que los vencidos amaran á los vencedores, y en España que los esclavos admiraran la piedad de sus dueños: cosas ambas menos famosas que singulares y grandes. Al recorrer la historia de Marruecos, el ánimo se para sin querer ante ese olvidado sepulcro, y á pesar de la diversidad de raza y la contrariedad de creencias, lo saluda con respeto.

La Mauritania Tingitana y el resto del Africa septentrional, continuaron dependiendo del imperio árabe y de los califas de Damasco por mucho tiempo. Pero á la verdad, los emires sucesores del conquistador Muza, no alcanzando su prudencia y esfuerzo, no pudieron alcanzar tampoco tan buena fortuna. Hubo, pues, largas vicisitudes en toda el Africa, pugnando los naturales por recobrar la antigua independencia, y divi-

dido además en cismas religiosos, que produjeron horribles contiendas. Si ha de creerse al historiador Cardonne, murieron de amazirgas, en dos batallas perdidas contra Hantdala-ben-Sofian, general del califa Yezid, treinta mil hombres en la primera, y ciento sesenta mil en la segunda. Pero no por eso dejaron los amazirgas y las otras tribus hermanas de pretender su independencia de los califas. Es de notar, sin embargo, que en estas rebeliones, antes peleaban los moros y los demás africanos por gobernar de por sí el territorio, que no por arrojar de él á la raza conquistadora. Los lazos con que árabes y moros quedaron unidos en tiempo de Muza, eran tan fuertes, que no habian de romperse jamás, ni siquiera en pensamiento. La libertad porque suspiraban ahora los africanos, era aquella misma que alcanzaron los diversos gobiernos de España, que poco á poco se fueron convirtiendo en reinos aparte; y el ejemplo les incitaba mas y mas á procurarlo, como que ya no lo veían de ejecucion imposible. Referir los trances diversos de aquella contienda, que duró hasta mediados del siglo X, no es propio de estas páginas, ni á la verdad importa mucho para la inteligencia de la historia. Ello es que al fin los africanos lograron sacudir el yugo de los califas, entrando á gobernar los aglavitas en la parte de oriente, y los edrisitas en el occidente. De estos es de quien nos toca ocuparnos; y aqui empieza verdaderamente la historia nacional de Marruecos. Pero antes de terminar este periodo, debemos advertir que los árabes dividieron el occidente del Africa en tres partes, llamando á la mas oriental Mogreb-el-aula, Mogreb-aal-wasatá la del centro, y Mogreb-alacsa á la mas occidental, ó Mauritania Tingitana: conviene no olvidarlo en lo sucesivo.

#### IV.

El sabio historiador Abu-Mohammed-Assaleh-el-Garnati, (1) en su obra intitulada «El agradable y divertido Cartas, ó có-

(1) Sigo la traduccion portuguesa de Aloura, y doy por supuesto que es el autor de esta obra quien generalmente se cree.

dice que trata de los soberanos de Mauritania y fundacion de la ciudad de Fez», dá larga cuenta de la familia y ascendientes del príncipe ó Idris, que fué quien separó aquellas provincias del califazgo, estableciéndose en ellas como rey. Mas baste saber que venia de Ali y de Fátima, llamada la perla por ser única hija del profeta, y que peleó valientemente con otros cinco hermanos suyos contra el usurpador Abu-Giafar: de la familia de los Abbásidas, en la funesta jornada de Fagg. Idris era el menor de ellos, y viendo muerto al mayor, que se nombraba Mohammad, fugitivos los otros, destruida casi toda su estirpe, y sin esperanzas de recobrar el califazgo que habia perdido, se retiró á Mauritania, pasando, no sin grave peligro, el largo camino, en compañía de su liberto Ráxid, hombre intrépido, resuelto y prudente, religioso y fiel á los descendientes del profeta. Despues de visitar várias ciudades de Mauritania sin hallar en ellas amigos ni facilidad de hacer valer su persona, Idris llegó con su compañero á la ciudad de Walila, metrópoli del país de Zarahon, á donde gobernaba Abdelmegid, el cual recibió á los fugitivos con mucho amor, hospedándolos en su propia casa, é informado de sus intentos, determinó ayudarles en ellos. Con efecto, á los seis meses de morar Ydris en Walila, en casa de Abdelmegid, siendo los principios del mes de Ramadan del año 172 de la egira, que es el 788 de nuestra era, congregó este á sus parientes y allegados y á las tribus de Auraba, que eran las mas numerosas y fuertes de Mauritania, y las comunicó el nombre y descendencia de aquel, hablándoles de su parentesco con el Profeta, de su bondad, religion y perfectas virtudes. Los congregados respondieron de consuno: «Alabemos á Dios, que aqui nos le trae y con su presencia nos honra; él es nuestro Señor y nosotros sus siervos, y por él daremos la vida. — ¿Quieres por ventura que como á rey le aclamemos?—Pues sea; que no hay en nosotros quien ponga reparo en ello: sea humilde y prontamente.» Y sin otra cosa, fué aclamado Ydris por aquellas gentes. Acudieron muchas tribus á servir al nuevo príncipe, y con ellas formó gran ejército, con el cual destruyó á

descontentos de algunas tribus, trajo otras nuevas á su obediencia, y rindió á Telemsan ó Tremecen, ciudad importantísima en aquella edad, levantando en ella mezquita y púlpito, á donde como soberano inscribió su nombre. Reparó tambien que, á pesar de las grandes conversiones logradas por el ilustre Muza-ben-Noseyr y del largo tiempo trascurrido en el dominio árabe, conservaba la tierra no pocos moradores cristianos y judíos, los cuales ocupaban las gargantas del Atlas y puntos y fortalezas casi inaccesibles, y libremente practicaban sus ritos religiosos, viviendo en total independencia. Propuesto á esterminarlos, marchó contra ellos con todas sus fuerzas. La última centella del cristianismo se apagó en Africa cuando Ydris, muertos ó cautivos aquellos fieles, arrasó los lugares que ocupaban, y entre otros las fortalezas de Fandelava, Medinna, Bahalula, Colad y Guiata, donde abrigaban su pobre fortuna. Pero el príncipe mauritano no gozó mucho de tales triunfos. El califa Harun Arraxid, al saber los hechos del aborrecido rival, desconfiado de vencerle por armas, apeló, para acabar con él, á una maldad horrible, que fué enviar á su corte cierto hombre vil y mañoso, llamado Suleiman, el cual, ganando primero la confianza de Edris, le envenenó con un pomo oloroso. El fiel liberto Raxid salió en persecucion del traidor, y alcanzándole al paso del Mulaya, le hirió en la cabeza y brazos; mas al fin escapó con vida de sus manos. En seguida recurrió á los régulos ó caudillos de las tribus, y les propuso que nombrasen otro rey hasta ver si de Quinza, mujer esclava que habia dejado preñada Ydris, nacia hijo varon que pudiera sucederle, y cuando no, tomar con detenimiento otro partido. Bien quisieran los naturales nombrar por rey al propio Ráxid; pero dóciles á la voz del noble anciano, determinaron esperar el parto de la esclava. De esta nació el príncipe á quien llamaron Ydris II. Los xeques, al verlo, exclamaron: «Este es un Ydris; parece que en él vive aquel otro todavía,» y al punto le juraron por su señor. En todos estos hechos mostraron los moros un candor verdaderamente primitivo. Cuéntase que el vil Suleiman ganó la con-

fianza de Ydris, porque solamente en su conversacion hallaba el príncipe las ideas cultas á que estaba acostumbrado: el ánimo simpatiza con semejante ignorancia cuando produce escenas tan patriarcales como se representaron en la proclamacion de Ydris y de su hijo.

A los once años entró á reinar el nuevo príncipe. Fué virtuoso y valiente, y edificó para capital de su imperio la gran ciudad de Fez. A este sucedió su hijo Mohammed, el cual, por consejo de aquella esclava Gunza, abuela suya, repartió entre sus hermanos los mejores gobiernos del imperio. Mal pagaron esta generosidad dos de ellos, porque el uno, llamado Ysa, se rebeló contra él, apellidándose emperador, y el otro, por nombre Alcásim, aunque no claramente, vino á favorecer tal propósito. Tuvo Mahommed la fortuna de hallar un hermano mas agradecido que los otros, el cual, por nombre Omar, venció á los rebeldes, quitándoles los gobiernos de que habian abusado. Alcásim acabó sus dias como arrepentido, haciendo penitencia en una mezquita que edificó para el caso. Mohammed reinó con moderacion y justicia, sucediéndole su hijo Ali, tambien magnánimo y generoso. Hermano de este fué Yahya, que le heredó, por no tener hijos varones: príncipe no inferior en virtud á los anteriores, en cuyo tiempo la ciudad de Fez cobró grandes aumentos y hermosura, viniendo de todas partes muchas gentes á poblarla, y levantándose en ella la gran mezquita de Cairowan y otros edificios. A Yahya sucedió un hijo suyo del mismo nombre, pero harto desconforme en calidades. Movidos de sus liviandades, se alzaron contra él los moradores de Fez, y ó bien le mataron, que parece lo mas probable, ó bien, como el Cartas asegura, murió él de pesadumbre la noche misma en que por los amotinados fué arrojado del barrio de Cairowan, que era el principal de la ciudad, el nombrado del Andaluz, por ser residencia de muchas familias moras desterradas del califazgo de Córdoba. Este Yahya estaba casado con hija de Ali, que era hijo de aquel Omar cuya fidelidad y valor habia salvado á su hermano Mahommed de la furiosa ingratitud de otros herma-

nos. Viendo muerto al marido, Ateca, que asise llamaba, envió á llamar á su padre, el cual, pronto en la ocasion, acudió con numerosa hueste, y vencidos los rebeldes, ocupó el tronos. Pero Alí no lo disfrutó por mucho tiempo. Un árabe, natural de Huesca, en España, por nombre Abderrazac, se alzó contra él y lo venció en campo. Entró el usurpador en Fez, y se posesionó del barrio del Andaluz; pero los del vecino, de Cairowan, cerraron sus puertas, y lejos de reconocerle por soberano, llamaron para que ocupase el trono á Yahya, hijo de Alcásim, ¡aquel mal hermano que murió en penitencia por haberse levantado contra Mohammed, hijo de Ydris II y tercer príncipe de la dinastía. Este Yahya, que debe nombrarse el tercero, murió en una rebelion de sus vasallos, y entonces vino al imperio y gobierno de Fez otro Yahya, primo del anterior, como que era hijo de Omar y hermano de Alí. El cual fué, al decir de las historias, el mas poderoso y de mejor fama, el poseedor de mayores estados, y mas recto y generoso de los Ydrisitas; doctor en ciencias, gran observador de los preceptos del Profeta, dotado de elocuencia y claridad en la palabra, de intrepidez y firmeza en el ánimo. Conservóse en el trono de Mauritania hasta el año 315 de la egi-  
ra, que es el 917 de nuestra era, en cuyo tiempo vino contra él Mosala, natural de Mequinez, como lugarteniente de Abdallah, señor entonces de la parte oriental de Africa, el cual lo derrotó en campal pelea, y poniendo luego cerco á la ciudad de Fez, donde se fortaleció, le obligó á pagar tributo y reconocer vasallaje. El infeliz Yahya vió perdida en un punto toda su grandeza, siendo reducido á obedecer los mandatos de gente extranjera, aunque de la propia religion y éstirpe. Pero no pararon aqui sus azares. Un cierto Muza, xequé de la tribu de Mecnesa, anhelando por imperar, y envidioso de las virtudes y fama de Yahya, se habia juntado con Mosala para vencerle y humillarle, y no satisfecho con haberlo conseguido, meditaba continuamente su total ruina. Al fin logró que Mosala prendiese á Yahya cuando este amistosamente iba á su encuentro, y que le atormentase por

mil bárbaros modos, hasta conseguir de él que dijese donde tenia ocultos los tesoros del imperio: que acaso pintándoseles como muy grandes, y excitando con ellos su codicia, fué como Muza alcanzó del capitán africano que ejecutase alevosía tan horrenda. Yahya fué desterrado en seguida, pobre y miserable, á la parte de Arcila, y de allí al Africa oriental; pero el odioso Muza, pronto siempre en atormentar á su émulo, le asaltó en el camino, y le tuvo en hondos calabozos por espacio de veinte años; de donde el triste rey no salió sino para morir á los pocos dias en el asalto de una ciudad extraña. Entretanto gobernó el Mogreb-alacsa por algun tiempo Raihan, en nombre de los soberanos de la provincia de Yfríquia, que comprendia la parte oriental de la tierra donde antes estuvieron Cartago y Numidia. Exasperados al fin los naturales con la dominacion extranjera, llamaron al príncipe Al-hasan, nieto de Al-cásim, el cual entrando secretamente en Fez, arrojó de allí al gobernador Raihan y se hizo aclamar por el pueblo. El primer intento del nuevo soberano fué libertar á su padre que gemia á la sazón en las prisiones de Muza, y vengar tantas afrentas como de él habia recibido su familia. Para ello juntó copioso ejército, y encontrándose con su enemigo orillas del rio llamado Vadelsicoltahen, hubo gran batalla, la cual fué muy costosa á unos y otros, aunque no sin ventaja de Al-hassan. Este, dejando sus tropas en el campo, volvió á Fez ó bien por traer de allá refuerzos, ó bien por arreglar algunas cosas del gobierno. Mas entretanto viéndole solo dentro de los muros unos de sus alcaides, de estirpe extranjera, que tenia por él las fortalezas de Fez, se resolvió á perderle, y poniéndole en cadenas expidió mensajeros á Muza, el cual llegó á la ciudad, y á pesar de la resistencia de los moradores, entró en ella con ayuda del traidor. Luego quisiera Muza que este le entregase al príncipe para matarle; mas no lo logró de él, por no consentir que se derramara sangre del Profeta, antes por libertar á Al-hassan de las iras de su émulo, le soltó una noche por la muralla, con tan poca destreza por cierto, que hubo de morir del golpe. Con lo cual el traidor alcaide no logró su intento,

antes bien excitó la cólera de Muza de tal suerte, que solo huyendo pudo salvar la vida.

Pero ello es que Muza ocupó el trono que por tan malos caminos buscaba. Hizo guerra á los Zdrisitas, y los redujo á un solo castillo, de donde no pudo arrojarlos, asi por la aspereza del sitio y fortaleza de los muros como porque los xeques y principales de Mauritania le representaron que no era justo privar de aquel único territorio y asilo á los descendientes legítimos del Profeta. Con esto Muza abrió un poco la mano en la empresa, y hartó hizo en prepararse poco tiempo despues para resistir otras mayores que contra él se intentaban. Sabido es que los reyes de Mauritania ó Fez habian sido hechos tributarios de los señores del Africa oriental ó Yfrikia por Mosala en tiempo de Yahya, y con ayuda por cierto del propio Muza, que entonces imperaba. Pues luego que se vió este posesor de tales dominios, comenzó á rehuir toda dependencia, dándose por libre del tributo. A castigar tales atrevimientos vino sobre Fez un poderoso ejército de africanos al mando de Maisur, el cual obligó á Muza á abandonar sus estados y á refugiarse en el desierto, donde no muchos años despues murió miserablemente; que fué dignísimo fin de tal vida. Maisur, logrado el castigo, se volvió á Yfrikia dejando numeroso presidio en Fez para que mantuviera la obediencia. Los Zdrisitas mirando la ocasión como propicia, salieron del fortísimo castillo en que estaban guarecidos, y recobraron mucha parte de sus estados; pero no pudieron rendir á Fez, que era su capital y la ciudad mas importante del imperio. Gobernaba entonces por los Ydrisitas y como heredero de Yahya, en las tierras reconquistadas, Alcásim, nieto de aquel otro Alcásim de penitente vida. Sucedióle su hijo Abulaix, príncipe juicioso y benigno, generoso y valiente, al decir de las historias árabes, el cual no se sintió con fuerzas para luchar con los señores de Yfrikia á pesar de tales calidades, y ni contaba con arrojarlos de la ciudad de Fez, ni con retener siquiera lo recobrado. Ofrecióse pues como tributario al califa de Córdoba, con tal que le librase de la dependencia del de Yfrikia, quizá

con propósito de valerse del uno contra el otro, que ya se combatían por émulos y mortales enemigos, quedando libre al cabo de toda sujeción y tributo. Pero el cordobés no consintió en enviar armada á Africa sin que Abulaix le entregase antes las plazas de Tánger y Ceuta, y sentó tan firmemente su planta en aquel continente, que desesperado el Zdrisita, pasó á España á la guerra santa, y en ella murió en un encuentro. Su hermano Al-hassan, que le sucedió en el imperio, fué el último de los de su raza. En los diez y seis años que reinó no tuvo un instante de reposo: encendidos cada vez mas en odio y emulacion los soberanos de Yfrikia y de Córdoba, llamados aquellos Fatimitas y estos Umeyas, hicieron á la Mauritania teatro de sus contiendas y combates. Los califas de Córdoba, dueños de Andalucía, miraban como propias las fronteras provinciales de Africa, y los dominadores de la parte oriental de Mauritania no juzgaban tampoco su imperio completo si la parte occidental no poseían. El infeliz Al-hasan, incierto entre tan diversas pretensiones y tan poderosos contrarios, ora se inclinaba á un lado, ora á otro, ya favorecía al africano, ya al español, hasta que con la irresolucion perdió estados y vida. Vencieron al fin los Ben-Umeyas; y Córdoba, capital de la mejor parte de España, vino á serlo entonces del Mogreb-aksa ó reino de Fez.

## V.

La monarquía mauritana desaparece por algun tiempo de la historia. Dos tribus poderosas se disputaban allí la supremacía aunque una y otra, prestándose á obedecer y servir á los califas de Córdoba, una se nombraba Magrawa y otra Yeferun. Era xequé de la primera Zairi-Ebn-Athia, y de la segunda Chadd-Ebn-Yala, iguales ambos en valor y nobleza. La lucha fué porfiada; pero al fin venció Zairi á su contrario, y quedó de pacífico gobernador en Mauritania, poniendo su residencia en Fez. Zairi, ó segun otros Zeiri, tuvo ocasion de servir en gran manera á los califas de Córdoba, venciendo y

sojuzgando á los poderosos señores de Ifriquia, por lo cual fué nombrado gobernador de aquellas provincias y recibió grandes honras y mercedes y el título de visir del imperio. Ensoberbecido al cabo con tantas prosperidades, quiso revelarse contra sus señores; pero fué vencido y arrojado al desierto. Su hijo Almôezz y su nieto Hamáma, hartos mas prudentes que él, alcanzaron de los califas de Córdoba el gobierno del Mogreb, con completa sujecion y vasallaje. En tiempo de este continuaron las guerras civiles entre su tribu y la de los de Yeferun. Alfotuh y Aisa, ó mas bien Ysa, sus hijos, se repartieron no solo el gobierno de la provincia, sino aun la misma ciudad de Fez, mandando cada cual en uno de los dos barrios del Andaluz y Cairowan. Venció al fin Alfotuh, que fué vencido á su vez por un primo suyo apellidado Moanser, el cual imperó en Mauritania hasta que vinieron los Almoravides, fundadores de la segunda dinastía. Moanser, despues de resistirles heróicamente la entrada, desapareció de entre los suyos, y mas no pudo saberse de su fortuna. Pero entre tanto el grande imperio de los califas de Córdoba, aquel que levantó los palacios y jardines de Zahara, y fué patria de sábios tan profundos y tan inspirados poetas y guerreros tan valerosos; aquel cuya amistad solicitaban los emperadores de Constantinopla y de Alemania, y cuyo poder temian todas las naciones de la tierra, mostrábase ya por tierra, siendo, como tantos otros, ejemplo notable de la inestabilidad y flaqueza de la suerte. Sin la gloriosa familia de los Ben-Umeyas se repartió en cien pedazos el imperio, y no hubo mas en adelante que confusion y decadencia entre los muslines de España. Así fué que nadie recordó mas las provincias de Africa, ni pensó en conservarlas ni defenderlas. Duró el señorío de los califas de Córdoba en Mauritania poco menos de un siglo.

VI.

Tras los califas de Córdoba vinieron á gobernar el Mogreb, los príncipes Almoravides, de cuyos principios y grandeza dan larga razon las páginas del *Cartas*, que tan cuidadosamente va siguiendo este relato. En la parte meridional de Mauritania, tocando con el gran desierto de Sahara habitaban tribus bárbaras que apenas tenían de mahometanas otra cosa que el nombre. Sabedor de tal ignorancia un cierto Abdalla-Ebn-Yasim, natural de Sús, doctísimo letrado, y movido por las exhortaciones de un peregrino de aquella tierra y de algunos de sus allegados y amigos, partió allá y predicó con gran celo y fortuna la doctrina alcoránica. Acudieron á oírle turbas innumerables de aquellas cabilas, y principalmente de las de Gudala y Lamtuna, las cuales mostraban tal fervor en su enseñanza, que Abdalla, conmovido y entusiasmado, dió en llamarles *almorábitin* (1) ó *santos*, de donde se derivó el apelativo de almoravides. Ni se contentó este con la predicación religiosa, sino que poco á poco les fué comunicando los conocimientos y noticias que en ciencias y artes poseía. Luego los almoravides cobraron gran ambicion, y determinaron salir de sus soledades y yermos, y estenderse por el mundo; viendo con la reciente cultura cosas que no habían imaginado, y deseando otras en que no habían parado mientes jamás. Caminaron pues, formados en poderosa hueste, hácia el interior de Mauritania; y como esta estuviese á la sazón tan desvalida, porqué los califas de Córdoba no podían ya acudir á ella, y por ser sobrado flacos los gobernadores ó príncipes tributarios de Fez, lograron en poco tiempo hacerse dueños de la mejor

---

(1) Quiere decir los que viven en las rábitas y hacen la guerra de frontera.

parte del territorio, señoreando también las costas y ciudades marítimas. Abu-Becr, su caudillo, viéndose en tal estado y apto para fundar una formidable potencia, determinó edificar ciudad nueva y á propósito para poner en ella su corte. Tal es el origen de la fundación de la gran ciudad de Marruecos, que hoy dá nombre á todo el imperio.

Pero Abu-Becr no pudo llevar á ejecución sus altos pensamientos. Habiendo vuelto al desierto á combatir ciertas tribus enemigas de la suya, dejó encargadas las cosas del nuevo estado á su primo Yusuf-Ebn-Taxefin, el cual se dió tan buenas artes, que ganado el amor de los soldados y el respeto del pueblo, vencedor de muchas batallas y dueño de tesoros inmensos, no parecía ya posible despojarle del mando que interinamente tomara. Discreto anduvo Abu-Becr cuando al volver le cedió voluntariamente todas las tierras conquistadas en Mauritania, reservándose tan solo el gobierno de las antiguas *cabilas* y las vecindades del arenal de Sahara; que fué convertir en virtud una necesidad invencible. Yusuf se apoderó de Fez, extendiendo de una parte y consolidando de otra sus conquistas. En vano Alcásim, hijo de Moanser, quiso disputárselas; porque con su levantamiento no logró otra cosa sino que la ciudad de Fez, donde se fortaleció, fuese entrada por armas, y, muerto lo mejor de su vecindario, quedase desolada. Era Yusuf intrépido y temeroso de Alá, muy parco en la comida y de poca ostentación en vestidos y pompas mundanas; astuto y sabio, y tan ambicioso como apto para las conquistas y el gobierno de los pueblos. Dueño ya de Mauritania, y viendo que, rendido Toledo al rey Alfonso, y amenazada Sevilla, no quedaba á los desdichados reyezuelos de España otro amparo que su alianza sin cesar implorada, determinó proseguir la ordinaria obra de los conquistadores, que es pasar el angosto estrecho, y someter á un propio cetro las fronteras orillas. No le faltó á Yusuf en esta empresa fortuna: desembarcó en la isla *Verde*, y de allí en la costa de Tarifa, y adelantándose hasta Castilla y Estremadura, venció á Alfonso VI de Castilla en la jornada de Zalaca, tomó

muchas ciudades cristianas, redujo á su obediencia los reyes moros de la tierra, y así pudo contarse en la hora de la muerte por señor de un imperio que remataba al Norte en la ciudad de Fraga, no lejos del Pirineo, y al Sur en los montes y yermos de la Etiopía. Sucedióle su hijo Alí, príncipe dignísimo de tal padre, aunque harto menos dichoso, el cual, refrenadas ciertas conspiraciones y revueltas, pasó á España á proseguir la guerra contra los cristianos. De allí le distrajo un levantamiento que, nacido de pequeños principios, amenazaba ya terribles efectos. Causábalo cierto Mohammed Ebn Tumert, natural de Sus-alácsa y de origen oscuro, aunque él se decia de familia árabe y descendiente del Profeta, y aun su Mahdí ó Mesías prometido. Este, habiendo abrazado con frenética fé las máximas de Abu-Hámid, filósofo de Bagdad, que predicaba el conocimiento de un solo Dios y condenaba las ordinarias costumbres de los mahometanos, pretendiendo hacerlas mas puras y santas, como fuese al propio tiempo de ánimo ambicioso y esforzado, determinó fundar imperio donde asentar y establecer su doctrina. Animóle en esta empresa el saber que Hámid, su maestro, solia decir de él en sus ausencias: «Conozco, en la fisonomía y continente de ese extranjero, que el cielo le destina á fundar un imperio: si ahora va á los confines de Mauritania, allí ha de lograrlo sin duda alguna.» Con esto vino Mohammed á Fez, y luego á Marruecos, y predicando y á la par censurando los vicios de los reyes y xeques de la tierra, logró allegar inmenso gentío que por todas partes le seguia y le veneraba por santo. Entonces él, en recompensa de su celo, los decoró con el nombre de *almohades* ó unitarios. Alarmado el príncipe de los almoravides, Alí, le mandó salir de Marruecos, donde á la sazón estaba; mas no logró nada con eso, porque el impostor se aposentó en un cementerio, á las puertas de la ciudad, acompañado de Abdelmúmen, su discípulo, y allí acudia mayor número de gente que antes á escuchar sus preceptos y oraciones. Determinada su muerte, tampoco pudo lograrse, porque él, sabedor de tal intento, huyó hácia

las montañas del menor Atlante. Allí habitaban los mazamudas, cabilas ignorantes y belicosas, las cuales, no solamente le dieron seguro, sino que á su voz se levantaron contra los almoravides y comenzaron á guerrear con ellos. Esto fué lo que supo Alí en España, donde habia ilustrado su nombre con muchas victorias, entre otras la de Uclés, que costó la vida al infante D. Sancho; y vuelto al Africa, convirtió todas sus fuerzas contra los almohades; pero fué tanta la fortuna de estos fanáticos innovadores, que rotas en campo sus aguerridas huestes, tuvo que reducirse á defender algunas fortalezas. Ni la muerte de Mohamad el falso Madhidetuvo un punto las empresas de sus discipulos. Sucedióle en el imperio Abdelmúmen el mas querido de ellos, quien se apoderó de toda la Mauritania, y luego enviando guerreros escogidos á la parte de España, acometió las provincias que allí poseian los almoravides. Allí murió de tristeza, y su hijo Taxefin, no mas afortunado que él, aunque valerosísimo y vencedor en muchas ocasiones de cristianos, gozó poco tiempo del mando. Traíanle harto apretado los almohades en la fortaleza de Oran, y como intentara sorprender con pocos de los suyos el campo de los sitiadores, las sombras de la noche, que escogió por confidentes, lejos de favorecer su empresa, le fueron muy adversas; porque perdió el camino, y engañada con lo oscuro la mula que montaba, se despeñó por las alturas que dominan la playa. Allí, á la lengua del agua, pareció al dia siguiente Taxefin horriblemente destrozado: principe famoso en nuestra historia y dignísimo de otra fortuna. Con lo cual, el señorío de los almohades no encontró apenas resistencia: Fez y Marruecos cayeron en sus manos, aunque no sin largos cercos y sangrientos combates, muriendo en la última de estas plazas Ybrahim-Abú-Yshac, hijo y heredero de las infelicidades de Taxefin: Sevilla y Málaga, Córdoba y Granada, que se mantuvieron algun tiempo contrarias, al cabo dieron entrada á los tenientes de Abdelmúmen, y así el imperio vasútisimo de los almoravides vino á poder de sus enemigos los almohades. Habia durado aquel imperio ochenta y cuatro años y cesó en el de 1145 de la era cristiana.

VII.

Abdelmúmen, que puede reputarse como el fundador de la dinastía de los almohades, era hombre de prendas, como lo probaron sus hechos, habiendo subido á tan alto estado desde el taller humilde de un alfarero, que fué su padre; y cierto que sin su valor y talentos militares no habria logrado Mohammed el Mahdí establecer en el Mogreb las doctrinas que enseñaba, derrocando el poder colosal de los almoravides. Pero la historia puede acusarle con razon de muy cruel y de tan fanático en la reforma anunciada por su maestro, que entre otras cosas mandó quemar cuantos libros de versos halló en sus estados. Dueño del imperio, empleó Abdelmúmen el resto de sus dias en sosegar algunas insurrecciones de otros falsos santones ó codiciosos soldados, de las cuales no fué poco nombrada una en Ceuta, que obligó al nuevo príncipe á demoler los fortísimos muros de aquella plaza; y en sojuzgar la parte del Mogreb-el-Aula o Yfriqueía, arrojando de algunas plazas marítimas de por allá á ciertos aventureros cristianos ó al rey de Sicilia, segun la version de Conde (1), que era quien las tenia ocupadas hacia algun tiempo. A lo último de su vida pensó en pasar á España á la guerra santa, y juntó para ello grandísima armada y ejército innumerable de africanos; pero la muerte atajó sus propósitos.

Realizólos su hijo Yusuf, apellidado Abú-Yacub, que le heredó en el trono, el cual ganó muchas victorias, plantando por mucho tiempo la silla de su imperio en la ciudad de Sevilla, adonde edificó gran mezquita y puente de barcas y otras obras de no menor alteza. Este logró dominar la tierra de España desde el Mediterráneo hasta el Océano, hallando solo valladar su valentía en los muros de Tarragona, Toledo y Santaren.

---

(1) Historia de la Dominacion de los Arabes. Tom. 2.<sup>o</sup> cap. 41.

Hallábase delante de la última plaza cuando sus capitanes, equivocando una orden suya, ordenaron cierta noche la retirada del ejército y tomaron el camino de Sevilla. Despertó Yusuf al amanecer, y se encontró sin ejército, con pocos guardas etíopes y andaluces, y algunos servidores en su compañía. Mandó entonces levantar precipitadamente las tiendas, y ya iba á ponerse en marcha, cuando los guerreros de Santaren, apercibidos del caso, abrieron las puertas y saliendo contra él, le rodearon y acometieron por todas partes. Con todo eso, no se amilanó el rey; antes puesto delante de las mujeres que como concubinas le seguian, y alentando con la voz y con el ejemplo á los suyos, se defendió bravamente hasta obligar á los cristianos á volverse á la ciudad. La ira de ellos fué tanta, que mataron á los piés del príncipe á tres de sus mujeres; y éste tan esforzado, que postró por su mano á seis de los contrarios. Pero Yusuf no pudo loarse con la victoria, porque habiendo recibido una herida grave en el combate, murió de ella no muchos dias despues en las cercanías de las Algeciras. Así refiere este hecho el *Cartas*, y así lo describen tambien las historias portuguesas (1) diciendo que «casi sin levantar la espada con mirarlos (á los sarracenos) »fueran vistos desamparar los cuarteles, y desamparados de »sus propios corazones correr por la campaña sin orden, con »miedo huyendo.»—Reinaba á la sazón en Portugal D. Alfonso I, con 90 años de edad, según se supone.

Sucedió al muerto Yusuf su hijo Abú-Yusuf-Yacub, apellidado *el Vencedor*, por sus muchas victorias contra los cristianos, entre las cuales fué la principal aquella tan nombrada de Alarcos, en donde perdió Alonso VIII la flor de sus caballeros y soldados. Los historiadores árabes aseguran que Abú-Yusuf vino esta vez á España, estimulado por una carta que desde Algeciras le envió á Africa el rey Alfonso, y decía de esta manera: «Príncipe muslim: si por ventura no puedes »ó no quieres dejar esas tierras y venir á estas playas á verte

---

(1) Véase Faría y Souza: Epítome de las historias portuguesas.

«onmigo en el campo, envíame navios bastantes en que yo  
pase allá con mis guerreros, y lograrásete el gusto de que li-  
vdiemos como mejor te cuadre; y sea á condicion de que el  
vencido se ponga con los de su nacion debajo de la ley del  
vencedor.» Si esto fué así, caro pagó su reto el rey castellano.  
Luego murió Yusuf y le sucedió su hijo Mohammed-Annássir,  
á quien nuestros cronistas apellidan Mahomad el Verde. Quiso  
éste proseguir las conquistas de su padre, y llamando á los  
guerreros de las kabilas, y á cuantos hombres podian traer  
armas en sus estados, juntó ejército tan poderoso como otro  
no se habia visto jamás entre los musulimes, puesto que llega-  
ba á seiscientos mil combatientes de á pié y de á caballo, y  
con él desembarcó del Africa en España. Salieron á su en-  
cuentro los príncipes cristianos, coligados por el comun peli-  
gro que les amenazaba, y encontrándose los ejércitos en las  
Navas de Tolosa, tuvo lugar aquella famosísima batalla que  
hizo decir al *Cartas* estas melancólicas palabras: (1) «desapa-  
reció la fuerza de los musulmanes de Andalucía desde aque-  
lla derrota: en adelante no les quedó estandarte victorioso:  
se levantó el enemigo con dominio y soberbia sobre ella: se  
vaporó de lo mas de ella.» Se vé, pues, que no es tan  
exagerada como se ha supuesto, la relacion que hacen  
de esta batalla nuestros historiadores. Mahomad se retiró  
á Marruecos; si algun esfuerzo hubo en su corazon, lo  
apagó tamaño desastre: confuso, temeroso y avergonzado se  
encerró en su palacio, y allí dió su vida á los placeres; hasta  
que dos de sus servidores le privaron de ellos con un tósigo.  
En los principios de su reinado habia logrado refrenar algu-  
nas revueltas y anunciado ciertas virtudes; pero sus ulteriores  
desdichas y vicios deshonoraron para siempre su memoria.  
Almostansir, su hijo, que le sucedió en el trono, vivió en pla-  
ceres y liviandades, y murió mozo. Despues de este rey, e.  
imperio fué todo revueltas y parcialidades.

---

(1) En estas frases no sigo la traduccion de Moura sino la de Bacas Merino, que hay en un tomo de Mss. de la Academia de la Historia.

Porque como Almostansir no dejó hijos, hubieron sus parientes de disputarse el trono. Los de Marruecos obligaron á aceptar el imperio al anciano Adelwáhed, tío suyo, hermano de su abuelo; y al propio tiempo se proclamaba por soberano en Murcia otro de sus tios, hermano de su padre, á quien llamaban Abú-Mohammed-Aládel. Sin duda con los débiles reinados de Annásir y de Almostansir, los xeques y caudillos de las kabilas habian alcanzado sobradas licencias, frisando antes en atrevimiento que no en honrada libertad su conducta. Ello es que los mismos que habian levantado por emperador de Marruecos á Abdelwahed, forzando su voluntad para que aceptase, le depusieron á los pocos dias; y no contentos con esto, le dieron muerte, prestando en seguida obediencia al príncipe Aládel ó el Justiciero, que tal significa ese nombre. Así corrió por primera vez la sangre de Abdelmúmen: funestísimo ejemplo para lo futuro. No tardó en alzarse contra Aládel un primo hermano suyo, llamado Abú-Zaid, señor de Valencia, denominado el de Baeza, por haber proclamado su rebelion en aquella plaza, el cual llamando en su socorro á los castellanos, dió harto que hacer á su adversario, puesto que derrotó en un combate á Abulalá, hermano de Aládel, que vino en contra suya. Y esta fué la primera vez, al decir de sus escritores, que llamaron los musulimes á los cristianos para emplearlos en sus contiendas civiles: señal segura, si otras faltasen, de que entonces andaba ya en decadencia su espíritu nacional, y de que su imperio no estaba lejos de total ruina. Pero si Abulalá no se habia mostrado feliz capitán en el campo, no quiso parecer mejor hermano, y al frente del ejército que mandaba se proclamó emperador. No bien lo supieron los xeques y principales de Marruecos, se levantaron contra Aládel, prendiéronle, y como se negára animosamente á reconocer á Abulalá, que era aclamado de todos por soberano, le quitaron en suplicio bárbaro la vida. Los rebeldes enviaron al punto embajadores á Abulalá, ofreciéndole el trono; pero antes que volviesen con la respuesta, arrepentidos de ello, nombraron por emperador á Yahya, hermano de Al-

mostansir, que era sin duda de los parientes de este quien mas derechos tenia al imperio. Abulalá, denominado Almamon, que se juzgaba ya seguro en él por la embajada que le habian enviado de Marruecos, sintió mucho la afrenta, y determinó mover guerra á su sobrino; mas este, que era sagaz y determinado, aunque mozo, se le adelantó enviando ejércitos á España que lo combatiesen. Duró la guerra por muchos años con varia fortuna entre ambos competidores, ora en la parte de acá, ora en la parte de allá del Estrecho; peleando por Almamon, y dándole las mas de las veces la victoria un escuadron de doce mil aventureros castellanos al mando de un capitan á quien llamaban los árabes Farro-Casil, dado que otro debia ser su nombre, y se ignora.

Al fin Almamon logró dominar en Marruecos y en la mejor parte de Mauritania, arrojando á Yahya á los desiertos, de suerte que á él debe considerársele como verdadero emperador. Era aquel príncipe natural de Málaga y hombre de prendas, pero iracundo y cruel, como lo demostraron sus hechos. El puede decirse que acabó con el imperio de los Almohades, á los cuales persiguió cruelmente; degollando á muchos de ellos y proscribiendo sus usos y leyes, á tal punto, que llegó á maldecir el nombre del falso Mahdi en el púlpito de la mezquita de Marruecos, mandando que fuesen quemados sus libros y destruida en todo lugar su memoria. Al propio tiempo protegía sobremanera á los cristianos que ayudaban sus empresas, permitiéndoles edificar iglesia dentro de la ciudad de Marruecos, y concediéndoles otras muchas preeminencias, en disfavor todas ellas del Islam y en contra de los preceptos del Profeta. En un imperio levantado á la voz de la religion por los almoravides y almohades no podian pasar tales hechos sin ruido, y así fué que de una parte se rebeló contra Almamon su hermano Abu-Muza, fiel mahometano, en la ciudad de Ceuta, de otra se alzó con las provincias de Yfriquia un cierto Abu-Mohammed Ebn Abi Hafss, que los gobernaba, y en las de España fué aclamado como soberano independiente Mohammed-Ebn-Hud, tambien estos dos celosísimos creyentes y

observadores de la ley alcoránica. Mirando la ruina que causó la conducta de Almamon, párase el ánimo sin acertar á explicar ni comprender sus móviles. Acaso un novelista sabria representarlo como encubierto cristiano, y por consecuencia jurado enemigo del Islam; y tal ficcion pareceria mas verosímil con recordar que la muger que con él compartía el lecho de ordinario era de familia cristiana. Aunque á la verdad esto de amar á las mugeres cristianas fué tan comun entre almoravides y almohades, que de ellos nacieron los mas famosos de sus príncipes. De todas suertes es indudable que Almamon trajo grandes desdichas al islamismo; aprovechóse de ellas el glorioso San Fernando para ejecutar sus maravillosas conquistas, ahuyentando de los reinos de Sevilla, Córdoba y Murcia el imperio musulmico, y considerándole de esta manera, no puede menos de recordarlo con regocijo nuestra historia.

Muerto Almamon, le sucedió un hijo suyo apellidado Abdelowáhed Ar-raxid, al cual presentaron unos alárabes la cabeza de Yahya, asesinado en el desierto por ellos. Tras él vino su hermano Ab-l-hasan Ali, y luego uno de sus parientes llamado Abu-Hafss, y por último Abu-Dabbus, que siendo capitán famoso entre los almohades, se pasó al campo contrario, ofreciéndole á la nueva dinastía de los Benimerines la mitad del imperio si le ayudaban á ganarlo.

Y así sucedió; pero no tardaron en originarse contiendas sobre el repartimiento de las tierras, las cuales pararon en que los Benimerines se alzasen con todo, protestando que Abu-Dabbús les negaba lo prometido. De la ambicion de los nuevos conquistadores bien puede creerse que fuera pretexto, y no otra cosa, para señorearse del imperio. Durante aquellas contiendas civiles y guerras extrangeras figuraron constantemente en los ejércitos almohadas los aventureros cristianos que habia traído Almamon de Castilla. Los hechos de aquella gente fueron maravillosos, al decir de la historia africana; su amistad era buscada y temido su nombre: su influjo tal, que solos supieron mantener aquel resto del poder de los almohades, desde Almamon hasta Abú-Dabbús, contra

enemigos tan formidables como lo combatian. Pero al fin todo cayó; y el imperio vastísimo, que contaba á un tiempo por capitales á Sevilla, Marruecos y Fez, desapareció del mundo para siempre. Aquí acaba el mejor período de la historia mauritana: el imperio del Mogreb-el-aksa, ó el Africa occidental, habia en él tocado el punto mas alto de su fama, grandeza y poderío.

### VIII.

Eran los Benimerines de la mas noble tribu ó cabila de los Zenetes, su origen árabe y habitaban los campos dilatados que se extienden al Sur de la Mauritania desde la provincia de Yfriquia hasta Sugilmesa. Gente poderosa, acostumbrada á vagar por los desiertos sin pagar tributo á príncipe alguno ni obedecer ningunas leyes: ignorantes de la agricultura y comercio, dados solamente á la caza y ganadería, alimentándose con las frutas silvestres y la leche y miel de sus campos. Todos los veranos solian entrar algunos de ellos á apacentar sus rebaños en los fértiles prados de la Mauritania, volviéndose, llegado otoño, á su tierra. Pues acontecióles cierto verano que hallaron los pueblos desiertos, sin cultivo los campos, siendo guarida de fieras las casas de los antiguos habitantes. No acertaron los rudos Benimerines la causa de desolacion tan grande, puesto que no habia llegado á sus oídos la matanza de las Navas de Tolosa, donde habia perecido la flor de la gente mora, quedando en grandísima despoblación y ruina toda su tierra; pero como vieron tan notables riquezas y comodidades abandonadas, parecióles bien establecerse allí, y enviaron á decir á sus hermanos que acudiesen á aprovechar el hallazgo. Y con efecto, vinieron turbas innumerables con sus camellos, jumentos y tiendas, y tranquilamente poblaron muchos lugares (1). La confu-

---

(1) De esta singular relacion del *Cartas* cuyo autor recibió fresca todavía la tradicion de las *Navas de Tolosa*, se deduce que ni el arzobispo D. Rodrigo, ni los demas escritores españoles, exageraron tampoco el estrago que se hizo en aquella ocasion en los musulmanes.

sion del imperio era tan grande á la sazón, que según el precioso *Cartas*, tantas veces citado, el soberano no era ya reconocido en los campos, limitando su jurisdicción y poder á las ciudades; hervían las tribus en discordia, no había mas amistad en los pueblos, reputábase el menestral por tan alto como el noble, despojaba el fuerte al flaco, y cada cual ejecutaba cuanto pensaba sin temor ó respeto. Gobernaba á la sazón la cabila de los Benimerines, Abdelhaq, capitán valiente y astuto político, el cual, como viese tal ruina, determinó levantar sobre ella su imperio. Logrólo sin grande esfuerzo, venciendo fácilmente á los decaídos almohades en varios encuentros, y trayendo á su partido con rigor ó halagos á muchos de los antiguos habitantes. Y sucediéndole sus hijos Abú-Said, Abú-Morraf y Abú-Yahya, prosiguieron unos tras otros la comenzada obra, asentando este último la silla de su imperio en Féz. Al fin vino Abú-Yusuf-Yacub, otro hermano de los anteriores, y en su tiempo rendida Marruecos, se pudo dar por definitivamente establecido el imperio de los Benimerines. De Yussuf cuentan los libros que era príncipe de gallarda presencia, y muy esforzado, al propio tiempo que cortés, humilde y generoso. Dijo de él que nunca fué contra ejército que no venciese ni contra país que no subyugase. Vencidos los almohades, hubo todavía de sostener encarnizadas guerras contra un cierto Yagmorasan, llamado en nuestras crónicas Gomaranza, oriundo también de los de Zeneta, que se había levantado con Tremecen, Sugilmesa y otros lugares, y pretendía tener su parte en la fácil presa que el Mogreb ofrecía. Después de haberlo derrotado en campal pelea, Yusuf se concertó y ajustó paces con él para pasar á España, donde deseaba, como tantos otros conquistadores musulimes, ejercitar el valor y la fortuna. Pasó en diversas ocasiones, ora para combatir con los cristianos, ora para ayudar al rey Sábío contra su rebelde hijo; venció grandes batallas, tomó fortalezas y arrasó los campos y lugares cercanos de Córdoba y Sevilla. Mas no dilató por acá su imperio; antes bien, como se hubiesen levantado en Andalucía Ebn-Alahmar por rey de Granada y Ebn-Axquílola, por seño

de Guadix y de Málaga, procuró averirlos y fortalecerlos, cediéndoles sus conquistas. Solo el odio á los cristianos, la sed de gloria, y mas tarde los tratos con el desventurado D. Alonso, movieron, pues, su brazo en España, si ya no es que sintiendo flaco al Islam y mirando tan acrecentados y pujantes á los contrarios; juzgase que para defender de ellos la costa de Africa valia mas levantar un estado independiente que no sojuzgar y mantener provincias del lado acá del Estrecho. Tal supuesto parece verosímil recordando que ya entonces los reyes de Castilla aprestaban armadas é intentaban empresas contra la costa africana: armadas no siempre vencidas, y empresas que podian traer algun dia fatales efectos á todo el Mogreb, aun dado que la primera que desembarcó en Salé, reinando ya Yussuf, tuviese infeliz resultado. Y á la verdad que, fuera obra de su sagacidad política ó fuéralo solamente de su templanza y escasas ambiciones, Yussuf prestó á la dinastía del Mogreb-al-aksa ó Marruecos, y aun á las de toda el Africa occidental un servicio grande y poco apreciado hasta ahora, con ayudar tanto á la fundación y engrandecimiento del reino de Granada. Sin aquel valladar poderoso llegarán mucho antes los castellanos al estrecho gaditano, y pasándolo cuando no habian apartado aun sus ojos de la morisma, habrian subyugado quizás la Berbería entera.

Mas no olvidó Yussuf, por levantar el reino de Granada, cuanto podia importarle á su imperio el tener fácil entrada en la Península por si la ocasion requeria nuevas expediciones, y á este fin conservó debajo de su mano las plazas de Tarifa y Málaga, y otras que podian reputarse por llaves de España. A Málaga con su *Alcazaba* la poseia por cesion que de ella le hizo su señor Ebn-Axquilola; mas perdióla no mucho tiempo despues por artes de Alahamar, que con suma de dineros ganó al alcaide que la guardaba. Y cierto que el príncipe granadino no pudo llevar mas adelante su desagradecimiento porque ayudó tambien al rey de Castilla para que se apoderase de Tarifa, y suscitó contra Yussuf y su hijo, sus bienhechores y aliados, las iras de Yagmorasan,

aquel antiguo enemigo de los Benimerines. De esta suerte y poco á poco vinieron á perder los soberanos de Mogreb-alksa los últimos restos de su poderío en España; sucediéndoles en la continua guerra contra los cristianos, y en la defensa de Islam por estas partes, la poderosa dinastía de los Alahmares, aquella que plantó los árboles de Generalife y levantó los palacios de la Alhambra.

Muerto en tanto Abú-Yusuf-Yacub tras un reinado glorioso y largo, le sucedió su hijo Abú-Yacub, el cual tuvo hartos en que entender con las discordias civiles que se movieron en sus estados. Sin embargo, queriendo recobrar la *isla Verde* y Tarifa para cumplir los antiguos pensamientos de su padre, mandó á España un poderoso ejército, que puso cerco á la plaza. Defendióla Alonso Perez de Guzman el Bueno, de cuya firmeza y heróico sacrificio nada le queda por decir á la historia: suceso singular aun entre los mas famosos, y de aquellos que ennoblecen á una nacion entera. Ni en esta expedicion ni en otra que hizo en persona al Andalucía, logró el príncipe africano efecto importante; y así, apartando sus ojos en adelante de la tierra española, se consagró á afirmar su poder en Africa. Levantáronse contra él con diversos pretextos Omar y Abú-Amer, hijos de un deudo suyo por nombre Aben-Yahya; redújolos á su obediencia, y uno y otro venian á visitarle en Fez bajo seguro, cuando fueron salteados y muertos en el camino por su hijo mayor, llamado tambien Abú-Amer, y heredero de su trono. Tales títulos no libraron al hijo del merecido castigo: Abú-Yacub lo mandó desterrado á las montañas del Riff, donde estuvo hasta su muerte que aconteció antes de la del padre: rara virtud en tal siglo y entre gentes crueles. Continuando luego la guerra contra el hijo de Yagmorasen, familia tan enemiga de la suya, le venció y cercó en Tremecen, y allí le tuvo estrechado catorce años. Para mayor seguridad del sitio levantó Abú-Yacub una ciudad delante de la ciudad sitiada, á la cual puso Nueva-Tremecen por nombre, y edificó tambien un soberbio palacio, donde recibia las embajadas que de los pueblos mas lejanos venian á traerle tributos. Allí murió cier-

ta noche, mientras dormía, á manos de un eunuco llamado Lasaad, que lo atravesó por el vientre de una estocada. A lo último de su reinado los ingratos Alahmares, no contentos ya con los dominios de España, enviaron una expedición al Africa que se apoderó de Ceuta.

Su nieto Abú-Tzabet, hijo del príncipe Amer, le sucedió en el trono. Este levantó el cerco, ajustando las paces con los de Tremecen, y cediéndoles los territorios conquistados, menos la nueva ciudad, que por los muchos tesoros empleados en ella se reservó para sí. Tambien Abú-Tzabet tuvo que refrenar á algunos descontentos, y murió cuando atendía á recuperar á Ceuta. Logrólo su hermano Suleiman, cuyo reinado, aparte de algunas rebeliones, no ofreció cosa importante. Osman ó Abú-Said, hijo de Yusuf y hermano de Abú-Yacub, sucedió en el trono. En tiempo de este príncipe escribió el sabio Abú-Mohamed-Assaleh su *Grande historia de Marruecos* y el compendio titulado *El Cartas*, que ha llegado hasta nosotros. Fielmente hemos seguido hasta aquí sus páginas, alumbrándonos su docta relación para recorrer los laberintos y disipar las sombras que la historia del Mogreb-el-aksa ofrece á cada paso. En adelante las noticias escasean, falta la luz, el hilo se pierde, y apenas por estrecha senda llegamos á aproximarnos á la verdad. Todo es duda, confusión é ignorancia. Y es que el imperio aquel, apartado siempre en lo sucesivo de España y de Europa, vino luego á tanta decadencia y se sepultó en barbarie tan profunda, que apenas produjo mas historiadores ni sabios que pudieran transmitir los hechos que vieron ó supieron á las generaciones futuras.

Parece que habiendo dado Abú-Said á su primogénito Omar el gobierno de algunas provincias del imperio, este se levantó contra él, y hubo entre padre é hijo grandes batallas. Llevaba Omar, como mas joven y determinado, lo mejor de la contienda, y sin duda hubiera rendido al padre á no sobrevenirle la muerte cuando mas vida ofrecían sus cortos años. Así pudo reinar tranquilamente Abú-Said hasta su fallecimiento. Abú-l-hacem, su hijo segundo, ocupó entonces el

trono de Marruecos; y como fuese hombre de no vulgar aliento, imaginó todavía pasar á Andalucía, y sujetarla de nuevo al dominio de su dinastía; pero no consiguió de su expedición otro fruto que escarmentar á los africanos para que no pensasen mas en volver á España. Su hijo Abdelmelic, que pasó primero el mar, fué vencido y muerto cerca de Arcos; y él en persona con el rey de Granada, su aliado entonces, fué vencido por D. Alonso el oncenno en la famosa batalla del rio Salado, junto á Tarifa, y en las playas mismas del Estrecho, sin poder dar un paso adelante. El africano desbaratado, huyó á Gibraltar, y de allí pasó á su tierra, donde solo encontró llantos y recriminaciones, de sus vasallos por la provocada desventura. El imperio de los reyes africanos en España habia caído por obra del tiempo, y era locura querer resucitarlo. Ya los príncipes cristianos eran harto poderosos para que las invasiones de los de Africa pudieran arrojarlos á las antiguas montañas; hallábanse fortificados los lugares y bien aparejada la defensa; ni era ocasion de contar como antes con el auxilio de los moros que poblaban la tierra, porque, sobre ser pocos y flacos, no solian preferir la vecindad ó dependencia de los africanos á la de los castellanos, mucho mas tratables que ellos. Vuelto, pues, á Marruecos Abú-l-hacem, encaminó sus ejércitos contra los estados de Tremecen, y luego contra los de Túnez; por manera que redujo á su obediencia todo el Mogreb-al-Aula ú Occidente de Africa. Mas pronto se le puso en contra la fortuna. Alzáronse contra él los pueblos reconquistados, y venciéndole en campo, le obligaron á huir con poco séquito; y entretanto su hijo Abú-Zayan, con ayuda y favor del rey de Castilla, se proclamó por soberano de Fez. Abú-l-hacem se sostuvo algun tiempo contra todos; pero al fin tuvo que huir á las montañas de Henteta, adonde murió de pesadumbre. El reinado de Abú-Zayan no ofrece cosa notable sino es el haber asesinado al rey de Granada traidoramente con una marlota emponzoñada que le envió de regalo; y muerto, sus deudos llenaron el Mogreb de guerras civiles. Si Abú-Becr triunfó, no fué sino para disfru-

tar poquísimo tiempo del trono. Despojóle de él un cierto Ybrahim, deudo suyo, con ayuda de los árabes españoles; pero este mismo fué depuesto por otro usurpador á quien llamaban Mahomad-Abú-Zeyan. Al fin, entre tantas usurpaciones, hubo un hijo que sucediera á su padre, el cual fué Muley-Said, hijo de Abú-Zeyan, príncipe por cierto de poco valor y menos fortuna. Perdióse en su tiempo Ceuta que fué asaltada y tomada por los portugueses, con lo cual, rabiosos sus vasallos, le mataron á puñaladas. Y sobreviniendo dos hermanos de Muley-Said que pretendían á un tiempo el trono, hubo entre ellos muy porfiadas contiendas, hasta que los musulimes convinieron en poner sobre el trono á un hijo del último príncipe y de una cristiana española, nombrado Abdelhacq, con lo cual los tios abandonaron sus pretensiones y hubo paz por algun tiempo. Logró este príncipe una señalada victoria contra los portugueses, que, estimulados por la toma de Ceuta, con menos poder que atrevimiento, habían desembarcado de nuevo en la tierra de Africa y sitiaban á Tánger. Pero al fin Abdelacq fué asesinado, como tantos otros, en su palacio, y roto ya los frenos de la obediencia, menospreciada la autoridad de los príncipes, desatadas las pasiones de la muchedumbre, y confundidas y revueltas todas las cosas, cayó con él la dinastía de las Benimerinas, y el Mogreb-al-acsa quedó entregado á la mas espantosa y destructora anarquía.

A todo esto los reyes de Granada habían acabado de apoderarse de las pequeñas plazas mauritanas que aun conservaban los africanos en España, hasta el punto de no dejarles una sola almena, y un cierto Abú-Fáres, señor de Túnez, había sujetado á su obediencia no pocas provincias y ciudades pertenecientes al reino de Fez. Tan miserable espectáculo ofrecían por dentro y por fuera las cosas del imperio mauritano.

IX.

Abdelhaq, último soberano de la dinastía de los Benimerines, murió en Fez á manos de un personaje que se decia Xerife ó descendiente del Profeta, el cual se hizo saludar por rey, pero con harta desdicha. Aquí, allá y acullá se levantaron mil cabezas y señoríos diversos, que ora se contenian en los límites de una sola provincia, ora en el recinto estrecho de una ciudad, los cuales hacian la paz ó la guerra sin otra voluntad que la suya, conquistaban las ajenas tierras ó cedian las propias, y no reconocian vasallage ni en muchas ocasiones pagaban á nadie tributos. De éstos, que se alzaron por independientes, fué Seid-Watás, tambien de los zenetes y del propio pueblo de los Benimerines, alcaide por ellos de la fortaleza de Arzila; y como allegase bajo sus banderas no escaso número de soldados, sintiéndose poderoso, determinó marchar contra el Xerife, y venciéndole, ocupar el imperio. No le favoreció á los principios la fortuna, porque de una parte el Xerife derrotó su campo junto á Mequinez, y de otra el rey de Portugal D. Alonso cercó durante una de sus ausencias la ciudad de Arzila, y la ganó con sus mujeres, sus hijos y los tesoros que allí guardaba. Debía ser Seid-Watas de no vulgar aliento, cuando no lograron abatirle tales contratiempos. Lejos de eso, levanta el cerco de Fez, que á la sazón mantenía, corre á los muros de Arzila, compónese con los portugueses viendo que recobrar la plaza no era posible, vuelve al cerco que habian dejado, estrechalo, vence al fin, obligando al Xerife á huir, y coronase allí por rey. Con su valor y fortuna logró este príncipe poner bajo sus manos las provincias de Fez, y fundó allí la dinastía de los Beni-Wataces, que duró ochenta años, y no contó mas que tres verdaderos reyes, que fueron el citado Seid-Watas, su hijo Mohammed y su nieto Ahmed, que á manos de otros Xerifes perdió luego la corona y la vida. Entre tanto en Marruecos, en Sugilmesa, en Sus y en otras provincias,

reinaban familias y dinastías que aun andan desconocidas. Solo se sabe que en Marruecos, rival hasta entonces de Fez, y córte también de los antiguos reyes, imperaba al tiempo de la aparición de los Xerifes un africano del linaje de Henteta, por nombre Muley Nasser Buxentuf, el cual poseía la ciudad y algunos pueblos pequeños de la comarca.

X.

Entretanto los mauritanos, que habian renunciado ya á invadir la península española, eran atacados en su propio territorio, y con creciente ardor, por los españoles. Luis del Mármol refiere, tomándolo de los historiadores africanos, que en 1263 envió D. Alonso de Castilla una armada contra Salé, abrigo ya de piratas berberiscos, la cual lomó y destruyó la ciudad fácilmente; pero sobreviniendo de improviso el primero de los Benimerines Abú Yussuf ó Jacob, tuvo, como queda dicho, infeliz resultado la expedición castellana, quedando muertos ó cautivos muchos de los que la componían, y teniendo que reembarcarse precipitadamente el resto para España. Mas afortunada fué otra expedición que, según el propio Luis del Mármol, hizo por los años de 1400, reinando D. Enrique III, la armada de Castilla. Tetuan, ciudad antigua que habia formado parte del imperio romano y godo, estaba muy poblada á la sazón por causa de los navíos de corsarios que se armaban en la desembocadura del río Cuz ó Martín que la baña, y de allí salían luego á correr y robar la costa de Europa. Padecian mas que otras ningunas, como era natural, las de España, y una armada de Castilla acabó con tales pirateñas entrando en el río, cautivando á casi todos los moradores de la ciudad y destruyéndola de manera que estuvo des poblada noventa años (1). Luego al fin las reliquias de los godos

---

(1) Véase el libro 4.<sup>o</sup> del segundo volumen de la Descripción general de Africa. — De nuestros historiadores solo en Gil Gonzalez Dávila en su *Historia de Enrique III*, cap. 62, he hallado noticia de esta toma de Tetuan; pero evidentemente copiada de Mármol.

vencidos en Guadalete y refugiados en las montañas de Aragon y de Asturias, acabaron la laboriosa obra de ocho siglos, espulsando á los musulimes de la península. Ya hacia bastante tiempo que Portugal no tenia moros fronterizos cuando con la conquista de Granada dejó tambien de tenerlos Castilla, algunos años antes de terminar el siglo XV. Fijáronse al principio las miradas de las dos naciones peninsulares en Africa. En 1496 el duque de Medinasidonia tomó posesion de Melilla, que abandonaron los moros al divisar su escuadra; y poco despues Gonzalo Mariño de Ribera, alcaide por el duque de aquella plaza, se apoderó en la misma costa del lugar de Cazaza, cinco leguas distante. Las fustas de Velez de la Gomera hacian, por el propio tiempo, mucho daño en la costa de Granada como lo tenían de costumbre. Salió el conde Pedro Navarro, general de nuestra armada en su alcance: ganó algunas fustas, dió caza y corrió á las demas hasta llegar á la isla que está en frente de Velez, acogida ordinaria de corsarios. La fortaleza de aquella isla que llamaban el Peñon, estaba guardada por doscientos moros, los cuales por entender que el conde queria saltar en tierra y combatir á Velez, la desampararon. Vista esta ocasion, Pedro Navarro se apoderó sin dificultad del castillo desde donde azotaron los castellanos con su artillería á los moros que habitaban la ciudad (1) hasta obligarles á entrar en concierto, y que les facilitasen cuanto necesitaban. Opusieronse á los proyectos del católico los reyes de Portugal, que miraban con temor y celos nuestro engrandecimiento por aquella costa, y en el interin como no tenían otras empresas vecinas de sus Estados, consiguieron mucho mayores frutos que los monarcas españoles, ayudándoles estos generosamente, á pesar de los celos, en algunas ocasiones, como cuando Pedro Navarro impidió con su armada que tomasen los moros á Arcila. Tal vez los portugueses habrian hecho en Africa lo que hicieron del lado allá los vándalos y ben-umeyas; y en la parte de acá los almora-

---

(1) Mariana.—Libro 29.

vides y almohades, que fué juntar bajo un propio cetro en ambas orillas del Estrecho, si al cabo el descubrimiento de las Indias occidentales no encaminase á otro fin su esfuerzo y fortuna, apartándolos de Fez que podian considerar como reino propio. Ya queda dicho que ganaron á Ceuta, y sin gran dificultad por cierto, porque arruinadas sus fortificaciones fué casi abandonada, como Melilla, por los moros apenas divisaron la armada que gobernaba el rey D. Juan I con sus hijos los infantes D. Duarte, D. Pedro y D. Enrique; y los soldados portugueses entraron revueltos en la ciudad con los pocos que habian pretendido impedir el desembarco. Menos fortuna tuvieron, como ya hemos indicado tambien, las armas portuguesas en Tánger, en cuya plaza desembarcaron con catorce mil hombres los infantes D. Enrique y D. Fernando, reinando ya D. Duarte su hermano. Acudió una turba innumerable de moros á libertar la plaza sitiada, y estrechados los portugueses entre los muros de esta y el ejército de socorro tuvieron que capitular y reembarcarse, dejando al infante D. Fernando en rehenes de que se devolveria la plaza de Ceuta. Negáronse los portugueses á ratificar aquella capitulacion desdichada; y al morir el rey D. Duarte dejó aun en poder de los moros á su hermano, y tratado por ellos como esclavo. « Viéronle los suyos, dice Faria y Sousa, cargado de hierros » ser mozo de caballos: y viéronle muerto, colgado de una almena de los muros de Fez. » Tocóle la venganza de tanto desastre á D. Alonso V, aquel desgraciado pretendiente de Castilla vencido por los reyes Católicos, y en su tiempo se hicieron los portugueses temibles en Africa. Con doscientos bajeles y grande ejército de desembarco, amenazó este príncipe á Tánger y fué á caer sobre Alcázar-el-Zaguer, puerto importante y próximo á Tánger, que tomó por asalto, sin que Muley Xequé que reja en Fez, pudiera recobrarlo en dos asedios, antes bien en una salida fué muy maltratada de los portugueses su gente. Tras esto embistió con diez mil hombres á Anafe ó Anafa, ciudad sobre el Atlántico, y la quemó, saqueó, y dejó desmantelada. Continuando sus empresas por aquella

costa desembarcó con treinta mil hombres en Arzila, y tambien la tomó por asalto, con estrago tan grande de los moros y tal terror en Africa, que Tánger abrió sus puertas á los portugueses apenas se presentaron otra vez delante de sus muros, abandonada por toda la gente de armas. Desde entonces ya no halló valladar la potencia portuguesa en muchos años. Rindiéronse á sus armas la plaza importante de Azamor, que conquistó D. Jaime, duque de Braganza, con un ejército de diez y seis mil peones y mil doscientas lanzas, y luego Mazagan, y Saffi, mas que por fuerza de armas por astucia y ~~tratós con los naturales;~~ y ademas grandes territorios y multitud de pequeños lugares y fortalezas, y no pocos reyezuelos y xeques moros de los que gobernaban como independientes, se hicieron sus tributarios. Para tales empresas y conquistas llegaron á contar los portugueses no solo con su poder, sino mas todavia con la ayuda y favor de los mismos moros que en número de diez y seis mil ginetes y doscientos mil soldados de á pié los servian y fieramente peleaban contra sus propios hermanos: tan grande era la discordia que favorecia entonces en Mauritania los progresos de las armas cristianas. Un cierto Yahya, natural de Saffi, era el caudillo de los moros sometidos, el cual se pasó á los portugueses por odio á los suyos, y tomando partido con ellos, llegó á merecer con sus fidelidad y valor que el rey D. Manuel I, que á la sazón regia á Portugal, le nombrase por capitán general de sus ejércitos. Y bien puede ser esta una muestra mas de cuán divididos anduviesen entonces los ánimos de los africanos, y cuán oportuna ocasion se desperdició entonces de reducir todo el Mogreb al cristianismo, y á la obediencia de los reyes de España. Lográbanse como era natural con gran facilidad las conquistas. Luis del Mármol afirma que el conde de Alcoutin D. Pedro de Meneses, llegó á dominar la costa entre Ceuta y Tetuan de tal suerte, con salidas y correrías, que esta ciudad, que acababan de reedificar los moros fujitivos de Granada, volvió á quedarse casi desierta. De este conde de Alcoutin dice en su *Epítome Faria y Sousa*: a que gobernaba en Ceuta y que con

«ciento y cuarenta lanzas, sin perder una dejó tendidos en la  
»playa africana doscientas, embistiendo un ejército de diez mil  
»hombres con que corrian la campaña los hermanos del rey de  
»Fez.» El almocaden Diego Lopez con veinte lanzas portu-  
gasas y cuatrocientos moros tributarios volando por todo el cam-  
po llamó con sus armas á las puertas de Marruecos; y hubo  
ademas un D. Alonso de Noroña que tomó muchos aduares  
grandes; un D. Juan Coutiño, general de Arzila, que derrotó  
un ejército de Fez, y otros muchos capitanes portugueses que  
llevaron á cabo empresas dignas de eterna memoria. Tal vez la  
Providencia no depare una ocasion tan oportuna como fué  
aquella para asentar en Africa el dominio europeo.

## XI.

Al cabo volvió á reconstituirse el imperio mauritano, bajo el gobierno de los Xerifes. Dió fundamento á esta dinastía el fanatismo religioso, que ha movido allí cuantas hayan acontecido desde la irrupcion de los árabes: los principios fueron pequeños, y como suele suceder, no dejaban esperar tales resultados. Corrian los primeros años del siglo XVI, cuando comenzó á tener nombre en Numidia un Mohammed-ben-Ahmed, que por nombre se hacia llamar el Xerife Huseini, y decia ser sucesor de Mahoma (1). De su origen nada se sabe de seguro, aunque hay quien le haga descendiente de aquel otro Xerife que dió muerte al postrer soberano de los Benimerines. Lo que de cierto se dice es que era hombre muy astuto y leido en las ciencias naturales, y sobre todo, gran mágico. Tenia tres hijos, Abdelquebir, Ahmed y Mohammed ó Mahomad, y des-

---

(1) Sigo en los hechos y aun en algunas frases á Luis del Mármol Carvajal, en su obra ya varias veces citada, cuyo titulo es: *Primera parte de la descripción general de Africa, con todos los sucesos de guerras que ha habido entre los infieles y el pueblo cristiano, y entre ellos mismos desde que Mahoma inventó su secta hasta el año del Señor mil y quinientas y setenta y uno*. Primero y segundo volúmen.

pues de comunicarles sus artes, mandólos ir á la Meca porque ganasen reputacion de santidad y doctrina. Los cuales de vuelta al Mogreb-alacsa, solian entrar en las ciudades voceando y diciendo solamente: ¡Allah! ¡Allah! y no querian comer sino lo que les daban de limosna. Con esto maravillados los moradores, iban detras de ellos en grandes turbas y los veneraban por santos. Asi anduvieron por varias partes hasta llegar los dos menores á Fez, donde el uno de ellos, haciendo oposicion á cierta cátedra de aquellas escuelas, la ganó, y el otro fué recibido con gran contentó por preceptor y ayo de los hijos del príncipe Mohammed, segundo de los del linage de Beni-Wataz. Largo tiempo se mantuvieron allí, extendiéndolo su fama y ganando prosélitos y discípulos, sin dejar de comunicarse con el viejo Xerife y el mayor hermano, que le asistia: los cuales, sin salir de Numidia, llevaban el hilo de la trama y acechaban la ocasion oportuna de obrar. Dióla sobrada la escasa prevision del rey de Fez; porque habiendo puesto en los hijos del Xerife gran confianza, les dió libertad para traer atabal y bandera, y predicar la guerra santa contra cristianos. Luego comenzaron á formar escuadrones de á pié y de á caballo; armáronlos, adiestráronlos, y los pusieron en aparato de guerra. Lo que faltaba era ocasion de ejercitarlos en ella y de ganar, con la militar honra, mas fama de santidad y mayor estimacion del pueblo. Logróseles aun esta ocasion, y fácilmente. Ya hemos dicho que desde el tiempo de la caída de los Benimerines el Mogreb-alacsa estaba en completa anarquia; poseyendo los Beni-Watares de Fez ciertos territorios, otros mas extendidos los monarcas portugueses, no pocos los señores de Marruecos, y algunos los xeques de Sus, Suljimesa y demas provincias del imperio. Pues los hijos del Xerife, llegándose al inadvertido Mohamad-Watas, le ofrecieron ir á sujetar á aquellos rebeldes, y castigarlos por el tributo que la mayor parte pagaban á los portugueses, arrojando luego á estos de las importantes plazas y anchos territorios que poseian, con tal que los nombrase á ellos por sus alcaides de guerra y los abasteciese de armas y otros menesteres; y aun en

esto consintió de buena voluntad el de Fez, que fué poner el imperio en mano de los astutos hermanos. Marcharon primero á la provincia de Sus, siguiéndoles numerosa hueste, que cada día se acrecentaba con los celosos musulimes que la fama de su virtud atraia; y vencieron á los primeros xeques que osaron ponerles resistencia. Avisaron luego al padre y al mayor hermano, los cuales acudieron al punto, tomando el primero el gobierno de la guerra; impusieron por tributo el diezmo de los frutos, y rigorosamente lo cobraban de los pueblos que recorrian; allegaron tesoros, juntaron el miedo de sus armas al amor de su nombre, ganaron unas fortalezas, levantaron otras, hicieron grandes correrías y rebatos en tierra de cristianos, y de esta suerte se contaron al poco tiempo por tan poderosos, que no temieron ya declarar sus altos intentos y el punto adonde se encaminaban sus empresas. Comenzaron por destronar al Xequé ó soberano de Marruecos, que no menos imprevisor que el de Fez se mostrara. Con capa de religion, y fingiéndose grandes amigos suyos, lograron introducirse en la ciudad, y despues que hubieron ganado allí parciales, apostando en las cercanías gente armada que los socorriese en todo trance, le atosigaron un día al volver de la caza con ciertos panecillos por ellos mismos aderezados: asi cuenta el suceso nuestro Mármol Carvajal, aunque no falta quien lo refiere de diverso modo (1). Muerto el Xequé, se alzaron sus parciales de dentro de la plaza, llegaron los que fuera aguardaban, y tomando la Alcazaba y demas fortalezas, fueron proclamados los Xerifes por señores de Marruecos.

Alarmóse, como era natural, el de Fez con tales nuevas; pero los astutos Xerifes le contestaron enviándole cuantiosos regalos y ofreciéndole que le pagarian el propio tributo que de los antiguos Xeques recibia. Mas ello era ganar tiempo y apercibirse á nuevas empresas, puesto que no tardaron

---

(1) Véase Diego de Torres. Relacion del origen y sucesos de los Xerifes, y del estado de los reinos de Fez y Marruecos y Tarudante, y los demas que tienen ocupados. 1583.

en negarle todo tributo y obediencia. En esto muerto el primer Xerife y el mayor de sus hijos, aquel por la edad tan larga, y este en un combate contra el portugués Lope Barriga, capitán del campo de Saffi y hombre de los mas temidos que hubo en Africa, quedaron solo en el ganado imperio los otros dos Xerifes, llamándose rey de Sus el menor, y rey el mayor de Marruecos y Tarudante. No pudo sufrir mas el Beniwas Ahmed ó Hamet, que habia sido discípulo del menor Xerife; y aunque esta consideracion le mantuvo algun tiempo en respeto, rompiendo al fin por todo, como quien tan amenazada veia su corona, marchó contra los usurpadores al frente de copioso ejército. Encerróse el mayor Xerife dentro de Marruecos, viniendo luego el menor en su socorro, y allí los cercó el de Fez, peleándose bravamente por ambas partes con rebatos y asaltos. Mas como aconteciese por aquellos dias un levantamiento en Fez, promovido por uno de sus hermanos llamado Múley Mesaud ó Mesud que pretendia el imperio, Hamet hubo de volver allá precipitadamente, levantando el cerco. Su presencia restableció al punto la paz en Fez, y juntando nueva y mas poderosa hueste, volvió contra los Xerifes. Ya en esta ocasion no quisieron los belicosos hermanos aguardarle en reparos, sino que saliéndole al paso, sentaron su campo orillas del rio Guadelabid, en cierto lugar llamado Bab-Cuba. Allí se dió una grande y porfiada batalla, donde el poder de Fez fué destruido, y los Xerifes alcanzaron con la victoria riquísimos despojos y fama de invencibles. Peleó bravamente en esta jornada por los de Fez el destronado rey Boabdil, á quien llamaban en Africa el Zogobi, que quiere decir tanto como desdichado, y peleando murió como bueno: triste fortuna la de aquel hombre, que vino á morir en defensa de reino ageno, cuando no lo habia osado defendiendo el suyo propio. Tras estos sucesos, viéndose ya sin freno ni temor, los Xerifes señorearon casi todas las provincias del Mogreb-alacsa, rindiendo aun Tafilete. Y revolviéndose luego sobre los portugueses, abandonados por sus auxiliares moros, reducidos ya á sus propias fuerzas, y dedi-

cados enteramente en tiempo de D. Juan III á las cosas de las Indias, cobraron á Aguer ó Santa Cruz, una de las mas importantes plazas que poseyeron los cristianos en Africa; y dieron tales embestidas y asaltos á otras, como Saffi y Azanor, que al fin hubieron de ser abandonadas por sus presidios y moradores. Mancha indeleble, segun el historiador Faria y Souza, para el rey D. Juan III, aunque sus ministros se disculpaban con la dificultad de sustentar tanto imperio.

Llegados á tal punto de grandeza, nació de repente la discordia y ardió la guerra entre los Xerifes. Habian pactado los dos hermanos, en tiempo del padre, que el uno sucederia al otro, y muertos ellos, entraria á gobernar el imperio el mayor de los hijos varones que quedasen; y el menor Xerife, que era quien tenia el mayor hijo, reclamó del hermano que en vida se aviniese á declararlo por su heredero. Pero el Xerife mayor, no solo no lo consintió, sino que aun se resistia á mirar á su hermano como rey, no queriendo que sonara sino por su visir ó lugarteniente, y exigiendo de él que le diese mucha parte de los despojos que habia ganado en la guerra, por juzgarse señor de todas las cosas del imperio. Era el menor Xerife mas astuto y sabio que el otro, y viéndole tan sin razon, determinó proceder con gran moderacion en el caso, á fin de traer á sí el amor y respeto de los musulimes. Hablóse largo de avenencia pero en vano; y llevadas las cosas á punto de guerra, hubo entre los hermanos dos recias batallas, ganadas entrambas por el menor, quedando prisionero en la segunda el mayor Xerife, y Marruecos en poder del vencedor. Desterrados el Xerife mayor y su primogénito Muley-Cidan, príncipe esforzado que habia servido bien á su padre en aquella guerra, quedó el Xerife Mahomad por único señor del imperio, y antes que por ambicioso, tenido de todos por justo: tanto pudo su hipocresia. Luego determinó este acabar con los Beni-Watases de Fez, so color de vengar la afrenta que le habian hecho con favorecer á su hermano, pero con designio de desapoderar al infeliz discípulo del resto miserable de su grandeza. Juntó el de Fez todas las fuerzas que pudo

para oponérsele, descollando entre los mas valerosos de su campo un cierto Buazon, deudo suyo, y denominado rey de Velez, cuya fama fué luego grande como veremos. La batalla se dió al pasar un vado del rio de los Negros, y con poquísima pérdida de ambas partes, quedó vencedor el Xerife y desbatados y fugitivos los contrarios. Buazon, después de hacer cuanto de un buen capitán podia esperarse, logró recogerse en Fez con los restos del ejército; pero Admed Beni-Watas y su hijo Abu-Beer, segun Mármol, cayeron en poder del Xerife, herido el primero y harto cansado de la pelea. Notable entrevista aquella de maestro y discípulo tras tantos años y tan diversos trances de fortuna. Cuéntase que asi como se halló el Xerife delante del otro, le dijo estas palabras: «Hamet-Watas, la ira de Dios ha caído sobre tí, y él ha permitido esta tu prisión por lo mucho que le has ofendido en consentir tantos pecados públicos al pueblo de Fez, donde con mas razon que en otro cabo habia de ser venerado Allah y nuestro Mahoma. Mas ten buen ánimo, y no creas que porque quisiste favorecer á mi hermano y sus hijos contra mí te he de hacer mal. En poder estás de hombre mahometano y no de cristianos, donde pudieras tener menos esperanza de tu salud; y si tú vieres cuerdo, no dudes de volver á tu reino.» Y el desventurado Watas, alzando la cabeza como mejor pudo, puesto que estuviese grandemente fatigado de las heridas, le respondió de esta suerte: «Lo que está escrito en la frente de los hombres se ha de cumplir. No son todas veces los reyes parte para desarraigar de su pueblo los miserables usos en que están endurecidos por larga costumbre, ni debieras tener esa por bastante causa para tomar las armas contra mí, que no se hallará haberte hecho injuria; antes en tiempo en que la fortuna no se os habia mostrado tan favorable á tí y á tu hermano, os hice todo buen tratamiento en Fez, y no pedisteis cosa que no os fuese concedida por mi padre y por mí. Quizá fué escrito juicio de Dios, habiendo de venir á este tiempo, en que pudiesen aprovechar los muchos y grandes beneficios que habéis recibido de nuestra casa, los cuales plegue á Alá

»sean parte para aplacar tu saña, puesto que resentimiento de  
»mí no deberias tener; que yo te ayudara á tí como á él, si en  
»tales infelicidades te viera.» Mientras esto pasaba en el cam-  
po, entrando Buazon en Fez, hubo de combatir las pretencio-  
nes injustas de un hermano del rey preso, que juzgaba perte-  
necerle el trono, alzando en él á Muley-el-Cacerir, hijo y le-  
gítimo sucesor; mas con tal condicion, que siempre que su  
padre viese, volviera á dejarle el reino sin contienda. Hecho  
esto, apercibieron los de dentro las cosas de la defensa; y  
recibiendo cartas del Xerife, donde decia que si le entre-  
gaban á Mequinez, pondria en libertad al rey preso, pri-  
mero lo resistieron y obligaron al contrario á volverse con el  
cautivo á su corte; pero al fin vinieron en ello, y entregada  
aquella plaza, tornó á ocupar Admed-al-Watas el trono de  
Fez. Mas no fué por mucho tiempo, porque el Xerife, así que  
cobró fuerzas y se apercibió de mas soldados y armas, volvió  
sobre Fez y la tuvo cercada dos años, poniéndola en gran  
aprietó y carestía, hasta que al fin, por tratos con los ciuda-  
danos, entró una noche en la nueva Fez, y los de la ciudad  
vieja hubieron de rendirse al dia siguiente. Admed-al-Watas  
y su hijo Muley-Alcasseri, cayeron en manos del vencedor,  
quien los tuvo aherrojados por algun tiempo, hasta que á la  
postre, enojado porque Buazon hubiese vencido y matado en  
pelea á un hijo suyo, mandó degollarlos á entrambos: desa-  
piadada acción, que los cielos castigaron como merecia. Bua-  
zon en tanto andaba libre y dando harto que hacer con sus ar-  
mas al mortal enemigo de su casa. Habíase salido de Fez po-  
cos dias antes de la rendicion, viendo que la debilidad y tor-  
peza de los de adentro iban á franquear las puertas al sitia-  
dor, donde sin culpa suya padeceria como los otros. Pasó al  
pronto á sus estados de Velez de la Gomera, y desde alli pi-  
dió auxilio á España, ofreciendo devolver la fortaleza del  
Peñon, que habiamos perdido por locura ó simplicidad de  
su gobernador Villalobos, asesinado por unos moros que  
pretendian ser hechiceros, y que él admitió confiadamente en  
su compañía, con lo cual la escasa guarnicion se rindió á los

moros. Traslucieron los vecinos de Velez el intento de su señor Buazon, y fué tanta su ira, que el aventurero caudillo tuvo que huir refugiándose en España. Presentóse acá al archiduque Maximiliano, y no logrando nada de él, fué aun á verse en Alemania con el emperador Cárlos V; y sin alcanzar mejor éxito, se vino á Portugal, cuyo rey le dió algunas naves y un escuadron de quinientos portugueses. Con tales fuerzas volvió Buazon á Velez, y comenzó á allegar parciales y formar ejército con que embestir al Xerife. Pero en esto acertó á pasar por alli Salah Arrais ó Sala-Arraez, famoso turco que gobernaba en Argel y andaba pirateando con sus naves por el Mediterráneo, el cual, como viese delante de Velez naves de cristianos, embistió con ellas y las tomó, degollando al mayor número de los nuestros y cautivando á los otros, Buazon, que esto vió desde la playa, metióse en un ligero esquife, y llegando á la capitana de los turcos, pidió, rogó por la vida de los cristianos, esplicándole una vez y otra al capitan pirata que no eran venidos en son de guerra contra los musulimes, sino para ayudarle á él en sus justos propósitos. Mas nada pudo recabar de aquellos feroces enemigos del nombre cristiano; antes bien, afeándole Sala-Arraez el buscar tales alianzas, se dió á la vela con el despojo y cautivos. Buazon lleno de noble desesperación, dispersó la hueste que tenía reunida, abandonó las cosas de su Estado, allegó el mayor tesoro que pudo, y caminó hácia Argel á procurar el rescate de los cautivos cristianos. Tanto hizo, que maravillado y compadecido Sala-Arraez, no solamente dió libertad á los cautivos, sino que le ofreció ponerle en el reino de los Beni-Watases y vengarle del Xerife. Reunióse en Argel numeroso campo para la empresa, y Buazon y Sala-Arraez marcharon con él hácia Fez, rompieron en batalla al Xerife, y se apoderaron de la ciudad. No bien logrado esto, Sala-Arraez iba á cumplir su promesa, cuando conjurados algunos de los émulos de Buazon, y calumniándole largamente, alcanzaron del turco que á él lo pusiese en prisiones y nombrase en su lugar por rey de Fez al príncipe Abú-Beer, hijo de Ahmed Watás, que había

logrado escapar al degüello de los de su familia. Hubo en Fez el nuevo con este motivo grandísimo alboroto, porque todos querían por rey á Buazon, y tanto pudo la ira en los ciudadanos, que arremetiendo furiosamente á los turcos, pareció que era llegado el dia de su ruina en aquel lugar donde como tan amigos habian entrado. Traspasaron los turcos el prisionero Buazon á Fez el viejo, y enseñábanlo desde allí á los sublevados para que viesen que ningun mal le habian hecho; pero estos cada vez mas embravecidos, gritaban «¿para qué nos lo muestras? ¿Es espejo? Dánosle puesto en libertad.» Y hubo al fin que soltarlo y Sala-Arraez, mal de su grado, le proclamó por rey de Fez. Mas, hondamente ofendido el turco de tales hechos, escribió al Xerife diciéndole que bien podia venir cuando quisiese sobre Buazon, porque él no habia mas de ayudarle en cosa alguna; y alzando su campo se volvió á Argel. No se dejó esperar el Xerife, y acudiendo con grueso ejército contra el adversario, hubo entre los dos larga y porfiradísima batalla, que sin duda ganaran los de Fez á no haber la desdicha de que Buazon muriese en ella, ó bien llevado de su natural valor á lo recio de la pelea, ó bien asesinado por un confidente del Xerife que traidoramente se habia deslizado entre los suyos, como sienten otros. Despues de esta victoria Mahomad entró en Fez, y no hubo mas quien pudiera disputarle el imperio.

En medio de tales revueltas no habian estado ociosos el mayor Xerife y sus hijos. Muley-Cidan, el primogénito, estuvo en Fez ayudando á Ahmed-al-Watás contra su tío, cuando este tenia puesto cerco á la plaza. Mas tarde, cuando vino Buazon con ayuda de los turcos á recobrar sus estados, se alzó el Xerife Ahmed en Tafílete, y movió guerra por aquellos contornos á su hermano. Rindióle este al fin, y mandando matar á Muley-Cidan y otros de sus hijos mayores, á él con los demás le envió á Marruecos. Horrible condicion era la de aquel Xerife: tal, que con ser el hermano cruel, dejó mejor fama. Su codicia desenfrenada provocó la discordia: vencido la primera vez, faltó á la fé prometida, y desde el retiro que

el vencedor le concediera generosamente, uníase con sus mortales enemigos para acabar con él. Fué tan tirano que sus vasallos desearon mucho y prestaron fácil obediencia á Mohammed el Xerife, por salir de su poder; y aun los vecinos de Tafílete y de otros pueblos donde residió durante su destierro, se levantaron contra él, debiendo á los respetos del hermano que no le quitasen la vida. Mohammed era por su parte mas hipócrita y no tan riguroso, y poseia mucho mayor inteligencia y valor: hombre verdaderamente notable, y que á reinar en otra nacion fuera de los mas famosos del mundo. Ambos hermanos alcanzaron tan larga vida, que llenaron casi el espacio de un siglo con su nombre y sus sucesos; y el uno y el otro se llevaron pocos dias en la muerte, que fué tan desgraciada como los hechos del mejor y del peor merecian. Mohammed fué asesinado por los turcos de su guardia, capitaneados por un traidor, que para tal propósito habia venido desde Argel y ganado su compañía; y al saberse la muerte de este, temiendo Alí-Becr, alcaide de Marruecos y hombre muy adicto á la familia del menor Xerife, que el otro levantase alborotos y pretendiese de nuevo el trono, le mandó decapitar con todos sus hijos.

Años antes de morir estos xerifes dispuso el rey D. Felipe II, la recuperacion del Peñon de la Gomera, que era nido otra vez de piratas berberiscos. Ya en 1525, recién perdida la fortaleza, intentó en vano el marqués de Mondejar sorprenderla. No mas afortunado ahora D. Sancho de Leiva llegó á la costa africana y desembarcando tres mil hombres de su armada marchó por sierras ásperas á la ciudad de Velez de la Gomera; y rompiendo á los moros que se opusieron entró en ella y la saqueó, quemando la casa que allí tenia el famoso Sala-Arraez, la mezquita y un bajel que allí se labraba. Pero en tanto los moros se reunieron en buen número y acometiendo á la gente desmandada mataron á muchos, y persuadieron á D. Sancho de la imposibilidad de continuar con tan poca gente tan grande empresa de modo que, con las tinieblas de la noche, reembarcó sus tropas y dió la vela para

Velez

Málaga. Entonces mandó el rey católico que D. García de Toledo, duque de Fernandina, reuniese la armada del Mediterráneo, y repitiese el ataque. D. García con ciento treinta velas de guerra y transporte y trece mil infantes de desembarco, los nueve mil veteranos de Italia, y los otros bisoños, hizo nuevo desembarco en frente del Peñon y no lejos de la ciudad de Velez. Hallóse esta desierta, y no llegaron á mil los moros que parecieron por el campo. En seguida se plantó por la parte de tierra una bateria de diez y ocho cañones que Juan Andrea Doria envió de la armada y además la artillería de campaña, dirijiendo estas operaciones el famoso Chapin Viteli. Con esto y el fuego de la armada la guarnicion se aterró y abrió las puertas de la pequeña fortaleza. Por este tiempo, y gobernando en Melilla Pedro Venegas de Córdoba, soldado de mucho valor, los *riffeños* asaltaron dos veces aquella plaza persuadidos de las pláticas de un *morabito* que les prometia el triunfo por arte de magia, y les aseguraba que no sufrirían daño de las armas cristianas. Pedro Venegas los dejó entrar las dos veces por el foso hasta los rebellines y cargando luego sobre ellos, hizo horrible carniceria y muchos cautivos. (1) A la sazón Melilla pertenecia ya al rey católico por cesion que le hicieron los duques de Medina-Sidonia que la conquistaron. Pedro Venegas de Córdoba su gobernador por muchos años, reinando D. Felipe II, lo mismo que D. Alonso de Urrea que antes habia sido alcaýde de aquella plaza, pelearon frecuentemente á campo raso con los moros de las cercanías y siempre con buena fortuna. No se empleó contra los marroquies la gran potencia de Felipe II sino en estas ocasiones y en la fácil jornada que hizo el famoso marqués de Santa Cruz á Tetuan, corriendo el año de 1564. Al cabo de los noventa años, que estuvo deshabitada aquella ciudad de resultas de la invasion de la armada de Castilla, fué reedificada, como queda dicho, por los moros fugitivos de Granada.

(1) D. Felipe el Prudente. — Por D. Lorenzo Vander Hammen y Leon.

*Retención*  
*1564*

Era su caudillo un cierto Almandari que habia pasado allá con el destronado Abú-Abdallah ó Boabdil, el cual suplicó al rey de Fez que le dejase fortalecer y poblar de nuevo aquella ciudad, ofreciendo que desde allí haria guerra con su gente á los cristianos de Ceuta. Por lo pronto edificó un castillo con su cava, y allí se recojian él y cuatrocientos guerreros granadinos, de vuelta de sus expediciones al campo de Ceuta y aun al de Tánger. No tardó en armar tambien fustas en el rio con las cuales comenzó á azotar la costa de España. Luis del Mármol afirma que llegó á juntar este Almandari hasta tres mil cautivos cristianos con los cuales reedificó los muros de Tetuan y la ciudad misma. Muerto él, sus sucesores se destruzaro en contiendas, favorecidas por la anarquía general del imperio, y dieron lugar á que desde Ceuta los afligiese estre madamente D. Pedro de Meneses, segun queda atrás referido. Pero alentados de nuevo con la flojedad de los portugueses redoblaron sus hostilidades á punto, que de órden del rey D. Felipe fué allá D. Alvaro con doce galeras y cegó en pocas horas la barra del rio, echando en ella varias chalupas y dos bergantines cargados de peñascos de Gibraltar. Cuando acudieron los moros de Tetuan ya era tarde y hubo una corta refriega sin consecuencia.

Tras de los dos viejos xerifes ocupó en tanto el imperio Abdallah, hijo primogénito del xerife Mahomad y quedó asentada por algun tiempo la nueva dinastía. Duró diez y siete años el reinado de este príncipe que no ofrece en su vida cosa notable, si no son sus crueldades, porque entre otras cosas mandó matar á todos sus sobrinos á fin de asegurarse en el trono, de modo que sus mismos hermanos tuvieron que ausentarse del Mogreb por no ser víctimas de sus celos. Sitió á Mazagan que poseian los portugueses; mas hubo de retirarse sin efecto. Su hijo Mohamad, dicho el *Negro*, que le sucedió, ni mas humano ni mas valeroso que él, fué derrotado en tres batallas por su tio Abdemelic, á quien ayudaban los turcos, y que llevaba consigo gran número de moros andaluces, de los expelidos por su rebelion de España, gente valerosa y veterana.

Mahomad vencido se vino á Portugal y pidió ayuda al rey don Sebastian, mozo de altos alientos y muy valeroso de su persona pero, como vamos á ver ahora, un tanto mprevisor y arrebatado.

Nació en el ánimo de D. Sebastian la idea de conquistar con aquella ocasion á Marruecos, y despreciando las súplicas de paz de Abdemelic, y desoyendo los consejos generosos del rey don Felipe de España y las observaciones del duque de Alba, que, como tan prudente, procuró con buenos términos apartarle de su propósito, pasó al Africa. El ejército aunque fuese bueno, no era bastante para tamaña empresa. Componíanle, segun Faria y Sousa, diez y ocho mil combatientes, tres mil castellanos aventureros, otros tantos tudescos, novecientos italianos, y portugueses el resto. La gente extranjera era veterana en su mayor parte, y los hidalgos y caballería portuguesa podían ponerse en parangon con los mejores soldados del mundo; pero su infantería, segun afirma el historiador Cabrera (1), dignísimo de crédito en todas las cosas de aquel tiempo, era en la mayor parte advenediza, «menestrales, cabreros y labradores, alistados por fuerza.» Antes de desembarcar en Africa recibió D. Sebastian nueva embajada de Abdelmelic, rogándole que desistiese de ayudar á su rival, y dejase en paz sus dominios, contribuyendo no poco á esta moderacion del africano Gaspar Corzo que estaba en Fez por el rey católico. Tomó tierra al fin D. Sebastian en la plaza portuguesa de Arcila con intento de atacar á Larache, cuatro leguas distante, y se completó el ejército con la gente de frontera, en las fortalezas portuguesas, que fué de gran provecho por su valor en aquella desgraciada campaña. Estaba tan desvanecido el rey que Cristóbal de Tavora uno de sus mayores privados, escribió á un amigo «que los encomendase á Dios, que se hallaban en el »mas infeliz estado de la vida, pues el rey no admitia consejos.» Era Abdelmelic ó el *Moluco*, que así le llaman nuestros

---

(1) Cabrera.—D. Felipe II rey de España, lib. 12.

historiadores, quien mas derecho tenia al trono segun el pacto de los xerifes por el cual debian suceder todos los hijos de un rey antes que sus nietos (1); hombre de ingenio además, y gran soldado. Refugiado en Oran habia mantenido con el rey católico inteligencias, y amistad que no se interrumpió nunca. Cansado sin embargo, de esperar auxilios de él para ocupar su trono se acogió al amparo de los turcos, y hallóse con ellos en varias batallas navales, y en la toma de la *Goleta* á los españoles. Tal era el enemigo con quien el inesperto D. Sebastian iba á medir sus fuerzas. Detúvose el ejército, sin causa, porque nada esperaba ya, diez y ocho dias en Arcila; y al fin marchó tierra adentro, en cortas jornadas. Los prácticos querian ir arrimados al mar, y apoyados en la armada, representando la falta de vituallas y de experiencia en los soldados; mas no los oyó el rey. Entretanto Abdelmelic habia reunido sus fuerzas, que eran superiores á las de los portugueses, aunque no llegasen, como estos aseguran, á ochenta mil hombres solo de caballería. Estaba el campo cristiano cerca de Alcázar-quivir entre el rio Mucacen, que ya habia pasado y el rio Lucus. No era posible fortificarse, y esperar el ataque porque solo llevaban víveres para cinco dias; ni retirarse con la artillería delante de un enemigo tan superior, sobre todo en caballos, y los mas expertos del ejército aconsejaron que se peleara en el trance en que ya estaban. Eran estos sin duda D. Alonso de Aguilar, que mandaba el tercio castellano, el capitán Francisco Aldana que se presentó en el camino al rey con una carta del duque de Alba, los capitanes alemanes é italianos y el mismo xerife *Negro*; y ninguno de ellos fué oido para disponer la marcha y la batalla. Los capitanes portugueses, valerosísimos, eran todos bisoños, y el rey creia que bastaba para vencer el ardiente valor que lo animaba. Desaprovechóse la ocasion que ofreció la falta de Abdelmelic, que ó envenenado como dicen unos, ó atacado de enfermedad natural, como otros cuentan, apenas dispuso las cosas para la

---

(1) Herrera, lib. 1.º de la Historia general. Cap. XXII:

batalla comenzó á agonizar en su litera, y allí murió cuando mas empeñada se hallaba. Entró en esta el ejército moro formado en una ancha media luna para envolver á los portugueses por ambas alas; y el ejército portugués en estrecha y confusa disposicion, sin plan ni confianza. Vaciló, pues, la victoria algun tanto pero al fin se decidió por los infieles á pesar del valor de los soldados extranjeros y de los hidalgos portugueses que heroicamente pelearon y murieron, porque como dice Cabrera, «era infamia donde su rey quedaba muerto, quedar caballero vivo que pudiera referir la pérdida.» Fué muerto don Sebastian, al terminarse la batalla, y cuando ya estaba prisionero; murió D. Alonso de Aguilar, murió el valeroso capitán Aldana, murieron casi todos los caudillos portugueses y extranjeros, y el xerife *negro* se ahogó en la fuga. El general de la armada aunque oyó el fuego nada pudo hacer sino recoger los pocos fugitivos que llegaron hasta la costa. Así acabó aquella infeliz jornada, mas largamente descrita, por la importancia que tiene su memoria, de lo que en estos *Apuntes* se ha acostumbrado hasta ahora (1).

Sucedió á Abdelmelic su hermano Muley Ahmed, general de la caballería, en el mismo campo de batalla. El primer cuidado del nuevo príncipe fué pasar á Fez, y tomar triunfalmente posesion del trono, llevando el pellejo de su sobrino el *Negro* embutido en paja. Es singular que este rey lo mismo que su hermano, que debian sus triunfos en la mayor parte á la hueste de moriscos españoles que los servia, jamás quisiesen guerrear con Felipe II que los habia vencido y expulsado, y que implorasen su amistad constantemente: sin duda tenian formada alta idea de su poder y de su fortuna. Dió Muley

---

(1) La mas exacta relacion de esta batalla es la de *Franchi Conestaggio*, en la historia *Dell'unione del regno di Portogallo*, etc. Herrera copia de allí casi todas sus noticias. Se atribuye esta obra á don Juan de Silva, embajador español herido en la batalla. El *Epitome de la Vida y hechos de D. Sebastian* etc., de Juan de Baena Parada, que también he consultado, no ofrece curiosidad ninguna.

Ahmed libertad á D. Juan de Silva, embajador español que acompañaba á D. Sebastian, y envió el cuerpo de este á Ceuta. Luego en Fez llamó y mandó matar á algunos de los principales alcaydes que conspiraban contra su persona; fiando las mayores cosas del gobierno, lo mismo que su hermano el Moluco, de un renegado portugués á quien llaman Reduan Elche nuestros historiadores. Desde Fez se fué á Marruecos y allí recibió con mucho amor al valeroso Pedro Venegas de Córdoba, embajador entonces del católico, el cual medió poderosamente para que se diera libertad á muchos prisioneros, entre otros al duque de Barcelos, heredero de los duques de Braganza, rivales del mismo Felipe II, y mas de su nieto á quien arrancaron por fin la corona portuguesa. Tuvo mucho influjo Pedro Venegas en Marruecos, y Muley Ahmed se avino á tratar bien á los cautivos cristianos, porque preferia á la alianza de los turcos sus antiguos amigos, la del rey católico, y contaba con el favor de los cristianos cautivos para defenderse de las insurrecciones de sus propios vasallos. Prudente y animoso Muley Ahmed, estendió en Africa su dominio hasta los desiertos de Sahara, conquistando en varias campañas á Tegmarin, Tuat, Tumbetu, Gago y Kukia, con otros puntos de la Nigricia, y llegó á las lindes mismas de Guinea. Hay quien considerando estas cosas señale su reinado como la *edad de oro* del imperio de Marruecos. No le faltó oposicion sin embargo. Un hermano del xerife negro, llamado Muley el Nazer, refugiado en España, desde la batalla de Alcázar, desembarcó en Melilla, é internándose en las montañas juntó crecida hueste con la cual osó marchar sobre Fez. A la vista de aquella ciudad se dió una batalla que duró un dia entero, entre Muley el Nazer y Muley-Xeque, hijo del xerife reinante; pero al fin siendo oportunamente reforzado este último, derrotó al primero y le obligó á refugiarse de nuevo en las montañas donde fué muerto por sus capitanes (1). Tenia repartido

---

(1) Véase la Cuarta parte, Lib. 4.º, cap. X, de la Historia pontifical.

el gobierno Muley Ahmed con sus tres hijos, mandando Muley-Xeque en la provincia de Fez, Abú-Fers en la de Sús y Muley Cidan en la de Tedla, mientras él permanecía en Marruecos. Segun refiere el docto Fr. Marcos de Guadalajara (1), por los años de 1598 tuvo allí conocimiento Muley Ahmed de que un ministro llamado Mustafá andaba pervirtiendo á su hijo primogénito Muley Xeque, príncipe algo vicioso y poco inclinado á las cosas públicas, por lo cual se dejaba llevar fácilmente de la voluntad agena. Conoció el sagaz monarca que convenia al reposo de sus Estados deshacerse de aquel ministro mal intencionado, y envió á Fez dos alcaydes de su confianza, uno de ellos el de los moriscos andaluces, para apoderarse de su persona. Entonces Muley-Xeque despedido lo mandó decapitar en su presencia, y envió en rehenes al rey su padre para que no desconfiase de su conducta á su madre Lela Zora y á sus propios hijos. Pero el padre no contento con eso le llamó á Marruecos; y él dándole aparentes excusas se previno de gente, y otras cosas necesarias para la guerra. Muley Ahmed al saber esto se puso en camino para Fez en compañía de Muley Cidan, dando en el ínterin á Abú-Fers el gobierno de Marruecos. Salió á las puertas de Fez Muley-Xeque con banderas desplegadas para resistir á su padre; pero al divisar los escuadrones de este se puso en vergonzosa fuga encerrándose con pocos soldados en una devota ermita, no muy lejana. Allí le alcanzó uno de los alcaydes de confianza de Ahmed, y á viva fuerza lo prendió y lo remitió con una leve herida á su padre. Este indignado por lo pronto, aunque humano, lo mandó encerrar en un baño de Mequinez, donde estuvo preso diez meses bajo la custodia de trescientos moriscos andaluces y un alcayde de la misma nacion. Era muy humano Muley Ahmed, y viendo que habia habido exageracion en lo que de sus propósitos se le dijo, ó llevado de su cariño que es lo mas cierto, envió por él al cabo, y le per-

---

(1) Lib. 5.º, cap. VII, de la quinta parte de la Historia pontifical.

donó diciendo delante de su corte y de su ejército al estrecharlo en sus brazos: «Hé aquí vuestro rey.» De esta suerte desvaneció el rumor que habia de que pensaba desheredarlo. Lejos de enternecerse Muley-Xeque con estas demostraciones se negó á entrar en Fez mientras el padre «no hiciese justicia de los que habían sido causa de su discordia.» Ahmed, afligido le mandó volver á su encierro de Mequinez; pero de allí á poco Muley-Cidan, que pensaba suceder al padre, desconfiando de su fortaleza, y temiendo que volviera á reconciliarse con el hermano mayor, le dió de regalo un plato de higos emponzoñados, que le causaron la muerte. Así acabó corriendo el año de 1603, aquel buen príncipe, que gracias á sus conquistas tuvo mas tesoros que ninguno de sus predecesores: se cuenta que habia siempre á las puertas de su alcázar millares de hombres empleados en batir moneda: todo era fiestas y placeres, todo regocijo en su reinado. Los des conocidos soberanos del Africa central le pagaban tributo, y él mantenía embajadas y comunicaciones con muchos reinos de Europa. Era muy amigo de las ciencias y en especial de la astronomía. En todos conceptos, en fin, Muley-Ahmed merecia gobernar una nacion mas culta.

## XII.

Seguióse á la muerte de Muley-Admed, ocurrida en 1603, un período de division casi constante en el imperio. No dejó detras de sí ningun pariente varon que pudiera disputar la corona á su descendencia, porque Muley Nazer, hermano del Xerife negro Muley Moahammed, murió, como queda dicho, despues de vencido; y el hijo de este, Muley Xeque, que habia acompañado tambien á D. Sebastian de Portugal en la triste jornada de Africa, aunque no se halló por dicha suya en la batalla por haberle enviado en tanto á la parte de Mazagan su padre, de vuelta á España abjuró la religion mahometana y se olvidó de su pais por completo. Este es aquel infante de Mar-

ruecos ó príncipe *Negro*, ahijado del príncipe que luego se llamó D. Felipe III, que fué conocido con el nombre de D. Felipe de Africa ó de Austria: diósele hábito y encomienda de Santiago con que viviese, y tratamiento de grande. Lope de Vega escribió en honra suya y del valeroso fin de D. Sebastian una comedia famosa; y, aunque mulato y moro, fué muy estimado aquel príncipe entre los caballeros de España, y él cumplió como bueno con su patria adoptiva muriendo en Flandes, donde pasó á servir en nuestro ejército (1). Tampoco dejó empeñada Muley Admed ninguna guerra estrangera, porque los bárbaros del centro del Africa estaban vencidos y sojuzgados, y despues de la victoria de Alcazarquivir, nada habia querido emprender contra los cristianos, ni siquiera la reconquista de las plazas portuguesas que muchos de sus alcaydes le proponian, creyéndola fácil despues del desastre ocurrido. Luego la corona portuguesa vino á poder del monarca español y con ella las plazas de Ceuta, Tanger y Mazagan, que aun poseian nuestros vecinos, porque Arcilla, abandonada ya hacia algunos años, y cobrada solo por D. Sebastian para hacer mas fácil la jornada, no se conservó despues. Muley Admed perseveró hasta el fin en la amistad de los españoles, y estos por su parte tampoco pensaron en turbar la felicidad de su reinado. Pero la paz interior y exterior que habia sabido conquistar y conservar Muley Admed, desapareció de repente á su muerte. Proclamóse el parricida Muley Cidan con gran pompa por soberano en Fez, y en seguida envió un renegado de confianza que le servia de barbero á Mequinez con gruesas sumas de dinero á fin de que sedujese á los alcaydes que guardaban en Mequinez á Muley Xequé, y entregasen al príncipe preso en sus manos. Respondieron al renegado los alcaydes que Muley Xequé «era su rey natural (2) despues de la muerte del padre, y ellos tan leales,

(1) Quintana.—De la antigüedad y grandeza de Madrid. Lib 3.º cap. 35.

(2) Tomo casi todas las noticias que siguen acerca del reinado de Muley Xequé de la *Quinta parte de la historia pontifical* del P. F. Mar-

»que por nada del mundo entregarían á su señor.» Al mismo tiempo los soldados marroquíes, acampados á las puertas de Fez, esperaron á que estas estuviesen cerradas, y se volvieron sin ser sentidos á sus casas. Parece, pues, que á pesar de la ley ó pacto de los Xerifes, y de los frecuentes cambios de sucesion que se ven en toda la historia del Mogreb-alacsa, la opinion y el sentimiento general reconocian de consuno el derecho de primogenitura y aun el de representacion, de suerte que no se tenia por legitimo mas que al hijo mayor del difunto monarca y su primer representante, aunque los tios y hermanos les usurpasen tan repetidamente el cetro. Mas por de pronto de nada sirvió á Muley Xequé su derecho y la fidelidad de sus alcaydes. Su hermano menor Abú-Fers lo sorprendió al tiempo de ponerse en salvo con algunos caballos, y lo volvió á tener cautivo y á la disposicion del usurpador Muley Cidan con quien estaba unido. Fortuna grande fué para Muley Xequé que no durase esta union mucho tiempo, y que el ambicioso Muley Cidan aspirase á despojar á Abú-Fers del gobierno de Tedla, porque éste, despechado, no solo le dió libertad sino que le ofreció ayudarle á recobrar la corona. Era Abú-Fers de ánimo tímido, y por lo mismo se encargó Muley Xequé del mando de las armas. Marchó éste con cinco mil infantes y tres mil caballos en busca de Muley-Cidan, y encontrándose ambos hermanos á tres jornadas de Marruecos, orillas de un rio llamado Morchea, hubo una gran batalla en la cual no pocos alcaydes de Cidan se pasaron al Xequé, y aquél fué completamente vencido, aunque peleó con esfuerzo muy señalado. Huyó Muley Cidan del Mogreb y no paró hasta Turquía, y en el ínterin Abú-Fers urdió una conspiracion para volver á poner en prision al vencedor Muley Xequé. Pero este, avisado á tiempo, desamparó el ejército, se-

---

cos de Guadalajara y Xavier, el cual las había ya publicado en un libro aparte titulado *Prediccion y destierro de los moriscos de Castilla hasta el valle de Ricote, con las disensiones de los hermanos Xerifes y presa en Berberia de la fuerza y puerto de Alárache.*

guió solo de los fieles moriscos andaluces y de algunos alcaydes, y se recogió en Fez donde fué recibido en triunfo.

Gobernaron por algun tiempo los dos hermanos pacíficamente el imperio, en Marruecos el uno y el otro en Fez, pero sin que Abú-Fers cesara de tender lazos á Muley Xequé para quedarse con todo. Al fin, desembozándose, y alegando diversos pretextos, envió un ejército contra Fez, compuesto de siete mil infantes y ocho mil caballos, al mando de su hijo Abdelmelic, mancebo brioso de diez y ocho años. Tenia Muley Xequé un hijo de diez y nueve llamado Abdallah, que Abú-Fers habia tenido en su poder mucho tiempo, hasta que pudo escaparse un dia y reunirse en Fez con su padre: á este encomendó el mando de un ejército de tres mil caballos y seis mil infantes para ir al opósito de su primo. Juntaronse los campos entre Fez y Mequinez, y tuvo lugar un combate indeciso, despues del cual los dos primos se retiraron con mucho orden á sus provincias respectivas. Pero en esto Abdelmelic murió de peste, y Abú-Fers tuvo que tomar el mando de su ejército. Marchó contra él Abdallah despues de reorganizar sus fuerzas, y á la vista de Marruecos le presentó la batalla, que fué larga y empeñada, aunque al fin venció el de Fez, y Abú-Fers, sin entrar en la ciudad, corrió despavorido á refugiarse en las montañas de Sus. Abdallah entró en Marruecos, y mandó decapitar á once alcaydes que, despues de haber jurado á Muley Xequé, seguian el partido de su hermano. Escandalizó mucho á los marroquies este heeho, y mas que los alcaydes hubieran sido sacados violentamente de las mezquitas; y como habia una antigua y peligrosa rivalidad entre los vecinos de Fez y los de Marruecos, sobre cuál de estas ciudades habia de ser capital del imperio, determinaron los vecinos de la última ciudad rebelarse contra Abdallah y los de Fez que formaban el núcleo de su ejército. Para ejecutarlo, enviaron emisarios á Muley Cidan, que vuelto de Turquía, andaba á la sazón levantando la provincia de Tafilete, y le pidieron que viniera á ponerse á su cabeza. No se hizo de rogar el Cidan, y reuniendo mil quinientos infantes y cuatro

mil caballos, se presentó de improviso delante de Marruecos, con lo cual los vecinos tomaron las armas, y todos juntos acometieron á Abdallah, que no pudiendo defenderse por la sorpresa, huyó seguido de algunos renegados; y los marroquíes hicieron una horrible matanza de *fezenos*. Clamó venganza la ciudad de Fez al saberse estas noticias: juntáronse hasta cuatro mil infantes y tres mil caballos con sesenta cañones, y á las órdenes de Abdallah marcharon de nuevo sobre Marruecos. Envió contra ellos Muley Cidan á un renegado, de nombre Mustafa, con veinte mil hombres de á pié y á caballo y treinta cañones, el cual fué derrotado por los *fezenos*. Entonces el mismo Muley Cidan presentó batalla á su sobrino en los llanos de Rezalaim, á cinco millas de Marruecos con unos trece mil hombres y mucha artillería, y fué también vencido con extraordinaria matanza de los marroquíes, con lo cual huyó él á Sus, y la ciudad abrió sus puertas.

No abusó Abdallah esta vez de la victoria y se mantuvo en Marruecos en paz hasta que apareció un *morabito*, nieto de una hermana del *Moluco* y del magnánimo Muley Ahmed, y del mismo nombre que este, el cual saliendo de la sierra donde vivía en penitencia, comenzó á predicar contra los *xerifes* y á exortar á las *cabilas* y *aduares* á no pagar los crecidos tributos que por causa de la continua guerra pesaban sobre ellos. Fué contra los sublevados de orden de Abdallah un alcaide llamado Ali-Gutierrez, el cual los venció en muchos encuentros; pero reforzándose sin cesar los *alarbes*, derrotaron al fin á algunos *caudi llos* de los de Fez, y estos cargados de riquezas, y atemorizados por la antipatía que inspiraban en todo el país, comenzaron á volverse á su tierra dejando desamparado á su príncipe. Quedaron solo con Abdallah los *moriscos andaluces*, los *renegados*, y su madre, hermanos y mujeres, y con esta comitiva emprendió de nuevo pesaroso el camino de Fez. La ciudad de Marruecos abrió al punto sus puertas al *morabito* Muley Ahmed, el cual reinó en ella tres meses, hasta que Muley Cidan, que estaba refugiado en Jarudante, vino sobre él, lo derrotó y ocupó de nuevo su trono. En el interin Abu-

Fers, cansado de errar solo por las montañas del Sus, se presentó de improviso en Larache donde se hallaba Muley-xeque su hermano, y le prestó homenaje. Recibió el xeque á su mal hermano con la humanidad que solia; y aprestando por aquel tiempo un nuevo ejército lo envió con su hijo Abdallah contra Cidan y Marruecos. Esta vez volvió la espalda la fortuna al siempre victorioso mancebo, que era muy inferior en fuerzas á su tío, y á dos jornadas y media de Fez, en las márgenes del Buregreb, fué derrotado. En seguida el renegado Mustafá, general de Cidan, se apoderó de Fez; y Muley-xeque tuvo que refugiarse en Larache. Desde allí, persuadido por un genovés llamado Juanetin Mortara, de la buena voluntad que tenia de protegerle el rey católico, se embarcó para España, dejando encomendada á Abdallah la defensa de su causa.

Residia este Juanetin Mortara hacia algun tiempo en Fez, donde disfrutaba de la confianza del xerife. La córte de España que estaba muy preocupada por entonces con la importancia de ocupar á Larache, mantenía negociaciones constantes por su medio con Muley-xeque, ofreciéndole amistad y seguridades, mientras se proporcionaba ocasion de sorprender la plaza ó de obtenerla por cesion de los moros. Oyó de buen grado el xeque las promesas de amistad del rey católico, y Juanetin le respondió hasta con su cabeza de que no sería acometido por las armas cristianas durante las guerras civiles que sostenia. Pero en el interin se disponia en España una armada y el marqués de San German se presentó en Larache, comenzó á desembarcar gente, y se habria apoderado de la plaza á no sobrevenir temporales, y hallarla mas prevenida que pensaba. Debíó Juanetin á la clemencia del xeque el no pagar con su cabeza la torpe direccion que habian dado al negocio los ministros de Felipe III; pero fué encerrado en una mazmorra donde estuvo hasta que victorioso Muley Cidan, recordó el xeque los partidos que en otro tiempo le habia hecho el rey de España. Volvió entonces á verse con Juanetin, y como Mustafá enviase gente á prenderle al propio tiempo, no tuvo mas remedio que ponerse á merced del agente espa-

ñol, el cual despues de mil singulares trabajos lo condujo á España. Desembarcó Muley-xeque en el pequeño puerto de Villanueva de Portiman en los Algarbes, y allí fué el conde del Castillo D. Bernardino de Avellaneda, asistente á la sazón de Sevilla, á visitarle y le trajo por agua á las inmediaciones de Sevilla, en las galeras de Portugal, que gobernaba D. Luis Bravo de Acuña. Vino en efecto Muley acompañado de Mortara, y despues de asistir á un espléndido banquete cerca de Sevilla, se alojó en Carmona donde esperó las resoluciones del rey católico. Ya un cierto Mr. Sanson habia querido atraerle en Portugal al partido de su nacion, ofreciéndole para recobrar el trono la ayuda de cien aventureros franceses (1); pero Muley, aconsejado por Juanetin Mortara, desechó las proposiciones que se supone que eran bajo mano de Enrique IV, y aceptó las de España, que se reducian á que pusiese á Larache en nuestro poder mediante doscientos mil ducados y seis mil arcabuces, que al cabo no hubo que pagar del todo, dejando en rehenes en el interin sus mujeres y tres hijos suyos. Fueron largas y muy complicadas las negociaciones antes de llegar á concertarse en la entrega de Larache, porque el xerife cada vez que recibia noticias favorables de Africa comenzaba á cejar de sus compromisos, estimulado por los alcaides que lo acompañaban, y que con loable prevision, y patriotismo ni aun en trance tan duro opinaban por dar la plaza á los cristianos (2). Pero habiendo cedido todos al fin, partió Muley-xeque de Carmona y en Gibraltar se embarcó en las galeras de Portugal que le trasportaron á la costa vecina de nuestra fortaleza del Peñon, donde plantó sus tiendas. Sus hijos y mujeres fueron enviados á Tánger. Entretanto, su

---

(1) Gil Gonzalez Dávila. *Vida y hechos del rey D. Felipe III*, Fray Marcos de Guadalajara. Quinta parte de la *Historia pontifical*.

(2) Estas curiosas negociaciones están muy bien descritas en el precioso *Manual del oficial en Marruecos*, publicado en 1844 por D. Serafin E. Calderon, libro de grande utilidad para mí en varios lugares de estos *Apuntes*.

hijo Abdallah , abandonado de todos habia tenido que refugiarse en Melilla; pero animado luego por su tio Abu-Fers , y con la ayuda que le dieron los deudos de una mora con quien acababa de casarse , se puso de nuevo en campo con solos ochocientos caballos , y venciendo á Mustafá en un combate, entró triunfante en Fez, llevando encadenado al renegado vencido á la cola de su caballo. Pocos dias despues , ó su tio Abu-Fers conspiró contra su padre, ó Abdallah se imaginó que conspiraba, y el caso fué que entrando el airado mozo en su aposento acompañado de dos renegados y un eunuco lo ahogó con su propio turbante. Con esto y la fama de las riquezas que de España traia Muley-xeque, se levantó de nuevo su partido y acudió infinidad de gente á visitarle en la playa de Velez de la Gomera, donde tenia su campo. Allí estuvo muchos dias luchando con el deseo de cumplir su palabra por una parte, y por otra con la oposicion de todos sus alcaldes y de su propio hijo Abdallah, que estaba apoderado del imperio. Fué menester pensar en desposeerlo; y Juanetin Mortara logró con su astucia que se declarasen contra él todos los alcaldes, y que su padre les ordenase echarlo de Fez. Refugióse Abdallah en las sierras, y temiendo que el padre, poco apto para la guerra, echase mano de su hermano Yahia para ponerlo en el lugar que habia él ocupado hasta entonces, sin reparar que era su compañero, y que aun en aquella tribulacion le seguia, le degolló inhumanamente, y publicó él mismo la noticia por el imperio. Era esto á la sazón que Muley Cidan reunia ejército contra Muley-xeque en Marruecos, dándole el mando á su hermano Abdelhamed, mozo de grandes alientos. Muley-xeque, aunque afligido y desesperado por la muerte de Yahia, á quien queria con extremo, tuvo que resignarse á oir los consejos del mismo Mortara, y otorgar en galardón á la bárbara astucia de Abdallah el mando de sus tropas. Con ellas fué este sobre Abdelhamed que lo juzgaba todavía fugitivo, y lo derrotó completamente, volviendo á entrar en triunfo en Fez. Muley-xeque en esto se habia venido por las sierras del Riff, acompañado de Juanetin Mortara, desde el Peñon hasta

los llanos de Tetuan, y desde allí, seguro ya de Abdallah, cumplió la palabra empeñada enviando dos alcaides de su confianza á Larache, los cuales entregaron tranquilamente los castillos y la plaza al marqués de San German D. Juan de Mendoza, que la ocupó con nueve galeras y tres mil hombres. No habian faltado impaciencias y desconfianzas por nuestra parte, y el de San German habia amagado la plaza más de una vez inútilmente y habia esperado en la mar, vagando de una á otra costa, por algun tiempo la entrega. Recibió tras esto el xeque los tres hijos que tenia dados en rehenes; y habiendo reducido al paso la ciudad de Tetuan, que estaba alzada, y hecho huir á las sierras al rebelde xeque Naccis que la gobernaba, parecia que iba á quedar otra vez poseedor de su reino. No disfrutó, sin embargo, de tranquilidad por mucho tiempo. Al llegar aquí sobreviene de nuevo la oscuridad, y no se hallan mas que noticias sueltas de los acontecimientos.

Luis Cabrera refiere en el libro titulado *Relaciones de las cosas sucedidas en la corte de España*, últimamente dado á luz, que á primeros de octubre de 1513, tres años despues de ja entrega de Larache ó Alarache, murió de herida de azagaya Muley Xeqne en Alcázar, donde residia por órden, segun se decia, de Muley Abdalla, su hijo, el cual estaba retirado en Fez por no tener con que hacer la guerra. Gil Gonzalez Dávila en su *Teatro de las Grandezas de Madsid*, afirma que «tratándose de la restitución ó restablecimiento en el trono de Muley »Xeque, un moro traidor y mal vasallo suyo llamado Golife, »le mató en su tienda cerca de Tetuan con que cesó lo que se »habia prometido.» Parece, pues, que el cumplimiento de su palabra y el rescate de sus hijos con la entrega de Larache, le costó la vida á aquel principe tan rebelde á su buen padre, y tan bondadoso él mismo por todo el resto de su vida. Tratando de la muerte de Muley Xeqne, dice tambien Cabrera (1) que al mismo tiempo que el victorioso Abdallah estaba en Fez sin

---

(1) Véase la obra antes citada y que se publicó de real órden.

emprender cosa alguna, el *Morabito* había recobrado á Maruecos, obligando á Muley Cidan á refugiarse en las montañas de donde salía solo á hacer la guerra de asaltos y correrías. Debíó esto durar poco si fué cierto, porque no mucho despues que murió Muley Xequé, hallamos al Cidan ocupando solo el imperio. El P. Guadalajara conjetura que el descontento de los moros por la entrega de Larache, le impidió al mismo Abdallah suceder á su padre. Supónese que aquel incansable y valeroso principe se refugió despues de vencido una vez mas en Sús, perseguido por Muley Cidan; y allí comenzó á propalar profecías y hacerse el santo entre los rudos naturales, tocando un adufe por los aduares, y llamándolos verdaderos creyentes á sus banderas, hasta que reunió un corto esquadron de soldados con el cual renovó la guerra. Fuéle al principio favorable la fortuna y derrotó á un capitán de Muley Cidan apoderándose de la ciudad de Agher. Pero no tardó en revolver su tío Muley Cidan sobre él, con tan poderoso ejército, que al fin lo deshizo y le dió muerte: hombre este Abdallah cruel, pero valiente y sagaz como el que mas de los que tuvieron fama de grandes en su tiempo. Atribúyese la superioridad que tomó al fin Muley Cidan sobre sus rivales (1) al auxilio que le dieron doscientos aventureros ingleses que un cierto Juan Gifford gobernaba. De los demás hijos de Muley Xequé que vinieron á España con él, nada se sabe de cierto. Entretanto, no cesó por parte de Muley Cidan y de Felipe III la enemistad nacida del auxilio que este rey prestára á Muley Xequé. De esta enemistad, se originó en los moriscos, rebelados al llevarse á efecto el duro decreto de su espulsion, la loca idea de proponerle que pasase á España y con ayuda de ellos la conquistase. Oyó el Cidan con indiferencia este partido desesperado y se contentó solo con estimular á sus súbditos á que se ejercitasen en la piratería contra los españoles. Hubo necesidad, pues, de vigilar las costas marítimas, y en 1611, D. Ro-

---

(1) Véase el manual del oficial en Maruecos.

drigo de Silva y Mendoza, comendador de Martos, apresó cuatro navíos de corsarios que, por cuenta de Cidan, andaban robando; quemó tres de ellos, y conservó uno muy grande. Pocos meses despues, corriendo la mar de Berberia D. Pedro de Lara, tropezó junto á Salé con dos navíos, y peleando con ellos por no haber querido darse á partido los rindió, hallándose entre otras cosas, mas de tres mil volúmenes en lengua árabe de varia erudicion y doctrina. Léese en la *Mision historial de Marruecos* una carta dirigida al rey D. Felipe IV por Muley Xequé, uno de los hijos de Muley Cidan, donde el príncipe moro manifiesta que «en un navío francés cargó el rey su padre, los tiempos pasados, en el puerto de Saffi para que fuese á Santa Cruz, muchas cosas y piezas de valor y estimacion, y entre otras, una gran cantidad de libros; y que el dicho francés hizo con ello traicion, y quiso Dios para su castigo que lo tomasen los españoles.» Sea que el francés pretendiese robar los libros, y que á él se los quitasen los nuestros, considerándole como pirata ó súbdito marroquí, sea que las naves fuesen marroquíes, y dos en vez de una como se creyó en España, lo cierto es que sintió mucho Muley Cidan esta pérdida y ofreció dar hasta setenta mil ducados por su rescate; pero Felipe III le envió á decir, que solo daria los libros en cambio de la libertad de todos los cautivos que se hallaban en su reino. Pareció que consentia el moro en la demanda, pero como las guerras en que anduvo empeñado no le permitieron ejecutar lo que se le pedia, fueron al fin trasportados los libros á la biblioteca del Escorial. Al mismo tiempo, para impedir á los corsarios marroquíes la navegacion del Océano, meditaba nuestra corte la conquista de la Mamora, fortaleza, hoy destruida y situada no lejos de El-Araisce ó Larache. Encargóse la espedicion á D. Luis Fajardo, capitán general del mar Océano, con seis mil quinientos hombres de desembarco que transportó en noventa y un bajel y muchos capitanes de nombre, entre los cuales se contaban el conde de Elda, que gobernaba las galeras de Portugal y el duque de Fernandina, que tenia el mando de las de España; el maestré de

campo Gerónimo Agustín, el famoso Cristóbal Lechuga que hacía de mayor general y el ingeniero Cristóbal de Rojas.

En agosto de 1614, se presentó la escuadra delante de la Mamora. Habían echado los moros tres barcos á fondo en la entrada de la ría para impedir el paso; y no fué posible arrimarse á la playa en algunos días por el mal tiempo; así es, que cuando ya fué posible el desembarco, había acudido alguna gente mora á impedirlo. Sin embargo, los duques de Elda y de Fernandina, barrieron con sus galeras la playa, y al abrigo de sus fuegos, saltaron en breve tiempo á tierra hasta dos mil soldados con pérdida de uno solo, y se formaron en escuadrón. Marcharon en seguida sobre el fuerte que defendía la ría, y se entró con poca resistencia. El almirante Vidazabal entretanto, para distraer á los moros, cañoneó á Salé; y los demás buques de la escuadra destruyeron los corsarios, no solo berberiscos, sino aun de aventureros europeos que había ocultos en aquellas ensenadas. Comenzó en seguida á fortificar una eminencia y á ocupar bien el lugar, y se pidieron con urgencia refuerzos á España. Conmovióse todo el reino con esta nueva; y así de Andalucía como de Murcia y especialmente de Madrid, salió la flor de la nobleza para la Mamora, y «fueron tantos», dice Luis González Dávila, que ninguno se atrevió á quedar en la corte, teniendo por cosa vergonzosa estar en ella cuando las armas de su rey entraban victoriosas en África» (1). Pero ni merecía la ocupación de una pequeña cala y un fuerte insignificante tanto entusiasmo, ni del que hubo se sacó fruto alguno. Salió el general con la gente de refuerzo al campo varias veces y ahuyentó á los moros, que en poco número se le oponían, porque Muley Cidan, ocupado en otras cosas, no pensó en recobrar lo perdido. Luego la escuadra y los aventureros se volvieron á España, y el fuerte quedó encomendado á una corta guarnición como las demás plazas de África. Dió

(1) Todas estas luchas con los marroquíes las tomó de este autor en la historia de Felipe III.

1619

Arcila

motivo el año de 1619 para otra expedición, emprendida con el fin de socorrer á Larache, que un cierto Muley Mohamamed, levantado contra el Cidan, tenia intencion de sitiar segun parece. Encomendóse la escuadrá á D. Antonio de la Cueva, teniente general de las galeras de España; el cual, no contento con dejar en la plaza los bastimentos y gente que llevaba, atacó y destruyó en el puerto de Arcila dos naves moras de guerra y algunas mercantes; hizo huir á otras y cañoneó las murallas de la ciudad con grande estrago, dando libertad á algunos ingleses que andaban por allí cautivos. Al volver á España tropezó con otro navío moro, y lo obligó á embarrancar en la costa, donde lo quemó, poniendo en libertad á otros cautivos holandeses (1). Tales derrotas no desanimaron á los marineros mauritanos, con los cuales se juntaban piratas y aventureros cristianos, franceses, holandeses y aun ingleses. Llegó á punto la insolencia de los marineros de Salé, singularmente, que tanto maltrataban ya á los moros pacíficos que hacían el comercio de aquellas costas, como á los españoles y demás europeos, y Muley Cidan tuvo al cabo que poner mano en ello, enviando á Cárlos I de Inglaterra una embajada magnífica (2), para pedirle ayuda con que esterminar á los piratas. Dióselá de buena voluntad el rey Cárlos, interesado por el comercio; y secundado por los bajeles ingleses, Muley Cidan tomó á Salé y condenó á muerte á todos los piratas que la habitaban. Muley Cidan, que tan duramente los castigó, los habia alentado mucho hasta entonces, y en 1623, segun el *Mercurio francés* de aquel año, ajustó un tratado con los holandeses que ya lo tenian hecho igual con los demás potentados berberiscos, para piratear juntos ó combatir, segun decian, á los comunes enemigos (3). De creer es que los saletinos, cuando Muley Ci-

(1) Gil Gonzalez Dávila. Teatro de las grandezas de Madrid. Victorias por la mar.

(2) Véase la Historia Universal publicada por una sociedad de literatos ingleses. Tomo 26 que comprende la Historia de Berberia y de los reinos de Marueco y Féz.

(3) Véase Le Neuviesme tome du Mercure françois. — Paris, 1624.

dan los esterminó, se hubiesen ya declarado independientes de su soberanía. Por último, corriendo el año de 1830 le sobrevino la muerte á Muley Cidan, que tantas y tan largas contrariedades habia experimentado en su vida, y en las cuales mostró que no le faltaban ni constancia, ni otras prendas de valia.

Desde esta fecha en adelante vuelve á aclararse la historia del Mogreb-alasca, merced especialmente al libro, citado antes, que se intitula *Mision historial de Marruecos*, compuesto por Fr. Francisco de San Juan del Puerto, fraile de las *misiones* y testigo de muchos de los hechos que refiere. Tres hijos de Muley-Cidan le sucedieron uno tras otro en el reino. El primogénito Abdelmelic, era cruel de naturaleza, pero se hizo al fin muy amigo de los cristianos. Por aquel tiempo las relaciones entre estos y los habitantes de Mogreb-alasca eran frequentísimas, y bien encaminadas habrian podido dar pacíficos pero copiosos frutos. Durante el reinado de Muley-Cidan y los de sus hijos, los ingleses no cesaron de mantener comunicaciones con los marroquíes. Tambien los holandeses hemos visto que hacian causa comun con ellos. Pero los que mas influian naturalmente en el Mogreb eran los españoles y portugueses. En la infausta batalla de Alcázar-quevir hubo un escuadron de renegados que pelearon furiosamente; y era renegado portugués Reduan, el principal ministro del *Moluco*, y renegados fueron antes y despues muchos de los mejores caudillos que gobernasen las huestes moras. El gran número de prisioneros portugueses que quedó en todo el Mogreb despues de la jornada, hidalgos muchos de ellos y gente de cuenta, las embajadas benévolas de Felipe II, los viajes de algunos xerifes á España y á las posesiones españolas, y el comun conocimiento que habia de la lengua castellana por causa de los muchos moriscos allí refugiados, hicieron que los moros se acostumbraesen al trato de sus vecinos cristianos, y olvidasen por algunos años la esquivéz con que solian mirarlos desde la expulsion de los principes africanos de la Península. Contábase entre los prisioneros de Alcázar-quivir un fraile agustino llamado Fr. Tomás de Jesus; hombre de piedad y ente-

Familiares  
con los cristianos

reza, el cual viendo que en solo Marruecos ascendian á dos mil los cautivos cristianos, comenzó á ejercer entre ellos su ministerio, y renovó las misiones extinguidas en tiempo de los xerifes primeros, de las cuales queda alguna reliquia notable todavía. Sucedieron á Fr. Tomás en las misiones, después de su muerte, algunos otros sacerdotes, los más de los cuales fueron martirizados sin piedad por los moros, y aún el mismo Abdelmelic mandó matar varios al principio de su reinado; en venganza, segun dicen, de no haber podido recóbrar como intentó, la plaza de la Mamora. Pero aconteció que Abdelmelic se baldó de un brazo, y no halló quien le curase en todo su imperio hasta que le dieron noticia de un médico español que habia cautivo, de nombre Andrés Camelo, y natural de la villa de Conil en Andalucía, el cual tuvo la habilidad y la fortuna de dejar sano al príncipe en poco tiempo. Pidió Camelo en recompensa, ya que la libertad no queria dársela, que permitiera el rey venir á Marruecos á su mujer y tres frailes españoles; y Abdelmelic dió permiso y seguro para ello. Fué ya el bárbaro príncipe amigo de los españoles hasta su muerte, pero no de otros estranjeros, porque generalmente asi como queria bien á los renegados, detestaba á los que no profesaban el culto mahometano de que él era observador muy celoso. Se cuenta que habiendo hecho despedazar por sus leones, ó mutilar á algunos franceses cautivos, el embajador de esta nacion se quejó agriamente á la Puerta otomana, considerando como dependientes suyos á los príncipes mauritanos. Irritóse Abdelmelic al saberlo, de tal suerte, que juró matar al primer embajador ó agente que le enviasen los reyes de Francia. Estos, después de las inútiles tentativas que habian hecho para influir en el Mogreb-alacsa en tiempo de nuestro protegido Muley-Xeque, no habian cesado de mantener algunos tratos ó inteligencias con los moros, á fin de mejorar la condicion de su comercio y de sus súbditos maltratados constantemente en las costas berberiscas. Acertó á presentarse en Marruecos poco después del juramento de Abdelmelic Mr. Sanson, el mismo tal vez que se acercó en Portugal á

Muley-Xeque, y antes de darle audiencia hizo el monarca moro esconder en el vecino aposento un verdugo con el fin de mandarlo decapitar si se daba por enviado del rey de Francia; pero el astuto francés, advertido á tiempo por un renegado de su nacion, desvaneci6 sus sospechas fingiéndose comerciante, y asi pudo marcharse á salvo pero sin obtener de su comision fruto alguno (1). Para comprender la cólera que en este caso esperiment6 Abdelmelic hay que tener presente que él fué el primero que tomó el título de *Sultan*, ó emperador de Marruecos, Fez, Sús y Taflete, que desde entonces se ha solido dar en Europa á sus sucesores, aunque en España solo el dictado de reyes de Marruecos y de Fez se les continu6 dando como antes, y así se ha observado generalmente hasta nuestros tiempos. Murió el Sultan Abdelmelic á manos de unos renegados que hallándose recostado al descuido en unas almohadas en palacio, le asesinaron de órden de su hermano Muley el Valid que aspiraba al trono.

En virtud de esta forma de sucesion tan frecuente en el bárbaro imperio, Muley el Valid se hizo luego aclamar por el pueblo, y su primer acto fué mandar arrastrar por las calles el cadáver de su hermano. Acababan de llegar por entonces los frailes españoles que habia llamado Abdelmelic á Marruecos, y no les costó poco trabajo ser admitidos. Sin embargo, consiguieron que Abdelmelic los tolerase y el influjo europeo ejercido por ellos y los renegados se dejó sentir aun por algun espacio de tiempo, logrando al fin el francés Mr. Sanson, ajustar un tratado con el nuevo príncipe. No bien empuñó este el cetro, comenzó á vejar y perseguir á sus vasallos, juzgando que se afirmaria en el trono mas por el rigor que por la blandura. Desenfrenó sus iras, especialmente contra los que antes de ser rey no lo atendieron como á tal, y despues en todos los que no acertaban á lisonjearlo; sin que se viesen seguros de sus tiranías ni sus domésticos, ni sus ma-

---

(1) Véase la relacion de Davity: citada en la *Historia Universal de los literatos ingleses*.

yores amigos. Luego empezó á hostigar á los pueblos cobrando mas tributos de los que sus leyes permitian, la costumbre de sus antecesores habia usado, y la cortedad de los naturales podia ofrecer, pareciéndole que empobrecidos estos, no tendrían alientos para resistirle. Estancó los géneros, y se hizo mercader de los víveres mas necesarios al consumo, pregonando castigos para los que osasen venderlos ó comprarlos hasta que él hubiese alcanzado su ganancia; y al propio tiempo no vendia él sus géneros hasta que la necesidad pasaba de estrema, y entonces ponía el precio mas acomodado á su codicia. Esta tiranía le grangeó el nombre de *Rey de la hambre*. Entregóse á la par á las obscenidades mas torpes, siendo generalmente tan crecido el número de concubinas, como hermosas vasallas le noticiaban los lisongeros; y en fin, debajo de una mal compuesta hipocresía, encerraba los mayores vicios.

De dia en dia mas cruel, quitó la vida á su hermano menor Muley-Ismael, á dos sobrinos y á siete xerifes, que era de quien podía recelar que le disputasen el trono. No habia ya en la córte en quién castigar sus miedos, ni de quién sospechar, sino era un hermano suyo de edad de diez á once años, llamado Muley Mohamed Xequé, hijo de Muley-Cidan, su padre, y de una re negada española. Curiosa é interesante es por demás la relacion que hace el autor de la *Mision historial*, de las persecuciones de este príncipe, que ocupó al cabo el trono de Marruecos. Eran los padres de la renegada buenos cristianos: cautiváronlos los moros, y así murieron muy ejemplarmente. Quedó huérfana la niña y aunque otras cautivas la procuraron albergar, y criar en la ley de Cristo, no pudieron ocultarla tanto que no llegase á Muley-Cidan la noticia de su belleza. Mandó al punto que se la llevasen, y aficionado de su hermosura, la solicitó con cariños, para que dejando su ley se hiciese mora, siendo el desposorio segura espresion de su agradecimiento. Resistióse la niña varonilmente, despreciando sus ofertas: pero, entrándola por fuerza en la real clausura, la vistieron el turbante, y luego que tuvo edad la recibió al fin Muley-Cidan por esposa. Tal fué el origen que tuvo Mo-

hamed Xequé. Reunía el tierno xerife buenas prendas naturales, y estaba muy bien educado por su madre, como criada entre gente cristiana. Dejábase comunicar con cariño de algunos de los súbditos, y como era hermoso, y al rey lo aborrecían muchos por sus crueldades y vicios, no faltaba quien le mirase ya con esperanzas de que él había de aliviar de aquella servidumbre al imperio. Este cariño que inspiraba el niño no se le ocultaba al Valid, y sacando por consecuencia su ruina, se propuso darle la muerte. Descubrió estos depravados intentos á algunos de los suyos, los que le pareció de mayor confianza; pero como todos querían bien al niño no tardó en ser delatado á la madre que vivía aun, y dos tías hermanas de su padre, mujeres de un corazón determinado.

No era dudoso el éxito de la contienda desde que las hermanas de Muley el Valid se declararon contra él, y en pro de su sobrino Muley Xequé porque era pusilánime el sultan cuanto ellas determinadas, y tan despreciado y aborrecido estaba él, como ellas queridas y honradas. Exigieron al Valid que les entregase al sobrino para tenerlo en custodia, y no osó aquel negarse á su deseo, aunque á condicion de que vigilaría su conducta un viejo esclavo negro en quien tenía él gran confianza. En esta conformidad corrió algun tiempo sin permitir las tías que el prisionero saliese á los divertimientos propios de su edad, porque sabían bien que el rey su hermano acechaba la ocasión para matarlo. Algunas veces, ciego de cólera, entró el Valid en la prision determinado á ejecutar por sus manos la muerte deseada; pero como las tías espiaban sus pasos, se prevenían con tiempo para la resistencia con singular celo, teniendo escolta suficiente prevenida para cualquier lance y con tal valor una de ellas, que no se le caían de la cinta dos pistoletes y una guma turquesca. En el interin, continuaba el Valid maltratando á sus vasallos, y aun llegó á atropellar indiscretamente á los de su guarda, que eran renegados, y de quien solo fiaba la seguridad de su persona. Ofendió á unos, quitó la vida á otros, y á todos les negó el corto salario que el servicio real les concedía. Comenzó con

esto á divulgarse por el pais el rumor que precede de ordinario á las revoluciones y, si no le negaban ya absolutamente la obediencia, al menos ponian muchos en cuestion si se la debian. No desaprovecharon las tias como mugeres sagaces la coyuntura que se les ofrecia, y se determinaron á solicitar la muerte del tirano, para poner en su lugar al sobrino que ya contaba diez y seis años. Descubrieron su propósito al criado negro que las vigilaba, el cual tenia ya mas amor al niño Muley Xequé, que fidelidad á su tio, y asi pudieron valerse de su esperiencia y cautela para tentar el ánimo de los renegados que guardaban al rey, prometiéndoles de su parte buenas dádivas, y de parte del rey futuro honores y conveniencias. Hallóse un renegado muy valeroso y dispuesto á cualquier atrevimiento, llamado Mohamed, hijo de un portugués y de una mujer de Córeaga, buenos católicos, que habiendo muerto en la esclavitud, dejaron aquel hijo pequeño, hecho moro como tantos otros por fuerza. A éste envió Muley Xequé para que ejecutase la acción, dos pistoletes y su misma gumia; y él buscó para que le ayudasen á otros tres renegados, franceses de nacion y mozos de brios. Un día que Muley Valid mandó llamar á tres asesinos que tenia dispuestos para acabar de una vez con el sobrino, el paje á quien encomendó esta mision, y que estaba ya ganado por sus enemigos, buscó á los cuatro renegados que no andaban lejos, acechando ocasion, y les dijo como el rey quedaba solo en el *Mexuar*, que lograsen el tiempo, y que él iria con pasos perezosos á hacer la diligencia que le mandaba. Con esta noticia se abalanzaron los renegados á la estancia, y al verlos llegar el Valid, en mal formadas voces les dijo: «¿qué es lo que quereis de mí?» Dió la respuesta la boca de un pistolete; pero tan mal apuntado, que no lo lastimó la bala. Sin embargo, el rey acobardado se dió á la fuga gritando, y los cuatro siguieron su alcance, aunque tan turbados, que no acertaban á rematar su obra. Pero entretanto, al rumor escandaloso que se escuchaba dentro de palacio, acudieron otros conspiradores, y sospechando la ocurrencia, cerraron las puertas

todas por donde de afuera podian favorecerlo. Asi mataron al cabo al Valid y al punto abrieron la prision al príncipe recluso, siendo la primera razon que le dieron, besarle el pié; en lo cual y el alborozo con que vinieron las tias, conoció que ya era emperador de Marruecos. Dividiéronse luego las mujeres en diferentes tropas, y con la confusion de pastoriles instrumentos de que se componen sus músicas, salieron cantando el triunfo del nuevo rey, como si hubiera venido la mas reñida batalla. Junlóse al propio tiempo la gente que habia en palacio, y al frente de ella, fué el nuevo rey al salon del homenaje; donde sentándole en el real trono, segun su estilo, le volvieron á besar el pié, que es el juramento de fidelidad que ellos hacen. Allí mismo hizo el nuevo rey su mayor bajá al renegado portugués Mohamed, y luego fué sin dificultad reconocido por todas partes. Tal fin tuvo Muley el Valid y tal principio el nuevo Muley Xequé; y de intento nos hemos detenido á describir uno y otro, porque aparte del carácter de verdad que da á los hechos la relacion del autor de la *Mision historial*, se refleja en ellos bastante el estado moral y político de Marruecos por aquel tiempo.

Estuvo muy distante Muley Moammed Xequé, que tal era su nombre, de tener un reinado tan feliz como prometia su principio. Aquí y allí se levantaron algunos rebeldes, que le usurparon territorios considerables, siendo el mayor y tan peligroso como se vió luego, un *morabito*, que hácia la parte de Tafílete, se proclamaba nuevo xerife. Los rústicos y sencillos alarbes y moradores de aquellas remotas tribus atraídos por las estravagancias del morabito, no tardaron en formar al rededor suyo un ejército. Comprendió bien Muley Xequé el peligro que aquella rebelion ofrecia, y deseoso tambien de señalarse en las armas marchó á buscar al supuesto xerife de Tafílete, que no rehuyó la batalla. Peleóse con tan poca fortuna de parte del campo de Muley Xequé, que quedó deshecho, teniendo éste que ponerse en precipitada fuga despues de haberle muerto la mayor parte de su gente, y apresado los bagajes y muchos viveres y municiones. Comenzó luego el Xequé á

formar nuevo ejército con que reparar tan gran desastre, pero le faltaba dinero para pagar tropas que solo de esta suerte creía poder asegurar de deserciones, y lienzos, bonetes y otras cosas con que grangearse el amor de los soldados; y no encontraba traza para proveerse de ello, aunque ofrecia algunas conveniencias y partidos al príncipe que lo socorriese. Hallábase á la sazón en Marruecos un cierto Roberto Blake, que en aquella corte seguia negociaciones por parte de Inglaterra, y sabiendo este lo que el rey pretendia se ofreció pronto á socorrerlo, prometiendo á cambio de las ventajas ofrecidas, todo lo necesario para la guerra. Pero los dos bajás de quienes hacia estimacion mas singular Muley Xequé, que eran aquel Mohamed, y otro llamado Jadar, ambos renegados peninsulares, recelosos de las intenciones del inglés, le dijeron, que para qué queria inteligencias con una corona tan distante como Inglaterra, pudiéndolas emprender con mas prontitud en España que estaba mas vecina, y de cuyos puertos podia lograr con brevedad el socorro. Representáronle ademas que eran tan generosos y opulentos los reyes de España, que solo por su grandeza; sin mas interés que hacer bien á necesitados, favorecian, como lo habia hecho en Túnez el emperador Carlos V; y por último, le aconsejaron que, si queria comunicarse con los reyes de España, podria hacerlo por medio de los frailes que habia en Marruecos. No era solo socorro de dinero lo que deseaba el rey, y lo que le persuadió á seguir el dictámen de los renegados españoles: tenia otra idea de mayor consecuencia, como se conoció luego, que era prepararse un salvoconducto para el caso de versé desposeido del reino, y en peligro de morir como siempre sucede á los príncipes vencidos en aquella tierra. Lo mismo Muley Xequé que los renegados españoles, cuyas cabezas peligraban tambien no poco, veian claro que para salvarse en un dia de fuga, los reyes católicos, por estar tan vecinos y por la seguridad que ofrecia su natural clemencia, eran de mas útil alianza que otros, y esto dió aliento á la natural inclinacion que asi el rey como sus

consejeros tenían á España, porque ellos eran españoles, y él era nieto también de españoles como sabemos. Lo cierto es que llamaron á un fraile apellidado Fray Matías, y le encargaron que viniese á España á entablar las negociaciones para el tratado, ofreciéndole tal vez trigo, por ser aquellos años de gran esterilidad en España, y venir con efecto gran cantidad de trigo de Berbería, salitres y caballos, en ocasión que los necesitaba mucho España para las grandes guerras que Felipe IV sostenía en Italia, Flandes, Cataluña y Portugal; con otras ventajas políticas que no han llegado á saberse. En cambio lo que pedía principalmente Muley Xequé era la seguridad de ser bien acogido en España en caso de aprieto; siendo tan grande el terror que le inspiraba á la sazón el rebelde Xerife de Tafílete, que empezó á enviar su familia y siervos á Saffi, á fin de embarcarlos en aquel puerto. Pasó fray Matías á España, trayendo en su compañía muchos cautivos españoles que en testimonio de buena voluntad le dió Muley Xequé, contándose entre ellos aquel médico D. Andrés Camelo, que fué causa de la venida de los frailes á Marruecos, y un cierto Manuel Álvarez, que hacía en el cautiverio de almocaden de los cristianos. Desembarcó fray Matías en Sanlúcar, donde se presentó al duque de Medinasidonia, capitán general de Andalucía, y desde allí comunicó ya al rey D. Felipe y á su Consejo los principales puntos de la embajada, y luego pasó á Madrid donde le entretuvieron cuatro años, sin poder cobrar una letra de catorce mil pesos que el rey había mandado darle para costear la vuelta á Marruecos. Después de mil tribulaciones, halló medios fray Matías para volver á Marruecos con los regalos y prevención conveniente; pero adoleciendo de enfermedad, murió en Córdoba, y se encargó entonces de la embajada el P. Fray Francisco de la Concepcion, acompañado de un agente particular llamado D. Miguel Escudero y de todas las provisiones necesarias. Corría ya el año de 1646 cuando llegó de España á Marruecos la respuesta á la alianza solicitada en 1640. Tan tristes y difíciles tiempos eran aquellos para la monarquía católica. Recibió, sin embar-

1.546

go, Muley Xequé con sumo agrado á los embajadores, que por otra parte se hicieron con sus liberalidades mucho partido en el pueblo; pero ya la necesidad y espanto en que se vió años antes, habian pasado, porque el tal Xerife de Tafite, ocupado, como veremos despues, en otras guerras y con mala fortuna, no habia continuado los progresos de sus armas en Marruecos, segun se temia despues de la gran victozia alcanzada. Asi fué que á la carta de Felipe IV en que le daba gracias por la libertad de los cautivos y deseos de alianza que mostraba, le contestó recordándole la restitution de la cámara de Muley Cidan, y diciéndole que «en cuanto á las cosas de valor no las pedia, pero que los libros deseaba que el rey de España se los enviase, siendo servido, porque sabia que los tenia todos, y que á los reyes no se les ponía cosa por delante para hacer su voluntad.» Dió al mismo tiempo libertad á todos los cautivos españoles que habia en sus Estados; pero no por eso se le devolvieron los libros, y sin ninguna recompensa volvió la embajada á España. No es fácil imaginar el sentimiento que tuvo Muley Mohammed Xequé al ver que no se le devolvian los libros. Manifestó su desabrimiento á los religiosos, los envió nuevamente á España á pedir los libros, y cuando se convenció de que no se le devolverian, como ya no contaba por nada nuestra alianza, trecó en saña la amistad antigua. Es de advertir que por los años de 1658 en que se notó aquella mudanza, Muley Mohammed habia cambiado ya de condicion para con todos, por consecuencia del vicio de la embriaguez á que se entregó de tal suerte, que apenas volvió á estar en su juicio el resto de su reinado. Ocurrieron al propio tiempo algunos casos de conversiones de moros y otros de fugas de cautivos, y no fué menester mas para que el monarca moro comenzase á perseguir con violencia á los religiosos españoles, aconsejado, segun se supone, de un esclavo protestante que tenia. Fueron aquellos años de grande esterilidad en Marruecos: hambres, desórdenes, tiranías, asesinatos continuos revolviéron ó escandalizaron el imperio. Muley Mohammed Xequé era ya aborrecido por las torpezas á que

11658

empezaba á entregarse, y sobre todo, por su amor al vino, prohibido por la ley alcoránica. Suscitáronsele nuevas perturbaciones, y entre otras, una muy grave en Tetuan, que se alzó contra él con todo su algarbe ó comarca. Llegaron á punto las cosas que Muley Xequé se resolvió á marchar contra los rebeldes. Allí le esperaba un fin no mas dichoso que el que sus predecesores habian por lo común alcanzado, porque habiendo sentado sus tiendas en los despoblados que median entre Tetuan y Alcázar, y habiéndose quedado solo y ébrio como solía en un lugar apartado del campo, le encontraron por azar unos naturales y, conociéndole, le mataron arrojándole sobre la cabeza una peña. « En los instrumentos de los misioneros, » dice el P. Fr. Francisco de San Juan del Puerto, solo se dice » que murió y el tiempo, pero no las circunstancias, de donde » me moví para preguntarlas á algunos moros, hombres de mejores noticias, y unos me han informado de las que quedan » dichas, y otros me aseguran que murió en Marruecos de su » muerte natural, aunque convienen en que le provino de una » muy grande embriaguez. » La semejanza de nombre de este Muley-Mohammed-xequé con aquel otro Muley-xequé que entregó á Larache y murió tambien asesinado entre Tetuan y Alcázar, puede enjendrar la sospecha de que el fin de este se confunda con el del monarca de quien ahora tratamos, y que de esto provengan las versiones distintas de los moros. Sin embargo, otras versiones están contestes tambien en que murió Muley-Mohammed-xequé á manos de unos rebeldes (1), aunque dentro de Marruecos, que se supone tomada por ellos. Añádese, y en esto están conformes muchas relaciones, que los rebeldes que mataron á Muley-Mohammed, alzaron en su lugar á uno de los caudillos de ellos llamado Crom-al-Hagí, el cual mandó matar á todos los descendientes que se hallasen de los xerifes, y fué asesinado de allí á poco por su propia mujer. Lo cierto es que el P. Fr. Francisco de San Juan del Puerto, á quien vamos siguiendo, sin hacer mencion de tal empe-

---

(1) Véase la *Historia Universal* varias veces citada.

rador , afirma que á Muley-Mohammed-xeque le sucedió su hijo Muley-Labes ó Muley-el-Abbas, único que habia dejado á pesar de las muchas mujeres que tuvo.

Entró á reinar en 1655 este príncipe , y no disfrutó de tranquilidad el poco tiempo que ocupó el trono. Apenas habian pasado dos años desde la muerte de su padre cuando un tio suyo, hermano de su madre que era bajá de los alarbes, se levantó contra él y le disputó el imperio. Vino el tio con buen ejército contra Marruecos, y como el jóven Muley-el-Abbas no se atreviese á esperarlo extramuros porque no tenia iguales fuerzas , se hizo fuerte en las murallas ; y allí aguantó el sitio que duró algunos dias. La madre del Abbas, considerando al hijo en tal riesgo y creyendo que la cólera del tio no tenia otro principio que alguna falta de atencion del sobrino , aconsejó á este que abriese las puertas al rebelde, fiándose del parentesco que entre ellos habia. Siguió el jóven príncipe el consejo de la madre , y dejando la ciudad se entró confiado por las tiendas de su tio, el cual salió á recibirlo con suma humildad al parecer, pero con pensamientos alevos. Dió á entender el tio que le pesaba gravemente de lo hecho , ofreció sujecion ejemplar en adelante , y se celebraron con públicos festejos las nuevas paces , pasándose algunos dias en esto , hasta que el sagaz tio pudo ir ganando ó reemplazando á los principales ministros de aquellas ciudades y provincias que no tenia á su devocion. La trama fué breve tanto como alevosa, y cuando los alcades y bajás estuvieron puestos á satisfaccion del tio, una tarde que Muley-Abbas fué á visitarlo, como solia, en su campo dispuso aquel que le diesen muerte, y en seguida se hizo aclamar Sultan por sus tropas. Asi acabó el infeliz Muley-el-Abbas, que no habia alcanzado en todo mas que cuatro años de imperio ; y en él se extinguió la familia de Muley-Cidan, y la famosa dinastía de los xerifes que tanta fama habia logrado adquirir en el Africa.

XIII.

Ya por este tiempo los rebeldes de Taflete , que en tanto peligro habian puesto á Muley-Mohammed-xeque , derrotándole en batalla campal, habian reanudado la carrera de su engrandecimiento y se preparaban á apoderarse de todo el imperio fundando en él una nueva dinastía. Inútil fué para impedirlo el asesinato de Muley-Abbas y el ensalzamiento del tio: la dinastía que este fundó pasó como una ráfaga de humo por el Mogreb-alacsa sin dejar huella de su paso. Llamábase el usurpador Muley-Abdelquerim-ben-Becr , y era hombre sagaz , segun se cuenta , y de buen juicio práctico , pero tuvo los vicios ordinarios de su nacion y de su ley , y le impidió ser justo el modo mismo con que se habia elevado. Desde luego fué recibido con horror , aunque sin resistencia por los vasallos que amaban al muerto Muley-Abbas , por su sobrado candor y bondad , con extremo. Marchó contra la ciudad de Saffi que se le habia rebelado y no pudo tomarla. Lleno de recelo y suspicacia mandó derribar el convento que tenian los frailes españoles en Marruecos , aunque en verdad á ellos los persiguió menos que otros de sus antecesores. No le faltaron , mientras vivió , á este príncipe disgustos y alteraciones , nacidas de la mala voluntad de todos. Refrenólas como pudo y logró asi reinar nueve años , hasta que un criado suyo , de quien él hacia gran confianza , trayéndolo por inmediata guarda de su persona , le acometió un día al entrar en su alcázar con la alabarda de que iba armado , y lo atravesó de parte á parte. No pudo saberse el motivo que tuvo para accion tan osada , porque en el instante mismo fué hecho pedazos por la servidumbre del muerto soberano. Luego fué aclamado por los cortesanos su hijo primogénito Muley-Becr , que solo gozó de la corona dos meses. Enviaron los principales vecinos de Marruecos , como habian hecho en otras ocasiones , secretos emisarios á los sublevados señores de Taflete , estimulándoles

á que viniesen á tomar posesion del imperio. Y como llegase este mensaje cuando mas pujantes se hallaban precisamente, y con mas deseo de hacer conquistas los nuevos reyes de los fillies ó filelis, que asi se llamaban los habitantes de Tafilete, no se hicieron esperar por cierto.

Eran estos filelis, como los fundadores de las mas famosas dinastías de la Mauritania ó Mogreb-alacsa, unos impostores que afectando cierto origen sagrado, y grandes virtudes, habian logrado atraerse la voluntad de las fanáticas é incultas cabilas que residen en las yermas soledades del sur del imperio. Su origen se cuenta de esta manera (1). Por los años de 1620 de nuestra era, volvieron de la Meca ciertos *hagis* ó peregrinos amazirgas, y se establecieron en las cercanías de Tafilete de donde eran naturales. Traian con ellos á un tal Alí-ben Mohammed-ben Alí-ben Yusuf, al cual, aunque extraño, todos amaban y respetaban por sus admirables virtudes, y por ser, al decir de algunos, si ya no es que él propio lo cundia, vigésimo séptimo descendiente de Alí y de Fátima la Perla, hija única de Mahoma. En cuanto á su origen, era de nacion árabe y natural de Yambó, en las costas del mar Rojo, no distante de Medina; y por tal descendencia, como se le suponía andaba en reputacion de Xerife. Establecido aquí con los filelis, se empleó por algunos años en el cultivo y labor de los campos, los cuales dieron en todo aquel tiempo abundantísimas cosechas, cuando antes no solian producir nada, ó bien abrasados con espantosa sequia, ó bien asolados con frecuentes tormentas. Y como la fama de sus virtudes era tanta, y la santidad de su origen creida, no dudaron aquellos sencillos moradores en atribuir á su presencia lo que era obra del azar y de la naturaleza. Persuadiéronse de todo punto de que era un bienhechor de la tierra favorecido de Dios, y enviado del Profeta, su abuelo, para repartir entre ellos felicidad

---

(1) Tomo muchas noticias referentes al origen de la actual dinastía y á los hechos de algunos de sus príncipes, señaladamente los mas modernos, del libro del conde Graberg de Hemsóo, titulado *Specchio geografico e statistico dell'impero di Marocco*. 7

y abundancia; y tanto pudo esta voz, que encendidos en veneracion y entusiasmo los habitantes de Tafílete y sus inmediaciones, le alzaron al fin por rey de la comarca. No se puede asegurar de cierto, si este xerife estaba ó no emparentado con los que á la sazón reinaban en Marruecos; y mucho menos aun podria afirmarse que aquellos ni él descendiesen verdaderamente de Ali, y de Fátima la Perla. Más que duda merecen, á la verdad, tales parentescos contemplando que los fundadores de todas las dinastías musulimes, que han reinado sobre el Mogreb-alacsa no han presentado por título de sus pretensiones sino motivos ó pretestos religiosos, siendo de los mayores y mas apreciados en todas ocasiones el descender del Profeta. Pero esto es que Ali-ben-Mohammed levantó un trono en Tafílete, sin que de su tranquilo y feliz reinado quede otra memoria.

Sucedióle su hijo Muley-Xerife, al cual reputan algunos como fundador de su dinastía llamada desde luego de los Filélis, por la provincia de Tafílete, donde se levantó, y tambien de los Hoseinitas, nombre tomado de Hosein, segundo hijo de Ali y de Fátima, tenido, segun queda referido, por su progenitor, con razon ó sin ella. Tuvo este príncipe en sus mujeres hasta ochenta y cuatro hijos varones y ciento veinte cuatro hijas: número que deja entender sus costumbres, y cuánto mas dado fuese al descanso y tratos de amor que no á trabajos y peligros de guerra. Fuéle preciso pelear sin embargo. Declaróse por enemigo suyo Sidi-Omar, rey de Ylej, y vencido en un una batalla, se apoderó de su persona y lo retuvo como prisionero. Muley-Xerife, reducido de esta suerte á la condicion particular, despues de haber sido rey, no echó de menos por cierto, su grandeza antigua, ni sus alcázares, ni sus ejércitos, ni sus servidores, sino solamente el régio harem y el trato de las hermosas mujeres que allí tenia. A punto llegó su sentimiento en este punto, que despachó mensajes al vencedor pidiéndole que le diese una concubina al menos con quien compartir sus dias; y oyendo el de Ylej tan vil demanda, indignado de que tal hiciese hombre que habia llevado

nombre de rey, le envió por burla y menosprecio la más grosera y deforme de sus esclavas negras. No la desdeñó, no obstante, Muley-Xerife, y de ella tuvo dos hijos que se llamaron Arraxid el uno é Ismael el otro, ambos harto famosos luego. Al cabo Muley-Xerife fué restituido al trono de Tafílete por la piedad del vencedor, y el resto de su vida lo pasó, según se dice, en hacer felices á sus vasallos, porque aparte de lo lujurioso, dícese de él que era humano y prudente, aunque eran muy desiguales siempre sus virtudes á las del padre, que se tuvieron por grandes y son muy nombradas en Africa. Este Muley-Xerife fué sin duda el que antes de sus desventuras logró con el valor de sus alarbes poner á Muley-Mohammed-Xeque en los grandes apuros que le hicieron solicitar nuestra alianza.

El hijo primero que le sucedió fué Mohammed, que ha dejado nombre de justo y de amable: fué muy querido de sus vasallos y reinó poco. Aquel mulato Arraxid, el mayor de los hijos que tuvo Muley-Xerife de la esclava negra de Ylej, se levantó contra él, y no pudiendo ó no osando resistir Mohammed, se quitó por sí mismo la vida.

Era este mulato intrépido capitán, activo y sagaz, cuanto cruel y sanguinario, y se hizo desde el principio temible lo mismo á los vasallos de su padre que á los extraños. Apenas se vió señor de Tafílete, tendió la vista en derredor, y vió cómo dividido andaba el antiguo imperio moro, comprendió que no le sería difícil sujetarlo todo él á su cetro. Juntó bien pronto un ejército copioso en las cabilas bárbaras que le seguían, y marchó con él hácia Fez, que apenas hizo resistencia, y se rindió á su poder lo mismo que toda la comarca. Continuó luego por algun tiempo afirmando y estendiendo su poder, y de todo el Mogreb-alacsa se le reunieron muchos soldados, á la fama de su valor, que hacía tiempo no tenía igual en Africa. En este punto las cosas, fué cuando recibió la embajada de los ciudadanos de Marruecos, y cuando marchando contra el débil y aborrecido Muley-Beer, se apoderó sin esfuerzo alguno de la cabeza del imperio.

Entró Muley-Arraxid en Marruecos en medio de las aclamaciones de los ciudadanos, que le tenían por verdadero xerife, corriendo el año de 1668. Mandó luego cargar de cadenas al destronado Muley-Becr y á los pocos alcaýdes que le habian servido, y á él y á ellos los hizo decapitar públicamente. No paró en esto su saña contra aquellos usurpadores, antes bien, para aparentarse mejor xerife, y vengador de aquella familia extinta, hizo desenterrar el cadáver de Muley-abdelquerim y quemarlo en una plaza. Luego nombró por lugar-teniente suyo en Marruecos á su sobrino Muley-Mohammed, y reservándose el título de Sultan ó emperador, él al frente de su ejército continuó la carrera de sus conquistas. Favorecido siempre por la fortuna embiste y rinde á Salé y Rabatt, que al parecer habian vuelto á declararse independientes; entra por tierra de Sús, y todos los pueblos obedecen su ley; subyuga ó extermina, no sin récios combates, á los moros rebeldes, que ocupaban ciertos pasos del Atlas, descendientes estos, segun algunos, de mas de cincuenta mil cautivos cristianos, que Yacub el vencedor trajo de España y empleó en la fábrica de Marruecos; y por vengar en el de Ylej la rota de su padre y antigua afrenta de su familia, camina contra él, triunfa y toma la capital por fuerza de armas, persigue al príncipe Sidi-Alí, que habia heredado á Sidi-Omar, hasta los confines de la Nigricia, é iba ya á traspasarlos en demanda aun de su enemigo, cuando un ejército de cien mil negros vino á estorbárselo, declarando que el fugitivo habia tomado seguro entre ellos, y que no permitirian que allí se le tocase ó hiciese mal alguno. Arraxid, disimulando su cólera, por no sentirse con poder bastante para arrollar aquel enjambre de negros, se volvió á Fez donde habia puesto su córte desde que la conquistó. Allí supo que su sobrino Mohammed, mozo ligero y sin experiencia, seducido por algunos alcaýdes que pretendian medrar en los disturbios, y contaban con ser mas poderosos debajo de su débil imperio que debajo del de su tío, y estimulado por el descontento de los vecinos de Marruecos, al ver que Muley-Arraxid habia establecido en su ri-

val Fez la corte, comenzaba á juntar armas y soldados para declararse independiente. Pronto como un rayo Muley-Arraxid (1) se puso al frente de la caballería de su guarda y de improviso se presentó delante de Marruecos, donde por mas disimular el sobrino lo recibió en triunfo. Pero Muley-Arraxid no era hombre á quien fácilmente pudieran engañar los conjurados, y despues de ocupar los mejores puntos de la ciudad, los prendió á todos, y los mandó decapitar al punto, desterrando al sobrino con humanidad, poco usado de él, á los castillos de Taflete. No gozó Arraxid, sin embargo, de su triunfo, porque habiendo querido tomar parte en los festejos de la ciudad corriendo la lanza y la escopeta, cayó ébrio del caballo, y murió á los tres dias sin acertar á decir mas una palabra.

Fué este Muley-Arraxid, como se vé por sus hechos, hombre de grandes cualidades; pero las afectaba su crueldad, que aun en Marruecos parecia escesiva. Dió, segun se cuenta, en mirar el oficio de verdugo como uno de los que mas honraban la magestad imperial, y por su propia mano solia castigar á los criminales. Los suplicios que ordenaba eran tales, que con emplearse casi siempre contra hombres malvados, infundian ordinariamente horror y vergüenza. Preciábase de justo, pero no le quedó sino reputacion de bárbaro y cruento. Cuéntase de él un hecho notable. Uno de sus ministros encarecía en presencia de Arraxid la seguridad en que estaban las calles de la capital, y dijo: «Dias há que anda en mitad de »ellas un saco de nueces sin que nadie sea osado á recogerlo.» «¿Pues cómo sabes que sean nueces?» Preguntó el Sultan. «Sélo porque di con el pié en el saco,» repuso el ministro. «Cortarle el pié que en tan culpable curiosidad empleara,» dijo entonces el Sultan á sus guardas, y aquella senténcia fué ejecutada. Como de estas cosas podrian referirse otras muchas, aun negando crédito á algunas que no parecen bien ave-

---

(1) *Mision historial de Marruecos*. Sevilla 1708, caps. 39 á 41 del lib. 5.º Llámale en esta obra Muley-Baxet-Arfis.

riguadas, ó desmienten las noticias mas dignas de crédito. Fué Sultan ó poseedor del imperio solo cuatro años.

Por estos tiempos el alzamiento de Portugal y la decadencia de España habian ya quitado á la península todos los medios antiguos de influir en la Mauritania. No dejó de sufrir hostilidades España de parte de los moros vecinos á sus fortalezas desde el reinado de Felipe III. Un moro andaluz, llamado el *Blanquillo*, ejerció por mucho tiempo la piratería con fortuna, hasta que D. Jorje Mascareñas, gobernador de Tánger, destruyó su bajel persiguiéndole con dos medias galeras hasta que embarrancó en la playa. Por la parte de Mazagan se peleó siempre mucho y con varia fortuna, distinguiéndose su gobernador, Tellez de Meneses, en muchas salidas; en una de las cuales tal vez los moros habrian sorprendido la plaza á no ser por el esfuerzo de su mujer, que al frente de los habitantes defendió los muros. Logró entonces Tellez una victoria muy señalada de los moros, que acaudillaba un santón, llamado Seid, predicando la guerra santa. A la muerte de Felipe IV, quedaban en nuestro poder Melilla, el Peñon, Larache, la Mamora y Ceuta, que al tiempo de la separacion, fue conservada á España por su gobernador Francisco de Almey. Limitábase en la propia época el dominio portugués en Mauritania á la plaza de Mazagan, que Martin Correa de Silva, su gobernador, puso á disposicion del duque de Braganza, no bien supo la sublevacion de Lisboa. Tánger, la mas importante de las posesiones que heredó Felipe IV en Mauritania, pasó por bastantes vicisitudes entretanto. Mantuvo al principio aquella plaza por España, al estallar la sublevacion de Portugal, su gobernador Rodrigo de Silveira, conde de Sarzedas: pero de allí á poco la guarnicion y los habitantes se levantaron contra él, lo prendieron y proclamaron rey al duque de Braganza. Debióse esto á la consideracion de los monarcas católicos que no fenian mas que tropas y gobernadores portugueses en las plazas de aquel reino.

Corriendo el año de 1657, y durante las revueltas que acompañaron en su caída á los Xerifes, tuvieron los portugueses

que sostener en Tánger una guerra bastante empeñada con los moros de las inmediaciones (1). Gobernaba á los de Alcázar con cierta independencia, al parecer, un tal Gailan, y en los mismos términos regia un cierto Algazuan á los tetuanies. A la muerte del rey Juan juzgó Gailan que los portugueses, desanimados, no sabrían defender á Tánger, y con las gentes de Alcázar, y las de Tetuan que acudieron en su ayuda, formó un ejército de veinte y cinco mil hombres, sin artillería, con el cual embistió la plaza. Fácil fué á su gobernador D. Fernando de Meneses, conde de Ericera, contrastar con sus baterías las espingardas de los moros, y rechazar con su ealtad las propuestas de soborno que le dirigió el mahometano. Atrajolos un día á las puertas de la ciudad finjiéndose casi rendido, y allí, con granadas de mano, que los inesperados moros no couocián, les causó daño muy considerable. En otra ocasion, al salir á forragear la caballería de la plaza, tubo que sostener un choque en el cual las desordenadas turbas de Gailan llevaron la peor parte. Levantó con esto el sitio el moro, sin acertar siquiera á romper los conductos que desde fuera llevaban una parte del agua necesaria á la ciudad; y al retirarse, le tendió una celada el adalid portugués Simon Lopez de Mendoza, en que le eausó mucha pérdida. Irritó esto á Gailan de nuevo y coligado con Algazuan, volvió sobre Tánger, y la aeometió otra vez, distinguiéndose por su habilidad los escopeteros tetuanies; pero todo fué en vano, y maltratados por el fuego de la plaza, y de una carabela armada que allí tenían los portugueses, renunciaron al fin los moros á su empresa. En Mazagan, donde se peleaba como de costumbre, pereció en 1657 el adalid Gonzalo Barreto al ir á socorrer un centinela avanzado acometido por los moros; y el gobernador Francisco de Mendoza que hizo algunas correrías afortunadas por el campo moro ganando mucho botin y cautivos, fué al fin

---

(1) Francisco Brandano. Dell' Istoria delle guerre di Portogalla che continua quella di Alessandro Brandano. Roma. 1716. L. 14. 2.<sup>a</sup> parte.

derrotado en un encuentro, aunque él se vengó todavía con otra algarada que hizo en que volvió victorioso. No cesaban en tanto los ingleses de esforzarse por adquirir influjo en Mauritania. Ofrecióse ocasion de adquirir en ella un puesto importante la sublevacion de Portugal y la guerra que se siguió contra los españoles, y en la cual tuvieron los portugueses que buscar auxilios por Europa. Dierónselos cumplidos franceses é ingleses: aquellos solo por acabar de hundir nuestra potencia: estos por lograr algun ventajoso partido. Ya D. Juan de Austria, con las reliquias de los ejércitos que habian sostenido la guerra de veinte y siete años contra la Francia se disponia á invadir á Portugal: confiaba el anciano Felipe IV en aquel esfuerzo supremo, y los portugueses parecian dispuestos á entrar en algun honroso concierto cuando doña Luisa de Guzman, tan funesta á su patria España, logró á pesar de la oposicion tenaz de los ministros españoles, traer la Inglaterra á aliarse descubiertamente con ella por medio del matrimonio del rey Carlos II, recientemente restablecido en el trono, con la infanta doña Catalina su hija, á la cual se dió en dote la plaza de Tánger. Ajustóse en 1662 el tratado. Precisamente por entonces estaban muy desanimados los portugueses que guarnecian á Tánger, porque en varias salidas habian sido maltratados por los moros; y especialmente en una que aprovechando la guerra civil en que estaban hizo el adalid de la plaza, siendo gobernador de esta el conde de Avintes. Internóse en los bosques y las montañas á alguna distancia de Tánger el adalid, y aunque era cierto que los mas de los moros estaban ocupados en sus discordias, todavía hubo de ellos bastante número para caer sobre él y cortarle la retirada. Fué preciso abrir paso á viva fuerza y el adalid logró que el grueso de su gente se salvase, quedando él gloriosamente en el campo, y cincuenta de sus caballeros. Las lágrimas que este suceso ocasionó en la ciudad se juntaron á las que escitó en sus moradores la órden de entregarla á los ingleses, que fué para casi todos ellos la de abandonar sus hogares. Dijose por entonces en España que la rota de los caballeros tangeri-

nos habia sido preparada por el gobernador Avintes y la reina Doña Luisa, á fin de que ellos no resistiesen la entrega de la plaza; pero no hay bastante fundamento para autorizar tan negra sospecha. Más cierto parece que Felipe IV procurarse ganar, como se pretende, al conde de Avintes, para que en lugar de entregar la ciudad á los herejes la devolviese á sus antiguos señores los reyes de España. Lo cierto es que los ingleses ocuparon á Tánger, y que gastaron grandes sumas en su puerto y sus fortalezas como si hubiesen de conservarlo para siempre. Pelearon tambien con los naturales, y en una salida que hicieron contra ellos en número de quinientos ó seiscientos hombres, fueron cogidos en una celada, y muertos todos con el conde de Téviot, gobernador de la plaza que los mandaba. No dejó, sin embargo, de continuar la guerra en aquella parte, como solia suceder en todas las que habia fortalezas de cristianos, hasta que volvió Tánger á poder de los moros segun veremos mas adelante.

Tal era la situacion de los cristianos en el imperio, y del imperio mismo cuando definitivamente se estableció en él la dinastía presente.

## XV.

Corria el año de 1672, cuando murió Muley Arraxid, dejando establecidos á los filiiés ó filelis en todo el Mogreb-alacsa desde el cabo de Num á la desembocadura del rio Muluya. De aquella nueva dinastía descende la familia que aun hoy impera en Marruecos. Fué el primer príncipe de esta dinastía que heredó, ó mas bien usurpó todo el imperio, Muley Ismael, aquel otro mulato que tuvo Muley Xerife en la esclava negra de Ilej. No recogió, sin embargo, Ismael sin algun trabajo la herencia de su hermano. Habia dejado Arraxid dos hijos pequeños, de los cuales no se hizo cuenta alguna; pero el preso Muley Mohamed, que al morir aquél no habia llegado á Tafillete todavia, sabiendo que la caballería que habia llevado su

tió contra él se ponía de su parte y que le aclamaba la plebe, marchó rápidamente á Marruecos, donde fué proclamado sultan. Llegadas estas nuevas á las provincias, se alzaron en ellas diversas parcialidades, y aun se proclamaron algunos señores, de suerte que parecía mayor que nunca la anarquía. Muley Ismael en tanto, permanecía en su gobierno de Mequinez olvidado de todos porque no habia sabido granjearse muchos amigos. Por fortuna tenia á su servicio un cautivo cristiano, llamado Fernando del Pino, natural de Málaga á quien estimaba mucho, y el cautivo por su parte le pagaba en agradecimiento. Este, viendo entristecido al príncipe, le dijo: «¿Cómo es, señor, que teniendo mas derecho que otro alguno no pretendes la corona?» «En verdad, respondió Ismael, que por ser hijo de los reyes anteriores, Xerife, y legítimo hermano del difunto, me corresponde la corona; pero no quiero arriesgarlo todo cuando me hallo sin fuerzas para mantener mi derecho.» «No es este pueblo, replicó Fernando del Pino, que repare tanto en derechos como en las voces;» y alentando á su señor á la empresa, logró que él montase á caballo y se hiciera proclamar sultan. Recibióle sin dificultad la ciudad de Mequinez, y con los alarbes de las montañas vecinas, juntó luego Ismael un ejército, al frente del cual y provisto de artillería, marchó sobre Fez, que se resistió bastante. Cuéntase que faltándole municiones y no logrando sus proyectiles el efecto de atemorizar á los fezenos, le aconsejó Fernando del Pino, que quitase las cadenas á los cristianos y cargase con ellas sus cañones; con lo cual logró su objeto y no volvió mas á exigir que llevasen cadenas los cautivos durante su reinado. Habia entrado Muley Ismael sin obtáculo en Fez el viejo, por lo cual dispuso despues de su triunfo, que se derribase el muro de esta ciudad por la parte que dá á Fez el nuevo, prohibiendo que se reedificase jamás. Lleno ya de confianza Muley Ismael, marchó en seguida contra Marruecos, donde le esperaba su competidor Muley Mohammed con numerosas fuerzas. Dióse una batalla de poder á poder en las afueras de la ciudad, que ganó Ismael aunque á costa de mu-

cha sangre y peligros, y el vencido Muley Mohammed tuvo que refugiarse en la serranía de Tarudante, donde se hizo fuerte por algun tiempo. Allí le siguió la saña del tío, que haciéndole prisionero por traicion de los mismos que le seguian, le mandó degollar y quedó tranquilo en el trono. Así comenizó el largo reinado de aquel príncipe, que fué, segun el autor de la *Mision Historial*, «el rey mas obedecido y temido que nestampan los anales mauritanos; el mas cruel para los moros y para los cristianos y misioneros, el mas úl benigno en los últimos años.» Envió Muley Ismael todos los cautivos cristianos de Marruecos á Fez, y permitió que los misioneros españoles trasladasen á esta ciudad el convento que ya tenían fundado en aquella. Luego desarmó la ciudad de Fez, poniendo en ella un gobernador ordinario, y reduciéndola á ciudad particular; y fijó su residencia en Mequinez, que fué hermoseaado en su tiempo con una grande alcazaba y otros edificios. Prendió á todos los que por ser ó pretender que eran descendientes de xerifes podian estorbarle, y á unos los mandó degollar y á otros los encerró donde no pudieran causarle riesgo alguno. No por eso, sin embargo, se libró de disgustos. Tenia un hijo llamado Muley Mohammed, al cual amaba en estremo, educándole como á príncipe, mientras que á todos sus hermanos los hacia vejetar en la mas ruda ignorancia. Era este Mohammed, hijo de una cristiana hermosísima nacida en Georgia, que fué por mucho tiempo favorita de Ismael. Dejóla al fin este por los encantos de una negra gorda y deforme, llamada Leila Aixa, de quien tuvo otro hijo por nombre, Cidan. No tardó, pues, en encenderse la rivalidad entre las dos madres y los dos hijos.

Logró la negra al fin que Ismael mandase ahogar á la georgiana acusándola de infidelidad falsamente. Desengañóse al cabo Ismael, pero era tal el influjo que sobre él ejercia la negra, que para salvar de sus artes á Muley-Mohammed á quien mas que nunca queria, no halló otro arbitrio que fiarle el gobierno de Taflete, donde tenia el serrallo de las mujeres que abandonaaba. Allí tuvo Mohammed un choque con otro de sus herma-

nos llamado Maimon, tan rudo que acudieron á las armas. Mandólos prender á entrámbos Ismael y que los condujesen encadenados á su presencia. Los detalles de esta entrevista bastan por sí solos para pintar el carácter de Ismael y de sus hijos (1). «¿Cómo, les dijo Ismael al verlos, viviendo yo aun »osais tomar las armas el uno contra el otro? ¿Qué hareis, pues, »despues de mi muerte?» Y en seguida les mandó exponer sus agravios. Dió Ismael la razon á Mohammed y dispuso que Maimon fuese desterrado á Tezami; pero al separarse exclamó este que nada le apenaba tanto como el verse postergado á un cristiano señalando con tal dictado á su hermano. Encolerizóse este sobremanera y el Sultan mandó dar primero un sable á cada uno de ellos para que en su presencia dirimiesen la contienda; y á ruegos de sus alcaides dispuso luego que les diesen sendos palos por armas. Lucharon asi delante del padre los hermanos hasta que estuvieron cubiertos de sangre. Dióles entonces Ismael la orden de cesar el combate, y Mohammed no quiso obedecerle, con lo cual furioso el padre arrancó el palo á Maimon y comenzó á golpear á Mohammed, mientras este lanzándose sobre su hermano lo derribaba en tierra y lo pisoteaba. En poco estuvo entonces que Ismael no atravesase á Mohammed con su lanza; pero al fin el cariño que le tenia le redujo á despedirlo de su presencia dándole el gobierno de Fez, que él deseaba. De aquí lo sacó al cabo de algun tiempo y lo envió á Tarudante, gobierno rebelado á la sazón y el mas importante del imperio. Logró Mohammed tranquilizar la provincia y allí residió en paz por algun tiempo mientras Muley-Ismael declaraba la guerra al rey de Argel, marchaba sobre Oran y la sitiaba, y era derrotado luego por seis mil turcos y otros tantos argelinos en una batalla campal, á pesar de que subia á sesenta mil, segun cuentan, el número de sus soldados. Durante la ausencia de Ismael la sultana negra Leila Aixa, imaginó para perder á Mohammed, que le era cada dia mas abor-

---

(1) Historia de *l'Empire des Cherifs*, citada en la *Historia Universal inglesa*.

recido, enviarle por escrito una orden falsa de su padre para que diese muerte al mas venerable y mas querido de los xequés de los alarbes. Cumplió la orden Mohammed, y cuando Ismael, que estaba de vuelta entonces en Mequinez, supo la nueva mandó á su hijo que compareciese en su presencia dispuesto á darle algun eemplar castigo. Vino Muley-Mohammed, mostró la orden, y el débil Ismael aunque al principio quiso matar á la pérfida sultana Aixa, acabó por devolverle su gracia, y el hijo desconsolado se volvió á Tarudante. Pero la medida del sufrimiento se habia llenado ya para aquel príncipe, y apoderándose de unos tesoros que venian de Guinea para su padre, juntó un ejército, derrotó al alcaide de Marruecos en un combate y se apoderó de esta ciudad. No hizo esto Mohammed sin escribir antes una carta á la sultana y otra á su hijo Cidan, llenándolos de injurias y declarándoles formalmente la guerra; mostrándose en todo mas leal y mas valeroso que ninguno de su familia. Envió Ismael al Cidan con un ejército contra su hermano y hubo entre los dos, corriendo el año de 1705, muchos encuentros y una batalla en la cual por traición de un alcaide llamado Melic, que primero habia servido á su padre, fué Mohammed derrotado (1).

Cidan sitió á Tarudante despues de su victoria pero Mohammed se defendió tan bien que tuvo aquel que alzar el cerco. Al fin un dia que salió Mohammed de la ciudad á visitar su campamento la guardia le cerró la puerta, y en tanto una cáfila de soldados negros de la guardia de su padre que estaban de antemano emboscados, se echó sobre él y lo prendió á pesar de su esforzada resistencia. Víctima de una conjuracion, Muley-Mohammed lo fué bien pronto de la horrible venganza de su padre. Salió este á encontrar á su hijo seguido de una carreta cargada de leña y cincuenta esclavos cristianos que llevaban una caldera, aceite y otras materias inflamables y de seis verdugos con las cuchillas dispuestas. En un lugar lla-

(1) Historia de l'Empire des Cherifs.

mado Beth se encontraron padre é hijo : dispuso Ismael encender hogueras y hacer hervir en la caldera el aceite : despues mandó que subiesen en la carreta á su hijo y le cortasen la mano derecha , y cauterizasen en el aceite hirviendo la herida. Negóse el primer verdugo á derramar la sangre de un xerife y lo mató Ismael por sus manos. Luego otro verdugo le obedeció , y el infeliz príncipe sufrió con el mayor heroismo que le amputasen el pié y la derecha mano. Ismael, acabada la ejecucion, mató tambien al verdugo que la habia ejecutado, y exclamó dirigiéndose á su hijo : «¿conoces ahora á tu padre?» No permitió el bárbaro Sultan que llorase nadie por el príncipe sino una hija que tenia, y por demasiado sensibles mandó matar á cuatro de sus mujeres. En el ínterin Muley-Mohammed fué conducido á Mequinez en una mula , y allí murió á los pocos dias de gangrena. Muley-Cidan en tanto entró en la rebelada Tarudante despues de un largo sitio é inundó sus calles en sangre. Pronto sospechó de él Ismael al verle rico y poderoso, y lo llamó á su córte en vano. Fingióse enfermo de muerte, y estuvo cincuenta y dos dias sin salir de su cuarto con el fin de que la sultana madre escribiese á su hijo que viniese á recoger la herencia; però no le valió la treta porque Cidan declaró que ni muerto ni vivo su padre se acercaria adonde él estuviere. Al cabo los moros llegaron á persuadirse de que Ismael estaba muerto, y comenzaron á tumultuarse de modo que el Sultan tuvo que salir de su escóndite y aterrarlos con su inesperada presencia. No halló mas medio Ismael para deshacerse de Cidan que seducir á algunas de sus mujeres las cuales le ahogaron , encontrándole ébrio como solia en su lecho. Pero ni aun esto escarméntó á los hijos del tirano, y otro de ellos, por nombre Muley-Abdemelic, gobernador de Sus, se rebeló contra él negándose á pagarle tributo. En vano Ismael pretendió atraerlo para quitarle como á los otros la vida. Abdemelic fué sordo á los ruegos y á la amenaza de elegir á su hermano Muley-Ahmed-el-Dezahebi, menor que él, por heredero del trono. Murió, pues, en 1727 Muley-Ismael sin haber logrado someter al nuevo rebelde, abandonado de todos

por la asquerosa enfermedad que le produjo su fin, y dejando la mas odiosa memoria que hombre haya dejado en el mundo hasta ahora. Pocos de sus antecesores habian muerto como él en su lecho sin embargo; y ninguno habia alcanzado á reinar el largo período de cincuenta y cinco años.

De día en día, durante su vida, habian ido aumentándose su lujuria y su crueldad, que llegaron á un punto verdaderamente increíble. «Este rey, escribia el autor de la *Mision Historial*, tiene mas de cuatro mil concubinas y lo que mas pasma á todos es la fecundidad que ha tenido. El año de 1703 pregunté á uno de sus hijos, que es el mas entendido de ellos, que cuantos hermanos eran, y de allí á tres dias vino con un papel donde traia escritos quinientos veinte y cinco varones, y trescientas cuarenta y dos hembras, por lo cual no dudo que ya habrán llegado á mil.» No rebaja este número ninguno de los escritores contemporáneos. (1) Prescindió Ismael de toda pompa exterior y comenzó á vivir groseramente con sus vasallos, fiando el respeto de su autoridad al terror de su nombre. Era mas aficionado á los negros que á los blancos y se cuenta que solo en Mequinez y sus alrededores llegaba á ciento cuarenta mil personas la poblacion negra que se estableció en su reinado. No desmentia en suma Ismael en sus hechos ni en su persona su origen materno. Tenia, segun cuentan, la tez casi negra, coléricas las miradas y ademanes, y corta la estatura aunque era membrudo y ágil por extremo. Era pérfido, avaro, hipócrita y tan cruel que dejó muy atrás en esto á su hermano Arraxid. Da la relacion de estas crueldades completa idea de los súbditos y del estado en que á la sazón se hallaba el imperio, al propio tiempo que del carácter del soberano; y por lo mismo conviene apuntar aquí con cierto pormenor algunas de ellas, por mas que conmuevan y horroricen el ánimo de los lectores.

---

(1) Tres mil mujeres y cinco mil concubinas supone que tuvo la *Historia Universal* de los literatos ingleses, antes citada. Graberg de Hemsó admite tambien un número semejante.

Ismael, según queda apuntado, respetó á los misioneros españoles mas que ninguno de sus predecesores, y ellos confiesan que mas bien tenían de él motivos personales de alabanza que de queja. Esto y el carácter sagrado de unos hombres que á tan horrendos peligros se exponían por dilatar la fé y sostener la verdad, basta para que tengan autoridad no común los misioneros, y en particular el P. Fr. Francisco de San Juan del Puerto, que precisamente en este reinado residía en Africa, y cuenta, como testigo de vista, algunos de los hechos que siguen (1). «Fueron muchos, dice, los hombres que »puso vivos en la sepultura, enterrándoles todo el cuerpo y »dejándoles precisamente insepulta la cabeza, á fin de que sus »negrillos se enseñasen á tirar al blanco con los arcabuces: »otras veces mandaba á sus mismos pajecillos que les tirasen »piedras, y ellos lo hacían con tal destreza, como prácticos »ya en aquel ejercicio, que á poco espacio saltaban los cascos »de los infelices en menudas piezas. Faltaron una vez á pagar »la garrama los vecinos de un aduar, que eran en número de »seiscientas personas, y envió á un alcayde de su génio con »toda la facultad y escolta necesaria, para que le trajese las »cabezas de todos sin perdonar aun á los que pareciesen mas »inocentes ó menos culpados. Obedeció el ministro, y despues »de cortadas las cabezas, las fué poniendo en serones, haciendo »diferentes tercios, para traerlas al rey en cargas. Recibió »el inhumano príncipe aquella mercadería horrorosa, y re- »creándose en el estrago, las fué contando por sus manos una »á una, para ver si había algun fraude en la cuenta; y como »faltase de las seiscientas una tan solamente, ó porque se ha-

---

(1) La obra de este misionero, ya repetidas veces citada, se intitula «*Mision historial de Marruecos*, en que se trata de los martirios, persecuciones y trabajos que han padecido los misioneros, y frutos que han cogido los misioneros, que desde sus principios tuvo la órden seráfica en el imperio de Marruecos y continúa la provincia de San Diego de Franciscos Descalzos de Andalucía, en el mismo imperio. Escrita por Fr. Francisco de San Juan del Puerto, chronista general de dichas misiones etc. Sevilla 1708.»

»bría caído ó porque quizás no serian tantas las personas, di-  
»jole al comisario: tú, perro, no me has obedecido con toda  
»la puntualidad que te ordené, porque quizás te reducirian á  
»cabeza de plata una de carne que falta aquí en la cuenta; y  
»sin mas le cortó la cabeza y poniéndola con las otras, las vol-  
»vió á contar diciendo: ahora sí que tengo yo mi cuentecita  
»ajustada. Mandó otra vez que le acabasen unas tapias que  
»estaba levantando en su alcazaba, y señaló á los alarifes el  
»tiempo determinado en que habian de estar concluidas. Era  
»la obra mucha, el término corto, y aunque se aplicaron  
»con la solicitud de quien esperaba la muerte, no pudieron  
»acabarlas para el día señalado. Vino el rey al punto de  
»cumplirse el plazo y hallándose desobedecido mandó poner  
»á los oficiales en los tapias por ripio, y echándoles  
»tierra encima, los pisó él mismo acompañado de la gente  
»de su servidumbre hasta que con los entapiados cuerpos,  
»tomó cuerpo la obra, mandando luego á otros que la pro-  
»siguiesen con la amenaza de que si en breve plazo no la  
»concluian, experimentarían igual suerte. En otra ocasion  
»mandó sacar todos los dientes y muelas á un moro de  
»distincion hijo de un alcaýde principal llamado Zacatin, á  
»quien él debía en mucha parte la corona, sin otra causa  
»que el haberse pasado un hermano del paciente al partido  
»del hijo que se le habia levantado con el reino de Sús.  
»Viendo en otra ocasion una mora monstruosamente gruesa,  
»la dijo: ¡Cómo, perra, estás tan medrada y flacos mis per-  
»ros? sin duda que los que cuidan de sus raciones te dan á tí  
»la carne con que te has rellenado; y, pues, esta tu carne es  
»de mis perros, y á tí es imposible que te deje de ser penoso  
»tanto peso, yo quiero que me debas el alivio, con lo cual  
»quedarás sin tanta carga, y mis perros restituidos en lo que  
»se les ha robado; y en seguida mandó que á la mora la fue-  
»sen quitando pedazos de carne, y echándoselos á los perros  
»hasta que murió poco á poco en aquel bárbaro suplicio. Con-  
»juráronse al cabo unos alcaýdes para acabar con el tirano,  
»no pudiendo tolerar ya sus desmanes; pero como es falsa de

»náturaleza aquella gente, por mas que se juraron el secreto, no faltó alguno que delató á los demás; é Ismael mandó á sus negros que le prendiesen, no solo á los conjurados, »sino á todos sus descendientes, hasta la quinta generación, »sin perdonar las mujeres, ni aun los niños de pecho. Observaron la órden puntualmente, y puestas en su presencia con »cadenas, los que eran capaces de arrastrarlas, fué ejecutando en ellos tormentos esquisitos hasta que espiraban: á »los niños los degollaba y á las mujeres las mutilaba por sus »propias manos: á los hombres les ajustaba un instrumento de »hierro en forma de corona, y circuido de agudas puntas de »acero que caian hácia dentro, y con unos tornillos iba apretando hasta destrozales la cabeza. Ni se diferenciaba en la »forma su crueldad de su justicia. Cuando caía en su poder »algún ladrón, mandaba cortarle las orejas, narice, piés y »manos, y mutilado así lo ponía vivo en el lugar donde había »cometido sus robos, para que allí muriese, mandando, »uso pena de lo mismo, que ninguno se atreviese á socorrerlo. »En un sitio que hay en Mequinez, donde es el mayor concurso en los días feriados, tenia clavados en el suelo muchos »palos, contiguos unos á otros con áceradas puntas en el estremo; y cuando quería castigar á alguno con una cruelísima lentitud, desde una muralla bien alta, que estaba inmediata, lo mandaba soltar con violencia de suerte que cayese »sobre las puntas. Luego lo dejaba allí por muchos días, hasta que se caía á pedazos, ó el mal olor le obligaba á dar »permiso para sepultarlo. En un encuentro que tuvieron dos »de sus hijos, Muley Cidan que le era fiel, y el rebelde señor »de Sus, quedó prisionero de este un alcayde antiguo de Muley Cidan, llamado Melic, (de quien atrás queda hecha memoria) que aunque negro, era de los principales y de mayor »autoridad, y muy estimado en toda la corte por sus buenas »prendas. Este tal, que tenia en Mequinez todos sus hijos y »mujeres, solicitó huir de las prisiones y volverse al servicio »antiguo de Muley Ismael. Para esto consiguió cartas de seguro de Muley Cidan, á fin de que el rey su padre lo admi-

»fuese de nuevo; y en otra escaramuza que tuvieron luego  
»los soldados de los dos hermanos, logró el Melic su fuga, pa-  
»sándose en su compañía el cadí mayor de Marruecos, que  
»tambien se hallaba en los ejércitos del de Sus prisionero.  
»Mandó Muley Ismael que los trajesen á la corte, asegurán-  
»doles que recobrarian su gracia; pero luego que los vió en  
»su corte, mandó que allí en su presencia al cadí, que era un  
»venerable anciano, le cortasen los piés y las manos, y lo  
»dejasen padecer hasta acabar; y que al Melic lo aserrasen  
»vivo, encargando que se ejecutase poco á poco, porque no  
»muriese de una vez, y que lo llevasen por su misma casa,  
»por si queria tener el consuelo de las lágrimas que vertieran  
»todos sus hijos y mujeres al verle ir á la muerte. Observaron  
»la orden á la letra, siendo el ejecutor tan inhumanamente li-  
»songero, que le preguntó al rey: Señor, ¿cuántas tablas hemos  
»de sacar de este madero? A lo cual respondió el bárbaro: Haz-  
»lo dos partes de piés á cabeza, con tal que no quede mas en  
»una que en otra, y así se ejecutó. De tales crueldades fueron  
»émulos sus hijos bien pronto. Encontró Muley Mexerez, uno  
»de ellos, á dos hombres, muy flaco el uno y el otro sobrada-  
»mente grueso. Parecióle que la naturaleza habia andado con el  
»uno miserable y liberal con el otro y quiso enmendar el que  
»decia ser yerro de la Providencia, ó gran injusticia distributi-  
»va. Llevólos para ello á su casa, colgó un balanza grande y en  
»ella colocó bien ligados á los dos: luego empezó á quitar al  
»grueso tantos pedazos de carne como era menester para que  
»igualase con el flaco, y fueron tantos, que la balanza del fla-  
»co comenzó á inclinarse mas que la otra. Viendo entonces  
»que el flaco tenia mas peso, le dijo: No permita Dios que yo  
»falte á la justicia, cuando me puse á enmendar los yerros de  
»la naturaleza: ya tu pesas mas que el otro, y así es menester  
»que quitándote algo, os deje iguales. Cortóle la cabeza y los  
»brazos y los puso en la otra balanza; y quitando de una par-  
»te y añadiendo de otra los dejó en el fiel, con que con su pe-  
»so y medida, murieron los dos miserables. Bien conozco, di-  
»ce en fin al referir otros hechos el P. Fr. Francisco de S. Juan,

»que la materia de estos dos capítulos escandalizará los oídos piadosos, engendrando la fuerza del horror alguna presunción de menos verídica, ó de minimamente poderosa; pero me anima á ponerla, el parecerme precisa para llenar el concepto que se debe llevar en todo lo restante; y que tantos testigos como han salido de aquel cruelísimo cautiverio, puede ser que me censuren lo poco dilatado y lo menos ponderativo.» Lo cierto es que los viajeros ingleses y los historiadores mas enterados en las cosas de Marruecos refieren hechos de Muley Ismael, no desemejantes á estos. Dicese, por ejemplo, que cuando montaba á caballo, solia hacer un bárbaro alarde de destreza, que era segar al vuelo con su alfanje la cabeza del esclavo que le tenia el estribo. Y con todo eso sus vasallos tenian á honra por lo comun el morir á manos de aquel bárbaro: tales eran ellos, y tanta veneracion logró además que le tuviesen con su su falsa, aunque singularmente escrupulosa devocion, y respeto á las prácticas alcoránicas y con aquella supuesta descendencia del profeta que habia dado el trono á su familia.

Un príncipe de esta naturaleza no podia estar en paz con los príncipes cristianos, y tuvo contra ellos alguna fortuna. En 1684, cuando menos lo pensaba, recobró á Tánger. Habia sido muy murmurado en Inglaterra que mientras abandonaba á Dunquerque el rey Carlos II, gastase grandes sumas en Tánger, que tras de no tener recuerdos gloriosos para aquella nacion, les ocasionaba una guerra constante con tribus bárbaras, y consumia en su clima, mal sano para los ingleses, gran parte de las guarniciones que allí se mandaban. Llegaron á tanto las censuras que pocos meses antes de morir Carlos II, mandó al conde Darmontt al puerto de Tánger con algunas naves y embarcándose en ellas dos regimientos de infantes y uno de caballos que allí habia, y destruyéndose las obras comenzadas, fué al fin la ciudad abandonada. El último gobernador que tuvieron los ingleses en Tánger, fué el famoso coronel Percy Kirke, que maltrató á los habitantes de aquella ciudad, judíos ó cristianos con rapacidades y violencias inauditas; y

de vuelta á Inglaterra, se hizo temible durante la revolución y las disensiones civiles que se siguieron, mandando los aguerridos y feroces soldados que habia formado el continuo ejercicio de Africa (1). Francisco Brandano atribuye el abandono de aquella plaza tan importante sobre el Estrecho á que los ingleses no hallaron en ella «mas tráfico que el de sangre, ni otra cosa que adquirir que heridas.» Lo cierto es que Muley Ismael la recobró, y que no mucho despues las plazas españolas de Larache y la Mamora cayeron tambien sin gran dificultad en sus manos. Perdióse en 1669 la plaza de S. Antonio de Allarache despues de un sitio de cinco meses, por poca pericia de los soldados que se dejaron cortar por los fuegos de una batería la comunicacion con la mar. Era el general de Ismael un alcaýde llamado Alí-ben-Abdallah, y aunque se capituló por medio de uno de los frailes españoles la libertad del vecindario, fueron todos los habitantes hechos cautivos, y trasladados en número de mil y setecientas personas á Mequinez, despues de sufrir en el tránsito los mayores ultrajes por parte de los moros de los campos y las sierras por donde pasaban. En Mequinez los recibió Ismael, sentado en un monton de tierra que habia en la puerta de su alcazaba, y aparentando, sin embargo, gran magestad: mandó separar hasta cien oficiales ó personas señaladas que eran á las que en su concepto habia ofrecido la libertad, y á los demas los metió en sus mazmorras como los otros esclavos. El puerto de la Mamora, mal provisto y peor fortificado, se abandonó al propio tiempo, y en cambio se ocupó la roca de Alhucemas, y se edificó allí otro fuerte para contener y destruir á los piratas berberiscos. Pero donde se estrellaron los esfuerzos de Ismael fué en Ceuta. Embistió en 1694 con un ejército de cuarenta mil hombres esta plaza, al mando del victorioso alcaýde Alí-ben-Abdallah. Supónese que el objeto de Ismael, no era solo quitarse aquel embarazo de su imperio, sino entretener y en-

---

(1) Macaulay, The History of England.

regar al peligro los moros mas afectos y parciales de sus hijos rebeldes (1). Dispuso edificar al pié de Sierra Bullones casa para los principales jefes, y mezquita para la oracion: cercó de trincheras la lengua de tierra que une á Ceuta con el continente: plantáronse allí huertas y labráronse los campos vecinos para ayudar á mantener al ejército. Eran cuatro las paralelas que hacian frente á la ciudad con foso y reductos, y bastantes piezas de artillería. Parecia todo encaminado mas bien á impedir las salidas que á atacar la ciudad, que nunca fué batida en brecha; y como tenia libre el mar, jamás careció la guarnicion de víveres y municiones. Sin embargo, no dejó Abdallah de armar algunas barcas en las dos ensenadas que dominaba para impedir este tráfico, las cuales hicieron algunas presas en cristianos que fueron bárbaramente martirizados por escarmiento.

En 1720, libre ya de la guerra de Sicilia, resolvió Felipe V poner término á este estado de cosas, haciendo levantar el sitio de la plaza. A la sazón tendrian los marroquíes como unos veinte mil soldados aguerridos por el largo sitio, y dirigidos por ingenieros y oficiales franceses, de los que arrojó de su pais la espulsion de los hugonotes. Encargó Felipe V la expedicion al marqués de Ledé, que acababa de volver de Sicilia: las tropas se juntaron en Tarifa, Cádiz y Málaga, y fueron preferidos los regimientos bisoños á los veteranos de Italia, á fin de que aquellos se ejercitasen en la guerra. A últimos de octubre partió la expedicion escoltada por la escuadra de naves de D. Carlos Grillo, y la de galeras de D. José de los Rios. Iban como diez y seis mil soldados que se unieron con la guarnicion ya numerosa de la plaza. El 15 de noviembre, despues de algunos dias de descanso, D. José de los Rios cañoneó con sus galeras á los moros, fingiendo un desembarco, y en el ínterin el marqués de Ledé, salió por varias bocas que habia hecho abrir en el camino cubierto, llevando sus tropas en cuatro columnas de á seis ó siete batallones cada una. Iban delante los

---

(1) Comentarios del marqués de San Felipe. Año 1720.

gastadores y granaderos para arruinar las trincheras. Los moros abandonaron con poca resistencia las paralelas y se retiraron al campamento, que estaba tambien fortificado. Allí fué mayor la resistencia de los moros, y sobre todo de dos mil negros de la guardia del sultan, que se sostuvieron con obstinacion para dar tiempo á que se retirasen los muertos y heridos, con lo cual no se pudo saber su número. Al fin cedieron, y al cabo de cuatro horas de combate, todo el ejército marroquí se puso en fuga, parte por el camino de Tetuan, y parte por el de Tánger. Lo escabroso del terreno no permitió cortar á los que huían. Dejaron en el campo los sitiadores veinte y nueve cañones, cuatro morteros, cuatro estandartes, una bandera y muchas provisiones. Quedó herido en la cara, aunque no gravemente, el general en jefe, marqués de Ledesma; y en un costado quedó herido tambien el mariscal de campo, D. Carlos de Arizaga, dando uno y otro, ejemplo á sus tropas. Los prisioneros moros fueron pocos, y los muertos que se hallaron en el campamento despues de tomado, no llegaban á quinientos. Demoliéronse en seguida todas las obras de los moros, y el ejército volvió pronto á España para no dar mas celos á los Ingleses que ya empezaban á tener temores por su comercio y por Gibraltar, y discurrían el modo de atajar las ideas del rey católico.

Entretanto y en medio de las tinieblas de un reinado que afrenta al género humano, y que apenas se concibe ya en los primeros años del siglo XVIII, florecieron de dia en dia las misiones españolas. Abandonaron es verdad con lágrimas el convento de Marruecos, ilustrado con tantos martirios; pero en Fez establecieron otro en la misma *Sagena* ó cárcel de los cautivos cristianos, que en solo aquella ciudad llegaban entonces á seiscientos. Fundaron hospicios en Mequínez y en Tetuan, donde habia trescientos cautivos al menos; y así corrieron algun tiempo en paz las misiones de los franciscanos descalzos de Andalucía, hasta que los P. Trinitarios, dedicados á la redencion de cautivos, lograron del Sultán que expulsase á la orden seráfica y los pusiese á ellos en posesion

de sus conventos. Pero la nueva orden se conservó poco tiempo en el imperio y quedaron por algun tiempo abandonadas las misiones hasta que la congregacion de *Propaganda Fide*, las restableció por medio de un diestro misionero siciliano de la misma orden de Franciscos descalzos que antes habia. Poblóse luego la nueva mision de españoles y durante los últimos años de Muley-Ismael tenían los Franciscos descalzos de la provincia de San Diego en Andalucía, dos templos en la corte de Mequinez, con la misma formalidad que se pudiera en España, uno en el convento, y otro en la iglesia española que servia de parroquia; y habia ademas cuatro capillas, las dos de franceses y de portugueses las otras. En Salé, en Fez y en Tetuan habia hospicios con sus capillas y completa tolerancia del culto; y llegó á tanto el respeto que Ismael tuvo á los frailes que, necesitándose para la fábrica de la alcazaba derribar ciertas paredes del convento de Mequinez, y proponiéndoselo sus cortesanos, cuéntase que exclamó al punto: « No permita Dios que yo toque á ellas. » Detalles y pormenores no indignos de memoria en estos *Apuntes*, por lo que puede importar en adelante la renovacion de este medio poderosísimo de influencia en las vecinas provincias de Marruecos.

Muley Ahmed el Dzahebi ó el *dorado*, sucedió á Muley Ismael por virtud de la eleccion de este, hecha en odio del rebelde Ábdemelic á quien, por ser el primogénito, le tocaba la coroná. Dispuso Ismael que se tuviese oculta su muerte para dar tiempo al Dzahebi de asentar su poder; y así se hizo por espacio de dos meses. Al cabo los vecinos de Fez comenzaron á sospechar que esta vez era cierta la muerte del viejo Sultan, y hubo que fijar un día en que se dijo que iria Ismael á la mezquita á dar gracias á Dios por su restablecimiento. Salió con efecto un carro cubierto donde iban los restos del Sultan, y al llegar á la mezquita se deshizo el engaño y se comunicó su muerte al pueblo. Lloróle entonces la mayoría del vulgo, no obstante su crueldad inaudita: así Neron fué llorado por la plebe de Roma; y es que la tiranía iguala en vileza

á los hombres en todos los tiempos y en todos los climas. No halló el Dzahabi resistencia alguna en el pueblo de Mequinez para proclamarse Sultan; pero su hermano Ábdemelic perseveró, como era natural, en la rebelion que habia comenzado contra su padre, y Abdallah, otro de sus hermanos que tenia pretensiones al trono, huyó de su presencia por no esponerse á su cólera. Fué, pues, la guerra civil inevitable. Contaba el Dzahaebi para sostener su partido con el tesoro que la avaricia y la rapacidad de su padre habia juntado en Mequinez y que se hacia subir á muchos millones de reales, en dinero y halajas, y ademas con sus propios ahorros que eran grandes, porque en rapacidad y avaricia podia competir con su padre. Parecía poco aun, y dispuso que las últimas ochocientas mujeres de su padre le devolviesen las joyas que habian recibido de él en regalo. Esta sed de oro, y su embriaguez constante que lo hacia despreciable á los buenos musulimes, precipitaron contra él los sucesos. Negóse la ciudad de Fez á felicitarle por su ascension al trono bajo frívolos pretestos, y poco despues fueron asesinados en sus calles el alcayde que la gobernaba y hasta ochenta personas de su séquito, que se inclinaban al partido del nuevo Sultan. Al saberse la rebelion de Fez en Tetuan, los montañeses de las cercanias de esta ciudad, dados siempre á los disturbios, se sublevaron contra el alcayde ó bajá llamado Ahmed, que gobernaba en ella por el Dzahaebi, poniendo á su cabeza á un cierto Abu-laísa, descendiente de los moros de Granada que repoblaron aquella tierra. Quiso reunir el bajá de Tetuan algunos ciudadanos armados para salir á reprimir las insurrectas cabilas de la montaña, pero ellos se negaron á seguirle so pretesto de que en su ausencia podria ser saqueada la ciudad. Envió entonces el bajá por los soldados que habia de guarnicion al frente de Ceuta y se negaron tambien á obedecerle.

Al fin con quinientos hombres que recibió de Tânger se puso Ahmed en campaña contra los montañeses rebeldes; pero durante su ausencia los tetuanies se sublevaron contra su hermano, á quien habia quedado encomendado el gobierno de la

ciudad, y arrollando á su guardia negra le obligaron á salir fugitivo. Prendió fuego el gobernador vencido á un almacén de pólvora que habia dentro de la ciudad para que la confusión favoreciese su retirada, y se volaron hasta sesenta casas con no poco estrago. Entonces los tetuanies para vengarse destruyeron la casa del bajá, que se tenia por el mejor de los edificios de Berberia, y asolaron los jardines que eran muy celebrados (1). A todo esto los tetuanies y los de Fez, que mantenian estrecha inteligencia por medio de su comercio, enviaban comisionados á Mequinez para entretener al sultan con falsas demostraciones de sumision mientras hallaban ocasion de declararse por Abdemelic á quien preferian. Este deshizo fácilmente un cuerpo de tropas que el Dzahebi envió contra él á las órdenes de Alí, su hermano de madre. Pero los frutos de aquella victoria los inutilizó la declaracion general de los negros en favor de Muley Ahmed el Dzahebi. Habíanse inclinado á este los negros desde el principio de la guerra, y aun pudiera sospecharse que la odiosa sultana negra á quien tanto amó Ismael habia tenido alguna parte en la preferencia que obtuvo sobre sus hermanos. Abdemelic, que era blanco, declaró á los negros una guerra á muerte, ordenando que no se les diese cuartel. Los negros predominantes durante el imperio de Ismael, unieron su suerte entonces á la del Dzahebi, y comenzó una lucha entre negros y blancos, sangrienta y funesta para el imperio. Habíase apoderado Abdemelic de Marruecos y atraído ya resueltamente los de Fez á su partido. El negro Tarif mandando un ejército de gente de su color, lo atrajo á una celada, y lo derrotó completamente, escapando él á duras penas con tres heridas. Divulgóse la noticia de su muerte y los inquietos habitantes de Fez se apresuraron á someterse de nuevo. Tetuan siguió su ejemplo, y recibió con grandes demostraciones á un alcayde llamado Abdemelic. Abu-safra que envió el Dzahebi en reemplazo de Ahmed para contentar á aquellos inquietos habitantes, Abu-safra quiso ejer-

---

(1). Braitwaif. — Révolut. de l'Emp. de Maroc.

cer al principio su autoridad con energía, y mandó degollar á un herrero apellidado Baiz que era el que acaudillaba á los tetuanies, y hacia de autoridad allí desde que quedó la rebelion triunfante. Resistieron osadamente los tetuanies, y Abu-safra se convino á vivir en paz con ellos con tal que le pagasen un sueldo crecido.

Entretanto el desposeido alcaide Ahmed, favorecido por el Dzahebi ya descontento de Abu-safra, se presentó con un cuerpo de tropas que habia reunido á su costa delante de Tetuan, arrolló fácilmente á los habitantes que quisieron disputarle la entrada, y entregó las casas al saco. De aqui provino su ruina porque los tetuanies desesperados y viendo dispersos á sus enemigos cayeron sobre ellos desde los terrados de las casas y las angosturas y pasadizos de las calles, y volvieron á echar de la ciudad á los vencedores. En seguida construyeron barricadas, y las guarnecieron con diez y seis cañones que tenían en sus fortificaciones, y de que no habian sabido apoderarse aun los enemigos, con lo cual el pusilánime Ahmed que habia presenciado todos aquellos sucesos desde las alturas vecinas sin atreverse á entrar en la ciudad, se retiró, renunciando á recobrar su gobierno por fuerza. Abu-safra en el interin habia huido de Tetuan, y el sultan Muley-Ahmed el Dzahebi nombró al fin otra vez para aquella alcaidia al depuesto Ahmed que acababa de ser vencido. Llegó á tanto entonces la cólera de los tetuanies que en una junta pública acordaron abandonar la ciudad y retirarse todos al campo de Ceuta para someterse al rey de España, antes de obedecer al alcaide que el Sultan favorecia. Enviaron mensajeros á Fez que al fin habia sido sitiada por las tropas del Dzahebi, y fué obligada á rendirse despues de una larga resistencia. Abdemelic pidió luego la paz á su hermano; y todo parecia perdido para los tetuanies y fezenos, cuando los vicios y las crueldades del Sultan promovieron contra él un levantamiento general. La embriaguez era ya el estado favorito del Dzahebi. Dícese que era amable y gracioso cuando estaba ébrio, quanto cruel y torpe en su estado natural, por lo cual todos los que le trataban le estimulaban á usar

de vino, y toda clase de bebidas espirituosas (1). Cuentan, por ejemplo, de su crueldad, que un día mandó arrojar desde lo alto de un terrado á un negro que le habia colocado mal el tabaco en su pipa, y que á una de sus mujeres favoritas le mandó arrancar todos los dientes por una leve disputa, y luego dispuso para consolarla que se los arrancasen tambien al ejecutor de aquel bárbaro castigo. Llegó al colmo el escándalo un día que estando con toda su córte en la Mezquita le interrumpió sus oraciones un gran vómito de vino. Quisieron aconsejarle alguna mas moderacion las sultanas pero él las apaleó en recompensa. Los mismos negros se resfriaron mucho con el Sultan, y negociaron con sus enemigos. Al fin en 1728, despues de un año de reinado, fué depuesto en Mequinez por una junta de los principales alcaides y proclamado Abdemelic en lugar suyo. Un hijo de este que se hallaba en Mequinez, tuvo á su cargo el gobierno hasta que llegó su padre. Abdemelic habria querido comenzar su reinado sacando los ojos á su hermano, pero los doctores musulimes le hicieron presente que no le habian desposeido por criminal sino por vicioso, y que no merecia castigo alguno. Entonces Abdemelic le envió preso á Tafílete. Pero de una parte Abdemelic comenzó á tratar mal á sus súbditos y especialmente á los negros, con lo cual renació la enemistad antigua, y estos se rebelaron proclamando nuevamente sultan al Dzahebi. Cuarenta mil negros ó mas, segun algunos, tomaron las armas y á su frente el Dzahebi, entró en Mequinez por traicion de una parte de los soldados que la defendian, y obligó á su hermano á huir y fugarse en Fez. Mandó luego el Dzahebi que todos los principales amigos de su hermano, fuesen ajusticiados; y los negros hicieron una gran matanza en sus adversarios blancos, saqueando la ciudad á su placer, durante tres dias. En seguida marchó sobre Fez el Dzahebi, y no pudiendo omarla en varios asaltos por fuerza, la rindió por hambre, á ondition de que todos los moradores serian libres con tal que

---

(1) Véase Braitwait antes citado.

le entregasen á su hermano. Perdonó la vida el Dzahebi al prisionero Abdemelic contra lo que esperaba todo el mundo, mandándolo custodiar en Mequinez; pero no mucho despues, en los primeros meses de 1729, sintiéndose vecino de la muerte por una hidropesía que le ocasionaron sus escesos, lo mandó matar para espirar tranquilo. Tal fin tuvieron estos dos crueles hermanos, de los cuales el primero favoreció mucho á los cristianos dando libertad por poco precio al mayor número de cautivos que tenía, y recibiendo muy humanamente á los enviados de los príncipes de Europa; y el segundo, que afectaba ser muy rígido mahometano, echó de sus estados á los padres franceses de la redencion que entraron en ellos, amenazándoles con que los haría quemar vivos, y volvió á encadenar á cuantos cristianos halló libres.

No bien supo la muerte de sus hermanos el fugitivo Abdallah, se hizo proclamar Sultan. Pusiéronse de su parte, ganados por dinero, los soldados negros que disponian del imperio. En vano Muley Abu-Fers, hijo del Dzaebi, quiso suceder á su padre. Obligado por el aplauso con que fué recibida la eleccion de Abdallah por el vulgo y las cabilas que le tenían por justo y benévolo, tuvo aquel pretendiente que refugiarse en las montañas del Sus, asilo ordinario de todos los rebeldes mauritanos. Allí le siguió el tío con numerosas fuerzas, le venció é hizo prisionero y le perdonó la vida, contentándose con mandar cortar la mano á un santón, que pasaba por consejero y ministro principal de su sobrino, y diciendo por menosprecio: «veamos si su santidad le salva de mi justicia.» En seguida fué sobre Fez, rebelada contra él, como solia, contra todos los nuevos Sultanes, y la tomó al cabo de seis meses de sitio. Hubiera querido arrasarla Abdallah por escarmiento, y lo habria ejecutado á no interponerse los santones, representándole el escándalo de los fieles y la ira de Dios que se seguirian á la desaparicion de aquella ciudad donde se encerraban los más venerables santuarios del imperio. Los habitantes de Sus y de Tedla, que fueron los últimos que lo reconocieron, se apresuraron á someterse al saber la rendicion de

Fez. Nadie mas resistió ya el poder de Abdallah por entonces. Pero así como se vió señor absoluto, trocó en rigor la antigua dulzura de carácter que le habia ganado tantos próselitos. Mandó encerrar en el cuero de un buey para que allí muriese de podredumbre, á un alcayde que se negó á pagarle el debido tributo. Por este estilo practicaba la justicia, imitando los bárbaros hechos de sus antecesores. Su madre Leila Yanet, mujer inglesa de extraordinaria hermosura y de no vulgar espíritu, era quien mas influía en la política del Sultán recién proclamado. Ella le habia proporcionado con su astucia que se hiciera dueño del tesoro de Mequinez, y manejando el tósigo con la propia destreza que la palabra le habia allanado mucho el camino para alcanzar el imperio. Fué muy señalada la influencia de Leila Yanet por un suceso extraordinario. Corriendo el año de 1726 cayó del poder en España el famoso baron y luego duque de Ripperdá, hombre incapaz, á juicio de los que le conocieron, por su ligereza é imprudencia, no solo de gobernar un Estado, sino aun de tratar bien los negocios mas leves. No puede negarse, sin embargo, que tenia gran actividad y expedición para los negocios, aunque en España debió su fortuna principalmente á la confianza singular que inspiraban al rey Felipe V los aventureros extranjeros. Ello es que de primer ministro de la monarquía española, se vió de repente hecho juguete mísero de la fortuna, destituido, exonerado, desposeido mas tarde de sus altos empleos, títulos y rentas; violentamente estraido del asilo diplomático donde pensó hallar seguro; preso, en fin, y conducido al alcázar de Segovia, de donde sus artes y el amor de una mujer de baja esfera, lograron sacarlo á salvo. Refugiado en el Haya, trabó allí amistad con el alcayde Perez que allí residia á la sazón en concepto de embajador de Marruecos cerca de las cortes de Inglaterra y Holanda, y el moro que era sagaz, y sabia los deseos que tenia su señor de poseer las plazas españolas de Africa, fácilmente lo persuadió de que se acogiese á la corte de Abdallah, donde hallaria ocasion de ejecutar los vengativos sentimientos que le anima-

ban. Abdallah, por su parte, consintió en recibir en su imperio á un hombre tan grande y tan útil como Perez le pintaba á Ripperdá; y con efecto, la recepcion que le hizo á este en Mequinez fué ostentosa y magnífica. Apenas se conocieron Ripperdá y Leila Yanet, los unió la cultura y el interés, y aun el amor á lo que se supone, de suerte que pronto fué uno mismo el interés de entrambos. Fué Ripperdá nombrado bajá, y al momento hizo reconocer por un criado de su confianza, llamado Martin, los presidios españoles de Africa, y propuso á Abdallah que se juntase un ejército para abrir él mismo la trinchera delante de Ceuta. Hubo un consejo con diversos pareceres en él; pero al fin triunfó Ripperdá, y en 1732, un cierto Jacobo Vandebas, criado suyo, que se pasó á Ceuta, declaró allí, y luego en Sevilla donde estaba la corte, que aquel estaba pronto á marchar con treinta y seis mil hombres, la mayor parte negros, y un tren considerable de artillería, ofreciendo tomar la plaza en seis meses ó perder la cabeza. Entonces fué cuando se despojó al traidor ministro por real decreto de sus dignidades y títulos. No tardó en probarse la verdad del aviso. A principios de octubre se aproximaron los moros á Ceuta, dirigidos por Ripperdá y á las órdenes inmediatas de Ali-Deh, renegado y apóstata de la religion de Malta, segun parece. Sabido esto por el general D. Antonio Manso, que gobernaba en Ceuta, y teniendo noticia cierta por los moros de paz de que la vanguardia de los infieles estaba muy distante del grueso del ejército, y que no pasaba su número de cinco ó seis mil hombres, incluso setecientos caballos, juntó un consejo de guerra en el cual propuso salir á sorprenderla. Aprobóse por todos su proyecto: y al alba del 17 de octubre, salió á ejecutarlo el brigadier D. José Aramburu, llevando su gente en cuatro columnas de á doce compañías y seis piquetes cada una, á las órdenes de los conde de Mahoní, D. José Masones, D. Juan Pingarron y D. Basilio de Gante. Ascendia el total de las tropas que mandaba Aramburu á cinco mil hombres sin contar quinientos presidiarios, á los cuales ofreció un perdón general el go-

bernador para animarles mas á la empresa. Habian ya comenzado los moros sus trincheras que abandonaron casi sin resistencia al sentir el inopinado ataque de los españoles. Persiguieronlos estos hasta llegar al Serrallo, una legua distante de Ceuta donde estaba alojado Ali-Den, y donde tambien se halla Ripperdá, á lo que parece.

Alli se renovó el combate, y gracias al valor de la caballería negra que á costa de grandes pérdidas hizo frente, pudo salvarse alguna parte de la infantería marroquí, que bisoña y desorganizada huía sin concierto. Ali-Den y Ripperdá se salvaron á duras penas, casi desnudo el primero, que tal fué la rapidez y sorpresa del ataque. Algunos buques armados cañoneando las playas hicieron mayor aun la confusion de los moros, que huían unos á la parte de Tetuan y otros á la de Tánger. Perdimos solo en esta dichosa sorpresa cuatro oficiales muertos y catorce soldados, y hasta ciento y cincuenta heridos. La pérdida de los moros se calculó en tres mil hombres, aunque en esto y en el número de los que componian el ejército que se acercó á Ceuta parece que hay exageracion notable. Tomáronse á los moros dos cañones de bronce de grueso calibre y un mortero, que se clavaron y arrojaron á un barranco por no poder conducirlos á la plaza. Fueron ademas tomadas por los nuestros cuatro banderas; armas, caballos, arneses y dinero, y algunos moros cautivos. Hallóse, por último, una carta de un mercader inglés establecido en Tetuan en que éste pedia que se le pagasen las municiones suministradas desde Inglaterra á los moros para aquella guerra; cosa sabida con estrañeza y cólera en España (1). Esta derrota, dando al traste con todos los proyectos de Abdallah, socabó tambien la privanza que con él habia obtenido Ripperdá. La ruina de este fué segura cuando despues de varios proyectos osados, y entre otros el de levantar para él un trono en Africa, perdió el apoyo que su familiaridad con Leila-Yanet le ofrecia. Esta, segun afirman unos, fué envenenada por orden de la sultana

---

(1) Campo-Raso. Memorias políticas y militares.

favorita de su hijo llamada Leila-Genax, celosa tiempo habia del influjo que ejercia en el gobierno; y segun otros por librarse de la cólera de Abdallah, indispuesto ya con ella, se ausentó del imperio so pretesto de ir á la Meca. Mas autorizada parece la primera version, y es de todos modos indudable que Ripperdá no pudo sobrevivir á la caida de la sultana madre, y despechado y solo vino á morir en Tetuan corriendo el mes de noviembre de 1737.

Entretanto Abdallah se hacia cada vez mas cruel y mas odioso á sus vasallos. Rebeláronse contra él los alarbes y lo derrotaron en campal batalla cerca de Fez. Abdallah, refugiado en aquella antigua capital del imperio se vengó de la derrota en los inquietos fezenos, ejecutando casi sin motivo terribles suplicios. Al fin los alarbes fueron vencidos por los alcaldes de Abdallah, y sometidos de nuevo á su obediencia. Cuéntase que en esta ocasion tuvo un arranque de generosidad, en él extraño: habiéndole presentado cuatro mil prisioneros alarbes, enteramente desnudos, mandó que les dieran vestidos, y que se les pusiese en libertad sin hacerles daño alguno. Poco despues el alcaide que mandaba los negros, convertidos en una especie de pretorianos, inclinó á estos á que se rebelasen contra Abdallah, proclamando en su lugar á Muley-Alí otro hijo del Dzahebi. Abdallah, acobardado, huyó de Mequinez, y pidió auxilio á los alarbes fiado en la clemencia con que acababa de tratarlos. Enviáronle estos con efecto, ocho diputados para ofrecerle su ayuda; pero como le diesen algunas quejas acerca de su conducta pasada, no pudo contener su ira y á todos los mató por sus manos. Hubiérale hecho esto perder el trono para siempre si los mismos negros no se lo hubiesen devuelto de allí á poco. Entró Muley-Alí en Mequinez, y su primera idea fué apoderarse del famoso tesoro que en aquella ciudad se encerraba; pero su sorpresa fué grande al ver que semejante tesoro no existia mas que en la memoria del pueblo. Cuantas riquezas habia en Mequinez se las habia llevado Abdallah en su fuga, y no eran muy considerables. Sin embargo, ellas bastaron á Abdallah para

seducir á los principales de los negros , los cuales prestando que Ali hacia demasiado uso de aquella yerba narcótica llamada *Kiff*, que segun los orientales produce tan placenteros ensueños, y que esto le incapacitaba para ejercer el mando, se decidieron á destronarle. Abdallah, restablecido, hizo degollar á toda la guarnicion de Mequinez que no le habia defendido, y al menor de los hijos del gobernador que quedaba vivo, porque este, previendo su suerte, se habia ya suicidado despues de matar á su mujer y á sus otros hijos para no exponerlos á la crueldad implacable del tirano. No fueron mucho mejor tratados los vecinos de Mequinez que ninguna culpa tenian en lo que habia sucedido. Solo respetó por de pronto al alcaide de los negros; pero como este comenzase á conspirar en favor de otro pretendiente al trono llamado Sidi-Mohammed, los mismos soldados seducidos por el oro de Abdallah lo pusieron preso en sus manos. Abdallah lo despojó de la ropa de un santon que se habia puesto el negro para infundir veneracion en el Sultan , y lo atravesó con su lanza. Empeñóse luego el bárbaro en beber la sangre del muerto; y solo pudo disuadirle de ello uno de sus alcaides bebiéndola él mismo (1). Fez entretanto se declaró por Sidi-Mohammed, y aunque Abdallah la sitió con grande ejército tuvo al fin que levantar el cerco, y huir á las montañas temeroso del descontento de sus propias tropas. Sidi-Mohammed fué reconocido por un momento como Sultan en todo el imperio; pero los negros, siempre infieles, volvieron á dejarse comprar por Abdallah, y este con su ayuda venció á su rival en batalla y ocupó de nuevo el trono. Sidi Mohammed, mal herido, huyó, dejando á Abdallah en la posesion pacifica del imperio, que obtuvo desde 1742 en que terminaron las rebeliones hasta que en noviembre de 1757 murió en Fez en un palacio por él mismo levantado. Dejó dos hijos: Ahmed el primogénito, que habia tenido en una esclava negra y le sobrevivió poco, y Sidi Mohammed, blanco y asociado ya por él al gobierno, que fué universalmente proclama-

(1) History of Barbary, London 1750.

do sin que su hermano el mulato osase disputarle el trono.

Después de tantos príncipes incapaces, y tantos tiranos como habían ensangrentado su suelo, el Mogreb-al-acaesa tuvo al fin un soberano digno por todos conceptos de serlo. No quiso tomar el apelativo de Muley porque juzgaba que era profanar el nombre del profeta llevarlo con tal apelativo, digno en su concepto únicamente del mediador de los hombres con el ser supremo. En cambio se proclamó Emir almumenin ó príncipe de los creyentes. Tres años después de su ascension al trono, abrió los cimientos de la ciudad de Mogador con el fin de dar á Marruecos, primera capital del imperio, fácil comunicacion con el Océano. Halló Sidi Mohammed en buen estado las relaciones diplomáticas con Inglaterra, y afirmada con tratados por su padre la paz con Dinamarca y Holanda. Deseoso de estrechar sus relaciones con los europeos se entendió con España reinando ya Carlos III, y en 1767 firmó en Fez el famoso D. Jorge Juan, teniente general de la armada, el primer tratado de paz y comercio que hubiese habido entre ambos Estados. No contento aun Sidi Mohammed había querido pagar á España la atencion que mereció de ella con la embajada de D. Jorge Juan enviando á nuestra Corte por embajador á Sidi Ahmed-el-gazel con lujoso séquito, el cual fué muy bien recibido y agasajado por el rey, y escitó por algunos dias la curiosidad de los madrileños. Mas no impidió esto que entre España y Marruecos se renovasen pronto las hostilidades casi constantes en las plazas que poseíamos en el territorio africano. Sidi Mohammed tranquilo y respetado de todos sus súbditos, que gozaban á placer de su dulce y humano gobierno, sintió los impulsos del patrio amor y los estímulos de la gloria, y entró en su ánimo la idea de espulsar las armas europeas de su territorio á pesar de lo mucho que gustaba del trato y cultura de los cristianos. Lleno de esta noble ambicion escribió en 1774 una carta al monarca español noticiándole que se proponia en union con los argelinos atacar todas las plazas cristianas que habia en la costa africana, sin entender por esto rota la paz firmada años antes, ni interrumpidas

las relaciones mercantiles. Era absurda sin duda alguna la pretension del marroqui en esto de querer la guerra y la paz á un tiempo. Cárlos III en vista de todo le declaró formalmente la guerra en un decreto fechado en 23 de octubre de 1774. Dió entonces á luz un manifiesto el de Marruecos procurando justificar su conducta con decir que las plazas marítimas de Africa no eran del sultan ni del rey, sino de Dios todopoderoso, que haria al que se las diese dueño de ellas (1). Replicó el gobierno español, fundándose en el testo mismo del tratado para rechazar sus pretensiones y comenzaron las hostilidades al punto. El 9 de diciembre del propio año se presentaron unos trece mil moros delante de Melilla, é intimaron la rendicion. Mandaba en la plaza el mariscal de campo D. Juan Sherlock el cual respondió á la intimacion con todo el desden merecido. Vino el mismo Sidi Mohammed al sitio con dos hijos suyos, y como tenia muchos renegados cristianos hábiles en el arte militar á su servicio, se comenzaron y llevaron adelante las operaciones con un acierto desusado entre los moros. Abrieron ramales de mina que fueron dichosamente descubiertos y destruidos por los nuestros; y en cuarenta dias de asedio arrojaron sobre la plaza hasta nueve mil bombas, que causaron en la guarnicion noventa y cuatro muertos y quinientos setenta y cuatro heridos, todo sin que la tropa española desmayase un punto. Pero en el interin la costa del Estrecho estaba muy bien bloqueada por una escuadra de dos navios, seis fragatas y nueve jabeques que impidió el transporte de cañones de batir y municiones que de Europa aguardaban los moros. Faltaron los proyectiles á punto que Sidi Mohammed desesperado, pensó en el asalto, del cual le disuadieron por inútil los oficiales espertos que tenia consigo. Lo mas difícil para los españoles fué socorrer á la numerosa guarnicion de la plaza durante los penosos temporales de invierno; y aun por eso fué muy celebrada la hazaña del jefe de escuadra D. Francisco Hidalgo de Cisneros, que en la fragata Santa

---

(1) Ferrer del Rio.—Historia de Cárlos III.

Lucía logró atracar á tierra y desembarcar las provisiones que se necesitaban, flanqueando al propio tiempo las trincheras de los moros entre la Puntilla y el fuerte de la Victoria, é incendiándolas de manera que el mismo sultan tuvo que abandonar su tienda y trasladarse á otra parte mas lejana. Entretanto un cuerpo de moros se situó delante del Peñon de Velez, y disparó algunas bombas sin éxito y sin que la plaza que gobernaba el coronel D. Florencio Moreno, tuviera necesidad de socorro alguno. La esterilidad, pues, de sus esfuerzos redujo á Sidi Mohammed á solicitar la paz, y Sidi Ahmed-el-gazel, el mismo que habia estado de embajador en España, se encargó de entregar al gobernador de Melilla una carta suya para el ministro de Estado Grimaldi, en la cual manifestaba deseos de ventilar amistosamente la cuestion promovida, respetando el tratado. En consecuencia de esto, pasó un comisionado español á Tánger, vino otro marroquí á Málaga, y se convino en la paz. Confirmóse esta definitivamente en el convenio de amistad y comercio concluido en Tánger á 30 de mayo de 1780 entre el conde de Floridablanca y Sidi Mohammed-ben-Otoman nuevo embajador del sultan cerca de la Côte de España y en el arreglo especial de 1782 sobre los límites del campo de Ceuta. Las resultas de esta embajada y de estos tratados leal y benévola-mente cumplidos por el magnánimo sultan y ratificados tal vez por el arreglo de 1785, hoy desconocido, se describen con muy curiosos pormenores en la famosa *Representacion* del ministro Floridablanca á Carlos III. «Se logró, dice, reducir al rey de Marruecos á enviar á V. M. al embajador Ben-Otoman como »por una satisfaccion ó demostracion pública de reconcilia-»cion de la parte de aquel soberano, y por este medio se re-»novó y mejoró el tratado de paz con él y se consiguieron las »ventajas que son notorias durante la última guerra con la In-»glaterra. Pareceria increíble, si no se hubiese visto, lo que »aquel principe moro ha hecho en obsequio de V. M., fran-»queando sus puertos á las naves del bloqueo de Gibraltar, »permitiéndolas perseguir y detener á las enemigas dentro de »vellos, facilitándonos víveres y auxilios para nuestro campo

»con pocos ó ningunos derechos; y finalmente depositando en  
»nuestro poder parte de sus tesoros como una prenda de se-  
»guridad de su conducta. Con la amistad de aquel monarca  
»pudimos dejar nuestros presidios sin considerables guarni-  
»ciones; sacar de Ceuta mucha porcion de artillería y muni-  
»ciones y vivir sin inquietudes durante la guerra. V. M. com-  
»prende mejor que nadie cuántos habrían sido nuestros traba-  
»jos; si por no atar este cabo con tiempo hubieran movido los  
»ingleses al rey de Marruecos al sitio de Ceuta ó Melilla; ó  
»á turbar con un corso en el estrecho todas las medidas para  
»el bloqueo de Gibraltar, é impedirnos los víveres para nues-  
»tro campo.» De esta relacion auténtica del primero de los po-  
»líticos modernos de España, se deduce todo lo que debimos á  
»la amistad del sultan de Marruecos; pero mas aun todo lo que  
»padecieron los ingleses por no haber mantenido á cualquier costa  
»la superioridad de su influjo en el imperio. No era de esperar  
»que aquella leccion fuese perdida; ni los sucesos posteriores  
»autorizan seguramente á imaginarlo. Lo cierto es que las re-  
»laciones de Sidi-Móhammed con Carlos III merecen detenido  
»estudio por muchos conceptos, sobre todo en nuestros dias.

Contribuyeron en gran parte á establecer primero y man-  
»tener luego estas relaciones, los misioneros españoles en Már-  
»ruecos y sobre todo el vice-prefecto de ellas Fray José Bottas;  
»que por sus servicios en el particular fué promovido al obis-  
»pado de Urgel. Estaban los misioneros españoles en Marruecos  
»mas considerados que nunca por el respeto ó la tolerancia de  
»los últimos sultanes; y porque al fin los naturales habian ido  
»familiarizándose con su traje y costumbres, y admirando la  
»virtud que resplandecia en todas sus obras. Como los sultanes  
»empleaban á los cautivos en las obras públicas, que alterná-  
»ban en los diversos puntos del territorio; y los misioneros no  
»dejaban nunca de acompañar á aquellos en sus trabajos, llegó  
»á ser el hábito franciscano conocido y considerado en la ma-  
»yor parte del imperio. Continuaban perteneciendo estas mi-  
»siones á los frailes franciscanos descalzos de la provincia de  
»San Diego de Andalucía, dependientes de un convento de Je-

rez, como que eran los que despues de la última restauracion del culto cristiano en el imperio habian tenido valor y constancia para mantenerse en aquellos bárbaros paises, y habian alcanzado para ello privilegios especiales de los sultanes reinantes, alguno de los cuales excluia toda otra orden y congregacion de la asistencia á los cautivos cristianos. Alimentábanse estas misiones de un situado de 2,228 pesos fuertes anuales que en 1680 les señaló Carlos II, y de las limosnas que se les remitian de la Península. Habianse establecido en Tánger, y conservado su hospicio de Larache y los demás que ya tenian en el interior del imperio; y en los dias de Sidi-Mohammed subió al último punto el respeto de que ya disfrutaban, porque como decia uno de los artículos del tratado que se ajustó algunos años mas tarde «su ministerio y operaciones lejos de causar disgusto á los marroquíes les habian sido siempre agradables y beneficiosas por sus conocimientos prácticos en la medicina y por la humanidad con que habian contribuido á sus alivios.» Una medida altamente generosa de Sidi-Mohammed minó, sin embargo, por su base la existencia de las misiones. Dió aquel Sultan libertad á los cristianos, declarando abolida la piratería y el cautiverio, y desapareció con esto la grave necesidad que, en medio de nuestras vicisitudes políticas, habia mantenido vivas las misiones españolas en el interior de Africa. Desde entonces son mas escasas tambien las noticias que del estado y vicisitudes del imperio se tienen en España y en Europa; porque no habia antes otro vínculo que la esclavitud entre Europa y Africa, y no se han creado despues nuevos y mas humanos y provechosos vínculos sociales.

Habriamos creado, seguramente, Sidi-Mohammed si su vida hubiera sido mas larga y sus sucesores hubiesen imitado en todo su conducta. Desgraciado en la guerra con los españoles fué feliz contra los portugueses á los cuales arrancó en 1769 la plaza de Mazagan, última reliquia de su poder en Africa. Pero al propio tiempo que cumplia con sus deberes de soberano, haciendo todo lo posible por echar de su territorio

á los extranjeros, nadie mas que él admiraba á los europeos ni mantenía con mas gusto relaciones con ellos. Señor de vastos estados y de vasallos numerosos, veía que eran pobres aquellos, aun donde era rica y fértil la tierra; ignorantes y serviles estos, sin comercio ni industria ni alguna cultura. Hallaba al imperio sin leyes ni administracion por dentro, sin poder ni respeto por fuera : que á tal estado lo habían traído en medio del progreso general, los vicios de su constitucion religiosa y política, y la barbarie de sus antecesores. A todo ello intentó poner remedio el ilustrado Mohammed. Dióse prisa á ajustar tratados, además de los que había hecho con España, con Francia, Toscana, Portugal, Venecia y el imperio de Austria, y de esta suerte no solo aseguró la paz de su reinado, sino que preparó la ejecucion de las otras medidas que imaginaba. De ellas fué el abrir las puertas del imperio al comercio de los europeos, honrándoles y protegiéndoles contra el fanatismo de los naturales; y dándoles salarios y considerables ventajas para estimularlos á establecerse en el imperio. Fueron muchos los que con esta ocasion vinieron al Mogreb-alacsa de todas clases y oficios : arquitectos, pintores, lapidarios, jardineros, médicos, matemáticos, industriales y no pocos aventureros y soldados. A todos les aseguraba su religion; pero como era natural, protegía mas especialmente á los que se hacían mahometanos y unían su suerte para siempre á la del imperio, llegando á repartir entre ellos los mas altos empleos de su casa y estado. A un cierto Samuel Lumbel, hebreo de Marsella, le tuvo por mucho tiempo como á primer ministro; un francés llamado Cornut; un triestino, por nombre Ciriaco Petrobelli; un toscano, apellidado Mutti y Francisco Chiappa, genovés de nacion, llegaron á ser tambien ministros suyos; y ni estos siquiera dejaron de ser cristianos ni ocultaron jamás que lo fuesen. Despues de dar libertad á los esclavos cristianos, empleó tambien á muchos segun su clase y condicion, en la administracion pública. Así fué que con los servicios de tantos europeos no pudo menos Sidi-Mohammed de juntar la imitacion de sus costumbres y de sus nombres y empleos.

Hubo, pues, por aquel tiempo en Marruecos, príncipes imperiales, jueces supremos, generales y aun generales en jefe, ministros y secretarios de Estado, gobernadores, intendentes de provincia, almirantes de mar, guardasellos, chambelanes, gentiles-hombres de cámara, maestros de ceremonia, médicos de cámara, bibliotecarios, intérpretes y en fin, cuanto solía hallarse á la sazón en las principales cortes de Europa (1). Hasta en sus mujeres prefería á las europeas, de las cuales merece mencionarse una cierta Leila-Zarzet, hija de un renegado inglés, con quien contrajo matrimonio; y otra, por nombre Leila-Duvia, que por los años de 1822 vivía todavía y era renegada genovesa. A pesar de todo esto, Sidi-Mohammed era buen muslime y muy celoso del nombre de su patria. Pero su inteligencia le levantaba por encima de la nación que regía: comprendía las artes y la cultura de los europeos, y juzgaba que solo con su trato y compañía lograrían los rudos habitantes del Mogreb-alacsa recuperar el largo tiempo perdido en el fanatismo y en el ocio. Tal vez se equivocaba el buen príncipe creyendo el progreso conciliable con sus torpes creencias religiosas, y capaces de nueva vida las carcomidas instituciones musulmicas. Tal vez la civilizacion, mejorando la tierra ingrata de Africa, habria arruinado, sin embargo, tarde ó temprano su imperio y su culto. Esto es lo que parece mas probable ó mas cierto; pero juzgando al hombre por su carácter y sus luces, Sidi-Mohammed merece el aplauso incondicional de la historia.

Despues de edificar á Suira ó Mogador, echó los cimientos de Fedala, puerto tambien importante sobre el Océano, fortaleciendo ambas ciudades con buenos muros y baluartes, y adquiriendo para ellos en el extranjero, y principalmente en Inglaterra, la necesaria artilleria. De esta suerte propor-

---

(1) Sigo en las particularidades del gobierno interior durante este reinado la relacion del conde Graberg de Hemsó, en su libro antes citado. Publicóse este en 1833, y su autor habia desempeñado por largos años el consulado de Cerdeña en Marruecos. Merecen, pues, sus noticias bastante crédito en esta parte.

cionó mayor comodidad al comercio de las provincias occidentales del imperio, y al propio tiempo puso mas bajo su dominio y guarda aquellas costas. No se hallará, en suma, en este soberano cosa que no sea digna de un gran político y propia de un celoso y hábil administrador. En otra nacion y en otro tiempo habria sido su reinado famoso en la historia del mundo: en Marruecos fué solo un relámpago que desapareció al punto en las antiguas y negras sombras del fanatismo mahometano. Amábanle sus vasallos sobremanera, y principalmente los amacirgas, que son la mas antigua poblacion de aquella tierra, á pesar de sus atrevidos y para ellos estraños pensamientos, porque su bondad y clemencia le atraian las voluntades, y hacian inquebrantable la confianza que inspiraba su justicia.

No le faltaron disgustos interiores, no obstante, al fin de sus años. Los negros, predominantes por tanto tiempo en el imperio, y habituados ya á disponer de él á su antojo, le pagaban en odio la poca simpatía que á él le merecia aquella ferocidad que de otros soberanos marroquíes los habia hecho tan queridos. Prevalióse de este descontento su hijo primogénito Mohammed-Mahdi Yezid para sublevarse contra él en 1778, intitulándose rey de Mequinez desde luego. La fidelidad de las demas ciudades y de todas las cabilas y aduares á Sidí Mohammed, desconcertó al indigno hijo, que fué fácilmente vencido; y su padre se contentó con mandarle que para espíar su delito, fuese en peregrinacion á la Meca, acompañado de su madre Leila Zarzet, cuyos ruegos le habian libertado de mayor castigo, de algunos de sus hermanos y buen séquito de moros principales. Con esta caravana iban tambien ciertos ministros del Sultan, que llevaban de su parte ricas ofrendas para los Xerifes de la Meca y de Medina. Da curiosas noticias de este viaje y del carácter que demostró en él Muley-el-Yezid la *Relacion de una residencia de diez años en Africa ó viaje á Tripoli*, escrita por una señora que pertenecia á la familia de M. Tully, cónsul inglés á la sazón en aquellos parajes. No bien estuvieron á la mitad del cami-

no, Muley Yezid asaltó á los que llevaban el tesoro y violentamente arrancó de sus manos la mejor parte. En vano le rogó su madre que no tocase ofrendas que iban consagradas al Profeta, y no fué menos inútil que le conminasen los ministros con la justa cólera del Sultán. Esta fué tanta al saber la noticia, que envió á decir al hijo que mas no volviese á sus Estados sin haber hecho tres peregrinaciones á la Meca, en desagravio del robo. Muley Yezid, no mas obediente á este mandato que á los otros, anduvo recorriendo algun tiempo las regencias berberiscas, ejecutando por todas partes abominables hechos, y dejando triste recuerdo de su nombre. En una ocasión, uno de sus intendentes tardó mas que de costumbre en aprontarle cierta cantidad que necesitaba, y el bárbaro príncipe le mandó dar hasta cuatro mil palos, y le obligó á tragar despues una gran cantidad de arena, con que se le ocasionó la muerte. Su mayor placer era atormentar á los esclavos cristianos que poseía, y mas aun á los que encontraba por las calles de Argel, de Trípoli ó de Tunez. Los mismos cónsules no estaban libres de sus iras: de suerte que ocasionó mas de un conflicto á las regencias con los Estados de Europa. Echado de todas partes y aborrecido de todo el mundo, Muley Yezid acabó largamente los últimos dias de su buen padre, tan diferente de él en todas las cosas. Dábase por alguna excusa de su crueldad, que apenas se hallaba hora del dia en que no estuviese ébrio; pero lo cierto es que su natural colérico, su codicia y su lujuria le llevaban, no menos que los estímulos de la embriaguez, á igualarse con su abuelo el Xerife Ismael, de odiosa memoria. Todavía desde el destierro en que se hallaba, saqueó por dos veces los tesoros que su padre enviaba á la Meca, apostándose en los caminos por donde venian, y prevaleiéndose del respeto que sin duda infundía en los moros guardadores su cualidad de primogénito y sucesor en el imperio. Al fin, Sidi-Mohammed, dejando las ternuras de padre, y acordándose de sus deberes de soberano, le desterró para siempre de sus estados, y llamando á los grandes dignatarios de su corte y á los Xe-

ques y cabezas de las tribus, les señaló por su heredero á Muley Abdessalem, su cuarto hijo, que era el que mas se le acercaba en virtudes. En cuanto esto supo Muley-el-Yezid, se encaminó rápidamente al Mogreb-alacsa, y tomando asilo en un santuario muy venerado que estaba puesto no lejos de Tetuan, comenzó desde allí á promover el levantamiento de los malhechores y de los mas fanáticos de los moros, que eran sus únicos partidarios. A punto llegaron las cosas, que Sidi-Mohammed determinó marchar en persona contra el rebelde hijo y castigarle como sus crímenes merecian. La muerte atajó sus pasos no lejos de Salé á 11 de abril del año de 1789, que era el ochenta y uno de su edad, y el treinta y dos de su reinado. Era tal la fama de Muley-el-Yezid, que los ministros de su padre tuvieron por algun tiempo oculta la muerte de este, y no la noticiaron al pueblo hasta despues que estuvo enterrado en Rabat, temerosos de que aquel hijo desnaturalizado lograra apoderarse del cadáver, y cometiera en él alguna profanacion horrible. Con la muerte de Sidi-Mohammed cesó el gran movimiento civilizador que comenzaba á sentirse en el imperio: poco á poco fueron desapareciendo las reformas: dejaron los europeos de hallar recompensas y estímulos que les moviesen á llevar sus artes á Marruecos, y casi todas las cosas volvieron á su antiguo estado. Perdióse, en fin, la esperanza que muchos llegaron á concebir de ver entrar á los pueblos de Mogreb-alacsa en el mundo civilizado.

XV.

Volvió, pues, el Mogreb-alacsa á su antigua política en 1789. Este año precisamente señala el principio del período histórico que podemos llamar contemporáneo. Distinguelo en Europa y América una sed ardiente de mudanzas y trasformaciones y un movimiento constante. Ya avanzando con paso seguro, ya retrocediendo empujados por pánicos terrores; ora aspirando á realizar ideales políticos, ora tendiendo á reconstruir unida-

des geográficas borradas por el tiempo; bien agitados de las tempestades morales condensadas por el libre exámen en dos siglos, bien impelidos por el rápido progreso de las necesidades materiales en todas las esferas del órden social, ello es que los pueblos sienten actualmente gérmenes extraordinarios de vida, y se mueven, durante el período de que tratamos, con una actividad desconocida hasta el presente en la historia. De Íos que habitan en las apacibles riberas del Mediterráneo solo uno forma escepcion en este punto, y es el mauritano. Ni el Egipto, ni la Turquía, ni Túnez, á pesar de ser musulmanés, han dejado de emprender tambien, como los otros pueblos, su camino. No queremos discutir ahora si estas naciones musulmanas lograran ó no su propósito. Bástenos establecer que tenemos que separarnos de la corriente general de nuestra época para apuntar los sucesos que perezosamente se han sucedido durante los últimos años en aquella otra nacion al parecer petrificada.

De los hijos de Sidi-Mohammed hubo varios que alcanzaron nombre y poder en Africa. Era el primogénito Muley-el-Yezid segun queda dicho: llamábase otro Muley-S'lemma ó Assalem, y otro Abderrahman, y hubo uno que tuvo por nombre Muley-Hixem, y otro Muley-Abdessalem, y aun quedó uno apenas adolescente el cual se llamó Abu-Arrébi-Suleiman. Muley-el-Yezid, de cuyas costumbres hemos hablado ya tanto, rayaba en los cuarenta años cuando heredó el imperio, y era de hermosa persona y muy hábil, aunque tan vicioso y sangriento. No bien se supó la muerte de Sidi-Mohammed, cuando respetando su primogenitura le aclamaron por Sultan en Rabatt y Salé y en las provincias cercanas á pesar de la desheredacion de su padre. La primera diligencia del nuevo príncipe fué llamar á Tetuan, en donde se hallaba aposentado, á los cónsules europeos, amenazándoles allí con declarar la guerra á sus soberanos si no le pagaban ciertos tributos; de esta amenaza solamente exceptuó á la Inglaterra. La potencia contra quien mas especialmente descargó sus iras fué España. Juntó todas las fuerzas que pudo y con harta me-

nos prudencia que el padre, se vino á sitiar á Ceuta, mandando hostilizar tambien á las cabilas limítrofes, las demas plazas que en aquel litoral tremolan nuestra bandera. Al mismo tiempo mandó que las pocas galeotas y buques disponibles que habia en sus puertos saliesen á cruzar por los dos mares en persecucion de los buques mercantes españoles. No lograron nada, como era de esperar, los moros delante de nuestras plazas sino derramar su sangre inútilmente siempre que se pusieron á tiro de la artillería, y dos de sus galeotas cayeron bien pronto en poder de nuestra numerosa marina de guerra. Despechado Muley-el-Yezid descargó la ira en los misioneros españoles, mandando que á todos los encadenasen, y así los hizo conducir á Tetuan primero y luego á Tánger, donde los canjeó por las tripulaciones de las dos galeotas apresadas. Pero en tanto graves complicaciones interiores le separaron de sus propósitos belicosos, llamándole á cuidar de sus propios asuntos. Su triste fama y sus primeros pasos tan contrarios á los del padre, habian suscitado contra él la rabia, ó el descontento cuando menos de sus vasallos. Aprovechando esta coyuntura, se levantó contra él su hermano Abderrahman con Tafilete y Daraa, y el otro hermano Hixem con la ciudad de Marruecos, ayudado este de Abderrahman-ben-Azar, Abdallah Arrahmani y Yezid-ben-Arrosi, tres de los mejores generales de Sidi-Mohamad. Muley-el Yezid marcha desde el campo de Ceuta donde se hallaba, contra Hixem, que parecia el mas temible; vence las primeras tropas que se le oponen, y pasa triunfante el rio Omm Rebi ó Morbea. Llega luego delante de Marruecos, embiste furiosamente la ciudad y la entra por fuerza, arrojando de ella al rebelde hermano; y desencadenando sus iras contra los rendidos moradores, ejecuta en ellos horribles suplicios y venganzas tales que espantan el ánimo y hacen que la pluma se resista á relatarlos. No desalentó á Muley-Hixem tan gran desastre; antes revolviendo sobre Yezid con su ejército, hubo nuevos combates, y en uno de ellos cayó este mortalmente herido, no habiendo trascurrido sino veinte y dos me-

ses desde que entró á regir el imperio. Fortuna grande fué para Marruecos amenazado, no solamente de un reinado oscuro y enemigo de los adelantos, sino de una tiranía bestial como la que habian ejercitado muchos de sus bárbaros predecesores. Con su muerte, ocurrida en 1792, el imperio comenzó á disfrutar de una ventaja que aun hoy subsiste, en medio del mal gobierno que lo rebaja de dia en dia, y es de ser humana y dulcemente regido por principes blandos y benignos, ya que no inteligentes ó grandes.

Quedó repartido el Mogreb-alacsa, despues de muerto el Yezid, en tres gobiernos diversos: Assalem, que era el heredero mas próximo del trono, se proclamó Sultan de Vazan, donde residia; Muley-Abderrahman permaneció con las mismas pretensiones en Taflete; y el vencedor Hixem, entrando otra vez en Marruecos, no pensaba menos sino que tenia seguro el imperio, por el cual habia guerreado con tanta fortuna. Abd-es-salem, cuarto hijo de Sidi-Mohammed, que era á quien este habia elegido por mejor para sucederle en el imperio, segun queda dicho, fué el mas modesto de todos, puesto que se contentó con servir á su hermano Hixem en el gobierno de Tarudante. Disputáronse el trono aquellos diversos pretendientes, alegando cada cual su derecho, aunque sin llegar á las armas durante algun tiempo. Pero entre tanto, de donde menos se esperaba apareció un nuevo pretendiente, el cual, como fuese mas activo y mas diestro que los otros, los fué sucesivamente venciendo y despojando de los Estados que poseian, hasta quedarse solo en el imperio. Fué este aquel adolescente Muley-Suleiman, hijo tambien de Sidi Mohammed, el cual residia en Mequinez, de todos por sus cortos años puestas al olvido. Las buenas partes del mozo le granjearon el favor de muchas tribus de amazirgas y bereberes, y levantando en ellas copioso ejército se vino contra los hermanos. El único que pudo resistirle fué Muley-Hixem, que se mantuvo por rey en Marruecos, mientras Suleiman se enseñoreaba de Fez y Salé y Tánger, y tomaba el nombre de Sultan. Pero al fin Hixem, viendo cuan declarado andaba, en favor del hermano

el afecto de los naturales, se salió de Marruecos y encargando sus hijos al vencedor, se fué á vivir en un santuario, donde á poco dejó la vida. Entonces Muley-Suleiman fué aclamado Emir almumenin en todo el Mogreb-alacsa, corriendo á la sazón el año 1795 de nuestra era.

Lo primero que hizo el nuevo príncipe fué ratificar los tratados que habia entre Marruecos y otras potencias y celebrar los nuevos con los Estados-Unidos, la Cerdeña y las Ciudades Anseáticas. Pidió al propio tiempo la paz á España, y á ajustarla fué á Mequinez de los Olivares donde él residia el intendente de los reales ejércitos D. Juan Manuel Gonzalez Salmon, plenipotenciario del rey Carlos IV, que escribió de aquella embajada y viaje una detallada relacion, inédita hasta ahora. Sidi-Mohammed-ben-Otoman, primer ministro del nuevo Sultan, y el mismo que años antes habia sido embajador en España, trató con nuestro plenipotenciario por parte de Marruecos. En su consecuencia se firmó en 1.º de marzo de 1799 un tratado entre España y Marruecos, monumento insigne de humanidad por parte del nuevo Sultan y de prevision política por parte de nuestro gobierno. Ya en 1794 habia arribado á Safi un comisionado español con cuatro misioneros: otros cuatro pasaron á Tánger, y al año siguiente se restablecieron los hospicios de Larache y Mogador, como estaban antes del reinado de Muley-el-Yezid, abandonándose definitivamente los del interior por inútiles, una vez abolido el cautiverio. Todos los competidores de Muley-el-Yezid amaban á los frailes y querian estar bien con España. En el nuevo tratado de 1799 se estipuló por vez primera la seguridad de los misioneros que dependian hasta allí de la tolerancia de los sultanes: ni en 1767 ni en 1780 se hizo de ellas mencion alguna.

Estipulóse al propio tiempo en este último tratado de 1789 que el culto de la religion católica sería libremente permitido á todos los súbditos del rey de España en los dominios marroquíes, y que se podrian celebrar los oficios propios de ella en las casas-hospicios de los misioneros, reconociéndose en cambio á los moros existentes en España el derecho de ejercer

privadamente, como lo habian practicado hasta entonces, todos los actos propios de su culto. Previóse el caso de nueva guerra entre ambas naciones, y se acordó que aun entonces conservasen sus establecimientos los misioneros en el imperio. Los moros y los españoles adquirieron tambien por este tratado el derecho de viajar libremente por España los unos y los otros por Marruecos, declarando el sultan que caeria en su indignacion cualquier jefe que no prestase buena acogida á cualquier vasallo de S. M. Católica, que transitase ó residiera en sus dominios. Deseando además el sultan que se borrara de la memoria de los hombres el odioso nombre de esclavitud, ofreció que en el caso de un rompimiento inesperado repartaria á los oficiales, soldados y marineros españoles cogidos durante la guerra como prisioneros de ella, canjeándolos sin distincion de personas, clases, ni graduaciones; no considerando como tales prisioneros de guerra á los jóvenes que no tuviesen doce años cumplidos, las mujeres de cualquier edad que fueren, ni los ancianos de sesenta años arriba, que desde luego serian puestos en libertad por no poderse temer de ellos ofensa alguna. Llama la atencion justamente en este tratado el artículo correspondiente á las plazas del Peñon, Alhucema y Melilla. El sultan, de acuerdo con el rey de España, declaraba que al paso que entre los habitantes de Ceuta y los moros fronterizos habia corrido la mejor inteligencia, era notorio cuan inquietos y molestos fuesen los que de estos vivian al frente de las otras tres plazas citadas, que á pesar de las reiteradas órdenes de su soberano no habian dejado de hostilizarlas continuamente, por lo cual y sin perjuicio de adoptar todas las medidas de prudencia y autoridad convenientes, quedaron autorizadas las guarniciones españolas para rechazar los ataques de que eran objeto con cañon y mortero, ya que la esperiencia decia que no era bastante el fuego de fusil para escarmentar á aquella gente. Por último, fueron grandes las ventajas económicas pactadas para España en este tratado. Desde Mogador á Tetuan nuestros buques debian pagar derechos de estraccion sobremañera módicos: la compañía llama-

da de los Cinco Gremios mayores de Madrid, fué confirmada en el privilegio esclusivo de estraer granos por el puerto de Darbeyda ó Anafe, y los pescadores de las islas Canarias adquirieron el derecho de ejercitar su industria en las costas marroquies desde Agher ó Santa Cruz hácia el Norte, ofreciéndose además el sultan á practicar las gestiones más eficaces para rescatar las tripulaciones de los buques que naufragasen en rio Num y su cabo y costa, donde él no ejercia ya señorío. De intento hemos hecho alto en este tratado importante, que bien cumplido por ambas partes hubiera podido abrir la puerta á nuestro influjo político en Marruecos de un modo profundo y duradero. Nuestras desgracias interiores y la enemiga política de los ingleses estorbaron que nosotros sacásemos los calculados beneficios; y al propio tiempo la ignorancia y pobreza en que volvió á caer el imperio despues de la muerte de Sidi Mohammed cegaron tambien de por si, sin necesidad de ajeno impulso, muchos de los manantiales de riqueza que el comercio con las vecinas costas ofrecia. De aquí nació que lo que España no pudo conseguir, tampoco lo obtuvieron las demás naciones en general, quedando antes de mucho reducido casi solamente al tráfico con Gibraltar el comercio de Marruecos.

Hubo, sin embargo poco despues del tratado de 1799 bien diferentes esperanzas en España. Corriendo el año de 1801 un cierto D. Domingo Badia y Leblich, tan desconocido entonces como ha sido despues famoso, presentó al gobierno español el proyecto de un viaje científico al interior del Africa, que debia ejecutar en compañía del célebre naturalista Rojas Clemente. Apróbose el proyecto y ambos comisionados pasaron á París y Londres á ensayarse y practicar todo lo necesario para poder pasar por verdaderos mahometanos. No tuvo valor Rojas Clemente para someterse á alguna de las prácticas necesarias; pero Badia pasó por todo con singular constancia, y adquirió tales hábitos y conocimientos que no habia forma de conocer su nacion y su verdadero culto, realizándose la transformacion de un modo casi increíble. De repente el proyecto

de exploracion científica se convirtió en un peregrino plan político (1). Quería el príncipe de la Paz, que á la sazón tenía las riendas del Estado, sacar todo el partido posible del tratado, porque era en él, según cuenta, «idea fija viva siempre en su espíritu hasta soñar con ella á menudo el modo de adquirir para España una parte especialísima del comercio interior del África por conducto de Marruecos (2).» Para tal empresa no bastaba en su concepto el tratado: era menester poseer puertos y asientos propios y útiles al comercio en las costas marroquíes. A la sazón el xerife Ahmed tenía levantado en el Sús el estandarte de la rebelión; y se temía que Muley Suleyman, mas alfaquí y hombre de letras sagradas que soldado, no lograra vencer á aquel rebelde con la misma fortuna que había tenido para ocupar, en medio de tantos obstáculos el trono. De aquí nació en Godoy la idea de proponerle un plan de alianza, comprometiéndose él en cambio de los socorros que le daríamos para conservar su trono, á cedernos dos puertos en el Estrecho el uno, y el otro en el Océano. Sobraban pretextos á la sazón para realizar por fuerza los propósitos del favorito: durante la nueva guerra con los ingleses se habían hecho algunos regalos al sultán á cambio de los favores que continuamente nos hacía, y como cesasen aquellos despues de hecha la paz, comenzó á tratar con alguna dureza á los negociantes españoles, violando, no solo el tratado, sino tambien las costumbres recibidas. Pero el humor pacífico de Carlos IV y la necesidad de no alarmar á la Inglaterra fueron causa de que se prefiriese solicitar la alianza en los términos imaginados por el ministro español, según refiere él mismo. Rojas Clemente que ni se había circuncidado, ni era tan astuto y resuelto como Badia quedó en España, bien á pesar suyo; y Ba-

---

(1) Breve noticia de la vida de Ali-bey que precede á la edicion de sus viajes. Tomo 4.º Madrid 1836.

(2) Cuenta dada de su vida política por D. Manuel Godoy, príncipe de la Paz. Tomo 4.º Madrid 1837.

dia solo se embarcó en Tarifa y llegó á Tánger al acabar el mes de junio de 1803 con el nombre de Ali-bey-el-Abbassi, y el traje y apariencia de un príncipe musulman que pasaba á visitar á sus hermanos de Africa. Llevaba una genealogía muy completa que probaba ser él hijo de Otoman-bey, príncipe Abbassida y descendiente del profeta. Con esto y sus instrumentos, su ciencia, y dinero bastante para lo que pudiera ofrecerse, dió principio Badia á su expedicion digna de ser minuciosamente descrita en estos *Apuntes*, no solo por su importancia política, sino tanto ó mas aun por el conocimiento que da del estado interior de Marruecos en aquella época bastante cercana de la actual, para que su conocimiento no sea útil en nuestros dias.

Fué el fingido Ali-bey muy bien recibido en Tánger. A dicha vino por entonces á aquella ciudad Muley Suleyman; y habiéndosele presentado Ali-bey con algunos regalos, según costumbre del pais, lo acogió tambien con gran benevolencia, tomándole por quien él suponía ser, sin dificultad alguna. Tenia á la sazón aquel príncipe como unos cuarenta años: su talla era alta y su robustez extraordinaria: el rostro no muy moreno llevaba impresa la bondad de su carácter; haciéndose notar en él, sobre todo, sus dos grandes ojos llenos de viveza. Hablaba con rapidez y comprendia con facilidad, y su traje era casi ordinario, yendo embozado por lo comun en un jaique grosero. Como faqui ó doctor ó de la ley, su instruccion era puramente musulmana. La corte del Sultan no tenia mas aparato de brillantez que su persona, y durante todo el tiempo de su permanencia en Tánger, estuvo siempre acampado con su comitiva. Los muebles y utensilios de que se servia eran inferiores á los que gastan las clases medias en Europa: sus noticias científicas estremadamente limitadas, y no por falta de curiosidad ni de buena razon, porque precisamente Ali-ben ganó su gracia enseñándole los instrumentos astronómicos y físicos que llevaba consigo, y el uso que de ellos se hacia. Determinó el Sultan agregar al recién llegado á su servicio, y él aceptó el favor como quien no

buscaba otra cosa (1). Después de detenerse en Tánger algunos días á arreglar sus asuntos, marchó, pues, Ali-bey á Mequinez y Fez, y de allí á Marruecos donde el Sultan residia. Hicieron este y su hermano menor Abdsulem, privado de la vista, pero lleno de generosidad é inteligencia, grandes estremos de júbilo al ver, por fin, al supuesto príncipe árabe en la corte; y el Sultan le regaló una casa en la ciudad que habia sido edificada á gran costa por Sidi-Ahmed-Duqueli, ministro mucho tiempo del imperio, y una hermosa posesion campestre llamada Semelalia, que el difunto Sidi Mohammed habia hecho plantar para sus regios desahogos á no mucha distancia de su corte. Allí residió por algun tiempo ocupado, segun él cuenta en sus memorias, en placeres sencillos y observaciones científicas; pero en realidad poniendo en ejecucion los proyectos del príncipe de la Paz con una audacia y una fortuna increíbles. No alcanzó á la verdad ni todo aquel favor, ni el grande ascendiente que habia adquirido sobre el crédulo y devoto príncipe, que este se persuadiese de las ventajas de la alianza española. Lejos de eso, comunicó á su confidente Ali-bey que era su intento, así que lo-grase reducir á los rebeldes que agitaban sus provincias del Atlas, soltar, como él decia, sus perros á los dos mares, y estimular las hostilidades de los moros fronterizos contra nuestros presidios. «Nada llenaria mi alma de contento», le decia el Sultan á Badia, trasformado en Ali-bey, «como ver cumplida en nuestros días la divina promesa que á este imperio le está hecha de recobrar la España, aunque otro fuese el elegido para tan santa obra, y mas que fuese necesario para esto cederle mi corona: tú, mejor que nadie, puedes tomar á tu cargo esta noble empresa (2).» Badia, colocado en tan estraña situacion, entabló tratos entonces con Sidi Hescham, hijo del Xerife Ahmed, y se ofreció á servir de mediador con el gobierno español para que ayudase á este á con-

---

(1) Viajes de Ali-bey-el-Abassi, antes citado

(2) Cuenta dada de su vida política por D. Manuel Godoy, etc..  
Obra antes citada.

quistar el trono mauritano. Hescham, deseoso de nuestra alianza, llegó á ofrecer en nombre de su padre que nos cedería todo el reino de Fez, de suerte que Tánger, Tetuan, Larache, Arcilla y Salé vendrían desde luego á poder de España. Al mismo tiempo Badia ganó de tal modo la confianza de muchos alcaides y personas principales del imperio, que creyó poder contar con ellas á todo trance. Participó á Godoy sus adelantos pidiéndole los socorros necesarios, y este, despues de enviar á la costa de Marruecos á cerciorarse en lo posible de la verdad de sus planes á D. Francisco Amorós, persona de mérito no comun y uno de los mayores confidentes que tenia, se resolvió á entrar en la conjuracion. A mediados de junio de 1804 se creia llegado el momento de obrar, y Godoy escribió al marqués de la Solana, capitan general de Andalucía, con quien mantenía acerca de este punto una correspondencia, publicada en Francia años hace (1), que «Muley Suleyman, supersticioso, estúpido, vicioso, cobarde y cruel, era aborrecido de sus súbditos, de modo que Ali-bey podia á su arbitrio destronarlo», y que segun este mismo le habia escrito, «tenia en sus manos un nuevo Motezuma.»

Godoy, comparando con Hernando Cortés á Badia, juzgaba que nada podia oponerse al propósito de este, porque de los hijos de Suleyman el mayor estaba desterrado, y todos los demás eran justamente aborrecidos por su padre y por el pueblo á escepcion del segundogénito, muy amado del padre, aunque no menos que los demás detestado y despreciado por los vasallos. No se esperaba mas resistencia que la de Muley-Abdemelic, gobernador de Mogador, pero Ali-bey no parecia hacer de ella cuenta alguna. Precisamente el vice-consul español en aquella plaza, D. Antonio Rodriguez Sanchez, era uno de los principales agentes de la conjuracion y se esperaba mucho de su conocimiento y prestigio en los moros. Llegado, pues, segun todos indicios, el momento de obrar, Godoy man-

---

(1) Véanse algunas de las cartas en el Apéndice al tomo 4.º de la Cuenta dada, etc., del Principe de la Paz.

dó al marqués de la Solana que tuviese preparado secretamente buen número de embarcaciones en Tánger, Algeciras, Sanlúcar y Cádiz; que aumentase progresivamente la guarnición de Ceuta hasta tener allí disponibles nueve ó diez mil hombres que podrian acamparse fuera de la ciudad con pretexto de maniohrar, llamando hácia aquella parte la atencion del Sultan y distrayendo por consiguiente sus fuerzas; que fuese remitiendo como pudiese á Ali-bey el socorro que habia pedido, con el objeto sin duda de ponerlo á disposicion de Sidi-Hescham, y consistia en veinte y cuatro artilleros con dos oficiales, tres ingenieros y dos minadores, algunos cirujanos con sus instrumentos y medicinas, algunos cañones de campaña con sus cureñas, dos mil fusiles y municiones, cuatro mil bayonetas y mil pares de pistolas. Acompañaba Godoy sus órdenes con ciertas observaciones prudentes y encaminadas á que no se malograra por precipitacion la empresa. No habia querido enterarse Cárlos IV sino muy sucintamente de esta cuestion, descansando en ella, como en todas, en el juicio de Godoy y acordando sin exámen cuanto le proponia. Habian ya partido precisamente las últimas instrucciones cuando el rey consintió en que su favorito le enterase sumariamente de aquella empresa gigantesca, y entre los detalles que ofreció este á su curiosidad fueron el plano de la posesion de Seme-lalia y traslado del firman de Muley-Suleyman por el cual la donó á Badia. Nublóse al contemplarlo la frente del honrado principe y volviéndose á Godoy le dijo estas memorables palabras: «No, en mis días no será esto. Yo he aprobado la guerra porque es justa y provechosa á mis vasallos. He aprobado tambien que antes de hacerse vaya un explorador, porque esto se acostumbra y es forzoso algunas veces para emprenderla con acierto; pero jamás consentiré que la hospitalidad se vuelva en daño y perdicion del que la dá benignamente. Con Dios y con el mundo seria yo responsable de tal hecho siendo un agente mio quien habria obrado de esa suerte.» Inútiles fueron despues de estas palabras las observaciones del favorito: el rey se mantuvo firme y hubo que disponer apre-

suradamente que se deshiciese lo hecho. Entonces Badia, pretestando el deber de los buenos musulmanes de ir en peregrinacion á la Meca se despidió del Sultan, á pesar de los esfuerzos que este y su hermano Abdsulem hicieron para detenerle, y no sin escitar ya sérias sospechas salió del imperio y continuó su viaje científico al Oriente. No es fácil decidir hoy si era ó no un sueño el proyecto de Godoy y de Badia; pero lo mas probable es que lo fuese. Al ver de repente á los cristianos en su territorio los moros habrian tomado en tropel las armas para defender á su soberano, y este poseia todos los medios para escitar su fanatismo con sus conocimientos estensos en la teología musulmana, y la regularidad religiosa de su conducta. Sidi-Hescham ó habria sido abandonado ú obligado á contentarse con el Sús; Badia no habria tardado en ser abortido mas que el tiempo necesario para persuadirse de su fingimiento y alevosia; y las tropas españolas lanzadas á deshora sobre el continente africano no podrian haber obtenido en él mas que sangrientos y estériles frutos. Acaso, pues, la bondad de carácter de Cárlos IV, tan funesta por lo comun á la monarquia libró á España entonces de un gran desastre. En cuanto á Godoy merece disculpa en esta como en otras ocasiones: aquel hombre fué vivo ejemplo de que no es posible con malos principios realizar buenos fines; pero que estos fueran generalmente patrióticos y generosos ni puede ni debe negarle la serena imparcialidad de la historia. Los mas de sus pensamientos políticos, en otro que él, habrian merecido general aplauso, y otro que él habria podido ponerlos en ejecucion sin escitar la animadversión nacional. Faltábale solo algun mas peso, alguna mas experiencia, alguna menos precipitacion en ocasiones; y estas cualidades explican lo que habia de aventurado y de ilusorio en sus planes sobre el Africa. Ni era tiempo tampoco de acometer tamaña empresa; que ya las naciones heridas por la fortuna creciente de Bonaparte tenian hartos en que pensar para defender sus propios lares; y en España mismo el sol de Bailen no iba á hacerse esperar muchos años. Era, pues, aquella época de organizacion, de

economía, de guerras de ensayo y no de conquista. El Mogreb-alacsa por entonces, segun la descripción que de él nos dejó el falso Ali-bey, estaba sumido en la mayor pobreza y en la mas crasa ignorancia. Pudo juzgar esto perfectamente el emisario español que visitó á Tánger, Tetuan, Alcázar-quivir, Mequinez, Fez, Salé, Rabatt, Marruecos, Mogador, Ugda y Larache, hallando en todas partes la propia miseria, y la misma barbarie en la población musulmana y judía que allí habitaba. En sus viajes de Tánger á Fez por Mequinez, de Féz á Marruecos por Rabatt, de Marruecos por Féz á Ugda y Larache, vió siempre campos incultos sin otra población que pastores de vacas, cabras y carneros, alojados en pequeños adueros de tiendas ó casas de piedra y lodo, que no pasaban casi nunca de veinte; alguno que otro bosque de encinas, lentistos, carrascas y mimbres; grandes arenales cubiertos de palmitos y esparto; poca tierra vegetal productiva, y esa cubierta de cardos secos; y unos cuantos olivares en Mequinez, bastantes palmeras en Marruecos, ciertos naranjales en Rabatt, algunos sembrados y jardines en Fez, interrumpian solo la constante desnudez y esterilidad del vasto territorio mauritano. Ni podian cultivarse los campos que eran capaces de producir porque no existia siquiera la idea de propiedad individual, y se tenia al Sultan por dueño de todo; carecian los súbditos de la libertad de vender ó disponer del fruto de su trabajo; nadie se atrevia á gozar de sus riquezas ni á dejar á entender que las tenia; el fanatismo era tal, que solo en Tafílete habia mas de dos mil hombres reputados y tenidos por Xerifes ó descendientes del profeta, que era tener abierta una fuente inagotable de rebeliones; ejercitábase el oficio de santo como otro cualquiera, desempeñándolo gente vil ó asquerosa que no por eso era menos respetada del pueblo; las ciencias estaban reducidas á la teología, la moral y la legislación, todas ellas derivadas del testo del alcorán mal entendido por sus comentadores árabes, y peor explicado por los doctores y maestros marroquies. Nadie sabia en el imperio el uso de unos globos antiguos y una esfera armilar que ha-

bia en la torre de la principal mezquita de Fez; ni se conocia el modo de arreglar un reloj descompuesto de los que se guardaba en las mezquitas. Euclides y Aristóteles, traducidos al árabe en los buenos tiempos de aquella raza, eran sus únicos testos en las matemáticas y la física; la medicina, la geografía y la química, eran casi desconocidas; la historia nadie la cultivaba, ni era posible averiguar de ellos particularidad alguna notable acerca de sus anales. Hasta el leer era una especie de ejercicio mecánico por lo comun, y eran pocos los que comprendian el sentido de las frases. No habia por lo demás administración, ni ejército permanente, ni pilotos que supieran dirigir un bajel fuera de las costas. Todo lo que se podia, pues, alabar por este tiempo en Marruecos, era la bondad de Muley-Suleyman, injustamente tratado en la correspondencia de Godoy, á que antes se ha hecho referencia: achaque ordinario de la violencia, aunque sea justa, este de justificarse á sí propia calumniando á la víctima que prepara para el sacrificio. Lo cierto es que todas las naciones cristianas esperimentaron la humanidad de Suleyman en gran manera. Mas que ninguna la experimentó España, por su vecindad y el aprieto en que se vió luego; recibiendo de él favores singulares, como el de permitir que se abasteciesen de cuanto necesitaban las plazas de nuestro litoral, y señaladamente Cádiz, residencia del gobierno y de las Cortes, y último baluarte de nuestro patriotismo y de nuestro valor. Hubo otras naciones que no pudieron, en medio de revueltas tan grandes, como dieron de sí los primeros años del siglo, cumplir los pactos y tributos que con él tenian ajustados, y estas deben tambien agradecerle el no haber sido nunca molestadas ni requeridas por semejante falta.

No será fuera de propósito recordar en este punto que todas las naciones cristianas, así las mas poderosas como las mas débiles, se habian comprometido, las diversas épocas con el imperio, á pagarle ciertos tributos con nombre de regalos. La facilidad con que los marroquíes pueden ejecutar el piratero desde las embocaduras de sus rios y ensenadas de peligro-

sisimo acceso, cohonestaba un tanto esta costumbre humillante, ya que en nuestra opinion no la justifique. Desde el siglo XVI en que el comercio europeo adquirió, por el mar principalmente, tan notable prosperidad y ensanche, todos los gobiernos vieron gravemente amenazados los intereses de sus súbditos si no terminaban de alguna manera con el incesante piraterio que hacian los marroquíes, tanto quizá como por su ódio al nombre cristiano, por la cuantiosa ganancia que tal ejercicio les ofrecia. Ocasiones hubo y de alguna queda hecha mencion en estos *Apuntes*, en que los corsarios marroquíes fueron no menos famosos que los de Argel, y no menos fatales que ellos al comercio europeo. Y en la disyuntiva de acabar estas piraterias por las armas, ó acabarlas por medio de tributos, ya que no bastaban los tratados mismos, las naciones cristianas, casi sin escepcion, prefirieron lo último, tal vez considerándolo menos costoso y de mas fácil logro; pero siempre fué mengua suya el someterse a tales obligaciones. Guarda era de ellas y del pago del tributo la marina marroquí, numerosa y diestra, que siempre á punto de corso, no necesitaba mas que una señal del sultan para salir y destruir entre las opuestas orillas del Estrecho, toda bandera enemiga. De este riesgo y castigo libró Muley-Suleyman durante las guerras de principios del siglo, á las naciones que empobrecidas ú ocupadas en defender su independendencia retardaron el cumplimiento de los tratados. Pero no se contentó con esto el sultan, si no que para cortar de raiz la piratería y asegurar mas á las naciones cristianas de sus pacíficos propósitos, mandó desarmar en 1817 toda su marina militar, prohibiendo bajo severas penas el corso y piratería en sus estados: cosas ambas de buen principio, aunque no de gran político. Que si él, en lugar de desarmarla, fomentára y protegiera la marina del imperio, quizás no hubiera sido en nuestros dias tan á salvo humillado por las naciones marítimas. Mas el hecho que prueba sobre todos, la bondad de alma de Muley-Suleyman es la libertad que mandó dar á todos los cautivos cristianos que halló en sus estados á pesar de las primeras medidas de Sidi-Mohammed; y esto

sin reclamacion ni súplica de nadie, sino de propia voluntad, prohibiendo que en adelante se les pusiese en cadenas, y obligándose aun á rescatar á los que cayesen en poder de los pueblos independientes del Sur y del desierto de Sahara. Notóse en especial, en este príncipe una cualidad rarísima entre los habitantes del Mogreb-al-aksa, y principalmente entre los sultanes, que era la liberalidad; puesto que el mismo Sidi-Mohammed, que tan gran renombre dejó en Africa, no supo dejar de ser avaro como lo fueron sus predecesores. Tambien fué notable Muley-Suleyman en la equidad y justicia, no pecando de riguroso ni de blando, imponiendo castigos, no para satisfacer la cólera, sino para corregir á los unos y dar á los otros ejemplo. Hombre, en suma, digno de alabanza por sus virtudes, ya que no albergase en su ánimo los altos pensamientos de conquistador y de político que los mas quieren ver en los príncipes, ni dejase de participar en algo de los vicios y preocupaciones de sus antepasados y de sus súbditos.

Veinte y cinco años se mantuvo en alguna paz el Mogreb debajo del gobierno de este sultan, hasta que conjurados en 1818 todos los azotes que suele enviar el cielo contra las naciones, pusieron al imperio en la mayor desolacion y espanto que puede imaginarse. Ya por los años de 1799 y 1800 la peste bubónica habia devorado como una cuarta parte de la poblacion del país. Vuelta en 1818 aquella plaga horrible, desoló durante otros dos años las provincias del imperio; al propio tiempo que los campos, en espantosa sequia, no daban producto alguno y tenían hambrientos y estenuados á los pueblos. Nada podia hacer Muley-Suleyman que remediase tamaños males; pero, como suele acontecer por lo comun y mas en nacion tan ignorante y fanática, cayó sobre él la culpa y el castigo. Juntóse, pues, una guerra civil larga y sangrienta con los desastres de la epidemia y del hambre (1). Comenzó

---

(1) Todos los detalles de esta guerra civil están tomados del *Spechio Státtico* del conde Graberg de Hemsoö, digno de crédito en ellos porque pertenecen al tiempo de su residencia en Marruecos.

la sublevación negándose á pagar tributos y derramas las tribus amacirgas que pueblan los montes y valles de Zajana y las provincias de Ajana, de Fiedla, de Xiavoia y de Heseura. A la verdad, su miseria era grande y no parecia ocasion de exigir el pago; pero aquella voz y el descontento y desesperacion de los pueblos produjeron un levantamiento terrible, que no tenia razonable disculpa. Derrotaron primero los sublevados á las cáfilas de soldados que andaban cobrando las contribuciones; asaltaron luego y robaron un rico convoy que venia de Fez á Tafilete, y acrecentados y alentados con estas ventajas, se mostraron en campo con todo el aparato de guerra. Muley-Suleyman despachó al punto contra ellos á su hijo Muley-Ibraim, gobernador de Fez, al frente de tropas escogidas, pero no pudo someterlos; antes bien lograron sorprender y desbaratar la guardia imperial de los ludajas ó árabes del gran desierto. Entonces el sultan determinó marchar en persona contra los rebeldes, acompañándose de ejército formado. Halláronse los dos campos no lejos de Guer, entre el rio Guadelabid y el rio Seroc; y tanto pudo la presencia del sultan, mas aun que por sus virtudes, respetado como Xerife, descendiente del profeta; que depuesta la ira, los sublevados amacirgas y xiloes le ofrecieron la sumision, conviniendo en pagarle los tributos debidos. A ratificar el tratado, fueron de parte de los rebeldes hácia las tiendas del sultan sesenta de ellos, mitad hombres y mitad mujeres y niños, segun la antigua usanza de aquellos pueblos. Y no hay duda que, recibidos por Muley-Suleyman se acabaron los disturbios en el imperio, si la sed de venganza no precipitára á su hijo Ibraim en un hecho horrible, que fué mandar disparar á sus soldados sobre el grupo de los mensajeros de paz que venian acercándose para rendir homenaje. Solo cuatro muchachos pudieron salvar la vida, y huyendo á las montañas donde se apoyaba el bando rebelde, esparcieron la deplorable noticia, que voló por los contornos, infundiendo en todos los ánimos ideas de sangre y de venganza. Al caer la tarde de aquel dia, comenzó á descender á la llanura desde los montes donde estaba

asentado el campo rebelde, un escuadron de hombres escogidos, los cuales con las armas bajas y cautelosamente andando, se encaminaron á las tiendas del sultan. Noche cerrada era ya cuando á ellas llegaron; de los soldados imperiales, unos comenzaban á disfrutar de las delicias del sueño, otros andaban desparramados por el campo, arrimadas las armas y sin el menor recelo; Muley-Suleyman, traspasado de dolor con el funesto accidente del día, revolvía afanosamente en su cabeza los medios de remediarlo en lo posible, y su hijo Muley-Ibrahim, mas inquieto que satisfecho, sentía ya acaso los primeros remordimientos de su despiadada obra. De repente un grito horrible suena en el campo: los soldados, sorprendidos ó soñolientos, van á buscar sus armas; mas antes que con ellas, topan con invisibles hierros, que bárbaramente los destrozan; corre la sangre á rios por todas partes, arden las tiendas, nada respeta el rencor insaciable del combate. Eran los amazigas rebeldes, que así tomaban venganza de la muerte de los suyos. Muley-Ibrahim sale despavorido á repelerlos; pero conociéndole, hiérenle y paga con su sangre aquella inocente que habia hecho derramar por el día. En lo mas revuelto de la refriega entra un xiloe en una tienda que comenzaban á rodear las llamas, y encuentra á un hombre medio desnudo y desesperado, atento solo al instante de la muerte. «¿Quién eres?» le dice. «Suleyman soy,» responde el desventurado, que no era otro que el sultan; y fuese piedad, fuese codicia, el alarbe, cogiéndole en sus robustos brazos le saca de entre las llamas, y envuelto en su propio albornoz le lleva fuera del campo, diciéndole á los curiosos que hallaba en el camino: «Es uno de mis hermanos que han herido en el combate.» Ya fuera del campo pudo el amaziga encaminarlo hácia su pobre hogar en la montaña, donde el sultan estuvo tres días, refugiándose luego en el venerado santuario de Beni-Nasser y de allí en Mequinéz. Con tales hechos no es necesario encarecer cuánto crecería la rebelion por todo el imperio. Alentados los unos, y abandonado el respeto de los otros, llegaron á juntar los rebeldes muy copioso ejército, y dando el mando de él á un cierto Si-

di-el-Mehauxe, jefe supremo de los amazirgas, se atrevieron á asediar al sultan dentro de Mequinéz y le tuvieron puesto en peligro por mas de año y medio. Tratóse en varias ocasiones de avenencia; pero el sultan con el dolor de la muerte del hijo y la cólera de su afrenta, no quiso prestar oído á ellas. Tanto pudieron en él, aquel dolor y cólera, que desmintiendo la humanidad de su condicion, mandó matar á los mensajeros que para tratar con él enviaron los rebeldes: cosa que exasperó á estos hasta el último punto, y juntándose hasta quince mil hombres de pelea, acometieron furiosamente á la ciudad. Defendieronla valerosamente los soldados de la guardia negra, fieles al sultan todavia, y que podrian contar de siete á ocho mil hombres en sus banderas. Los asaltos fueron muchos, y muchas las salidas y encuentros que hubo delante de la plaza, sin que ninguna de las partes obtuviese notable ventaja. Pero entre tanto el desventurado Muley-Suleyman, abandonado de sus mayores amigos, y dominado por la soldadesca bárbara, que á tal precio le defendia, se miraba en la mas grande amargura. Llegaron los soldados á matar delante de sus ojos á su favorito Ahmed-Mula-at-Tei ó el Tayi, ministro leal que le habia servido con igual celo en la adversa que en la próspera fortuna, y hombre dignísimo de mejor suerte. Aun esto hubo de disimular el sultan; y harto mostraba en sus continuas oraciones que solo de Dios esperaba ya remedio á sus males.

En tales circunstancias fué cuando por diversas partes del imperio se aclamaron otros príncipes. Hasta entonces los rebeldes se habian limitado á solicitar su venganza ó á contentar su codicia; mas reconociendo y venerando todos ellos en Muley-Suleyman al xerife y al legítimo soberano. Rotos ya los últimos frenos del respeto, se alzaron algunas turbas de sublevados con Fez el nuevo, proclamando por emperador á un cierto Muley-el-Tâyib, otro hijo, segun dicen algunos, de Sidi-Mohammed, y hermano en tal caso de Muley-Suleyman, mientras que en Tetuan y Tánger y Larache se levantaba con el imperio el príncipe Muley-Ibrahim, hijo de Muley-Yezid, y como tal, legítimo aspirante al trono. Este, que residia en Fez,

habia sido invitado en otras ocasiones por los revoltosos á levantarse con el imperio; pero él lo habia resistido constantemente, ó bien porque fuese de ánimo apocado, ó bien porque quisiese guardar fiel amistad al tío. Mas viendo ahora tan cierta la victoria, y tan decaído el partido de Muley-Suleiman, que alguno habia de aprovecharse necesariamente de los despojos, cedió á los ruegos de sus partidarios y se proclamó emperador, con ayuda y favor de dos grandes caudillos, Sidi-el-Arbi, xerife de Vazan el uno, y el otro Sidi-Ahmed-el-Luxi, capitán de los xiloes y hombre valentísimo de su persona, el cual alcanzaba gran prestigio y fama entre todos los naturales del Mogreb-alacsa. Pero atájole la muerte en lo mejor de estos proyectos, amaneciendo un dia cadáver en una casa de Tetuan, si de enfermedad ó de tósigo no se sabe. Los caudillos de su ejército, harto comprometidos ya, determinaron nombrar por sucesor á un hermano suyo, el cual se llamó Muley-Said, y fué hombre de alientos, aunque no de mucha fortuna. Al frente de un ejército de treinta mil hombres, donde iban muchos buenos guerreros, y entre otros, aquellos dos Sidi-Ahmed y Sidi-el-Arbi, á quien debia el ser su partido, marchó contra Muley-el-Tayib, determinado á echarle de Fez y quedarse solo con las pretensiones del imperio. Halláronse los ejércitos no lejos de aquella capital, y hubo una sangrienta batalla en la cual murió Muley-el-Tayib y fué completamente aniquilado su partido. Entonces el vencedor Muley-Said entró en Fez y se proclamó Sultan de todo el Mogreb-alacsa. Pero la prosperidad le acompañó por poco tiempo. Ello fué que, cansadas las tribus amazirgas y xiloes del largo asedio que tenían puesto á Mequinez, y satisfechas ya de su venganza, alzaron el campo y se volvieron á sus hogares, dejando libre á Muley-Suleiman que al punto salió de allá y se vino con su ejército á Marruecos. Desde aquí atendió á reunir soldados y armas y tesoros, y junta crecida hueste, marchó con ella la vuelta de Fez á combatir á Muley-Said. Diéronse vista los campos en el lugar de Xeferaz, sobre el rio Vargas ó Guerga, y empeñada la accion, fué roto sin gran dificultad el ejército de Muley-

Said, ó bien por azar de la guerra, ó porque le abandonaron en el trance algunos de sus caudillos y parciales. Tal fué la rota, que á él mismo le costó duras penas el refugiarse en Fez el viejo, donde se sostuvo por algun tiempo mientras el tío triunfante volvía á Marruecos. Allí acabó á los pocos días Muley-Suleiman su revuelta vida, á los 28 de noviembre de 1822, cuando justamente cumplía treinta años de reinado. Sintiendo su fin cercano, hizo testamento; y recordando la promesa que habia hecho á su hermano Muley-Hixem de mirar por sus hijos, y movido de la gran fidelidad que le habia demostrado en todas ocasiones y de las notables cualidades del mayor de ellos, por nombre Muley-Abd-el-rahman ó Abderrahman, le nombró sucesor al trono y heredero de todas sus cosas. Al propio tiempo escribió á los de Fez y á los principales xeques de las tribus, recomendándoles que á aquel prestasen obediencia, como que era el único de la familia imperial que podia ejercer el imperio. De los tres hijos que tuvo en esclavas negras, no se hizo cuenta alguna, considerándoles el padre mismo como indignos de ocupar el trono. Luego murieron todos ellos, uno tras otro, sin causar como era de temer, disturbios ni guerras civiles: cosa siempre rara en Africa.

Muley-Abu-fadhl-Abderrahman-ben-as-Sultan-Muley-Hixem, que con todos estos apelativos fué conocido entre los suyos el padre del actual soberano de Marruecos, nació en 1778 y tenia por consiguiente cuarenta y cuatro años cuando sucedió á su tío en el trono. Hallábase de gobernador en Sui-ra ó Mogador cuando recibió las nuevas de la muerte de Muley-Suleiman y de su inesperada fortuna. Al punto se encaminó á Marruecos, en donde fué muy bien recibido y de todos aclamado por soberano. Desde allí puso los ojos en la ciudad de Fez, porque en la parte de ella que se llama Fez el nuevo, separada de la otra, á la cual dicen Fez el viejo por el rio Guadilchenhari ó de las Perlas y tan frecuentemente discorde con ella en sentimientos y opiniones, se hallaba fortalecido Muley-Said, desde que en Xeferaz fué derrotado por Muley-Sulei-

man; y todavía se mostraba esperanzado en alcanzar el imperio. Escribió Muley-Abderrahman á los de Fez el viejo, preguntándoles si eran gustosos en la designacion del tio, y si tomándole por señor querian ayudarle á desalojar á su émulo de Fez el nuevo. Contestáronle que reuniendo todo el ejército que pudiera se viniera con él para Mequinez, y así lo hizo. Iban juntándosele por el tránsito numerosas cabilas y muchas gentes armadas, que con gran entusiasmo le aclamaban por soberano; y de esta suerte, cuando llegó Muley-Abderrahman á aquella ciudad se encontró con poder para acabar cualquiera empresa. En Mequinez recibió el Sultán nuevos mensajeros de Fez el viejo, diciéndole que caminase aun algunas leguas hasta ponerse en la ribera del Guadiemquez, donde saldrían á esperarle y tendria lugar su proclamacion. Es el Guadiemquez río de algun caudal que, pasando por delante de Fez, á no muy larga distancia de los muros va á descargar en el Sebú sus aguas. Al llegar Muley-Abd-el-rahman con su ejército á la orilla izquierda del río, le saludaron desde la orilla opuesta millares de hombres, venidos del contorno para verle y aclamarle. Distinguianse entre todos los habitantes de Fez el viejo, y no pocos de Fez el nuevo, que unidos ya con sus conciudadanos, mostraban el natural júbilo de la paz, despues de tantas discordias: júbilo que mas acrecentaba la fama de las buenas partes que asistian al nuevo soberano. El eco de las salvas que allí hicieron millares de espingardas y el rumor y vocería de las gentes que corrian al encuentro de Muley-Abder-el-rahman, debieron llegar hasta Muley-Said, sirviéndole de mortales tormentos. Mientras su competidor recibia el homenaje de tantas tribus y cabilas, y era aclamado de ellas como Amir-el-mumenin de todo el Mogreb-el-aksa, él abandonado de sus mas fieles compañeros, desdeñado de la poblacion que oprimia con su imperio, sin armas ni soldados, no tenia otro recurso que ponerse en manos de su contrario y esperar de su generosidad la vida. Obtúvola, y ademas una renta proporcionada á su rango, con obligacion de no salir de Tafílete, donde permaneció tranquilo el resto de sus dias, que

no fueron largos. Entretanto Mulcy-Abderrahman, desde las orillas del Guadiemquéz se vino acompañado de innumerable gentío á Fez el viejo, y desde allí á Fez el nuevo, cuyos muros le abrieron las puertas, recibéndole también con grandes demostraciones de júbilo. Llegado á la alcazaba recibió en ella el homenaje de todos los alcaides y faquies y repartiendo mercedes entre los principales de sus vasallos, y poniendo en órden alguna de las cosas revueltas con la guerra civil, dió principio á su gobierno.

Fué este tranquilo como ninguno se hubiese conocido hasta entonces en Marruecos. Un reposo patriarcal, apenas interrumpido por alguna sedición parcial y por la guerra estrangera, habria permitido al imperio desarrollar su prosperidad y su cultura, si esto fuese compatible con su religion y sus instituciones. Pero nadie recordaba ya siquiera las atrevidas reformas de Sidi-Mohammed: el fanatismo musulman parece que crecia de año en año, segun se aumentaba la ignorancia; y con escasa fortificacion y armamento las plazas; completamente desorganizada la fuerza militar y desarmada la escasa marina de guerra; Marruecos fué durante el reinado del nuevo Sultan una de las mas bárbaras y de las mas débiles potencias de la tierra. La poblacion, copiosísima en tiempos antiguos, hay quien supone que no pasaria ya de ocho millones y medio de almas, y esas desparramadas en un espacio de mas de setenta mil leguas cuadradas. No es fácil tener datos verosímiles ó probables acerca de una poblacion donde la estadística y lo que se entiende por administracion en Europa, no existen ni de nombre; pero es indudable la despoblacion casi general del imperio. Los límites de este eran como en tiempo de Boco, el mar Méditerráneo y el estrecho de Gibraltar al Septentrion, los arenales de Sahara al Mediodia, los cabos de Espartel y de Num con el Océano Atlántico al Occidente, y al Oriente el rio Moluca ó Muluya y la antigua Numidia, parte aun de la regencia de Argel. Las rentas del imperio las calculaba Badia en su tiempo en veinte y cinco millones anuales de francos, y como ni los empleados

ni los soldados tenían sueldo, ni disfrutaban mas que algunas pequeñas gratificaciones, suponía que la mayor parte de este dinero iba á sepultarse en el tesoro imperial de Marruecos, Fez y Mequinez. Graberg de Hemsó rebaja á la mitad de aquella suma las rentas anuales del imperio, suponiendo tambien que con tan cortos medios se cubrían todos los gastos públicos, y aun quedaban en ahorro mas de treinta millones de reales al año para aumentar el tesoro imperial, guardado ó mas bien enterrado en Mequinez por la avaricia de los últimos Sultanes. Poquísima industria en tanto, menos comercio que nunca; la justicia, como siempre, bárbaramente administrada, sin otras leyes que las del Coran como en la época de Badia, ni mas medio de hacerlas ejecutar que la violencia. Entretanto, los naturales del Mogreb-alacsá, que han solido mostrarse inquietos y amigos de novedades en todos los tiempos, habían recibido con los últimos sucesos mayor estímulo que nunca para seguir los impulsos de su condicion y alterar la paz del imperio. Acostumbrados á las libertades de la guerra, movidos además de su codicia y amor al saqueo; los unos con sed de peligros y de combates, con deseo de mandar y no obedecer los otros, sobraban combustibles en Marruecos para que ardiese todo en discordias. Però Abderrahman, ya que de la prosperidad de sus súbditos no se cuidase, por lo menos á la conservacion de la paz supo atender, como queda dicho, con oportunidad y acierto. Su primer propósito fué indisponer á unas tribus con otras, evitando sus alianzas y haciendo de suerte, que las unas contuviesen en caso necesario á las otras. Este sistema de *divide et impera*, pocos lo han sabido llevar tan adelante como el actual Sultán de Marruecos. Así fué como logró que el desasosiego en que quedaron las tribus berberiscas á la muerte de Muley Suleiman se fuese calmando poco á poco, sintiéndose débiles todas ellas para lanzarse á la lucha, temiendo ó desconfiando de las otras y de sus mismos individuos. A pesar de todo esto, se levantaron en 1828 algunos xijoes, y favorecidos por los soldados ludajas de la guardia del Sultán, lograron albo-

rotar un tanto el imperio; pero Abderrahman logró fácilmente vencer á los revoltosos. y castigando á los principales, dispersó á los otros en las diversas provincias del Mogreb, por manera que mas no volvieron á formar tribus ni familias. Pocos años despues se levantó hácia Sugilmesa un impostor que se llamaba Mahdi ó Mesías prometido de Mahoma, el cual soñaba acaso con seducir á aquellas gentes fanáticas y traerlas á sus banderas, fundando una dinastía por los mismos mediös que otro como él fundó la de los Almohades. Pero el pasado escarmiento y las artes de Muley Abderrahman pudieron tanto en las tribus, que abandonaron bien pronto al impostor; de suerte que vino á morir en el olvido y en el desprecio su intento. De otras rebeliones hay alguna noticia; pero no parecen bien averiguadas ni seguras. La supresion del cautiverio y por consiguiente de las misiones españolas, inútiles ya en el interior del imperio; el haber fijado á Tánger como punto de residencia para todos los representantes europeos; la falta de viajeros y de comercio, han acabado ya en fin, por cerrar el conocimiento de las cosas interiores de Marruecos á los europeos, de manera que hoy se saben menos y mucho mas imperfectamente los sucesos particulares del imperio que en los siglos XVI y XVII, cuando tantos infelices cristianos poblaban las mazmorras africanas, y tantos renegados se abrian camino á los mas altos empleos del Mogreb-alacsa. Asi, pues, como en otro lugar queda ya indicado, lo que es un bien general para el género humano, se ha hecho causa de ignorancia para esta parte de la historia.

Lo mas notable y lo mas conocido en el reinado de Muley Abderrahman son sus contiendas con los europeos. En 1830 tuvo algunos propósitos el Sultan de restablecer un tanto la marina marroquí que era sin duda la base de la importancia política del imperio. Ya tenia puestos á punto de corso algunos buques, con los cuales pensaba acometer primeramente á la bandera napolitana, por hallarse mas quejoso que de ninguna otra, de esta nacion, cuando el rey de las dos Sicilias, enterado del caso, mandó inmediatamente á vigilarlos una escua-

dra compuesta de cuatro bageles de guerra. Emprendiéronse en seguida negociaciones entre el gobierno de Marruecos y el de Nápoles, y al fin ambas potencias hallaron satisfaccion á sus mútuas quejas. No dejaba de haber otras naciones contra las cuales se sentia movido el Sultan á emplear sus fuerzas marítimas; pero desde 1830 á 1832, en que se ajustaron las paces con Nápoles y se terminaron las diferencias pendientes con otros varios estados europeos, habian sucedido tales cosas en Africa, que obligaron á Muley Abderrahman á ser muy cauto en su política, consagrándose á una sola cuestion, que podia ser de vida ó muerte para el imperio. No es de nuestro propósito esplicar los motivos que tuvo el rey Carlos X para declarar la guerra al bey de Argel, ni relatar los varios sucesos de aquella expedicion afortunada que de repente libró al mundo civilizado de tantas afrentas y continuos daños. Ello es que la Francia se apoderó de Argel. En los principios pudo creerse que no trataba de otra cosa que de formar alli un poderoso establecimiento con que impedir las pirateñas de los berberiscos y atalayar mas de cerca las posiciones inglesas del Mediterráneo; pero antes de mucho hubo de conocerse que los intentos de aquella nacion eran mas grandes. Tomada Argel, los ejércitos franceses, hábilmente dirigidos, fueron estendiéndose por los anchos territorios de la antigua regencia, rindiendo los pocos lugares fuertes y empujando hácia los desiertos á las tribus y cabilas del país que les oponian constante aunque flaca resistencia. Muley Abderrahman no tardó en comprender cuánto podia impotarle lo que pasaba. A la verdad los soberanos de Marruecos habian solido mirar con mas odio que buena voluntad á los beyes argelinos. Muy en los principios de la regencia fueron aquellas guerras que mas arriba relatamos entre Sala-Arraez y el Xerife Mohamed, muriendo este al fin asesinado por órden de uno de los señores argelinos. Mas tarde se sabe que en los tratos que mediaron entre Muley Xequé, el que nos entregó á Larache, y el rey D. Felipe III, se habló de conquistar á Argel, y el Xerife manifestó sin rebozo sus deseos al monarca español con

estas palabras: «Argel es la puerta de donde nos viene el daño á mi y á V. M., y dándome Dios paz en mi reino, irá »V. M. con armas por mar, y yo ayudaré á V. M. por tierra »para cerrar esta puerta y quedarnos sosegados de este daño.» Tambien el sanguinario Xerife Ismael quiso conquistar á Argel, y fué, como queda dicho, derrotado en una batalla sangrienta; pero ni él ni sus sucesores renunciaron á considerarse como verdaderos señores de aquella parte de Africa, teniendo sobre el territorio de Oran especialmente continuas pretensiones. Y bien puede asegurarse que los Sultanes del Mogreb-alacsa miraron con regocijo en los tiempos posteriores cuantas expediciones dirigieron contra Argel las naciones cristianas. Ni al mismo Muley Abderrahman causó al principio disgusto la empresa de los franceses y el desastre de Argel, dado que no juzgó que fuesen tan adelante: porque Cárlos V no pasó de Tunez, y las demas expediciones dirigidas al Africa habian solido contentarse con dominar las fortalezas del litoral, sin entrar en los yermos y soledades del interior, ni menos fundar en ellas colonias, como á la sazón estaba aconteciendo.

Mas viendo en tal punto las cosas, alarmóse Muley-Abderrahman, adivinando que tarde ó temprano podian forzarle aquellos sucesos á luchar con los franceses; y desde entonces comenzó á prepararse para el caso emprendiendo una marcha política que ha solido desconcertar á los diplomáticos europeos, y que sus mayores adversarios han tenido que calificar de hábil en ocasiones. Comprendió el africano que el interés de la Inglaterra obligaba á aquella potencia á simpatizar con sus propósitos y redobló para con ella sus atenciones, estrechando la alianza que desde los tiempos de su tío venia establecida entre el *mexuar* de Marruecos y el gabinete de San James. Afectando luego una neutralidad estricta entre los franceses y los argelinos, abrió paso por sus estados á las armas y municiones que desde Gibraltar venian para estos, y no escaseó por su parte ningun género de auxilios para que los ejércitos franceses fueran destruidos en los desiertos donde se hallaban empeñados. La infatigable energía de Abdel-

Cader y sus hazañas, harto encarecidas por la fama y el fanatismo de los naturales debieron mantenerle por algun tiempo en la esperanza de que al fin los invasores del suelo de Africa serian aniquilados por los argelinos sin necesidad de que él, manifestando claramente sus simpatías, se espusiese á los azares de la guerra. Pero los recursos inmensos de la Hacienda y de la Marina francesa y la constancia de sus ejércitos, desconcertaron completamente tales esperanzas. Abd-el-Cader, despues de haber disputado palmo á palmo el territorio de la antigua regencia, llegó á la frontera de Marruecos, al S. O. de Tremecen, en los primeros dias de 1844, sin soldados ni recursos con que mas sostener la guerra. Habia pasado, pues, el tiempo de esperar y mostrarse indiferente : era preciso lanzarse claramente á la contienda, y en Muley-Abd-el-rahman no se sintió punto de irresolucion, llegado el trance. No falta quien suponga al Sultan arrastrado por sus propios vasallos á la guerra y por el ascendiente que comenzaba á tomar entre ellos Abd-el-Cader. Pero si bien se miran las cosas, parece evidente que Muley-Abd-el-rahman obró con harta deliberacion y propósito, teniendo muy de antemano imaginados los acontecimientos. Sea lo que quiera del fanatismo de los naturales, quien pudo enfrenarlos durante tantos años hubiera podido acallarlos para siempre, si tal hubiera sido su intento. Ello es que en las negociaciones que precedieron al rompimiento de las hostilidades, y en las que produjeron luego la paz, hubo mayor calma y detenimiento que suele demostrarse en los hechos obligados y precipitados por el ciego empuje de la muchedumbre. Y es seguro que si las tribus hubieran llegado á encenderse por si solas en fanatismo y á obrar por su propia voluntad, ni habrian dejado de súbito la guerra porque el Sultan tratase de la paz, ni Abd-el-Cader habria sido expelido tan fácilmente del territorio marroqui, por mas que aquel lo pactara con los franceses. Asi como los Beni-watases de Fez no pudieron privar á los xerifes del poder que una vez les otorgaron para guerrear contra los cristianos, Muley-Abd-el-rahman no habria sabido separar de Abd-el-Cader á las tribus

y cabilas guerreras de sus estados si estas hubieran obrado á su albedrío, entregándose ciegamente á su entusiasmo y á su fé. La verdad es que Muley-Abd-el-rahman nunca demostró tanto su sagacidad como en esta ocasion: su principal cuidado fué impedir que las tribus se acostumbraran á mirar la guerra de Argel como cosa propia, y que otro pensamiento que el suyo reinase en el imperio y organizase la resistencia contra los franceses. La independencia anárquica con que viven en el Mogreb-alacsa las diversas tribus y familias, lo discolora de su natural, y los ciegos impulsos de su ignorancia y barbarie hacen á la verdad difícil que el soberano pueda infundirles una idea comun, encaminándolas á un propio objeto, mas no es por eso menos cierto que Muley-Abd-el-rahman supo lograrlo, y que Marruecos obró como un verdadero estado en las circunstancias de que tratamos; mostrando tanta seguridad y desembarazo en las palabras, y tanta unidad y concierto en los hechos, como cualquier nacion europea podia mostrar en tal caso.

Comenzó el Sultan por enviar xerifes á las provincias que predicasen la «guerra santa,» soliviantando á las tribus guerreras con decirles que era llegado el trance de salir á la defensa del Coran y de los musulimes, aniquilando á los aborrecidos cristianos que habian osado poner el pié en la tierra de Africa. Al propio tiempo sus emisarios en Gibraltar y en Tánger sondeaban las disposiciones de los ingleses, por ver si podian arrastrarlos á alguna demostracion contra la Francia. Luego envió un cuerpo de tropas á Ugda, lugar situado en la frontera argelina al mando del alcaide Ali-el-gnauí, para que juntándose con las que Abd-el-Cader habia traído consigo, sirviesen de avanzada al grande ejército que debía reunirse. Alarmados como era natural, los franceses pidieron explicaciones de aquellos hechos; pero el Sultan, lejos de darles satisfaccion alguna, reclamó de ellos que abandonasen ciertos territorios del lado de Oran, donde tenian construida una fortaleza. La verdad es que los limites de Argel y de Marruecos no estuvieron nunca bien determinados por aquella parte, y que en-

tre los pueblos del lado allá del Muluya, frontera natural del imperio, solian recabar tributos unas veces los sultanes y otras los beyes; pudiendo decirse que estaban á merced del primer ocupante. Asi, pues, el derecho podia ser igual, y obrando de buena fé unos y otros, habria podido hallarse fácil avenencia. Pero no era tal el propósito del Sultan, y los términos arrogantes y absolutos de su pretension no dejaban esperar que fuese bien recibida de los franceses. Mientras duraban estas contestaciones iba acrecentándose el campo de Ugda con frecuentes refuerzos. El 30 de mayo llegaron de Fez numerosas hordas de caballeria al mando de Sidi-Almamun-ben-Xerife, otro hijo de la numerosa prole de Sidi-Mohamed, y tío del Sultan reinante. No bien llegó al campo Sidi-Almamun, determinó invadir el territorio en cuestion sin declaracion ni intimacion alguna: atribuyóse este paso al ardor del caudillo y de sus soldados; pero viniendo aquel dia de Fez, parece mas natural que obrase por instrucciones de la córte que allí residia. Puesto al frente de dos mil caballos escogidos, cruzó Sidi-Almamun el Guadi-mailah en compañía del alcaide Alí-el-gnauí, que tenia el cargo de gobernador de Ugda. Como unas dos leguas habrian andado, cuando tropezaron con las divisiones de los generales Lamoricière y Bedeau, que estaban en observacion del campo africano. El choque fué rudo; los ginetes marroquies se lanzaron bizarramente sobre los enemigos, creyendo, en su ignorancia de las armas, aniquilarlos de un golpe; pero el fuego certero de la infanteria francesa no tardó en ponerlos en desórden, y antes de mucho hubieron de volver grupas, repasando de nuevo el Guadi-mailah en direccion á Ugda. Ya estaba arrojado el guante: la Francia no podia menos de levantarlo. A las reclamaciones del cónsul francés en Tánger contestó en los términos mas altivos el Sultan, por mano del secretario de las órdenes imperiales Sidi-Mohammed-ben-Edris, que hacia las veces de ministro de Estado. Decia este en sus despachos que los vasallos del Sultan, su amo, pedian con espantosos clamores la guerra: que lo de Guadi-mailah fué promovido por los franceses, y que antes de-

bian mostrarse agradecidos que no quejosos; porque ni uno de ellos habria escapado al justo furor de los musulimes si el alcaide de Ugda Ali-el-gnavi no los hubiese contenido piadosamente y apagado su esfuerzo invencible. Al propio tiempo insistió en que las tropas francesas evacuasen el territorio disputado. En vano interpuso su influjo el bajá de las provincias septentrionales del imperio Sidi-buselam, hombre prudente y muy amigo de los europeos; la córte imperial estaba resuelta á tentar la suerte de las armas.

El 15 de junio fueron nuevamente atacadas las tropas francesas, y esta vez con notable alevosía; porque habiendo solicitado el mariscal Bugeaud, gobernador general de la Argelia por los franceses, una entrevista del alcaide Ali el-guan para tratar de las paces, y viniendo en ello el moro, señalóse por lugar de ella las orillas del Guadí-mailah, y uno y otro acudieron allí, confiados en el seguro que mutuamente se dieran. Pero no bien se avistaron los dos jefes contrarios, cuando la escolta francesa que habia venido á proteger la conferencia, fué atacada vigorosamente por un cuerpo de mas de cinco mil marroquies, que pusieron al principio á los franceses, harto menores en número, en grande aprieto. Vanos fueron los esfuerzos del mismo Ali-el-guan para detener á sus soldados: rompióse la conferencia, y poniéndose Bugeaud al frente de sus tropas, logró rechazar á los marroquies despues de un sangriento combate. Acaso el mismo Sidi-Almamun, que provocó el primer encuentro, fuera autor de esta alevosía; porque á la verdad, parece inverosímil que un cuerpo tan considerable de tropas pudiera destacarse del campo marroquí sin conocimiento de los jefes, y menos contra su voluntad. Perdidas ya las esperanzas de que la paz se conservase, el mariscal Bugeaud se decidió á obrar enérgicamente. El 16 de julio, que fué el siguiente del combate, anunció al alcaide de Ugda que invadiría el territorio del imperio si en el término de cuarenta y ocho horas no aceptaba las condiciones de arreglo: desaprobacion completa de las agresiones que habian ejecutado las tropas marroquies contra las

francesas; destitucion y castigo de los jefes que habian consentido y provocado tales agresiones; disolucion de aquel cuerpo de ejército; espulsion de Abd-el-cáder del territorio marroquí. Respondió el alcaide en términos vagos, que si bien no aunciaban una negativa absoluta, menos podian considerarse como bastante satisfaccion de los agravios recibidos. El objeto era ganar tiempo, porque mientras estas cosas pasaban en la frontera, se hacian por todo el imperio grandes preparativos de guerra; ayudando en ello al Sultan y sirviéndole de ministro y consejero, su hijo primogénito Sidi-Mohamed, al cual confió en adelante el mando supremo de los ejércitos: mozo entusiasta y valiente, aunque no apto para tan difícil empleo. Hácense grandes levas en los alrededores de Fez, y las tribus guerreras del oeste acuden con numerosos escuadrones á servir en la guerra santa. En el pais de Mequinez fué tanto el entusiasmo, que no quedó un hombre útil en los aduarez, todos se pusieron en marcha, dejando en ellos solamente á las mujeres y á los infantes y ancianos. Abrense los arsenales de Tánger y de Marruecos, y sácense toda clase de armas y municiones para repartirlas entre la muchedumbre; y no bastando las rentas del año para gastos tan crecidos como esto originaba, se acude al tesoro imperial encerrado en los palacios de Mequinez, al cual en mas de un siglo no se habia tocado, y se sacan de él hasta dos millones de reales, cantidad no pequeña en aquellos paises. Pero el Sultan dilataba acaso el romper las hostilidades, por saber antes el partido que tomaria la Inglaterra. Esta nacion, tan interesada en la conservacion del imperio, no podia á la verdad dejarlo abandonado en manos de la Francia. No faltaron, pues, amenazas encubiertas y demostraciones de fuerza, y uno de sus ministros llegó á tratar duramente en el Parlamento al gobierno francés. Cruzáronse de una y otra parte despachos y notas diplomáticas, y la Inglaterra obtuvo de la Francia la solemne declaracion de que, fuesen cualesquiera las prosperidades y adelantamiento de sus armas, no guardaria para sí la menor parte del territorio de Marruecos, limi-

tándose á conquistar la paz. Con esto quedó tranquilo el gabinete de San James, y el de Francia se halló libre de aquel obstáculo tan temible (1). Á la verdad los planes del Sultán se miraban en parte frustrados; ya sabia que no habia de contar con otras fuerzas que las suyas para luchar con los franceses; pero habia ido harto adelante para retroceder, y demas de esto, no era causa de poco aliento el saber que en todo trance de fortuna tenia segura la integridad de su territorio. Habíalo invadido al fin el mariscal Bugeaud, entrando el 19 de junio en Ugdá, en cumplimiento de la amenaza que tres dias antes habia dirigido al alcáyde comandante de las tropas imperiales en la frontera; si bien, contento con aquella demostracion y amago, evacuó á los pocos dias la ciudad conquistada y entró de nuevo en la Argelia. El Sultán, no bien supo esto, hizo marchar á la frontera á su hijo primogénito como comandante en jefe del ejército, y por sus tenientes á los valerosos caudillos de Ben-Amri, Ben-Ugdá y Abassi; y para insultar mas á la Francia, reclamó de Mr. Nion Doré, su cónsul general en Tánger, el castigo de Bugeaud y de los demas generales que estaban á sus órdenes por haber violado las tierras del imperio. El cónsul le envió por respuesta el *ultimatum* de la Francia, que contenia las mismas condiciones de paz propuestas por el mariscal Bugeaud al alcáyde de Ugdá, señalando por término para romper las hostilidades el dia 2 de agosto. Lejos de responder el Sultán á tal demanda, envió diversas cabilas de montañeses á guarnecer el litoral, donde ya habia aparecido una escuadra francesa, encargada de apoyar y secundar las operaciones del ejército de tierra, y apresuró la marcha de los últimos refuerzos que en hombres y armas enviaba á su hijo, mandándole que comenzase la guerra en cuanto tuviese juntas todas sus fuerzas.

Cumplido, pues, el término del *ultimatum*, y rotas definitivamente las negociaciones de paz, los franceses abrieron

---

(1) Todos estos hechos están tomados de los documentos oficiales publicados por el gobierno francés en aquella época.

las hostilidades por mar y por tierra. El príncipe de Joinville, comandante de la escuadra, recibió el 5 de agosto la orden de destruir las fortificaciones de Tánger y Mogador, puertos principales del imperio. Al amanecer del día 6, la escuadra, anclada delante de la primera de estas plazas, comenzó á hacer sus preparativos para el combate. Estaba Tánger defendida por baterías que montaban unos cincuenta cañones y algunos morteros. Seis vapores franceses tomaron á remolque tres navíos, una fragata de primer orden y tres bergantines, y los pusieron en línea y á corto trecho de aquellas baterías, sin que los marroquíes impidieran esta operacion, que era la mas importante de la jornada. A las ocho y media rompió el fuego el navío Almirante, que fué seguido por los demas buques, mientras un vapor lanzaba sobre la plaza multitud de cohetes á la congrève. La defensa de los moros fué mayor que podia esperarse, dado que con dejar acercarse á los buques franceses habian perdido todas sus ventajas; pero al cabo de hora y media, con harto mayor pérdida de ellos que de los contrarios, tuvieron que abandonar las baterías, reducidos á escombros los parapetos y desmontadas las piezas. Al estruendo del combate corrieron á la ciudad los montañeses encargados de guardar la costa; pero como los franceses no desembarcaron, limitaron sus hazañas á saquear las casas abandonadas por los habitantes, y á cometer otras violencias no menos graves. A las pocas horas la escuadra se hizo á la vela para Mogador, á donde se presentó el 11 de mañana; pero el mal tiempo que reinaba dilató el ataque hasta el 15. El puerto de Mogador está casi cerrado por una isla de muy cerca de dos millas de bojeo, y aqui habian plantado los marroquíes formidables baterías, las cuales cruzaban sus fuegos con otras situadas dentro del puerto y á lo largo de la costa. No bien estuvo á tiro de cañon la escuadra francesa, los defensores de Mogador, harto mas diestros que los de Tánger, rompieron el fuego contra ella: los buques avanzaron en silencio á ocupar cada uno el puesto que le estaba señalado; pero antes de conseguirlo sufrieron graves pérdidas.

Particularmente el navio *Jemmapes* salió muy mal tratado por el fuego de la batería llamada *Larga* que se estiende por la costa del oeste: fuego muy bien dirigido y que dilató un poco de tiempo la victoria de los franceses. Despues de un vigoroso cañoneo, estos lograron apagar los tiros de la plaza, y desembarcando en la isla quinientos hombres, conducidos por los vapores de la escuadra, se apoderaron de ella, ganándola palmo á palmo y á costa de mucha sangre. Rendida la isla, el puerto no opuso apenas resistencia, y dejando guarnicion en aquella, la escuadra se hizo á la vela para Cádiz. Y es notable que Mogador, lo propio que Tánger, fué saqueada por las cabilas que debian defenderla. La nueva de estos sucesos no alteró en lo mas mínimo al Sultan, puesto que desde los principios tenia puesta toda su confianza en el ejército de tierra, que continuaba acampado en las inmediaciones de Ugda. Durante todo el mes de julio y los principios de agosto, se habian empeñado diversos combates, aunque sin consecuencia, entre los marroquíes y los franceses. El plan del príncipe Sidi Mohamed, que mandaba á los marroquíes, era atacar á los franceses por las montañas que corren á uno y otro lado de Ugda con considerables cuerpos de infantes, mientras que por las llanuras que se estienden al frente de aquella plaza hasta Tremecen habia de avanzar la caballería, envolviendo entre sus numerosos escuadrones al reducido ejército que los contrarios podian oponerle. En el caso de salir victoriosos del primer encuentro, la poblacion entera del pais se habria alzado contra los franceses, y los marroquíes se habrian adelantado á bloquear y asediar á Tremecen, Oran y Mascara, y aun la misma plaza de Argel. Pero todos estos planes y propósitos los desbarató un golpe la fortuna. El 13 de agosto el mariscal Bugeaud, determinado á entrar en campaña, levantó su campo en silencio, fingiendo un gran forrajeo para que los enemigos no se apercibiesen de su movimiento, y vino á alojarse en la ribera del Ysli hacia uno de sus recodos, desde donde caminó hasta dar vista, á cosa de las ocho de la mañana, al campo enemigo. Estaba este situado detras de unas

colinas que aparecían ocupadas y defendidas por tropas de infantes y de caballos: el grueso de la caballería repartido en dos divisiones iguales, cubría los flancos ó vertientes de las colinas al Oriente y al Occidente. El campo estaba defendido por once piezas de artillería, que eran las que arrastraba consigo el ejército. Por delante de las colinas formaba el Ysli un nuevo recodo que las servía de foso, aunque entre ellas y el álveo del río quedaba una llanura algo estensa. La infantería de los marroquíes era muy escasa y compuesta de algunos grupos desorganizados: la caballería pasaba de veinte y cinco mil hombres, según se dice, y eran las verdaderas tropas del imperio. En cuanto al número de los franceses, escedía poco de doce mil hombres; los ocho mil quinientos de infantería, y los otros de caballería regular é irregular, con diez y seis piezas de artillería, cuatro de ellas ligeras. No bien los divisó Muley Mohamed, cuando mandó á varios escuadrones de caballería que fuesen á disputarles el paso del Ysli, que habian de ejecutar de nuevo para llegar al campo. Bugeaud, al notarlos, envió algunas bandas de tiradores escogidos, que por la certeza de sus tiros y disparos obligaron á los contrarios á desalojar la orillá opuesta. El ejército francés pasó entonces y marchó sobre las colinas. Al verle en la mitad del llano que se estendia al pié de ellas, Sidi Mohamed mandó salir contra ellos la inmensa caballería que cubría sus flancos. Al punto los batallones franceses forman cuadros, de manera que todos sus cuatro frentes pudiesen responder al enemigo; en los ángulos de los cuadros presentaba sus terribles bocas la artillería, y cincuenta pasos adelanté parejas de tiradores esperaban la carga. La caballería y las piezas ligeras y el estado mayor se mostraban como antes, á la cabeza de la formación y en el punto mas avanzado hácia las colinas. Al llegar la caballería marroquí fué detenida un tanto por el fuego mortífero de los tiradores avanzados; no obstante, siguen la carga los ginetes mas esforzados y algunos llegan á tocar la línea de los tiradores: pero estos se arrojan repentinamente en el suelo, y los frentes de los cuadros abren

entonces el fuego de su terrible artillería. De cuando en cuando la artillería de los ángulos salía algunos pasos adelante y lanzaba de muy cerca la metralla sobre aquellas apiñadas masas de caballería. Sostuvieron el combate los marroquíes con gran valor por algun tiempo; pero era inútil: los fuegos de los soldados á caballo no causaban daño alguno á los franceses: no tenian lanzas ni organizacion militar que hiciese temible el empuje de la caballería; caian sin defensa los mas valientes, y cada instante se señalaba con horribles pérdidas entre sus filas. Entró, pues, el desórden al cabo, y comenzaron los ginetes á desbandarse por uno y otro lado. Bugeaud, que en el ínterin estaba acañoneando las colinas en cuya cima se miraba á Sidi Mohamed, que desde allí dirigia la accion, viendo el desconcierto de la caballería enemiga, vuelve contra ella sus cuatro piezas ligeras, y cogiendola entre dos fuegos, acaba de ponerla en fuga. Entonces la caballería francesa carga por tres partes á un tiempo y completa la derrota de los ya desordenados marroquíes. Los que fueron por el centro tomaron las colinas, y arrojándose en seguida sobre el campamento, se apoderaron de él á pesar de la desesperada resistencia de sus defensores. Los de los costados, hallando partida en dos á la caballería enemiga, fácilmente pudieron arrollarla. Sidi Mohamed llama á sí los fugitivos, y logra formar todavia á la izquierda del Ysli gruesos escuadrones; algunos cuerpos de caballería francesa que se adelantaron demasiado se encuentran gravemente comprometidos; pero los vencedores avanzan, su artillería vuelve á lanzar la metralla sobre los indefensos contrarios, su caballería amaga una carga, y entonces, sin mas poderlos contener el príncipe, se pone en desordenada retirada todo el ejército marroquí, los unos hácia las montañas, los otros por el camino de Teza. Fué insignificante la pérdida de los franceses que no sufrieron apenas el fuego del enemigo ni pudieron ser alcanzados por su caballería. Mas considerable fué la de los marroquíes aunque no se les pudo seguir el alcance. La nueva de este suceso que solo podia ser inesperado con un absoluto

desconocimiento del arte de la guerra, llenó de dolor pero no desesperó un punto á Muley Abderahman. Pronto á luchar todavía, y confiado en romper entre los montes y yermos del pais á los franceses mas tarde ó mas temprano, comenzó á juntar nuevas tropas y á preparar nuevos pertrechos y armas. Pero en esto llegaron mensajeros de parte de los franceses pidiéndole la paz. Ofrecian evacuar á Ugda y todo lo que habian ocupado en el territorio marroquí, con tal que Muley Abderrahman se comprometiera á internar á Abd-el-cáder en alguna provincia remota ó á espulsarle del imperio, y á no hostilizar á la Francia. El Sultan habia ya conocido que sus fuerzas no bastaban para conquistar la Argelia, y que para tal empresa no podia contar con ayuda alguna de los ingleses. Prestó, pues, oído á los tratos, y por medio del bajá Sidi-Busilhan se ajustaron las paces en setiembre de aquel año de 1844, sin que exigiesen siquiera indemnizacion de guerra los franceses, porque segun se dijo entonces en aquel pais, «era bastante rica la Francia para pagar su gloria.»

En el mismo año en que se hizo esta paz terminaron las diferencias del imperio con Dinamarca, Suecia y Holanda. Pretendian estas naciones eximirse definitivamente del tributo que tenian costumbre de pagar al imperio para librar de las piraterias de los moros sus navés mercantes, y apoyaron su pretension enviando á las vecinas costas algunos buques de guerra; pero todo se arregló pacíficamente por mediacion de la Inglaterra, y porque realmente el Sultan no tenia recursos marítimos para exigir por fuerza la continuacion del tributo. Mayor importancia parecia tener la diferencia que casi al mismo tiempo que la francesa surgió con España. Llevaba ésta con paciencia que el tratado de 1799 no se cumpliese por parte de los marroquíes en ninguna de sus cláusulas; habia sufrido que desde 1837 tuviesen usurpados los moros el campo de Ceuta, impidiendo que los ganados de la plaza disfrutasen de él segun la costumbre antigua; y los buques españoles en las costas de Melilla, el Peñon y Alhucemas, habian sido mas de una vez acometidos y saqueados por los *rifeños*, sin que se

diese por nuestra parte señal de sentimiento alguno. Verdad es que el despego de las cosas de Africa habia llegado á punto que no faltó quien creyese que debian abandonarse nuestros presidios en aquella costa , sobre todo los menores; pensamiento indicado durante el siglo anterior por el famoso vencedor de *Cabo Sicié* D. Juan José Navarro, y que en la época de 1820 á 1823, volvió á reproducirse, marchando un comisionado español á Tán ger con tal propósito. Pretendíase entonces que el Sultan diera á cambio de los presidios menores que se tenian por inútiles, alguna estension de territorio por la parte de Ceuta y alguna indemnizacion en metálico. Desde que la Francia se posesionó de Argel no debió haber ya ningun hombre de prevision política en España que pensase en la evacuacion de Melilla , el Peñon de Velez y Alhucemas; pero no por eso pudo cuidarse de ponerlos mas á salvo que estaban de las hostilidades de los moros. Solo habia sonado en España durante la última guerra civil el nombre de los presidios de Africa, cuando en ellos tuvo lugar aquella insensata rebelion carlista que pudo arrancarlos impensadamente á nuestro dominio. En tal punto las cosas, fué cuando sobrevino en 1844 la diferencia de que hablamos. Ejercia las funciones de vice-cónsul español en Mazagan un hebreo, de nombre Victor Darmon, nacido en Marsella, de padre tunecino y madre francesa, mas bien á título de honor que porque realmente desempeñase funcion alguna. Darmon , dedicado al comercio, se indispuso con el bajá ó gobernador del distrito Haggi-Muza-ben-Mohammed-el-Gerbí, con los naturales y con sus mismos correligionarios por sus costumbres un tanto ligeras, y poco vistas en Africa. Un dia que Darmon se ausentó de Mazagan con ánimo de salir al encuentro del Haggi-Muza, fueron en su seguimiento algunos moros recelosos de sus intenciones, y originándose algun altercado entre el vice-cónsul y ellos se disparó por casualidad á lo que parece la escopeta de dos cañones que aquel traia consigo, ocasionando á uno de los africanos la muerte. Mandó entonces el bajá que se prendiese á Darmon, y á pesar de las protestas de los agentes

extranjeros; y violando la casa del vice-cónsul sardo donde habia tomado asilo, fué cargado de cadenas y metido en una mazmorra. Dió parte luego Muza con maliciosas observaciones al Sultán, el cual ordenó que inmediatamente se le diese muerte; y representándole el mismo Muza que era agente de España, contestó: «que él no ignoraba tal calidad, y que aunque hubiera sido cónsul general debiera haberse cumplido sin tardanza la sentencia (1).» Sucedia esto á principios de 1844; y la España no se hallaba realmente á la sazón en el caso de castigar aquella arrogancia. Jamás el encono de los partidos políticos habia llegado entre nosotros á tan alto punto como llegó entonces. Habia prometido, sin embargo, uno de los mas autorizados gefes del partido, que en 1843 entró á gobernar nuestra patria, que vengaria la afrenta, tomando, despues de expulsado el *Régente del Reino*, cuarteles de invierno en Africa; pero solo fué aquella una frase vana. Dispúsose, es cierto, la formacion en Algeciras de un cuerpo de tropas, pero tan reducido que solo llegó á contar tres ó cuatro mil hombres, con algunas piezas de montaña, al mando del general Villalonga, hoy marqués del Maestrazgo. Dióse prisa á intervenir la Inglaterra en la contienda, y el gobierno español no pudo ni quiso entonces contrarrestar su influjo. Hubo, pues, que pasar por la vergüenza de admitir en Larache un convenio que á 6 de mayo de 1845 firmaron el mismo Sidi-Busilhan-ben-Ali, que ajustó el tratado con Francia por parte de Marruecos, D. Antonio de Beramendi y Freire, cónsul general de España, y el cónsul inglés Drummond Hay, como mediador entre ambas potencias independientes. No está impreso ni lo merece este tratado: triste ejemplo por cierto de la decadencia á que puede llevar á las naciones el espíritu de discordia, y de lo que logran aunados contra su patria los revolucionarios desatentados, y los gobiernos intransigentes que no pueden ó no saben contar con el apoyo de la opinion pública, en sus legítimas aspiraciones. Reduciase

---

(1) Véase el *Manual del oficial en Marruecos*, varias veces citado.

por parte de los moros el convenio á ofrecer algo para no cumplir nada y á dejar el asesinato del vice-cónsul español sin castigo. Solo salió, pues, con honra de aquel trance la mujer de Darmond, porque, como conviniesen los marroquíes en entregar por desagravio y precio de la sangre derramada la cantidad de 5,000 reales, ella se negó obstinadamente á recibirlos. Si España estimaba en tan poco la sangre de sus servidores, por aquel tiempo, la esposa supo mostrarse mas digna. La única señal de vida que hasta fines de 1847 dió luego España en la vecina costa africana, fué la ocupacion de los islotes peñascosos llamados *las Chafarinas*, que en aquel mismo año fué á efectuar en persona el general Serrano y Dominguez, que desempeñaba entonces la capitania general de Granada, por temor de que se anticipasen á ocuparlos los franceses.

Estuvo en paz con estos Marruecos hasta 1851 en que nuevas y graves dificultades se suscitaron entre el Sultan y el entonces presidente de la república francesa. Los moros de Salé, fieles á sus antiguas costumbres, robaron un buque francés y atropellaron luego la casa del cónsul, que pidió satisfaccion del hecho. El almirante Dubordieu, con un navio y tres vapores, se presentó de improviso delante de aquel puerto el 25 de diciembre, y exigió una indemnizacion de 200,000 francos y el castigo de algunos culpables. Ya iban á empezar á bombardear la plaza, cuando los saletinos propusieron algunas dilaciones, y fué fortuna para los franceses porque las alteraciones de aquel peligroso mar habian puesto á sus buques en una posicion poco ventajosa. Al dia siguiente se deshicieron los tratos; y roto el fuego á las diez de la mañana, fué vigorosamente contestado por los marroquíes hasta las tres y media de la tarde, en que todos sus cañones quedaron desmontados. Desde aquella hora hasta las cinco y media los buques franceses bombardearon impiamente á la ciudad, que fué totalmente incendiada. Lo extraño del caso es que desde la vecina plaza de Rabat apenas hostilizaron á los franceses, á pesar de ver tan maltratados á sus hermanos, cuando entre unos.

y otros, obrando de consuno, pudieran haber puesto en notable aprieto á la escuadra. Trató el almirante francés con los de Rabat una neutralidad que no sabemos en qué pudiera justificarse. En seguida la escuadra amagó un nuevo ataque sobre Tánger, pero las autoridades marroquíes cedieron á cuanto se les exigía, y no tuvo lugar el hecho. En cuanto el Sultan tuvo noticia de tales acontecimientos, obrando con su ordinaria energía, desaprobó la conducta de sus autoridades en el litoral, é hizo avanzar hácia las ciudades amenazadas considerables cuerpos de tropas. La guerra parecia otra vez inminente; cuando los consejos de los ingleses ó su propia prudencia inspiraron al fin al Sultan menos belicosas ideas, y, cambiándose mútuas satisfacciones, se conservó la paz entre las dos potencias. Pero al mismo tiempo que sucumbian los marroquíes á las exigencias de los franceses, que habian sabido hacerse respetar de ellos, sus hostilidades á España, y contra Melilla especialmente, crecian de día en día. No contentos con haber usurpado los antiguos límites de esta plaza, lo mismo que los de la de Ceuta, molestaban continuamente con disparos de cañon á aquella guarnicion y moradores, que en vano empleaban para escarmentarlos el cañon y mortero, segun las estipulaciones del tratado vigente todavia. Creóse á fines de 1847 una capitanía general de Africa en Ceuta, y al año siguiente se organizaron dos batallones ligeros, compuestos de voluntarios, con destino á las guarniciones de Africa, y dos escuadrones de caballería lijera con la propia forma y objeto, por manera que hubo razon para esperar mayor energía y mas eficacia en lo sucesivo respecto de las cuestiones con tanta frecuencia suscitadas en la costa vecina. Fueron nombrados capitan general D. Antonio Ros de Olano, segundo cabo D. Antonio Ordoñez, y gobernador de Melilla el general D. Ignacio Chacon, todos ellos soldados de buen nombre. No suspendieron por eso sus hostilidades los moros de Melilla. A castigarlos salió de la plaza el general Chacon en junio de 1849 al frente de setecientos infantes y un escuadron de caballeria, y en tres columnas acometió á los

moros en sus ataques ó posiciones contra la plaza, matándoles mas de cien hombres y destruyéndoles el cuartel llamado de Santiago, y los parapetos y municiones que tenían preparados. Pero al retirarse á la plaza los españoles, despues de cumplido su objeto, fueron vivamente cargados por los moros, y éstos lejos de desanimarse con aquel ataque, cobraron nuevo aliento tomando por triunfo de sus armas lo que era necesidad indeclinable de la guarnicion destinada solo á conservar la plaza. Por su parte el general Ros de Olano destruyó con su lealtad el proyecto concebido por algunos intrigantes extranjeros para apoderarse de Ceuta y su castillo de la Almina, durante las revueltas que en aquel año de 1848 azotaron á Europa y á España misma. Poco despues dejó el general Ros á Ceuta, y aunque por de pronto tuvo sucesor, no tardó en ser aquella capitania general suprimida, y suprimidos tambien los cuerpos especiales creados para la defensa de las posesiones de Africa. Hubo, sin embargo, en agosto de 1849 momentos en que parecia el gobierno español resuelto ya de todo punto á emprender alguna expedicion al Africa. Los moros seguian hostilizando á Melilla, y aunque el cabo de Benisidel, que era el mas temible de sus caudillos, se prestó á entrar en tratos con el general Chacon, no tenian estos al parecer otro objeto sino apoderarse alevemente de su persona y sorprender acaso la plaza. El gobierno de aquella época era mas fuerte que los que le habian precedido, y tenia un ejército numeroso y disciplinado, de modo que no parecia inverosímil ni descabellado el propósito. *El Herald*o, periódico que casi oficialmente lo representaba, llegó á declarar un dia que « decididamente se reunian tropas españolas en Ronda y otros puntos de Andalucía cercanos á nuestras posesiones de Africa, y que en breve pasarian el Estrecho las fuerzas destinadas á la expedicion. » Pero ni las fuerzas que se mandaron reunir con efecto eran suficientes para emprender operacion ninguna en Africa, ni aquellas palabras sirvieron para otra cosa que para distraer por algunos dias á la opinion pública de las ardientes cuestiones interiores que la agitaban.

Continuaron, pues, las cosas como estaban, y los moros con su cañon hostilizando á Melilla, hasta que á principios de 1854 se empezó á organizar una expedicion extraña al mando del brigadier de marina Pinzon, comandante general de guarda-costas, que ni por su fuerza ni por su organizacion parecia propia tampoco para lograr con ella efecto alguno en Africa. Deshizose esta expedicion bien pronto con los sucesos politicos de aquel año, y desde 1854 á 1856 los moros fronterizos de Melilla se mostraron mas audaces y mas intratables que nunca. Fué entonces á mandar en la plaza el brigadier Buceta, soldado de valor sin duda alguna, el cual no pudiendo sufrir con paciencia los ataques de los moros, hizo varias salidas contra ellos con frutos semejantes á los que de la salida del general Chacon se habian obtenido. Los moros, aunque ahuyentados de sus ataques y puestos en fuga al principio, cargaban luego sobre la guarnicion al retirarse á la plaza, la causaban crecidas pérdidas, y luego se aclamaban como siempre vencedores. Fué á dirigir una de estas pequeñas expediciones en persona el general Prim, que desempeñaba entonces la capitania general de Granada, y acompañado del gobernador Buceta, acometió á los moros por dos dias seguidos, peleando gefes y soldados con el valor de siempre, mas no con mayor fortuna. Ni era posible alcanzarla cuando tales empresas se acometian con fuerzas que no pasaban de ochocientos á mil hombres entre soldados y presidiarios, y sin artilleria; y cuando nada se proponian en ellas los españoles sino pelear durante las horas de sol para volverse al oscurecer á sus cuarteles en la plaza. Tornó, pues, el general Prim á España con el convencimiento de la inutilidad de tales salidas, y poco despues se prohibieron formalmente, con grande acierto sin duda, porque en las últimas que se hicieron fueron mayores que nunca nuestras pérdidas por la experiencia que iban adquiriendo los moros, y menores aun que de ordinario las ventajas. De esta suerte volvieron á continuar las cosas como estaban durante algun tiempo sin otros sucesos notables que la sorpresa venturosa que logró cierta noche uno de los gober-

nadores de la plaza, apoderándose sin pérdida alguna de uno de los cañones de los moros; y la emboscada en que cayó al querer repetir aquella hazaña un destacamento de presidiarios mandado por el ayudante de la plaza llamado Alvarez, que quedó cautivo por algun tiempo entre los moros.

Al fin el gobierno presidido por el conde de Lucena fijó seriamente su atención en Africa. Logróse que devolviesen los moros al ayudante cautivo; logróse que el Sultan prestase oídos á nuestras reclamaciones, y para apoyarlas se hizo en los primeros meses del pasado año una demostracion marítima que se confió al general D. Segundo Diaz Herrera, con siete vapores, los mas de ellos de poca fuerza, y destinados á la guarda de las costas. La presencia de esta pequeña escuadra, y las gestiones acertadas del cónsul español en Tánger Don Juan Blanco del Valle, redujeron al Sultan á aceptar por primera vez la responsabilidad de los hechos de los moros fronterizos de Melilla y de los demas presidios menores, prestándose á pagar una indemnizacion conveniente por un buque mercante español, apresado en aquellas costas; y poco despues, en 24 de agosto, el ministro de Relaciones Exteriores del Sultan y el cónsul general de España firmaron en Tetuan un convenio relativo á las plazas del Peñon, Alhucemas y Melilla, por el cual se estendian los límites de ésta al alcance del cañon de veinte y cuatro, y se señalaba luego desde los límites un ancho campo neutral á fin de separar á los españoles y moros, y quitar la ocasion de las hostilidades. Para que el convenio tuviese cumplimiento en este punto el Sultan se comprometió ademas á tener constantemente en el confin del campo neutral una guardia de *moros de rey*, ó soldados regulares que reprimiera á las feroces cabilas rifeñas. Pero antes de firmarse este ventajoso convenio habia nacido otra ocasion de discordia harto mas grave, y que ha tenido tristes consecuencias para el imperio. El gobierno español habia proyectado para asegurar mas á Ceuta, construir tres fuertes aislados, el uno al frente, y los otros dos dominando las ensenadas que se forman á ambos lados de la plaza; y á principios de agosto se

comenzó á edificar un cuerpo de guardia en el sitio llamado *ataque de Santa Clara*, con el fin de proteger los trabajos cuando se empezasen, y vigilar sobre todo á los presidiarios que se habian de emplear en ellos. En la noche del 10 de aquel mes los moros de la vecina tribu de Anghera destruyeron la obra empezada, arrancando y destruyendo la garita en que se situaba el centinela de caballería de la compañía de lanzas sobre la altura llamada del *Otero*. Siguióse á esto una protesta de los moros contra el proyecto de fortificar el campo, que consideraban suyo; y llenos de soberbia con la impunidad pasada derribaron los pilares que señalaban la línea divisoria, echando por tierra las armas de España que ellos sostenian. Salió la guarnicion de Ceuta, que mandaba el brigadier Gomez Pulido, y repuso solemnemente las armas en su lugar; pero fueron derribadas de nuevo durante la noche. En el ínterin, apenas tuvo noticia de la ocurrencia, dirigió el cónsul general D. Juan Blanco del Valle una nota al ministro de Negocios Estrangeros del Sultan, residente en Tánger, reclamando satisfaccion; y el ministro pidió un plazo para la respuesta. Pero los moros redoblaron al propio tiempo sus insultos y el gobernador de la plaza, por evitarlos, suspendió las obras comenzadas dando cuenta al gobierno. Ya habian hecho los moros fuego á la plaza, y habia tenido lugar una pequeña escaramuza: ya el gobierno español habia mandado reforzar con algunos cuerpos escogidos la guarnicion de Ceuta; ya estaba resuelta la formacion de un ejército de observacion para apoyar de verdad nuestras quejas, cuando la muerte del viejo Sultan vino á aplazar un tanto las negociaciones y las medidas de represion que disponia España. Muley-Abderhaman, aquejado tiempo habia de una enfermedad que la falta de medicacion oportuna hizo mas penosa de lo ordinario, murió en Mequinez de los Olivares á 29 de agosto del propio año de 1859, contando á la sazón ochenta y uno de edad y treinta y siete de reinado.

Era este Sultan afable como el que mas de sus antecesores, y en cambio no afeaban su conducta la mayor parte de los vi-

cios que son comunes á los de su nacion y de su ley. Durante sus últimos años disfrutó de una tranquilidad completa el imperio gracias á su prudencia y su justicia. Sus hijos no le habian dado disgusto alguno, cosa rara en la historia del imperio. Sus vasallos le habrian llorado mucho á no haber sobrevenido sucesos que distrajeron su atencion profundamente de los objetos pasados para no pensar mas que en los presentes. La muerte de Muley-Abderrhaman coincidió, como sabemos, con el tantas veces aplazado cumplimiento de las amenazas de España.

## XVI.

Muerto Muley-Abderrhaman fué proclamado Sultan al dia siguiente su hijo Sidi-Mohammed-ben-Abderrhaman, que habia señalado por su sucesor el difunto, y que debia ocupar el trono atendiendo al derecho de primogenitura. Fué entonces á lo que parece por extremo leal la conducta que tuvo con su hermano primogénito Muley-el-Abbas, que residia á la sazón en Fez, al lado del padre, y que desde el primer momento se declaró por Sidi-Mohammed, disponiendo que fuese proclamado segun la costumbre del imperio. Hízose, pues, la proclamacion en Fez en la famosa mezquita de Muley-Ydris, con asistencia de todos los faquies y grandes dignidades mogrebínas; y luego fué reconocido el nuevo Sultan en todas las ciudades importantes del territorio. La genealogía de este príncipe, que comienza ahora su reinado, es la siguiente:

1.º Alí-ben-Abí-Thaleb, muerto en el año 661 de la era cristiana, el cual tuvo por sobrenombre Almortadha, que quiere decir *el agradable á Dios*, y era árabe de la antigua tribu de Hacem: este estuvo casado con Fátima, llamada *la Perla* por ser hija única del Profeta.

2.º Hosein ó Husain-as-sebet, que quiere decir *el sobrino*, muerto en 680; del cual viene el patromimico *el hoseinita*, que leván todos los xerifes.

- 3.º Hasan-el-Mexua, esto es, el golpeador, que murió en 719, y era hermano de un Mohammed, del cual pretendía descender aquel Mohammed-ben-Tennert-el-Horarghi, que fundó la dinastía de los Almohadas.
- 4.º Abdallah-Alcamel ó el *perfecto*: murió en 752 y fué padre de Ydris, tronco de los idrisitas: sus hermanos fueron seis, á saber: Mohammed, Yahya, Suleiman, Ybrahim, Ysá y Ali.
- 5.º Mohammed Almahdí, y por sobrenombre *Nefs assadquia* ó *alma justa*, el cual murió en 754 y tuvo cinco hijos, troncos luego de numerosas familias. El autor del *Nozhat-el-hadí* (libro árabe que trata de las dinastías reinantes en el Mogreb-alacsa durante el siglo XI de la egrira) supone, apoyándose en ciertos autores que cita, que entre este Mohammed y Alcásim mediaron tres generaciones, á saber: Abdallah-al-Yxter ó el tuerto, Mohammed-Alcabal ó el corto, y el Masan-el-Axir; de este añade que vinieron Alcásim y otros ciento y cinco hijos.
- 6.º Alcásim, muerto en 842: de uno de sus hermanos, llamado Abdallah, se cree que descendían los califas fatimistas que reinaron en el Mogreb y en Egipto.
- 7.º Ysmael, que acabó sus dias en 890.
- 8.º Ahmed, en 901.
- 9.º Alhazem, en 940.
10. Alí, en 970.
11. Abu-Bcer, en 996.
12. Alhasam, en 1012.
13. Abu-Bcer-el-A'arafat, ó el conocedor, en 1043.
14. Mohammed, en 1071.
15. Abdallah, en 1109.
16. Hazem, hermano del anterior Mohammed, murió en 1132.
17. Abulcásim-Abd-er-Rahman, en 1207.
18. Mohammed, en 1236.
19. Alcásim, en 1271, padre de ocho hijos, de los cuales fué acaso el mas jóven.

20. Alhazem, que en 1266 vino al Mogreb-alacsa á instancias de la tribu amazirga de Maghrawa y se estableció en Sugalimesa y en Daráa, donde se hizo tronco de las dinastías de xerifes que reinaron en el Mogreb-alacsa. Murió en 1326.

21. Mohammed, en 1361.

22. Alhazam, que murió en 1391, fué padre de Mohammed y abuelo de Hazem, que en 1507 fundó en el Mogreb-alacsa la primera dinastía de los xerifes hozeinistas, que doce años mas tarde se estableció en Marruecos.

23. Ali, muerto en 1437: fué el primero que tomó el nombre de xerife; pasados los cuarenta años tuvo dos hijos, el primero en una concubina, que se llamó Muley-Mohammed y el otro en mujer legítima, que tuvo por nombre:

24. Yusuf, el cual se retiró á la Arabia, en donde murió por los años de 1485. Cuéntase de él, que no habiendo tenido hijo alguno hasta la edad de ochenta años, tuvo luego cinco, siendo el primogénito de ellos.

25. Ali, muerto en 1527, el cual tuvo ochenta hijos varones.

26. Mohamed en 1591, fué padre de muchos hijos, y entre otros de

27. Ali, que vino desde Yambó en Arabia al Mogreb-alacsa, y fundó en Tafilite la actual dinastía de los Xerifes Hoesinistas, apellidados Filelis. Murió en 1632.

28. Muley Xerife, que murió en 1652, tuvo ochenta y cuatro hijos, y ciento veinte y cuatro hijas.

29. Muley Ismael, muerto en 1729, padre de innumerables hijos.

30. Muley Abdallah, muerto en 1757.

31. Sidi-Mohammed, en 1789.

32. Muley Hixem, en 1794.

33. Muley Abderrahman, padre del actual reinante.

Frisa Sidi-Mohammed en los cincuenta años, y es mulato como muchos de sus antepasados. Tiene nueve hermanos, y entre ellos dos de madre, habidos como él por Muley Abderrahman, en la sultana Leila-ben-Sidi; uno de los cuales, se lla-

ma Muley Suleyman y Muley-el-Abbas el otro. Hasta ahora solo uno de sus primos llamado Muley Suleyman, parece que quiere disputarle el imperio, apoyado como todos los pretendientes en las indóciles tribus del Sur del Imperio. Sea cuálquiera la importancia de estas pretensiones, lo cierto es que en medio de las circunstancias difícilísimas que le rodeaban, Sidi-Mohammed ha subido al trono con una tranquilidad desconocida en tiempo de sus antecesores. Han debido ser parte para ellos sus circunstancias personales, porque es generalmente tenido por valiente y sábio; pero además poseía muchas riquezas, había sido *califa* ó lugarteniente de su padre, y aunque poco afortunado en la guerra con los franceses, tenía siempre partido en el ejército que mandaba, y que sabía, á pesar de su rudeza que no era á él á quien podía atribuirse la fácil derrota de Ysly, sino á la ineficacia de la caballería sola para combatir con los formidables cuadros de la infantería francesa. Por otra parte los mas de los alcaides, bajás y funcionariós le debían su fortuna porque él había influido mucho en el imperio durante los últimos años del reinado de su padre. Las cabilas y el vulgo de las poblaciones, no parece que le amen mucho sin embargo, y preferirian tener por señor á su hermano Muley-el-Abbas, segun ha podido averiguarse en sus recientes relaciones con los españoles. Era ya acusado Sidi-Mohammed al subir al trono de ser por extremo severo y algo aficionado á los usos y costumbres de los europeos; suponiéndose que no había introducido aun grandes reformas en Marruecos, su residencia habitual, por no disgustar á su anciano padre, que era muy opuesto á todo género de innovaciones. Ahora el disgusto será mayor en el imperio por los desastres de la guerra con España y no falta quien diga que comienzan á apellidarle como á Boabdil el *zoigobi* ó el desdichado.

Sobrevino la guerra con España á pesar de los deseos que realmente tenía el sultan de mantener la paz y de los esfuerzos mayores que nunca que hizo para impedir la diplomacia inglesa. Desde que el general Herrera apareció con su escuadrilla delante de Tángier, el ministerio inglés alarmado pidió con su

ordinaria altivez esplicaciones. A medida que fueron agravándose las circunstancias, fué mayor la inquietud del gobierno y de la nacion inglesa acostumbrada ya á considerarse como señora de la costa de Africa, y á no ser contradicha por España. Pero el peligroso estado del mundo, la prepotencia adquirida por la Francia en el continente, la debilidad de los actuales ministerios ingleses en medio de las corrientes políticas que agitan en diversos sentidos la carcomida constitucion británica, y el convencimiento de que oponerse á la guerra de Marruecos era renunciar para muchos años á la amistad y alianza de la Península, hicieron al fin á los hombres de estado de aquella nacion, ser mas prudentes con nosotros que lo habian sido con los franceses en ocasion semejante. Contentáronse, pues, con la vaga declaracion de que no ocuparia España punto alguno que estorbase la libre navegacion del Estrecho y abandonaron luego al sultan á su suerte. Era en tanto indecible el entusiasmo en España. No era solo la afrenta de los últimos dias lo que se proponia vengar en Africa: era la afrenta constante de medio siglo. No era solo un interés actual el que la movia á la guerra; era tambien el interés de su honra pasada y de su regeneracion futura. La España entera lanzó por lo mismo un grito de indignacion al saber el atentado de Ceuta, y engañada tantas veces en sus belicosas esperanzas, pidió resueltamente la guerra. El gobierno que presidia el conde de Lucena no pudo entonces oponerse á aquel unánime impulso. Las dilaciones tal vez necesarias, los escrúpulos tal vez escusables de los marroquíes, se tomaron en la Península por nuevas y calculadas afrentas. No habia medio de avenencia: la España queria pelear á toda costa, mientras el nuevo sultan, mal seguro en su trono, deseaba mas vivamente cada dia la paz. Consintió Marruecos en el castigo de los culpables, consintió en que se fortificase el campo de Ceuta, consintió en dar á esta plaza mayores límites que habia tenido aun antes de la usurpacion de 1837; y nada bastó, sin embargo, para calmar la justa cólera que escitaba el recuerdo de las afrentas hasta aquel momento sufridas. Pidió el gobierno español al

sultan por límite de Ceuta las alturas de Sierra Bullones, á manera de indemnizacion de los sacrificios que sus pasadas hostilidades nos habian impuesto; y como se negasen sus ministros á acceder á la demanda, sin autorizacion espresa de su soberano, el dia 22 de octubre de 1859, declaró el Presidente del Consejo en las Córtes, en medio de un frenético entusiasmo, que la España iba á apelar á las armas. Algunos dias despues el mismo Presidente del Consejo de Ministros nombrado general en jefe del ejército, salió para Cádiz á tomar el mando y disponer la jornada.

Pocos dias hace aun que ha terminado esta guerra con gloria para la nacion española, para su ejército y su gobierno: con gloria para la Reina Isabel, en quien se personifican naturalmente todos los grandes intereses pátrios. Desde que en 19 de noviembre del año anterior ocupó el general Echagüe el *Serralto* y sus inmediaciones hasta que al amanecer del 25 de marzo se suspendieron las operaciones militares, la Europa ha presenciado con admiracion y aplauso el espectáculo de nuestro patriotismo, de nuestro valor y de nuestra fortuna. A un tiempo mismo la España se ha sentido digna de sí propia, y los nuevos destinos de la monarquía se han dibujado con sonrosadas tintas en el horizonte de la historia. Espener todas las hazañas, citar todos los nombres que han honrado juntos el valor y la victoria, referir minuciosamente los sucesos políticos, diplomáticos y militares, es tarea que se ajustaría mal al objeto de estas páginas y que no entra poco ó mucho en nuestro propósito. De la guerra de Marruecos, mas feliz que otras en ello, recojerá sin duda la España venidera, curiosas relaciones y memorias llenas de pasion, de vida, de entusiasmo, de ingenio las más, de verdad todas; y será gran fortuna por cierto para los historiadores futuros tener á mano materiales de tanta importancia. Y aun es de esperar que se escriban tambien *Memorias* militares, técnicas, facultativas, que aclaren los sucesos, que enseñen á los venideros á reparar las faltas cometidas ahora, que les muestren la senda por donde deben ir para esceder los aciertos presentes. Pero hoy

aun no es posible ofrecer en breves páginas la fría y concienzuda apreciación de la historia y por eso serémos muy sóbrios al llegar á este punto. Séanos lícito, sin embargo, recordar algunos hechos y citar algunos nombres con la estimación que hoy unánimemente les consagra la opinión pública. La creación de un ejército de cuarenta mil hombres y más de sesenta cañones en Algeciras, Cádiz, Málaga y sus inmediaciones, ejecutada en breves días por medio de la vía férrea del Mediterráneo y los vapores de guerra y mercantes de la marina nacional; la organización de campaña de este ejército llevada á término en dos meses escasos aunque las tropas no habían formado nunca brigadas, divisiones ni cuerpos, desconocían los hábitos y hasta el material de los campamentos, y no tenían trenes de sanidad, ni almacenes, ni transportes, ni nada de lo que necesitaban regimientos dispersos en pequeñas guarniciones, para aventurarse á invadir una tierra extraña y desierta, con el mar á las espaldas; la excelente constitución en que se halló á la infantería, y principalmente á los batallones de cazadores; la perfección de la artillería, rayada ya cuando solo la Francia había puesto en práctica el nuevo sistema; la buena disposición de la caballería, que, aunque en escaso número, se ha mostrado digna de su antiguo nombre en España; la sólida instrucción manifestada por los ingenieros y por el cuerpo sanitario y administrativo; por último, la prontitud con que se regularizaron todos los servicios militares del ejército son cosas dignas de honrar para siempre en primer término al conde de Lucena D. Leopoldo O'Donnell, ministro de la Guerra y general en jefe; y en segundo término al general Mac-crohon, que interinamente desempeñó luego este ministerio y á los directores de las armas D. Francisco Serrano y Dominguez, don Antonio Ros de Olano, D. Juan Zavala, D. Antonio Remon Zarco del Valle, D. Cayetano de Urbina y D. Nicolás Briz: cada uno de los cuales ha merecido sobradamente la confianza y la gratitud de su patria. Las hábiles y esforzadas operaciones de desembarque, ejecutadas por la marina de guerra por primera vez empleada en grande escala desde la ruina de nuestro po-

der naval, honran de la propia suerte á los generales y jefes que la han dirigido.

Justo es tambien al celebrar los servicios prestados al ejército por la marina de guerra, recordar de nuevo el nombre del general Mac-crohon, activo y celoso ministro del ramo. Y en cuanto á los hechos de armas son muchos los que sin duda quedarán escritos con caracteres indelebles en nuestra historia (1). Dignas son de esta honra la reñida accion que entre los espesos bosques, que rodeaban la línea del *Serrallo* y en la línea misma no fortificada todavía, sostuvo contra los moros el 25 de noviembre la vanguardia del ejército, sola aun en el territorio africano, bajo el mando del general Echagüe gloriosamente herido, y con un caballo muerto en el choque; la accion del 30 del mismo mes en que rechazó valientemente un ataque enemigo el propio primer cuerpo ó de vanguardia bien dirigido por el general Gasset en aquel encuentro; la accion del 9 de diciembre en que el general Zavala se mostró digno de su reputacion antigua; la esforzada y hábil defensa que hizo de su campamento el general Ros de Olano, en varias ocasiones y principalmente en 30 del mes citado, y aquella série, en fin, de sangrientos combates que sostuvo el ejército mientras se acostumbraba á la práctica de la guerra cobraba confianza en sí mismo y en sus caudillos, se endurecía en la fatiga, fortificaba su base de operaciones en las alturas del *Serrallo*, abria el camino á Tetuan y completaba su aprovisionamiento; trances todos en que lo mismo que los principales caudillos, cumplieron los subalternos generales, jefes y oficiales con su deber y se señalaron los soldados con hazañas singulares, no diversas de las mas preciadas de otros siglos. Al fin, en 1.º de enero del presente año emprendió la marcha

(1) Como nuestro propósito no es describir la guerra sino apuntar sus mas notables hechos, nombraremos solo á los comandantes generales de los cuerpos y no á los generales de division, jefes de brigada y demás generales y jefes que han coadyuvado á los triunfos obtenidos. La historia detallada de la guerra hará al valor de todos la justicia que no nos es dado hacerles á nosotros en este momento.

sobre Tetuan el general O'Donnell, conde de Lucena, con los cuerpos de los generales Zavala, Ros y la reserva, al mando del general Prim, conde de Reus, dejando al general Echagüe custodiando con sus tropas la línea del Serrallo; y el mismo día, en el sitio llamado los Castillejos, á poca distancia de Ceuta, se trabó una reñida batalla con los moros que mandaba como *califa* ó lugarteniente del sultán su hermano Muley-el-Abbas, en la cual fueron los enémiqos vencidos, aunque no sin pérdidas sensibles, merced al señalado valor del general Prim y de sus tropas, probado ya en varias escaramuzas sangrientas, y á la ayuda que le prestó con las suyas el general Zavala, que enfermo desde el día siguiente, se despidió del ejército con aquel hecho de armas. No opusieron los moros, escarmentados en aquella ocasión, toda la resistencia que se esperaba en los desfiladeros que hay entre Ceuta y el valle de Tetuan; pero la infrecieron bastante sin embargo, y el ejército, abriendo como los antiguos romanos el camino por donde iba pasando y seguido á lo largo de la costa por la escuadra que mandaba el general Bustillos, llegó al cabo de quince días de penosa marcha con todo su material á la desembocadura del rio Guadaljelú, ó Martin, donde le habia precedido por mar una nueva division salida de la Península. Esta marcha ejecutada en medio de temporales furiosos, durante los cuales llegó á estar incomunicado el ejército, y á escitar grande ansiedad en España su suerte, peleando diariamente y venciendo siempre á los marroquíes que le acosaban, luchando con el cólera que diezaba en tanto las filas y con todo género de privaciones ha sido admirada en Europa y ha señalado un puesto entre los buenos soldados del mundo el general conde de Lucena, y á los individuos de todas clases que la emprendieron á sus órdenes. Ya sobre la ría de Tetuan y mientras se fortificaba y se abastecía de nuevo el ejército, hubo que sostener nuevos combates y otra sangrienta batalla contra los moros, que en número considerable atacaron nuestras posiciones el día 31 de enero, siendo rechazados como de costumbre, mas no sin gran pérdida por ambas partes. Pero donde realmente

se decidió del éxito de la guerra, fué el 4 de febrero en la batalla de Tetuan. Los cuerpos segundo y tercero enérgicamente conducidos por los generales Prim y Ros de Olano (1), y bajo la dirección inmediata del general en jefe, conde de Lucena, destrozaron en este día al ejército moro, que podría ascender á treinta y cinco mil hombres, mandados por Muley-el-Abbas y Sidi Ahmed otro de sus hermanos, dentro de un campamento fortificado; tomáronles ocho cañones, dos banderas, ochocientas tiendas, camellos y muchos pertrechos de guerra. Dos días después Tetuan abrió sus puertas á los españoles, sin intentar defenderse á pesar de que se hallaron en su recinto ochenta piezas de artillería, excelentes muchas de ellas, como que habían formado parte de los regalos que en otro tiempo hacían periódicamente las naciones marítimas al imperio. Fué grande el espanto de los moros con estos sucesos. Reconociendo su inferioridad en la lucha, pidió el enemigo el día 11 de febrero la paz y el 23 del mismo, el general conde de Lucena, elevado á la dignidad de duque de Tetuan y el *califa* Muley-el-Abbas, celebraron una conferencia en la cual, no fué posible entenderse. Rotas, pues, de nuevo las hostilidades, el general Bustillos con una escuadra compuesta de un navío, dos fragatas de vela y dos de hélice, tres vapores de ruedas de 350 á 500 caballos y otros varios buques, bombardeó los fuertes de Larache y Arzila. Lo mismo en estas ocasiones que en el bombardeo de los fuertes de la ría de Tetuan, ejecutado por el general Diaz Herrera antes de que saliese el ejército de Ceuta, y en los combates verificados en la costa al alcance de los buques menores de la escuadra, cumplió esta con su deber, mostrándose digna hermana del ejército. Hubo luego nuevos choques por tierra, de los cuales fué el combate ó batalla de Samsa, en que las tropas de vanguardia á las órdenes del general Echagüe que habían venido á reforzar el ejército en las alturas de Tetuan ar-

---

(1) Mandaban las cuatro pequeñas divisiones de que se componían estos cuerpos, los generales Orozco, O'Donnell (D. Enrique), Turon y Quesada.

rollaron valientemente al enemigo, ayudadas con su ordinario esfuerzo por el general Prim y su cuerpo. Hiciéronse luego los preparativos para conducir el tren de sitio que no habia sido necesario á Tánger; mandóse reunir en Algeciras la escuadra del general Bustillos, que bien pronto llegó á contar con los refuerzos recibidos, dos navíos de línea y tres fragatas de vela, dos fragatas y cuatro goletas cañoneras de hélice, una fragata de vapor de fuerza de 500 caballos, dos corbetas de 350 y otros cinco ó seis vapores de menos porte, y una division de lanchas cañoneras; y el 23 de marzo, calmados un tanto los constantes temporales que han acosado al ejército durante la guerra, se puso de nuevo éste en marcha. A una legua de Tetuan lo aguardaba Muley-el-Abbas con treinta y cinco á cuarenta mil hombres, de refresco muchos, y todos resueltos á cerrar el paso ó morir en la demanda. Dióse entonces la batalla de Gualdrás(1), en que tomaron parte los cuerpos de los generales Echagüe, Prim y Ros y el de reserva, mandado por Rios y por Makenna, inferiores en fuerza al enemigo, pero rivales todos en denuedo, oficiales y soldados; y fué el enemigo completamente derrotado á punto de solicitar de nuevo la paz, que el vencedor duque de Tetuan concedió al *califa* que vino á pedirla en persona, despues de aceptar sin reserva las condiciones que habia rechazado pocos dias antes. En los preliminares de paz quedó pactado: que Marruecos cediera á España á perpetuidad y en pleno dominio y soberanía, todo el territorio comprendido desde el mar, siguiendo las alturas de Sierra Bullones hasta el barranco de Anghera; que Marruecos se aviniese tambien á conceder á perpetuidad en la costa del Océano, en Santa Cruz la Pequeña, el territorio suficiente para la formacion de un establecimiento como el que España tuvo allí anteriormente; que se ratificára á la mayor brevedad posible el convenio relativo á las plazas de Melilla, el Peñon y Alhucemas, que los plenipotenciarios de España y Marrue-

---

(1) Mandaba la caballería en esta batalla el mariscal de campo don Félix Alcalá Galiano, que fué levemente herido.

cós firmaron en Tetuan á 24 de agosto de 1859; que se pagase á España, como justa indemnización por los gastos de la guerra, la suma de 20.000,000 de duros, estipulándose la forma del pago de esta suma en el tratado definitivo de paz, que la ciudad de Tetuan, con todo el territorio que formaba el antiguo Bajalato del mismo nombre, quedara en poder de España como garantía hasta el completo pago de la indemnización de guerra, evacuando enteramente las tropas españolas la ciudad y su territorio, tan luego como dicha obligación se cumpliera; que se celebrara un tratado de comercio, en el cual se estipulasen en favor de España todas las ventajas que se hubieran concedido ó se concediesen en el porvenir á la nación mas favorecida; que á fin de evitar en adelante sucesos como los que dieron ocasion á la guerra actual, pudiera el representante de España residir en Fez ó en el punto mas conveniente para la protección de los intereses españoles y mantenimiento de las buenas relaciones entre ambos estados; que el rey de Marruecos autorizara en Fez el establecimiento de una casa de misioneros españoles, como la existente en Tánger; y por último, que S. M. la Reina de las Españas nombrara desde luego dos plenipotenciarios para que con otros dos que designase el sultán de Marruecos estendieran las capitulaciones definitivas de paz, debiéndose reunir dichos plenipotenciarios en la ciudad de Tetuan y dar por terminados sus trabajos en el plazo mas breve posible, que nunca podria exceder de treinta dias, á contar desde la fecha en que se firmaron los preliminares. Con arreglo, pues, á estos preliminares y sin otra circunstancia notable que haberse establecido para el pago de la indemnización de guerra que el primer plazo se pague en 1.º de julio del presente año, y el último en 28 de diciembre, se firmó definitivamente el tratado de paz de Tetuan en la noche del 26 de abril último. Los negociadores por parte de España fueron el general García jefe del estado mayor del ejército, que se habia distinguido en la guerra, y D. Tomás-Ligués y Bardaji, director de política en el ministerio de Estado. Por parte de los marroquíes fueron Sidi-Mohammed-el-jatib,

su ministro, y Ahmed-el-Chabli, otro funcionario importante. Pero no se llevó á cabo la redaccion del tratado sin que tuviese lugar una nueva conferencia de muchas horas entre el *califa* Muley-el-Abbas y el general duque de Tetuan, en la cual el xerife reconoció lealmente todas las obligaciones que los preliminares le imponian, quejándose de su mala fortuna ó mas bien de la desorganizacion de sus fuerzas, que á pesar del valor de los individuos le obligaba á asentir á tan onerosas condiciones de arreglo. Y lo mismo en esta última conferencia que en las otras, ha llamado la atencion de los españoles la urbanidad y dulzura del vencido xerife y la gravedad y sinceridad de sus capitales, así como los moros han admirado y aplaudido la cordialidad y gentileza con que han sido recibidos siempre por los caudillos y soldados españoles. La imaginacion se complace en estas escenas como en aquellas que recuerda el *Romancero*, de Sevilla ó Granada, donde competian cristianos y moros en generosidad y bizarría. Hoy, como entonces los enemigos irreconciliables del dia de batalla se han juntado como hermanos á celebrar la paz. Hoy, como entonces, vuelven respetando los vencedores á los vencidos, y los vencidos se van estimando á sus vencedores. Está, pues, reanudada nuestra historia: la historia interrumpida en la desembocadura del Guadalhorce y del Guadalfeo por cerca de cuatro siglos.

Durante esta guerra sangrienta solo un desastre ha experimentado nuestra bandera: en una salida ligeramente dispuesta por el gobernador de Melilla, Buceta, que enfermo á la sazón no pudo conservar el mando de la guarnicion, fué esta derrotada y obligada á refugiarse en la plaza. Todos los otros dias de lucha se han señalado por nuevos triunfos. Y no solo el ejército de operaciones ha merecido en tales circunstancias aplauso. Dentro de la Península ha habido generales ilustres que puestos al frente de los distritos en que con alta prevision se dividieron las fuerzas que quedaban, no solo han conservado el orden público, sino que han ayudado eficazmente al ejército y á su general en jefe, organizando los hospitales, las re-

servas, los transportes, y compitiendo en abnegacion ya que no tenian la fortuna de competir en el peligro con sus compañeros de Africa. El gobierno, y señaladamente el ministro de Hacienda, han puesto de su parte cuánto era posible para el buen éxito de la guerra. Las diputaciones provinciales, los ayuntamientos, las corporaciones de toda especie, el pais entero, han ofrecido con profusion donativos para la guerra y para el socorro de los heridos é inutilizados en ella. Los vecinos de Madrid, especialmente, han hecho para este último objeto un donativo cuantioso; y las ciudades de Sevilla, Cádiz, Málaga, Algeciras y Ceuta, donde han estado los hospitales establecidos se han señalado con hechos de caridad y entusiasmo indecibles. Málaga sobre todo, donde algunas señoras mas distinguidas por su virtud que por sus riquezas establecieron un hospital á su costa, se ha hecho acreedora al agradecimiento del ejército y al aplauso de la nacion entera. Los partidos todos, menos algunos ilusos carlistas, han depuesto sus discordias en aras de la union necesaria á la patria para vencer en la contienda. Todo, en fin, ha sido grande y noble; y el dia en que se supo la toma de Tetuan especialmente no se borrará jamás, de seguro, de la memoria de los españoles y de su Reina. Por su parte los marroquíes han defendido con heróico valor, justo es decirlo, sus desiertas montañas; desengañados con el ejemplo terrible de Ysly de la debilidad de su caballería, han lanzado sobre nuestro ejército lo mismo en los montes que en los llanos nubes de infantes y tiradores diestrisimos, que han ensangrentado largamente nuestras victorias. Pocos de sus muertos han quedado en los campos: solo algunos cuantos heridos hemos llegado á tener prisioneros. Vencidos han sobrellevado con noble resignacion y con intrépida firmeza su desgracia. Despues de hecha la paz han cumplido con admirable exactitud la suspension de hostilidades. Y cuantos los han visto y alternado con ellos esperan que lealmente cumplirán del mismo modo las condiciones de la paz estipulada. Esto aplazará las probabilidades de una nueva lucha que no dejará sin embargo, de empeñarse tarde ó tem

prano, si como es de temer, el mahometismo se hace inaccesible de todo punto á la civilizacion europea; si no halla otro auxiliar que las armas nuestro legitimo y necesario influjo en la vecina costa africana; si nosotros, ó nuestros hijos y nuestros nietos, necesitamos apelar á la conquista para asegurar nuestra posicion en Europa y cumplir en Africa nuestro destino.

XVII.

El autor de estos *Apuntes* al escribirlos por primera vez en los últimos meses de 1851 (1) estampaba por epilogo las siguientes consideraciones: « Nuestra tarea está terminada. No pes culpa nuestra si este escrito antes parece una breve verónica que no un compendio filosófico de la historia del »Mogreb-alacsa. La historia de esta region está por hacer, y uno era posible en tan corto espacio llenar tan lamentable vacío. Los anales y las crónicas aparecen antes que la historia »en todas partes; que ésta es como la última espresion, como »la fórmula acabada del pensamiento y de la vida de un pueblo. En cuanto á la filosofía de la historia, poco tiene que »hacer aquí, como no sea que busque comprobantes para sus »teorías sobre las causas y efectos de la barbarie y el fanatismo. El Mogreb-alacsa es la antigua Mauritania Tingitana, »que aparece en la historia con Boco, y que luego es conquistada por Genserico y por Muza. No se hallará alterado »en lo esencial el sistema social y político; no se hallará de seguro reforma ni adelanto en punto á artes y comercio, y »agricultura é industria. La grandeza del tiempo de los Almoravides y Almohades, y de los primeros Benimerines, desapareció como un relámpago; solo quedan de ella algunas

---

(1) Una parte de estos *Apuntes* ha sido redactada de nuevo y mas estensamente: otra ha quedado como se publicó entonces con solo insignificantes variaciones.

»mezquitas en Africa, y algunos pergaminos casi por explorar  
»en las bibliotecas de Europa. Perdióse hasta el nombre de  
»tantos poetas y sabios y artistas; solo quedan los guerreros;  
»y esos humillados y vencidos, porque en las campañas de  
»nuestros dias sirven de mas las matemáticas que el valor, y  
»de mas los libros que las espadas. Nacion idéntica á sí mis-  
»ma en todos los tiempos, cuando las familias que ocupan el  
»litoral, flaquean ó se impregnan en las ideas del resto del  
»mundo nuevas familias, desprendidas como aluvion de los  
»desiertos, se encargan de restablecer las cosas en su pristino  
»estado. Asi sucederá por todos los tiempos mientras una na-  
»cion europea no ponga el pié en esas playas casi indefensas,  
»y ponga un dique invencible á las invasiones de las tribus  
»bárbaras de lo interior. Cuál sea esta nacion, no lo sabemos.  
»Pero hay una ley histórica que hemos venido observando al  
»traves de los siglos en el Mogreb alacsa; la cual dice claro  
»que el pueblo conquistador que llegue á dominar en una de  
»las orillas del Estrecho de Gibraltar, antes de mucho tiempo  
»dominará en la orilla opuesta. Esta ley no dejará de cum-  
»plirse. Y si no hay en España bastante valor ó bastante inte-  
»ligencia para anteponerse á las otras naciones en el dominio  
»de las fronteras playas, dia ha de llegar en que sucumba  
»nuestra independencía, y nuestra nacionalidad desaparezca  
»quizás para no resucitar nunca. Ahí enfrente hay para nos-  
»otros una cuestion de vida ó muerte: no vale olvidarla, no  
»vale volver los ojos á otras parte; el dia de la resolucíon lle-  
»gará, y si nosotros no atendemos á resolverla, otros se en-  
»cargarán de ello de muy buena voluntad. En el Atlas está  
»nuestra frontera natural; que no en el canal estrecho que  
»junta el Mediterráneo con el Atlántico: es leccion de la an-  
»tigua Roma.» Habia sido este el primer ensayo del autor en  
»el difícil género de la historia, y luego despues dió á luz otro  
»ensayo mas estenso, y de alg una mayor importancia, con el  
»título de *Historia de la decadencia de España*. Esta obra ter-  
»minada en los primeros meses de 1854 acaba con una apre-  
»ciacion mas lata aun del porvenir de nuestra política. «Con la

«guerra de la independencia, decia allí el autor, donde el antiguo carácter español se mostró de repente tan poderoso como en sus mejores dias; con la última guerra de sucesion donde tambien se ha empleado en las opuestas pretensiones algo de la fortaleza y esfuerzo moral del siglo XVI, y con los sacudimientos revolucionarios que han esparcido nuevas ideas y leyes, y necesidad es por todas partes, desenvolviendo una gran actividad y un anhelo fructífero de trabajo y de adelantos materiales se ha inaugurado un nuevo período histórico para España. Período decisivo cuya responsabilidad no podrá menos de espantar á todos los que sintiéndola en sí como hijos de esta época, consagren algun culto al deber y al patriotismo, aquellas nobles ideas por las cuales vivieron y murieron nuestros padres. España puede ser todavía una gran nacion continental y marítima, uniéndose pacífica y legalmente con Portugal, su hermana, comprando ó conquistando á Gibraltar tarde ó temprano, y estendiéndose por la vecina costa de Africa. Pero tambien puede quedar reducida á nulidad vergonzosa, ejecutándose en todo ó en parte aquel antiguo pensamiento de los Bonapartes, que será traer al Ebro la frontera francesa, y dando á Portugal la Galicia, repartir la Península entre dos coronas casi iguales en poderío. La sabiduría del trono, el patriotismo de la nacion, el espíritu de libertad y de gloria, pueden lograr lo primero. La imbecilidad de los que mandan y el envilecimiento de los que obedezcan pueden traernos á lo segundo. Y no hay tanto que esperar como se piensa, porque el mapa de Europa va á constituirse de nuevo.» Eran criticos momentos para la patria, criticos instantes para él mismo aquellos en que el autor de los presentes *Apuntes* escribia tales palabras. Precisamente el movimiento lógico de las ideas y de las afinidades políticas le habia traído á ser entonces uno de los que seguian la suerte y los pensamientos políticos del actual vencedor de Marruecos. Dos cosas presentia ya el oscuro escritor de aquel tiempo: la una que, en medio de las difíciles circunstancias políticas de la época los nuevos destinos de España

estaban próximos á ser iniciados, con buena ó con triste fortuna: la otra, que hoy callaria si no la hubiese dejado entender sobradamente en la ocasion referida, que solo el sistema político que á la sazón representaba el conde de Lucena podia poner al país en disposicion de acometer empresas grandes con medianas probabilidades de buen éxito. No han engañado al autor ninguno de estos dos presentimientos, y si los recuerda ahora, no es por alarde de prevision seguramente, ni menos aun por ensalzar las ventajas ó los triunfos de un partido político en lo que es sin duda alguna gloria de todos los españoles sin distincion de opiniones. Su único propósito es dejar establecidos los antecedentes necesarios antes de explicar, siquiera sea en breves palabras la relacion que hay entre las opiniones antecitadas del autor de estos *Apuntes*, y las que ha profesado durante los últimos sucesos.

La paz recientemente ajustada con Marruecos ha sido mal acogida, en lo general del país, no hay que dudarlo: se ha pactado el abandono de Tetuan, única conquista importante de la guerra: se han limitado nuestras ventajas actuales á llevar á las vertientes septentrionales de Sierra-Bullones nuestra frontera. ¿Es esto lo que esperaba la nacion de la guerra? No seguramente. ¿Pero es esto lo que debia desear ó esperar de la guerra el escritor que nueve años antes habia aspirado á que se llevasen hasta el Atlas los límites de nuestra dominacion reconstituyendo la España de los romanos, de los godos, y de los insignes ben-humeyas de Córdoba? Sí; esto esperaba solamente; esto poco mas ó poco menos; y no tiene inconveniente en declararlo el día despues de la paz porque era de los que la víspera de aquel acontecimiento sustentaban esta opinion sin reserva. Por humilde que se considere el que escribe estas líneas basta que se haya dirigido al público en estas dos distintas ocasiones para que este tenga derecho á investigar la consecuencia de sus juicios, y para que él se crea en la obligacion de demostrarla. La opinion pública procede mas por inspiracion que por razón: sus sentimientos reseta-

bles siempre porque son generosos y nobles deben tenerlos en cuenta todos los gobiernos dignos de tal nombre: sus ideas y sus proyectos deben ser pesados detenidamente en el ejercicio de las cosas, de realizar con arreglo á la posibilidad y á la conveniencia del momento las generales aspiraciones. La idea de dominar en Africa y reconstituir allí nuestros antiguos límites es en sí grande, noble, útil, posible en la historia; y como la paz no ha realizado desde luego este fin tiene fácil y satisfactoria explicación el espontáneo sentimiento que ha motivado el disgusto público. Mas juzgando con frialdad las cosas, no ahora que otros acontecimientos han distraído la atención general, y justificado á los ojos del mayor número la previsión del gobierno, sino cuando era mas cruda la guerra, y nadie divisaba su término, ¿debia nadie exigir que hoy mismo, apenas restablecido el pais de sus largas discordias, convaleciente la hacienda, naciente la actividad productora del comercio, la agricultura y la industria, se emprendiese la obra de llevar de una vez al Atlas nuestra frontera? Aunque sean esos los destinos de nuestra raza en su futuro desarrollo histórico ¿no habia hasta el peligro de malograrlos para siempre, pretendiendo su cumplimiento á deshora? ¿Hartas empresas fuera de ocasion, antes ó despues de ser posibles registran nuestros anales patrios! ¿Harto esplican ellas la decadencia política que lloramos todavía! La política es la realizacion en cada momento de la historia de la parte que en él es posible llevar á cabo de la aspiracion ideal de una raza ó de una generacion entera de hombres. Solo la poesia puede prescindir del tiempo y del espacio, del número y de la medida, en la espresión de sus sentimientos. En cuanto á los hombres de Estado, preciso es que sepan que lo son para dirigir la política y no para realizar las inspiraciones poéticas de las naciones. Desde estos puntos de vista, el escritor de 1851 y el de 1860 pueden aparecer, y aparecen realmente como uno mismo, á pesar de la aparente diversidad de sus apreciaciones.

No es porque Tetuan sea una mala ciudad, por lo que la evacuacion era necesaria, á nuestro juicio; como ella es han sido las mejores ciudades españolas en otro tiempo. No es, ni mucho menos, por evitar al ejército alguna parte de sus dolorosos sacrificios por lo que la paz debe parecer excusable. Ay de las naciones donde se pese ó se cuente el precio de la gloria, donde los ejércitos escatimen su sangre, donde los pueblos regateen su dinero cuando se trate de grandes intereses morales ó de grandes intereses futuros! Ni al ejército ni á la nacion española debe hacerse semejante injuria. ¿Cuántas rocas hay en España que valieran la sangre que costaron á nuestros padres? ¿Qué cosa material buscaban en Mulberg los soldados de Carlos V? ¿Qué inmediatos frutos esperaban en la mar de Lepantó los marineros de Felipe II? ¿Está bien averiguado que la guerra de la Independencia favoreciese nuestros intereses materiales é inmediatos? ¿No hay á nuestras puertas hoy dia quien sabe ir á Sebastopol solo por ensayarse á hacer gran papel en Europa? ¡Infelices de los que no sienten estas verdades mas evidentes para los buenos que los mas sencillos teoremas geométricos! ¡Ay, volvemos á decir, del pais donde pueden pronunciarse siquiera semejantes sentimientos sin vergüenza ó sin escándalo público! Lo que hay es que las obras de la política son por naturaleza, para ser seguras, sucesivas y lentas; que el año de 1860 ha cumplido con su mision, y que es menester que otros años futuros se encarguen de hacer lo que falta. Lo que hay es que el éxito de mañana exige la paciencia y la espera de ahora. Lo que hay finalmente es que con nuestra frontera al pié de Sierra-Bullones podemos esperar á que la conquista ó el influjo pacifico de nuestra cultura, preparen á nuestros hijos ó á nuestros nietos la completa realizacion de la obra civilizadora que ellos solos deben cumplir, y que el mundo entero está interesado en que tarde ó temprano se cumpla en Africa. No es posible que la barbarie sea eterna solo en la España lingitana; no seria digno, ni politico, ni posible tampoco, que otra nacion que la nuestra se encargarse de desterrarla de nuestra vista. Lo mis-

mo decimos hoy que hace algunos años, acerca de este punto. No ha hecho pues, el duque de Tetuan en Africa todo lo que está llamada á hacer allí la raza española; esto es para nosotros evidente. Pero ¿habrá quien le dispute en lo porvenir la honra insigne de haber comenzado esta grande empresa? No, es una cosa tambien evidente á nuestros ojos. Y eso, aunque el porvenir nebuloso del mundo en nuestros dias nada diga á la posteridad en favor de la moderacion y de la reserva con que ha iniciado el duque de Tetuan nuestra política en Africa. Porque no hay que olvidar que los sucesos tienen de tiempo en tiempo semejanzas estrañas. No há mucho que al saberse las exigencias imperiosas de Inglaterra para que no ocupásemos á Tánger hemos visto reanimarse en España las muertas cenizas del pacto de familia: la política de Floridablanca y de GoJoy parecia justificada de un golpe: no faltó mas que una escuadra que juntar á las naves francesas de Algeciras y una señal de as Tullerías para marchar de nuevo á San Vicente, á Trafalgar, á las mares gloriosas que fueron sepulcro de nuestra armada. Mientras Inglaterra temia un nuevo bloqueo de Gibraltar con la sumision del Sultan á la España, la España olvidaba la tradicion nefanda del pacto de familia y del tratado de San Ildefonso, y se colocaba en la corriente de aquellos acontecimientos funestos. Y es que en tanto que flote el pabellon inglés sobre la punta de Europa habrá que esperar siempre que se renueven aquellos desaciertos fatales de nuestra historia. Por mas que la Inglaterra y la España sean aliadas naturales en la política general del mundo, son y deben ser mortales, irreconciliables, legítimas enemigas ahora y siempre, mientras posea á Gibraltar la primera, mientras tengan ambas contrarios intereses en el Estrecho. Ahora, sin embargo, la moderacion de la Inglaterra y la del gobierno español nos han salvado tal vez de un gran riesgo: Dios quiera que la política *de las fronteras naturales* no haga mas patentes aun las ventajas de esta moderacion mútua. Porque nosotros, ¿á qué negarlo? queremos, respetamos, admiramos á la Francia; pero ni ahora ni nunca perdonariamos á un gobierno español, que en sus miras

políticas y en su conducta, por un momento siquiera olvidase que tenemos vecina á la abierta cumbre de los Pirineos, la mas fuerte, la mas belicosa, la mejor dirigida por lo comun de las naciones continentales. Es reflexion, que sin pensarlo se dibuja en la fantasia, al poner fin á esta relacion sucinta de las cosas que en los antiguos y modernos tiempos han ocurrido en la vecina costa del Mogreb-alacsa, Mauritania, ó España tingitana y transfretana, porque la política como la vida se nutre solo con los elementos y con las circunstancias que la rodean; y no hay en ella detalle que no tenga que subordinarse al punto de vista general del mundo en una época dada de la historia.



de San Mauricio y San Lázaro de Cerdeña, de la del Medjdié de Turquía y de la del Mérito de la Corona de Baviera, comendador de la de Santiago de Aris de Portugal y de la de Francisco I de Nápoles, ministro residente y director de política en la primera secretaría de Estado, etc., etc.; y por S. M. marroquí sus plenipotenciarios el siervo del emperador de Marruecos y su territorio su representante, confidente del emperador, el abogado, el Sid Mohammed-el-Jetib, y el siervo del emperador de Marruecos y su territorio, jefe de la guarnición de Tánger, caid de la caballería el Sid-el-Hadeh Ajinad, Chabli ben Abd el Melek, los cuales, debidamente autorizados, han convenido en los artículos siguientes:

Artículo 1.º Habrá perpétua paz y buena amistad entre S. M. la reina de las Españas y S. M. el rey de Marruecos, y entre sus respectivos súbditos.

Art. 2.º Para hacer que desaparezcan las causas que motivaron la guerra, hoy felizmente terminada, S. M. el rey de Marruecos, llevado de su sincero deseo de consolidar la paz, conviene en ampliar el territorio jurisdiccional de la plaza española de Ceuta hasta los parajes mas convenientes para la completa seguridad y resguardo de su guarnición, como se determina en el artículo siguiente.

Art. 3.º A fin de llevar á efecto lo estipulado en el artículo anterior, S. M. el rey de Marruecos cede á S. M. la reina de las Españas, en pleno dominio y soberanía, el territorio comprendido desde el mar, siguiendo las alturas de Sierra Bullones, hasta el barranco de Anghera.

Como consecuencia de ello, S. M. el rey de Marruecos cede á S. M. la reina de las Españas, en pleno dominio y soberanía, todo el territorio comprendido desde el mar, partiendo próximamente de la punta oriental de la primera bahía de Handaz Bahma, en la costa Norte de la plaza de Ceuta por el barranco ó arroyo que allí termina, siguiendo luego á la porcion oriental del terreno, en donde la prolongacion del monte del Renegado, que corre en el mismo sentido de la costa, se deprime mas bruscameute para terminar en un escarpado pun-

teagudo de piedra pizarroso y descendiendo costeando desde el boquete ó cuello, que allí se encuentra por la falda ó vertiente de las montañas ó estribos de Sierra Bullones, en cuyas principales cúspides están los reductos de Isabel II, Francisco de Asis, Pinies, Cisneros y Príncipe Alfonso, en árabe Uad-aniat, y termina en el mar formando el todo un arco de círculo que muere en la ensenada del Príncipe Alfonso, en árabe Uad-aniat, en la costa Sur de la mencionada plaza de Ceuta, según ya ha sido reconocido y determinado por los comisionados españoles y marroquíes, con arreglo al acta levantada y firmada por los mismos en 4 de abril del corriente año.

Para conservación de estos mismos límites, se establecerá un campo neutral, que partirá de las vertientes opuestas del barranco hasta la cimá de las montañas, desde una á otra parte del mar, según se estipuló en acta referida en este mismo artículo.

Art. 4.º Se nombrará seguidamente una comision compuesta de ingenieros españoles y marroquíes, los cuales enlazarán con postes y señales las alturas espresadas en el artículo 3.º, siguiendo los límites convenidos.

Esta operación se llevará á efecto en el plazo mas breve posible, pero su terminacion no será necesaria para que las autoridades españolas ejerzan su jurisdiccion en nombre de S. M. Católica en aquel territorio, el cual, como cualesquiera otros que por este tratado ceda S. M. el rey de Marruecos á S. M. Católica, se considerará sometido á la soberanía de S. M. la reina de las Españas desde el dia de la firma del presente convenio.

Art. 5.º S. M. el rey de Marruecos ratificará á la mayor brevedad el convenio que los plenipotenciarios de España y Marruecos firmaron en Tetuan el 24 de agosto del año próximo pasado de 1859.

S. M. marroquí confirma desde ahora las cesiones territoriales que por aquel pacto internacional se hicieron en favor de España y las garantías, los privilegios y las guardias de moros de rey otorgados al Peñon y Alhucemas, según se es-

presa en el art. 6.º del citado convenio sobre los límites de Melilla.

Art. 6.º En el límite de los terrenos neutrales concedidos por S. M. el rey de Marruecos á las plazas españolas de Ceuta y Melilla, se colocará por S. M. el rey de Marruecos un caid ó gobernador con tropas regulares, para evitar y reprimir las acometidas de las tribus.

Las guardias de moros de rey para las plazas españolas del Peñon y Alhucemas, se colocarán á la orilla del mar.

Art. 7.º S. M. el rey de Marruecos se obliga á hacer respetar por sus propios súbditos los territorios que, con arreglo á las estipulaciones del presente tratado, quedan bajo la soberanía de S. M. la reina de las Españas.

S. M. Católica podrá, sin embargo, adoptar todas las medidas que juzgue adecuadas para la seguridad de los mismos, levantando en cualquier parte de ellos las fortificaciones y defensas que estime convenientes, sin que en ningun tiempo se oponga á ello obstáculo alguno por parte de las autoridades marroquíes.

Art. 8.º S. M. marroquí se obliga á conceder á perpetuidad á S. M. Católica en la costa del Océano, junto á Santa Cruz la Pequeña, el territorio suficiente para la formación de un establecimiento de pesquería, como el que España tuvo allí antiguamente.

Para llevar á efecto lo convenido en este artículo, se pondrán previamente de acuerdo los gobiernos de S. M. Católica y S. M. marroquí, los cuales deberán nombrar comisionados por una y otra parte para señalar el terreno y los límites que deba tener el referido establecimiento.

Art. 9.º S. M. marroquí se obliga á satisfacer á S. M. Católica, como indemnización para los gastos de la guerra, la suma de veinte millones de duros, ó sean cuatrocientos millones de reales de vellon. Esta cantidad se entregará por cuartas partes á la persona que designe S. M. Católica, y en el puerto que designe S. M. el rey de Marruecos, en la forma siguiente: cien millones de reales vellon en 1.º de julio, cien millones de

reales vellon en 29 de agosto, cien millones de reales vellon en 29 de octubre y cien millones de reales vellon en 28 de diciembre del presente año.

Si S. M. el rey de Marruecos satisficiera el total de la cantidad primeramente citada antes de los plazos marcados, el ejército español evacuará en el acto la ciudad de Tetuan y su territorio.

Mientras este pago no tenga lugar, las tropas españolas ocuparán la indicada plaza de Tetuan y el territorio que comprendía el antiguo bajalato de Tetuan.

Art. 10. S. M. el rey de Marruecos, siguiendo el ejemplo de sus ilustres predecesores que tan eficaz y especial protección concedieron á los misioneros españoles, autoriza el establecimiento en la ciudad de Fez de una casa de misioneros españoles, y confirma en favor de ellos todos los privilegios y las esenciones que concedieron en su favor los anteriores soberanos de Marruecos.

Dichos misioneros españoles en cualquier parte del imperio marroquí donde se hallen ó se establezcan, podrán entregarse libremente al ejercicio de su sagrado ministerio, y sus personas, casas y hospicios disfrutarán de toda la seguridad y la protección necesarias.

S. M. el rey de Marruecos comunicará en este sentido las órdenes oportunas á sus autoridades y delegados para que en todos tiempos se cumplan las estipulaciones contenidas en este artículo.

Art. 11. Se ha convenido espresamente que cuando las tropas españolas evacuen á Tetuan, podrá adquirirse un espacio proporcionado de terreno próximo al consulado de España para la construcción de una iglesia donde los sacerdotes españoles puedan ejercer el culto católico y celebrar sufragios por los soldados españoles muertos en la guerra.

S. M. el rey de Marruecos promete que la iglesia, la morada de los sacerdotes y los cementerios de los españoles, serán respetados, para lo que comunicará las órdenes convenientes.

Art. 12. A fin de evitar sucesos como los que ocasionaron la última guerra y facilitar en lo posible la buena inteligencia entre ambos gobiernos, se ha convenido que el representante de S. M. la reina de las Españas en los dominios marroquíes resida en Fez ó en la ciudad que S. M. la reina de las Españas juzgue mas conveniente para la proteccion de los intereses españoles y el mantenimiento de amistosas relaciones entre ambos Estados.

Art. 13. Se celebrará á la mayor brevedad posible un tratado de comercio en el cual se concederán á los súbditos españoles todas las ventajas que se hayan concedido ó se concedan en el porvenir á la nacion mas favorecida.

Persuadido S. M. el rey de Marruecos de la conveniencia de fomentar las relaciones comerciales entre ambos pueblos, ofrece contribuir por su parte á facilitar todo lo posible dichas relaciones, con arreglo á las mútuas necesidades y conveniencia de ambas partes.

Art. 14. Hasta tanto que se celebre el tratado de comercio á que se refiere el artículo anterior, quedan en su fuerza y vigor los tratados que existian entre las dos naciones antes de la última guerra, en cuanto no sean derogados por el presente.

En un breve plazo, que no excederá de un mes desde la fecha de la ratificacion de este tratado, se reunirán los comisionados nombrados por ambos gobiernos para la celebracion del de comercio.

Art. 15. S. M. el rey de Marruecos concede á los súbditos españoles el poder comprar y esportar libremente las maderas de los bosques de sus dominios, satisfaciendo los derechos correspondientes, á menos que, por una disposicion general crea conveniente prohibir la esportacion á todas las naciones, sin que por esto se entienda alterada la concesion hecha á S. M. Católica por el convenio del año de 1799.

Art. 16. Los prisioneros hechos por las tropas de uno y otro ejército durante la guerra que acaba de terminar, serán inmediatamente puestos en libertad y entregados á las respectivas autoridades de los dos Estados.

El presente tratado será ratificado á la mayor brevedad posible, y el canje de las ratificaciones se efectuará en Tetuan en el término de veinte dias ó antes si pudiera ser.

En fé de lo cual, los infrascritos plenipotenciarios han estendido este tratado en los idiomas español y árabe en cuatro ejemplares, uno para S. M. Católica, otro para S. M. marroquí, otro que ha de quedar en poder del agente diplomático ó del cónsul general de España en Marruecos y otro que ha de quedar en poder del encargado de las relaciones exteriores de este reino, y los infrascritos plenipotenciarios los han firmado y sellado con el sello de sus armas en Tetuan á veinte y seis de abril de mil ochocientos sesenta de la era cristiana, y cuatro del mes de chual del año de mil doscientos sesenta y seis de la egira.

Firmado.—Luis Garcia.

Firmado.—Tomás de Lignes y Bardaji.

Firmado.—El siervo de su criador, Mohammed el Jetib, á quien sea Dios propicio.

Firmado.—El siervo de su criador, Ajmad el Chabli, hijo de Abd-el-Melek.

Está conforme.»

